ARIADNA BAKER

UNA Y MIL VECES TE VOLVERÍA A ELEGIR



ARIADNA BAKER

UNA Y MIL VECES TE VOLVERÍA A ELEGIR

Primera edición.
Una y mil veces te volvería a elegir
©Ariadna Baker.
©julio, 2025
©imágenes por AdobeStock y Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo

RRSS

Capítulo 1



Lola

Destrozada, desgarrada y sin ganas de vivir…

Durante los últimos cinco meses, levantarme cada día se había convertido en un reto personal para mí. No era fácil cuando te habían arrebatado lo único de valor que tenías, de la forma más injusta, dolorosa y sin el menor atisbo de escrúpulos.

Había días en los que me levantaba a las doce del mediodía, y otros en los que no lo hacía hasta las ocho de la tarde, solo para ducharme, comer cualquier cosa y volver a acostarme.

Me miraba en el espejo y no me reconocía: quince kilos menos, demacrada y como si de repente me hubieran caído de golpe diez años encima. Era el resultado de la gran putada que me había hecho mi ex, sí, ese hombre en quien confié y al que le di el «sí, quiero» pensando que estaríamos juntos toda nuestra vida. Ingenua de mí.

No contento con decirme que se había enamorado de otra y que se iba a vivir con ella, me comunicó en ese momento que se quedaba con nuestros mellizos de dos años, Martín y Valeria, y que tenía que aceptarlo por las buenas o por las malas. Indudablemente, le dije

que, por las malas, que a mis hijos no iba a arrebatármelos de esa manera tan injusta.

Y lo logró, después de un litigio de ocho meses, el juez le otorgó la custodia completa y me asignó únicamente dos visitas al año, dado que íbamos a residir a mucha distancia. Mi parte del pastel fueron cinco días en navidades y diez en verano, fechas en las que me los traerían a España. Sí, tal cual, yo también pensaba que esas sentencias no existían hasta que lo viví en carne propia.

Luca, que así se llama el ser más ruin de esta tierra, era un hombre de mucho dinero y poder. Lo conseguía todo con tratos de favores y de la manera más deleznable, era imposible derrotarlo. Y no fue porque no luché para que no me los quitara, me dejé la salud mental en ello y una gran parte de mis recursos.

A mis veintinueve años sentía que mi vida estaba destruida por completo y que ya nada volvería a ser igual.

A ese dolor tan profundo se sumaba la decepción que me llevé con las personas que creí que eran mis amigos. Nada que ver con la realidad. Todos me dieron de lado y se posicionaron al de Luca, sin darme oportunidad siquiera a defenderme de las acusaciones que me había lanzado de manera injusta y falsa. A pesar de que me conocían y sabían cómo era.

De repente me vi sola, regresando desolada a mi país y al piso que me regalaron mis padres. Me había convertido en una muerta en vida, para la que no existían palabras de consuelo que pudieran mitigar, aunque fuera un poco, el dolor tan intenso que sentía.

Con veinticuatro años me mudé a Italia por él, momento en el que nos casamos y nos establecimos en su casa de Livorno, para comenzar una nueva vida en común.

Cinco meses atrás, tuve que regresar a mi pisito en el sur de España. Como ya he dicho, fue un regalo de mis padres, de cuando vendieron unos terrenos. Les pagaron un buen dinero por ellos, y, además, les dieron la propiedad de uno de los pisos que iban a construir. Cuando lo tuvieron, lo pusieron a mi nombre para que yo tuviese mi propia vivienda, la que ahora me servía de cobijo.

Lo más retorcido para mí era ver a mis hijos constantemente en las redes sociales, con la mujer que no pintaba nada en sus vidas y que hablaba de ellos como si fuese su madre. Y sí, también le pedí al juez que no tuvieran la libertad de exponer a los niños en las redes, pero mi petición fue ignorada por completo.

La primera imagen que subió ella con mis hijos, fue con un comentario que me desgarró aún más. En él decía que la vida era sorprendente y te convertía en madre de la manera más inesperada. Tal cual. Aún no comprendía cómo me mantenía en pie y no me había ido ya para la otra vida…

Y después de esa vinieron muchas más, ya que durante los meses que habían pasado no habían dejado los dos de publicar imágenes idílicas con ellos, en las que no faltaban los mensajes tan crueles como llenos de infamia.

El caso es que Luca lo planeó todo a la perfección para poder comenzar una nueva vida con esa mujer, de tal forma que me acusó de malos tratos, acoso y de hacerle la vida imposible. Compró a testigos falsos que avalaron su versión de que yo le chillaba y le trataba muy mal en público, de ahí que me pusieran una orden de alejamiento hacia Luca. Ese fue el motivo por el cual no pude quedarme en Livorno, para poder estar más cerca de mis hijos. Consiguió salirse con la suya, al tener que marcharme con las ridículas visitas a mis hijos, tan duras como desmesuradas.

Pues eso, que tenía una depresión y tristeza brutales, cosa que no me permitía ver más allá que mi deseo por cerrar los ojos y no abrirlos más. Al único hilo al que me aferraba era al poco tiempo que podría abrazar a mis hijos, aunque fuese por unos miserables días. Me aterraba muchísimo, que se olvidaran de mí, que no me quisieran como yo lo hacía, que crecieran escuchando mentiras horribles sobre mi persona… esos pensamientos me paralizaban.

Mis padres vivían a cien kilómetros de distancia. Venían a verme con frecuencia y estaban muy pendientes de mí, pero sentían una frustración y desesperación muy grandes al ver que por mucho que hiciesen, conforme pasaban los días, no servía de nada para sacarme del pozo sin fondo en el que me habían metido. La realidad es que no me dejaba ayudar, no podía porque al no tener a mis hijos me estaba pasando una factura demasiada cara. Eran mis bebés y me los habían quitado de la forma más cruel.

Hoy tenía que hacer de tripas corazón para ir al supermercado, necesitaba comprar varias cosas esenciales. Había exprimido al máximo las existencias, no me quedaba otra. Odiaba el simple hecho de tener que poner un pie en la calle, me molestaba hasta la luz del día.

Lo mejor de todo es que en la zona en la que vivía no me conocía nadie y dado a lo poquísimo que salía, no había tenido trato con nadie, ni con los vecinos más próximos. No estaba de ánimos para tener que forzarme a poner buena cara, ni mucho menos para que me preguntaran por mi vida.

Me terminé el primer café del día pasadas las doce del mediodía, así de desfasadas llevaba mis rutinas. Estaba ya lista para salir cuando sonó el timbre del piso, no el del portal. Me extrañó porque solo podían ser mis padres, ya que tenían la llave principal del bloque para acceder al edificio. No contaba con que fueran ellos de nuevo, vinieron a verme dos días atrás.

—¡¡No!! —grité al abrir la puerta y me lancé llorando a abrazar a mi amiga Caritina.

—¡¡Sí!! —dijo zarandeándome, mientras me llenaba los mofletes de un montón de besos.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —le pregunté con la voz entrecortada.

—Vengo a que nos consolemos mutuamente, ¿qué te parece? Cuando he llegado salía un vecino, lo que me ha venido genial para sorprenderte. —Me hizo un guiño.

—No me digas que…

—Sí, he regresado para quedarme. Pero te lo cuento todo mientras nos tomamos algo, así que nos tiramos a la calle ya.

—Iba a salir a comprar algunas cosas que me hacen falta.

—Perfecto. Antes, nos tomamos algo en una terracita y así te pongo al día. Luego te acompaño a hacer la compra, regresamos aquí y preparamos la comida para comer juntas. Planazo, ¿verdad?

—Genial, pero lo de tomar algo en la calle…

—Quita esa cara de amargada porque no voy a permitirte un no en nada. ¿He sido clara? Puedo serlo mucho más. —Levantó su dedo, imponiéndose.

—Bueno, pero suavecito, que no soy ni una mínima parte de la que era antes. —Mi voz reflejó la misma tristeza que transmitía mi cara —. Necesito ir muy poco a poco.

—Ya te digo yo que, conmigo aquí, vas a recuperarte muy, muy pronto. Volverás a ser la de siempre. —Me dio un azote en el culo.

Negué esbozando una pequeña sonrisa, mientras entraba al salón a coger el bolso para irnos a la calle. Me había hecho mucha ilusión ver a mi amiga, el pequeño subidón había sido instantáneo. No nos veíamos en persona desde hacía por lo menos un año, cuando Caritina vino a visitarme a Livorno.

El sol se estampó en mi cara y tuve que hacer uso de las gafas de sol. Las pocas veces que salía por necesidad me sucedía lo mismo, me molestaba mucho tanta claridad. Era normal, después de pasar tanto tiempo encerrada en casa.

—Mira esa terracita lo mona que es. —Señaló la de un bar nuevo que abrieron en la calle apenas dos meses atrás.

Me agarró del brazo y tiró de mí, para caminar ligeras hacia ella, a pesar de que había varias mesas libres.

Cuando nos sentamos, sin darme opción a hablar, pidió directamente dos cervezas y un par de tapas de ensaladilla rusa.

—Acabo de tomarme un café, es lo único que tengo en el estómago —dije a modo de queja.

—Claro, ahora entiendo por qué me ha costado verte al abrir la puerta. —Arqueó una ceja.

—¿Qué dices?

—Lola, que estás tan delgada que puedo ver a través de ti. —Hizo una mueca.

—Demasiado bien estoy… —susurré— Ahora mismo no me apetece comer nada y hubiera preferido un refresco.

—Y yo preferiría tener a mi amiga con una sonrisa de oreja a oreja, con más energía y fuerza, comiéndose el mundo y a todo el que se le ponga por delante. Pero con esa cara y tus ánimos, porque se reflejan en todo tu cuerpo, parece que tu mundo se ha acabado. Te has rendido a vivir. ¡Hasta te veo más pequeña! Estás encogida por el dolor. Así que, si pudiésemos tener todo lo que queremos o nos apetece, la vida sería diferente. —Elevó sus hombros.

—Se me había olvidado lo mandona que eres. —Se me escapó una sonrisilla a la vez que negaba—. Y bien, ¿qué te pasó con Leo?

—Que se nos rompió el amor de tanto usarlo —contestó a modo letra de una canción y luego se rio.

—Da gusto ver que te lo tomas con humor.

—¿Y qué voy a hacer? Agua pasada ya no sirve para nada. Cuando fui a verte a Italia, ya te conté que estábamos pasando por una mala racha. Desde entonces intentamos poner de nuestra parte para que lo nuestro volviese a funcionar, pero ha sido imposible.

»No se pueden forzar las cosas y al final nos hemos comportado como dos adultos sensatos, al sincerarnos. Lo mejor era seguir cada uno por nuestro camino antes de que la situación fuese a más, o peor aún, que tuviésemos hijos que de algún modo nos atarían de por vida.

—Pues sí, ha sido muy valiente por vuestra parte. ¿Estás tan bien como aparentas? ¿Cómo lo llevas?

—Mejor que bien, te lo aseguro. De lo único de lo que tengo ganas es de comerme el mundo y de sacarte a ti del pozo en el que estás metida.

Capítulo 2



Lola

La interrupción del camarero me vino bien para coger un poco de aire, no quise decírselo a Cari, ya que desde que estábamos en la terraza del bar me faltaba en algunos momentos. El chico se acercó con nuestro pedido y en cuanto tuve delante el plato de ensaladilla, se me revolvió el estómago, pero también me callé para no hacer saltar a mi amiga Cari. Nos sonrió antes de irse y retomamos la conversación.

—Sacarme del pozo va a ser muy difícil, Cari. Lo mío es muy duro y fuerte. —Se me cayeron las lágrimas.

—Lola, llorar, no, ¿eh? Chinchín por todo lo bonito que está por llegarte. —Levantó su cerveza hacia mí y le dio el primer trago.

—¿Sabes lo duro que se me hace vivir sin ellos? —hablé con la voz temblorosa— El no poder darles el primer beso del día y el último de la noche, y muchos más, el no poder hacerles ni una misera videollamada para verlos, ni mucho menos puedo pasar un rato con ellos en el parque.

»Mis niños están creciendo sin mí, soy su madre y me los han arrebatado. Los echo tanto de menos que me ahogo, hay momentos en los que no puedo soportarlo. Todo es una putada bien grande, no

tienes ni idea hasta qué punto. Me duele demasiado no poderles decir cuánto los quiero y abrazarlos…

—Joder, ya sé que es durísimo, Lola. Y también sé que por mucho que me lo imagine, ni por asomo, es lo mismo que estar en tu piel. Vivirlo en primera persona debe ser cuando menos desgarrador, lo entiendo, pero ahora mismo lo único que puedes hacer es mirar por ti para salir adelante. No puedes consumirte de esta manera y menos tirar tu vida por la borda.

»Tienes veintinueve putos años, eres joven, y por mucho que te duela en lo más profundo, por ellos y por ti, debes salir de esta mierda. Ahora estoy aquí, contigo, a quince minutos en coche. ¿Piensas que no voy a darte por saco cada día hasta conseguir verte viviendo como una persona normal, y no como una nómada aislada del mundo, consumida por la pena?

—¿Has regresado a la casa de tus padres? —Me retiré las lágrimas.

—Sí, pero será temporal. Voy a empezar a buscar una vivienda para comprarla. Tengo unos ahorros y la empresa me va de maravilla. No estoy precisamente en pañales. —Sonrió.

Caritina tenía una asesoría *online* de gestión laboral desde hacía cuatro años, y la verdad es que, siempre funcionó a las mil maravillas.

En mi caso, terminé la carrera de arquitectura unos meses antes de irme a vivir a Livorno, y tuve la suerte de trabajar en unos proyectos *online* por los que me pagaron un buen dinero del que aún tiraba. Por el momento, era lo que había, y al no tener que pagar alquiler ni hipoteca, podía seguir manteniéndome perfectamente sola. Llegaría el día en el que tendría que ponerme las pilas, pero aún no me sentía capaz de hacerlo.

Justo un año atrás realicé un gran proyecto con una empresa italiana que me aportó grandes beneficios. Gracias a eso pude pagar a los abogados para el juicio con mi ex.

Luca nunca quiso que nuestro dinero fuera en común, eso sí, debo decir que él pagó casi todos los gastos durante el tiempo que estuvimos casados. Igualmente, siempre fue muy precavido; desde el principio me dejó claro que no quería mezclar su patrimonio. Lo cuidaba como si fuera lo más valioso de su vida. Ojalá se le atragantara y se le quedara atascado dentro, tanto como lo adoraba…

A mí nunca me importó. La gran diferencia entre él y yo es que yo sí estuve dispuesta a compartir todo lo poquito que tenía con Luca, por amor. Jamás podría haber estado con él por conveniencia, pero una mente tan retorcida y perversa como la de ese hombre no veía más allá de sus propios intereses. Bien que me lo había demostrado.

También he de decir que mi padre tenía su propio estudio de arquitectura y mi madre tenía una consulta como nutricionista, por lo que siempre habían estado muy pendientes de mí, para que nunca me faltase de nada. Les debía tanto…

Obviamente, con mi padre tenía trabajo cuando quisiera, pero siempre que me sacaba el tema, yo solo podía pedirle que tuviera paciencia, que por ahora no me sentía centrada como para trabajar. Imposible, teniendo la cabeza como la tenía, ya no digamos los ánimos o las fuerzas. Él lo entendía, lo sabía de sobra; sentía mi dolor como el suyo propio, al igual que mi madre. Los estaba haciendo sufrir tanto… ellos también habían perdido a dos nietos.

—En cuanto encuentre una vivienda que se adapte a lo que quiero, te vienes conmigo a verla —dijo Cari, sacándome de mis pensamientos.

—Vale —asentí.

—Aún no has probado la ensaladilla, está de vicio. —Señaló mi plato con el tenedor. El suyo estaba casi vacío.

—Ya te he dicho que no…

—Come —me cortó e hice una mueca.

—Como lo eche, será culpa tuya.

—No vas a hacerme sentir culpable. —Rio—. Ya verás que en cuanto la pruebes, no podrás parar. —Me hizo un guiño—. Coge la cerveza —me pidió haciendo lo mismo.

—¿Vas a decirme todo lo que tengo que hacer? —negué.

—Visto lo visto, pues sí.

Solté un bufido que la hizo reír otra vez. Poco le importó, hasta que no consiguió que bebiera un sorbo de cerveza y me llevara a la boca el tenedor bien cargado de ensaladilla, no paró.

—¿Qué? ¡No me digas que no quieres más! —Elevó una ceja.

—Mmm… está muy rica, pero mi estómago…

—A ese lo ponemos al día rápido —volvió a cortarme—. No veas el trabajito que me vas a dar, entre tú y tus órganos internos voy a estar muy pero que muy entretenida. —Volteó los ojos.

—Porque quieres.

—Exacto, porque quiero y porque lo que más deseo es que mi amiga Lola regrese. ¿Estamos o no estamos?

—Quizá en un futuro.

—Mejor en un presente muy cercano. —Me guiñó un ojo.

—Estoy rota, Cari. No sé cómo…

—Y yo soy una experta en montar puzles y en reconstruir jarrones hechos añicos.

—Ya… ¿tengo que decir algo sobre eso? Porque siempre has tenido una habilidad especial para lo contrario. Lo de desmontar, perder piezas y romper se te da de lujo. —La miré con expresión divertida.

—Mejor sigue comiendo y bebiendo, no lo fastidies con tu sinceridad. —Soltó una carcajada y sonreí un poco.

—Coge de aquí —le pedí, arrastrando mi plato al centro de la mesa. El suyo estaba vacío.

—Buen intento. —La comisura de su boca se curvó.

—Hay mucha.

—Uy sí, se desborda. —Volteó los ojos—. ¿A qué supermercado quieres ir?

—Me muevo por esta zona, a tres calles hay uno.

—Claro, qué tonta. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que quieras ir al centro comercial o a cualquier otro supermercado que esté más lejos de unos metros? —negó.

—Son todos iguales —me defendí.

—Sabes de lo que estoy hablando. —Apoyó los brazos en la mesa.

—Da gracias a que salgo, aunque sea por aquí, porque si no ni comería —encogí un hombro a la vez que ladeaba la cabeza hacia él.

—Lola…

—Déjalo. —Bajé la mirada a la mesa.

—Come más ensaladilla si no quieres que, en vez de en tu boca, termine decorándote el pelo y la cara.

Entrecerré los ojos por su amenaza, una que, por cierto, podía llegar a ser muy real. Cari nunca decía las cosas por decir, si algo la caracterizaba era que actuaba en consecuencia. Cuando la miré, tenía una sonrisa dulce y expresión angelical.

—Eres muy pesada.

—Pues anda que tú. Vamos a estar muy entretenidas, las dos. —Me hizo un guiño.

De mala gana me acerqué el plato y empecé a comer casi sin respirar, bajo su atenta mirada. Debo decir que, al final, cuando terminé, mi estómago lo agradeció; pero, aun así, me callé para no oír su: ya te lo dije.

—Vamos a pedir otra ronda de cervezas.

—Pero ¡si todavía me queda más de la mitad! —Agrandé los ojos.

—Normal, bebes como un pajarillo. Dale con ganas porque se te acumulan. —Rio.

Llamó la atención del camarero y el chico no tuvo ni que acercarse. Cari le señaló su vaso vacío y levantó dos dedos.

—Es mi primer día, podrías tener un poquito más de consideración. —Sacudí la cabeza.

—Claro que sí, para que me tomes el pelo. —Me sacó la lengua—. Mañana ya tenemos plan. —Dio un golpe en la mesa, con las dos manos.

—Yo no tengo ninguno.

—A callar. Es perfecto. ¿Desde cuándo no te miras en el espejo? Estás más blanca que la leche.

—Hace mucho tiempo, ni me acuerdo. Y no me importa.

—No te creo, en ninguno de los dos casos —negó—. Claro que te miras, quizá poco, pero al menos lo haces cuando vas al baño. —Hice una mueca—. A estas alturas, me has dejado claro que no te importa nada, por eso vamos a seguir al pie de la letra lo que a mí sí me importa. —Sonrió con picardía—. Mañana vas a ponerte en ese cuerpazo un bikini y nos vamos a la playa: baños, sol, arena… y ya veremos dónde comemos —dijo entusiasmada.

—Sobre todo cuerpazo. —Bufé.

—Esta tarde podemos ir de compras.

—¿Para qué? —Agrandé los ojos—. No —me negué rotundamente.

—Porque todos los trajes de baño deben quedarte enormes, igual que la ropa.

—Pues ya me haré nudos, es lo que hay.

—Me encanta cuando te hago aceptar las cosas sin que te des cuenta. —Soltó una carcajada y volteé los ojos.

Cuando llegó el camarero con la segunda ronda de cervezas, Cari aprovechó para pagar lo que habíamos consumido. Por la mirada que me echó, ni me atreví a decirle que la invitaba yo. Mi amiga era muy consciente de mi situación. Aunque las circunstancias nos habían alejado, siempre mantuvimos el contacto por llamadas y mensajes. Las videollamadas quedaron descartadas desde que sucedió lo de mis hijos; bastante hacía con responder por voz o por escrito para que no se preocupara.

Capítulo 3



Lola

—¿Qué tal este? —me preguntó Cari, enseñándome una botella de vino.

—A mí me da igual —contesté sin prestarle mucha atención—. Coge el que más te guste, te lo vas a beber tú.

Me alejé un poco de ella, escuchando sus protestas. Tirando del carro, llegué frente a la estantería en la que estaban expuestas las variedades de cafés y cogí cuatro cajas del que usaba. Era una de las pocas cosas imprescindibles que no podían faltarme, porque había días que, durante muchas horas, no me entraba nada más.

—Ya hemos acabado, ¿no? ¿Nos vamos? —le pregunté.

—Espera, falta ir a la pescadería.

Antes de que pudiera decirle algo, agarró el carro y me lo quitó de las manos. Solté un suspiro y la seguí sin decir nada.

—¿En qué estás pensando? —Quise saber.

—Mmm… Sé que me has dicho que tienes carne congelada, pero se me ha antojado otro plato. ¿Qué te parece una fideuá?

—Hace muchísimo que no la pruebo.

—Se te habrá olvidado hasta cómo prepararla. —Volteó los ojos.

—Lo que tú digas.

—Perfecto, me encanta que estemos de acuerdo. Vamos a comprar los ingredientes principales. ¿Fideos tienes? —asentí.

—Me he referido a… Bah, déjalo —desistí en la aclaración porque ella sabía de sobra a qué había venido mi comentario.

Lo había utilizado para llevarme por donde quería. Lo que hacía siempre.

Como respuesta se rio y yo la ignoré, pero con una pequeña sonrisa. Una vez que la chica de la pescadería nos dio la bolsa en la que iban muchas más cosas de las necesarias para la fideuá, nos dirigimos a la caja.

Cargadas con cuatro bolsas cada una, limitadas por el peso, caminamos por la acera yendo hacia mi piso. La distancia hasta el edificio se me hizo interminable, gracias a Cari, que había llenado el carro con todo tipo de antojos. Yo con dos bolsas habría tenido suficiente, cubrían de sobra mis necesidades.

—Chica, qué calor más insoportable —dijo resoplando.

—Estamos cerca —la animé.

Y así era, en un par de minutos llegamos frente al portal. Soltamos un suspiro en cuanto entramos al fresco del interior, el cambio era considerable.

—¿Dónde vas ahora? —le pregunté, parada entre las puertas del ascensor para que no se cerraran.

—Al coche, a por la mochila que me he traído. —Me hizo un guiño —. A ver si te piensas que voy a dejarte sola el primer día, después del tiempo que hacía que no estábamos juntas. —Sonrió con picardía—. Tenemos por delante una noche larga de fiesta de pijamas y mañana, un día estupendo de playita.

—Lo tenías todo pensado. —Sacudí la cabeza.

—Por supuesto, ¿con quién crees que estás hablando? —Rio—. Anda, mueve ese culito tan mono y sube la compra porque los helados no aguantarán mucho más.

—Vale —acepté.

Me dio la espalda y salió del edificio, mientras yo me apartaba de las puertas y pulsaba el botón de mi planta. Una pequeña sonrisa apareció en mis labios, Cari provocaba ese efecto en mí. Me había hecho mucha ilusión reencontrarme con ella, y todos sus planes me habían animado un poquito, aunque no aparentara del todo que era así. Lástima que… me llevé la mano al pecho y me lo froté, cerrando los ojos unos segundos.

Salí del ascensor y entré en mi piso, dando varios viajes. Cuando tuve todas las bolsas en la cocina, lo primero que saqué fueron la barbaridad de helados que mi amiga había comprado. Sí, fue en vano que yo protestara a la hora de pagar. Ella se había hecho cargo del gasto, bajo amenazas muy convincentes.

El empujón fuerte que me dio con la cadera, con el que consiguió desplazarme unos metros de ella, hasta hizo reír a la cajera del supermercado. Esa fue una de tantas porque no me rendí, aunque al final tuve que tomar una distancia de seguridad de Cari, al estar a punto de tumbarme sobre la cinta de la caja. Vale que mirara mucho por el dinero porque no me entraba ningún ingreso, pero ya sabéis, podía mantenerme bien. Al menos por el momento y por un buen tiempo al ritmo que llevaba.

—Soy yo —gritó. Le había dejado la puerta entornada.

Escuché sus pasos dirigiéndose hacia el pasillo, yo continué guardando la compra. Se unió a mí rápido y al ser ya tarde, cuando lo tuvimos todo organizado, empezamos a preparar juntas la comida.

—Esto empieza a oler que alimenta. —Se relamió los labios—. No me digas que no te ha entrado hambre. —Elevó una ceja.

—La ensaladilla me ha llenado, pero haré lo que pueda. —Me encogí de hombros.

—La madre que te parió, que es una santa, pero que a gusto se quedó. —Soltó una carcajada.

—Mis padres se van a poner muy contentos cuando les diga…

—Ya lo saben. —Me hizo un guiño—. Hablé ayer con tu madre y no te imaginas lo tranquilos que se quedaron los dos.

—Me hago una idea —susurré—. Lo están pasando muy mal por mí. — Hice un gesto de dolor.

—Lola, te lo digo muy en serio, no puedes continuar de esa forma. —Me agarró de las manos—. Pareces una muerta en vida y tienes que aferrarte a esto último con todas tus fuerzas: a vivir. Para eso, vamos a empezar con una buena copita de vino fresco.

—Te has propuesto emborracharme. —Sacudí la cabeza.

—Para el primer día no está nada mal, ¿no? —dijo entre risas.

—¿Sabes… sabes que dentro de poco me traerán a mis niños? Podré estar con ellos, pero me da mucho miedo por cómo me quedaré cuando se los lleven. —Tragué saliva—. No sé si seré capaz de soportarlo otra vez, Cari —susurré—. Yo… serán diez días que pienso hacer inolvidables, pero ¿y si no me reconocen? ¿Y si se han olvidado de mí? —Me mordí el labio inferior, para frenar el temblor.

—Sabía que debía estar cerca, pero no he querido preguntarte por ello. Cariño, ¿cómo va a suceder eso? Y, aunque fuera un poco así, son muy pequeños. Con dos años van a adorar todos los mimos, los abrazos y el cariño inmenso que les des. Créeme, obrará milagros, ya verás qué rápido se acostumbran al cambio —dijo mientras descorchaba la botella—. Solo por eso tienes que venirte arriba, el después ya lo afrontaremos juntas. ¿De acuerdo?

—Sí —murmuré, con un nudo en la garganta.

—He visto la habitación tan bonita que les has preparado. —Me sonrió, ofreciéndome una copa.

Al no cogerla, dejó las dos sobre la encimera y me abrazó con fuerza.

—Escúchame bien —me susurró al oído—. Algún día ese desgraciado va a tener todo lo que se merece por miserable y

rastrero. Te lo aseguro. La vida le va a devolver todo tu dolor por partida doble, como poco. El karma es justo y sabio, da igual lo que tarde en llegar, y nosotras disfrutaremos viendo las miserias que le provoca.

»Esto, más la ilusión por tus hijos, tiene que impulsarte a salir del pozo tan oscuro en el que te has metido. —Me acarició las mejillas, retirándome las lágrimas.

Asentí con un nudo en la garganta. Quise aferrarme a sus palabras, de verdad, pero me costaba tanto pensar en que podían pasar meses, años, incluso toda la vida si el jodido karma no se acordaba de mí. Recibiría a mis niños con todo el amor que les tenía, pero me rompería de nuevo al entregarlos al final de mis días con ellos. No dije nada más sobre ese tema, no valía la pena entrar en un bucle autodestructivo.

Cogí mi copa y bebí un buen trago de vino. Mi estómago se revolvió y volví a dar otro trago, porque si reventaba prefería que fuese de golpe. No fue así, acompañamos al vino con unas patatas chips, unas gambitas saladas y unas olivas, lo que, para mi asombro, terminó por asentarme el estómago. Me costó mucho comer de todo, pero me obligué a hacerlo porque si no, el alcohol iba a tumbarme antes de que la fideuá estuviese terminada.

Contra todo pronóstico, el mío, inicial, claro, acabamos las dos riéndonos por cualquier tontería. Cada vez que estaba a punto de vaciar la copa, Cari se encargaba de rellenármela. Y así, cayeron dos botellas sin que nos diéramos cuenta. La última mientras comíamos.

—Joder, ha sido orgásmico. —Jadeó, recostando la espalda en la silla—. Estoy muy orgullosa de ti. —Señaló con la cabeza hacia mi plato vacío y soltó una carcajada.

—Desde hace bastante rato que no sé lo que hago. —Me uní a sus risas por el alcohol.

—Pues me encanta. —Me hizo un guiño—. Ahora viene lo más complicado —dijo con un lamento.

—¿El qué? —Quise saber divertida.

Hacía tanto tiempo que no me reía, que ni siquiera sonreía, que me dolía la cara de tanto como lo estaba haciendo hoy.

—Levantarnos para llegar al sofá sanas y salvas, sobre todo con dignidad —me respondió sin poder parar de reír, como hacía yo—. Oye, no tendrás algún vecino *buenorro* al que podamos echarle mano, ¿no? —Sonrió con picardía.

—No conozco a nadie —negué con la cabeza. Un gran error porque me mareé más.

—¡No me lo puedo creer! —Jadeó—. ¿Con los meses que hace que estás aquí y no…?

—Pues no. —Vacié mi copa.

—¡Diosss…! Menos mal que ya estoy contigo para ponerte las pilas. A eso le ponemos solución ahora mismo. —Dio un golpe en la mesa —. Vamos a ir puerta por puerta, picamos para presentarnos, a ver si conseguimos que nos entiendan, y si nos encontramos por sorpresa con un *tiarrón* que esté buenísimo, nos caemos encima de él como quien no quiere la cosa. —Rio con ganas—. Ah, excusa tenemos, chica. Solo hay que vernos. ¿Me has entendido? Creo que se me ha trabado la lengua. —Agrandó los ojos.

En cuanto se recompuso de su sorpresa, se levantó de golpe, muy dispuesta a hacer todo lo que acababa de decir. A pesar de tanto alcohol, yo aún podía pensar con un poquito de lucidez. Por eso la

imité y me incorporé igual de rápido, para lanzarme sobre ella e impedir que saliera del piso, lo que terminó en desastre total.

Nos tambaleamos y perdimos el equilibrio. El filo de la mesa no impidió que nos cayéramos al suelo, con los cuerpos entrelazados. Nos reímos con ganas tumbadas, bocarriba, perdiendo las pocas fuerzas que nos quedaban.

—¡¡Joder, qué golpe!! Debo estar más mal de lo que pienso porque no me has entendido. ¡No tenías que caerte encima de mí! —dijo con una risilla.

—No te quejes que tú, al menos lo has hecho en blando. ¡Me has chafado!

—Con los kilos que has perdido no me extraña. —Chasqueó la lengua—. ¡No tienes chicha! Ya verás qué cambio vas a dar en unos días, voy a cebarte para tener dónde agarrar. —Me sacó la lengua.

—Pero huesos sí que tengo y has estado a punto de romperme alguno —dije con humor.

Giramos las cabezas, nos miramos serias y soltamos una carcajada al ser un poco conscientes de cómo estábamos. Ya ni me acordaba de la última vez que me emborraché, ni mucho menos hasta llegar al punto de perder el control de mi cuerpo.

—Quiero dormir —dije de repente, con la mirada perdida en el techo.

—Y yo, pero sobre algo más cómodo que tu suelo. —Rio.

—No estaría mal —solté un suspiro.

Nos movimos como pudimos y ayudándonos, llegamos al sofá. Después de trepar por él nos tumbamos cada una hacia un lado.

—Gracias, Cari —murmuré con los ojos cerrados, al cabo de unos minutos.

—Mmm…

Entreabrí los ojos y sonreí al verla con la boca un poco abierta, abrazando a un cojín con fuerza. Se había dormido rápido, por lo que me propuse hacer lo mismo, aunque no tuve que esforzarme mucho. El alcohol que había bebido y la comida, a los que no estaba acostumbrada, se encargaron de que me quedara dormida en tiempo récord.

Soñé con dos pares de ojos preciosos, con unas manitas que me pedían que las cogiera, con dos sonrisas hermosas y dulces, y con unos sonidos que llenaron mi corazón. Pronto, muy pronto, mi sueño se haría realidad, aunque no duraría para siempre, para mi desgracia.

Capítulo 4



Lola

Sentada en una silla en el balcón, con los pies en alto apoyados en la barandilla, me bebí el primer sorbo de café del día.

Llevaba un rato despierta, Cari seguía durmiendo a pierna suelta en mi cama. Eran las diez de la mañana, la noche anterior nos acostamos bastante tarde, pero, a pesar de ello, hacía mucho tiempo que no descansaba tan bien.

Al final, después de tanto alcohol, acabamos alargando la siesta unas dos horas. Nos despertamos con un ligero dolor de cabeza, pero bastante más recuperadas de la borrachera. Nos dimos una ducha para terminar de espabilarnos y nos pusimos cómodas, con los pijamas.

Hasta que anocheció, nos entretuvimos con una serie que a ambas nos gustaba, y cuando llegó la hora de cenar, Cari no me dio ni un respiro. Pidió dos *pizzas* a domicilio para empezar nuestra fiesta de pijamas, las que nos comimos en el sofá viendo una película que alquilamos en una plataforma. Fue la única que nos llamó la atención y no estaba incluida en mi suscripción.

Valió la pena, resultó muy entretenida. Yo solo pude comerme dos trozos y medio de *pizza*, lo que fue todo un logro, aunque mi amiga se quejara. Si supiera lo que como en un día, se escandalizaría, o más bien me metería la cabeza en un cubo con agua. Sonreí al pensarlo y negué.

No conforme con quedarnos satisfechas, poco rato después fue a la cocina y regresó con dos helados y un bol grande lleno de palomitas. No me quejé para no escuchar lo mismo que me repetía desde nuestro reencuentro. Hice todo lo posible por comer, recurriendo el despiste cada vez que metía la mano en el bol.

Verme cogiendo una palomita, la ponía contenta, y es lo que hice, llevándomelas a la boca a cuentagotas. Al finalizar la película, volvimos a engancharnos a la serie, de esa forma, nos dieron casi las cuatro de la madrugada acomodadas en el sofá, una encima de la otra con el fresco del aire acondicionado.

A pesar de despertarme con la sensación de que había descansado bastante bien, me había costado levantarme de la cama. La pesadez que arrastraba desde hacía tiempo regresó para recordarme la carga que soportaba. Ya estaba habituada, por triste que pareciera.

Si dependiera de mí, no saldría más del piso en una buena temporada, pero Cari no iba a permitirlo. En cuanto se despertara querría desayunar, era lógico, y después nos prepararíamos para ir a la playa. No me apetecía nada, el esfuerzo que iba a hacer únicamente era por ella.

No quería fallarle por lo preocupada que estaba por mí. Aunque la mayor parte del tiempo había disimulado muy bien, en algunos momentos la preocupación se reflejó en su expresión. Esos instantes fueron muy breves, tanto que a veces pensé que eran producto de mi imaginación.

Pero no, ahí estaba, latente entre ambas, porque ver continuamente mi ánimo por los suelos, arrastrarme en lo cotidiano para sacarme de la tristeza que me consumía, y ser testigo de una rutina tan diferente a la suya, le suponía un enorme esfuerzo mantenerse fuerte. Lo sabía, por eso con lo de la playa quería facilitárselo.

Solo sería un ratito y que me diera el sol y el aire me sentaría bien. Esperaba que fuese así.

—Café, café, café… —La escuché y me giré para mirar a través de la corredera del salón, pero ya había desaparecido en la cocina.

Bebí otro sorbo del mío, escuchando los sonidos amortiguados que llegaban desde la calle. Cari salió al balcón y se apoyó en la barandilla, cerca de mis pies.

—¿Hace mucho que te has levantado?

—No —le respondí—. Podrías haberte quedado un rato más en la cama.

—Da igual, cuando volvamos de comer, nos echamos una siesta y solucionado. —Me hizo un guiño, con cara de sueño.

—¿A qué hora te irás?

—¿Ya quieres echarme? —Jadeó.

—Sabes que no. —Sacudí la cabeza—. Solo quiero saber tus planes. —Me encogí de hombros.

—A última hora del día, así me ducho tranquila en casa de mis padres y me preparo mentalmente para trabajar mañana. —Volteó

los ojos.

—Te encanta lo que haces.

—Ya, pero es un trabajo. ¡No te fastidia! —Rio—. ¿Qué planes tienes sobre eso? —Me miró por encima de la taza.

—Por ahora ninguno.

—Te vendría bien como distracción, tendrías la mente ocupada en otras cosas por unas horas.

—El gran problema es que no tengo la cabeza para centrarme en nada —negué—. Y menos con el poco tiempo que falta para… —Me callé, bajando la mirada al café.

—Bueno, si es así, sigue tomándotelo con calma. Cuando menos lo esperemos, estaremos en septiembre, es una buena época para empezar de nuevo. —Me hizo un guiño—. Para lo que dices, aún queda.

—Supongo —susurré.

Me guardé para mí que la posibilidad de que en septiembre estuviera peor era muy grande. Yo lo daba por hecho, porque reiniciarme no, más bien tendría que reconstruir los pedazos que volvieran a romperse con la despedida de mis hijos.

—Voy a preparar el desayuno y nos arreglamos para irnos.

—Te ayudo. —Me levanté cuando pasó por mi lado.

Me miró con picardía porque mi «te ayudo» significaba que controlaría lo que iba a preparar. No por ella, sino por mí. Yo con

varios cafés ya estaría más que satisfecha, pero Cari tenía otros planes muy diferentes.

Y así fue, cuando empezó a sacar de la nevera todo lo que encontró, incluidos dos trozos de *pizza* que sobraron de la cena. Mientras ella los calentaba y hacía un par de tostadas, me ocupé de preparar otros dos cafés. Cuando estuvo todo listo, lo llevamos a la mesa del salón. Mi estómago protestó al ver tanta comida delante, así que le di una tregua empezando a beber el café con calma.

—¿Cómo vamos a ir hasta la playa? —le pregunté— Si tardamos mucho en salir, en coche será difícil aparcar.

—Nada de eso. Pedimos un taxi y llegamos como las reinas que somos. —Me hizo un guiño—. Así no nos limitamos ni nos preocupamos si bebemos más de la cuenta durante la comida.

—Con todo lo de ayer tuve más que suficiente para una buena temporada —negué sonriendo.

— En cuanto tengas una copa de sangría en la mano, dulce y fresquita, cambiarás de idea. —Rio—. Venga, come, que te estoy vigilando. —Me señaló con la tostada con tomate y jamón que acababa de prepararse.

Bufó cuando corté una curva del pan y le puse una loncha de pavo encima. Ignoré su reacción y me obligué a comer. Entre ayer y hoy iba a recuperar meses, aunque los perdería en cuanto volviera a quedarme sola.

—Vamos a ir a una parte de la playa que te va a encantar. No has estado nunca, seguro. Es una cala que se encuentra bastante apartada, pero vale mucho la pena. Una vez estuve con Leo y terminamos los dos desnudos. —Soltó una carcajada al ver mi cara de sorpresa—. Es que invita a ello, ya lo verás. Es como privada,

está resguardada y el espacio no es muy grande. —Sonrió de forma exagerada.

—¿Es nudista? —hablé cuando conseguí tragar.

—Oficialmente no, pero chica, allí cuelga de todo por todas partes. —Elevó las dos cejas, moviéndolas rápido.

—Tú quédate como viniste al mundo, yo paso. —Sacudí la cabeza.

—¿Por qué? Con lo bien que te vendría que te diera el aire en ciertas partes del cuerpo… —Tosió a propósito.

—¿Dónde está mi amiga, esa que una vez se volvió loca cuando una ola la tiró y se le salió una teta? —Arqueé una ceja, provocando que volviera a reírse con ganas. Su risa fue tan contagiosa que me uní a ella.

—Ay, Lola, qué recuerdos —dijo secándose las lágrimas con la servilleta—. Joder, ya no me acordaba. —Apretó los labios—. Si algo tengo que agradecerle a Leo es que consiguió que disfrutara con libertad, sin que me preocupara de lo que pensaran los demás —asintió.

»No fue fácil, ¿eh? Me costó lo mío, pero acabé creyéndome lo que tantas veces me dijo y tenía más razón que un santo: a quién no le guste lo que ve es lo que hay, no es tu problema, sino el suyo. —Encogió un hombro.

—Así se vive mucho mejor —asentí.

—Yo voy a conseguir lo mismo contigo. —Me señaló.

—Mmm… confórmate con que voy a ir. —Volteé los ojos.

—Me vale por ahora. Allí mismo hay un chiringuito que está muy bien, si tenemos suerte y podemos reservar para comer, sería genial. Ya te he dicho que la capacidad de la cala no es muy grande, pero la gran mayoría de los que van no pierden la oportunidad para comer cómodos.

—Podemos llevar algo por si acaso.

—Sí, claro, ¡vamos en plan glamur! ¡No podemos sacar un bocadillo! —Rio.

—Pues anda, que no está rico, con lo bien que sienta en la playa. —Sonreí.

—No en la que te hablo, hazme caso.

—Si está tan lejos el taxi… —comenté.

—¡A callar! Repite conmigo: glamur, divas y divinas.

Riendo, le seguí el juego, obligándome a decirlo varias veces. Cuando terminamos de desayunar, ignorando sus quejas de que casi no había comido, lo dejamos todo recogido y fuimos hacia mi habitación para buscar un traje de baño que me quedara más o menos decente.

—Esto es un desastre —solté un suspiro, parada frente a ella con un bikini.

—Te quedan todos enormes. —Hizo una mueca—. La parte de los pechos se podría salvar en algunos, pero las bragas…

—Puedo utilizar un pantalón de deporte, tengo uno muy corto que me queda perfecto. Tuve que comprármelo porque todo lo demás…

ya sabes. —Me encogí de hombros.

—¿Qué dices de pantalón? —Jadeó— ¿Qué parte no has entendido de que cuanta menos ropa mejor? Chica, antes vas con todo el aire. —Soltó una carcajada por el bufido que solté—. Oh, ¡espera! Creo que acabo de salvarte la vida. —Se levantó de un salto y salió corriendo de mi habitación.

Suspiré mientras me quitaba el cuarto bikini que me había probado. Ya no tenía más y hasta que no cogiera los kilos que había perdido, no me servían de nada. Quizá algún día, me dije, aunque lo veía tan lejano…

—¡Joder, qué tonta! Hemos estado perdiendo el tiempo —dijo al regresar y me fijé en sus manos—. Mira. —Levantó las dos partes de un bikini y agrandé los ojos—. ¿Qué? No me digas que no es una monada. —Sonrió con picardía—. Dale las gracias a Leo, me lo regaló mi ex para tocar mucha carne. —Rio—. No me acordaba de que lo había metido en la mochila, eché varios. —Sacudió la cabeza —. Ya verás cómo te queda, al ir atada la braga en un lateral…

—¡Cari! ¡Eso no tiene tela! —gemí.

—Mmm… ¿necesitas gafas? Lo único que queda al aire es el culazo que se te va a poner moreno. No te quejes, que podría ser peor. Toma, pruébatelo. —Me lo puso en las manos.

—Es de tanga —dije lo obvio, sin creerme que…

—Ya estás tardando.

Me giró empujándome hacia el baño, ignorando mis protestas y mis lamentos. Poco le importaron, cuando quería salirse con la suya nada se lo impedía.

Capítulo 5



Lola

—¿Qué te parece? —me preguntó ilusionada.

— Está preciosa, tenías razón —dije contemplando la cala desde lejos.

El taxi nos había dejado unos minutos antes en el acceso. Nos faltaban pocos metros para terminar de bajar el sendero empinado que llevaba hasta ella. El mar estaba en calma, como una balsa; había toallas repartidas a una buena distancia, entremezcladas con hamacas. Me fijé en el chiringuito que estaba apartado hacia un lateral; cerca de él estaban agrupadas las tumbonas. Imaginaba que…

—Vamos. —Me agarró de la mano.

—¿Ya quieres empezar a beber? —le pregunté siguiéndola hasta el chiringuito.

—Siempre es un buen momento, solo dame unos minutos. —Me hizo un guiño—. Ahora vamos a alquilar dos hamacas, recuerda, reinonas con todo por delante. —Sonrió de forma exagerada—. Y de paso reservamos una mesa para comer.

—¿Y las toallas que hemos traído?

—Menuda pregunta, anda que… —dijo divertida— Para secarnos y ponerlas encima de las hamacas, si queremos. —Encogió un hombro.

Cuando llegamos a la barra, Cari habló con el camarero que había al otro lado. Mi amiga lo atrapó enseguida, se lo llevó de calle con su desparpajo. Al final nos alejamos del chiringuito con un buen descuento para las hamacas y con la reserva hecha para comer a las dos de la tarde. Otro chico nos acompañó a la zona en la que quisimos ponernos, cargando con las tumbonas. En cuanto las colocó, nos dejó solas.

—Esto es vida. ¡Atrévete a decirme que no, que preferirías estar en tu piso! —dijo tumbada en bikini.

Fue muy rápida para desvestirse; yo aún dudaba porque me quedaría con el trasero al aire.

—No voy a tentar a la suerte, con la que tengo… —dije sacudiendo la cabeza.

—Me encanta cuando nos entendemos. —Sonrió de medio lado—. ¿A qué esperas? —Arqueó una ceja—. ¿Quieres que llame al camarero para que te eche una mano, o mejor las dos?

—Ya has hecho bastante por hoy. —Puse los ojos en blanco—. Si quieres irte de esta cala como has llegado, yo que tú me estaría muy quieta a partir de ahora.

Escuchando sus risas por mi amenaza, me quité la camiseta de tirantes resoplando. Esa fue la parte fácil; los triángulos del bikini

eran minúsculos, pero cubrían lo esencial de los pechos.

—La madre que te parió —dijo entre carcajadas.

Reaccionó así porque me senté en la hamaca, sobre la toalla, para quitarme el pantalón corto vaquero. Le saqué la lengua cuando me tumbé sin exponerme, tras guardar la ropa en la mochila.

—A ver cómo te las ingenias para ir al agua. —Me picó, divertida—. No podrás llevarte la hamaca pegada al culo. —Soltó una carcajada —. Joder, ¡qué imagen!

—Yo no veo a nadie desnudo —hablé en voz baja, observando disimuladamente hacia todos los lados.

—Mujer, espera un poco y verás. En cuanto empiece a caldearse el ambiente… por el sol, ¡malpensada! —aclaró al ver mi sorpresa.

Nos quedamos en silencio. Ambas cerramos los ojos y disfrutamos de los rayos del sol. Me di cuenta de cuánto lo había echado de menos; la sensación era tan buena… aunque no pensaba repetirla, salvo que fuese con Cari.

Eran pasadas las doce, el calor apretaba con fuerza. Íbamos a irnos de la playa como unas gambas, pero a ninguna de las dos nos importó. Durante un buen rato no nos echamos protección solar.

—Ahora vengo —dijo de repente.

—¿Adónde vas? —Entreabrí los ojos, tapándomelos con una mano.

—A por dos cócteles, ¿o prefieres cerveza?

—Un cóctel.

—Estupendo. —Me hizo un guiño.

Me quedé sentada, observando cómo se alejaba caminando rápido. La arena quemaba y sonreí cuando llegó al suelo de madera del chiringuito, dando brincos para aliviar los pies. Al principio fue por necesidad; al cabo de unos segundos exageró los movimientos de su cuerpo perfecto porque tenía toda la atención del camarero que nos había atendido al llegar. Cuando se quedó satisfecha, se dirigió directamente a él y desconecté de ellos, sabiendo que a mi amiga le llevaría un ratito volver.

Miré hacia el agua que invitaba a entrar y luego recorrí con la vista la zona de la arena, de punta a punta. A las personas solo les eché un vistazo rápido, sin pararme en ello para no incomodar a nadie, pero fue suficiente como para comprobar que muchos de los trajes de baño que vi al inicio ya habían desaparecido.

Eso me tranquilizó un poco porque enseñar el culo no sería para tanto. Respetaba todas las opciones y decisiones, cada uno era libre de hacer lo que quisiera. Ni mucho menos me sentía incómoda, rodeada de tantos cuerpos desnudos, pero a mí me daba vergüenza enseñar el mío. Quizá un tiempo atrás no me lo habría pensado, me habría lanzado a vivir una experiencia nueva, pero con lo delgada que me había quedado no me sentía a gusto con mi cuerpo. Era cosa mía, tampoco favorecía mi estado de ánimo. Seguramente Cari se animaría y terminaría uniéndose a ellos.

Dos chicos captaron mi atención cuando pasaron por mi derecha. Me distraje siguiéndolos con la mirada. Uno era un poco más alto que el otro, al igual que había una pequeña diferencia en el ancho de su espalda y en su constitución en general. Los dos iban vestidos con bañadores y camisetas de tirantes, acababan de llegar.

Cargaban con las hamacas, las que colocaron en paralelo a unos metros por delante de las nuestras.

Uno de ellos dejó todo sobre la suya y se quitó la camiseta para salir corriendo hacia el agua. Me centré en el otro, apreciando con más detalles su cuerpo. Toda la cautela que había tenido hasta ese momento la perdí de golpe con ese hombre, joder, pero es que no era para menos…

Yo, que desde que me sucedió lo de mi ex, pensaba que había terminado aborreciendo al género opuesto —en el sentido de que dudaba que volviese a sentirme atraída por otro hombre—, me quedé embobada observándolo como una tonta mientras se quitaba la camiseta de tirantes. Cuando se agachó hacia la hamaca, todo su cuerpo definido se tensó con los movimientos.

Era injusto meter a todos en el mismo saco, sabía perfectamente que, por suerte, no era el caso. Solo era una percepción mía, fruto del desastre que fue mi experiencia, una que esperaba que se desvaneciera con el tiempo, aunque fuera despacio.

Cuando se quedó solo con el bañador, dio la casualidad de que levantó la vista en mi dirección. Como si lo hubiera sentido, me pilló escaneándolo descaradamente. Solté un leve jadeo involuntario y aparté la mirada rápido, avergonzada al cruzarme con sus ojos.

—Mierda —susurré tumbándome de golpe.

Cuando creí que había pasado un tiempo prudencial, levanté solo un párpado, pero lo volví a cerrar con fuerza. Él continuaba con la atención puesta en mi hamaca, y parecía que no se lo había tomado muy bien. Al menos esa fue la sensación que tuve por su seriedad. Entreabrí los labios, deseando que se distrajera con cualquier otra cosa.

—Aquí tienes. —Me sobresalté al escuchar a Cari y di un brinco, provocando que soltara una carcajada.

Me senté de lado, evitando mirar donde no quería, y me volví hacia ella. Tomé la copa que me ofrecía, ignorando su expresión divertida por haberme asustado.

—Pruébalo, te va a encantar. Está delicioso. Le he preguntado al camarero cuál es la receta, ¿y sabes qué me ha dicho? —continuó hablando mientras se sentaba en su hamaca, sin darse cuenta del sofoco que yo tenía.

—Ni idea. —Removí el cóctel con la pajita, distraída.

—Que el secreto está en prepararlo con mucho amor. —Se llevó una mano al pecho—. ¿Te lo puedes creer? Y ya cuando me ha dicho que lo había hecho de esa forma para mí… —soltó un suspiro y sonrió de forma traviesa—. He estado a punto de decirle que espero que lo haga todo igual, pero chica, ha aparecido su compañero y… ¿qué te pasa?

—Nada. Te estoy escuchando. —Disimulé, pero no fui muy convincente. Ladeó la cabeza.

—¿Qué me he perdido? ¿No me digas que has visto algo interesante? —Empezó a mirar alrededor.

—Para —le pedí, notando cómo mi calor aumentaba.

Si ese hombre miraba hacia nosotras…

—¿Qué? ¿Has visto a alguien conocido? —Arqueó una ceja.

—Que no, joder —resoplé—. Entonces, al final, nada con el camarero, ¿no?

—Acabas de aumentar mi curiosidad. ¿Quieres que me ponga a gritar para preguntar qué le ha pasado a mi amiga durante los minutos que no he estado con ella? —Sonrió con picardía.

—No te atreverías…

Se levantó decidida, después de asegurarse de que su copa no se caería de la hamaca y…

—¡Mierda, Cari! —alcé la voz.

No me lo pensé y la imité. Me incorporé decidida a taparle la boca, pero me tropecé en la arena y caí encima de ella, que se desestabilizó. Terminamos rebozadas en la arena, una encima de la otra. A Cari le dio un ataque de risa, mientras yo me lamentaba por el espectáculo que podían estar mirando los que teníamos cerca. Escupí arena con asco.

—Así me gusta, sin miedo —dijo y jadeé cuando me dio una palmada en la nalga… ¡Desnuda!

—Ay, mi madre —gemí, provocándole más risas.

—Ya puede ser bueno lo que me estás ocultando, Lola, porque no te ha costado nada separarte de la hamaca. —Me hizo un guiño.

—Te odio —dije cabreada. Obviamente, no era cierto, pero los nervios…

—Y también me adoras y me quieres. —Sonrió de oreja a oreja.

—Según el día y el momento —resoplé, y volvió a reír.

Me senté en la arena y suspiré aliviada cuando eché un vistazo rápido. La gente iba a lo suyo, no nos prestaba atención, y el hombre que me había puesto nerviosa ya no estaba en el mismo sitio. Las dos hamacas se encontraban vacías, y me contuve para no mirar hacia el agua. ¿Qué narices me pasaba? Agobiada y cabreada conmigo misma, me levanté sin importarme una mierda enseñar el trasero.

Rodé los ojos al escuchar el silbido de Cari, tomé mi copa y me dejé caer en la hamaca sin pudor alguno.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya estás tranquila para contarme qué te ocurre? —me preguntó risueña, antes de beber de su cóctel que había sobrevivido milagrosamente intacto.

En la caída habíamos desplazado su hamaca.

—Me he quedado como una tonta mirando a un hombre y… me ha pillado. Ya está. —Levanté una mano en el aire.

—Vaya…

—¿Qué? —Entrecerré los ojos.

—Nada, solo, vayaaa… —Apretó los labios—. Es interesante.

—Lo que es… joder, qué vergüenza. —Sacudí la cabeza—. Y para colmo me he comportado como una cría, en vez de enfrentarme a su mirada.

—Mmm… veamos.

—No empieces otra vez —solté un quejido.

—Eres tú la que estás armando mucho lío, yo soy la discreción personificada. —La miré sorprendida—. De acuerdo, solo a veces, muy pocas. —Rio con ganas—. Joder, chica, creo que… normal que se te haya caído la baba —dijo mirando en la dirección correcta.

—Mi baba está perfectamente —siseé.

—Pues la mía no, porque el hombre que acaba de salir del agua y se ha parado en la hamaca de delante… —Hizo una pausa en la que me mantuve con los ojos cerrados, para controlar la tentación de mirarlo yo también— Es nuestro turno.

—¿Eh? —Giré la cabeza hacia ella.

—Que nos toca darnos un bañito. —Me hizo un guiño.

—No voy a moverme de aquí —negué.

—¿Quieres que pruebe mis métodos para hacerte correr? —Sonrió con picardía—. Aunque será peor, porque mandaremos el glamur a la mierda.

—Eso lo tendrás tú, yo ya he dejado claro que soy una torpe —resoplé.

Capítulo 6



Lola

Tumbada bocarriba, notando cómo la piel me ardía, me giré un poco hacia el lado de Cari.

Hacía un buen rato que habíamos regresado del baño y, si os lo estáis preguntando, había ido sin más incidentes. Por suerte, cuando por fin me decidí a levantarme para ir al agua, no había rastro de los dos hombres. Fue un alivio y, por mucho que le pedí a Cari que aprovecháramos para mover de sitio las hamacas, no quiso complacerme.

La dejé por imposible y caminé ligera hasta el agua, con mi amiga a mi lado, satisfecha por mi actitud. Refrescarnos nos sentó de lujo y en el momento en el que regresamos a la hamaca también tuvimos el camino despejado, por lo que en cuanto estuvo a mi alcance me lancé a ella.

—Cari —la llamé.

—Mmm…

—¿No tendríamos que ir ya al chiringuito? Faltan pocos minutos.

—Relájate, hay tiempo —me pidió, sin intención de moverse.

—Pues vale —solté un suspiro y volví a ponerme bocarriba.

—Me llegan tus pensamientos hasta aquí. ¡Quieres parar! Disfruta sin estar pendiente del tiempo.

—¿Ahora me lees la mente?

—Siempre lo hago. —Rio—. ¿Se te ha pasado el efecto del último cóctel?

—¿Del último? Nos hemos bebido tres seguidos porque querías volver a la barra a hablar con tu camarero —me quejé.

—Pero el último lo ha hecho bien cargado —dijo con humor.

—Cuando intente levantarme, te lo digo. Con tanto calor no sé…

—Sería divertido llegar hasta el chiringuito como llegamos ayer al sofá. —Rio.

—Claro que sí, en eso estaba yo pensando, en arrastrarme por la arena —resoplé.

—No falta mucho para comprobar qué tal se nos da.

Me senté despacio, por el momento me fue bien porque no me mareé. Hubiera sido mejor que sucediera porque mis ojos traicioneros se dirigieron hacia donde tenían prohibido volver a mirar. Para mi sorpresa, me encontré de nuevo con la mirada del hombre. Estaba tumbado bocabajo, un lujo que yo no me había permitido. Con los brazos extendidos hacia arriba, pero cruzados a la altura de

la cara, mantenía la barbilla apoyada en las manos y la vista fija hacia delante.

Fue fugaz, no duró mucho tiempo. A él no le importó que lo pillara, pero terminó girando la cabeza para colocar la mejilla en las manos. Solté el aire de golpe y agarré la mochila para sacar el pantalón corto vaquero. Me lo coloqué rápido para ir al chiringuito.

—Yo estoy perfectamente —le dije a Cari.

Se tapó los ojos para mirarme y sonrió.

— No sabes cuánto me gusta oírte decir eso.

No le llevé la contraria porque, la verdad, desde ayer, mi amiga había conseguido, poco a poco, lo que me parecía impensable antes de nuestro reencuentro. Había vuelto a reír, a sonreír y a olvidarme de todo, aunque solo fuera por breves momentos. Era un gran milagro muy bienvenido. Sabía que tenía fecha de caducidad, pero por ahora quería exprimir al máximo esta sensación para seguir disfrutando junto a ella. El dolor no había desaparecido, ni la tristeza, ni la pena, pero me había permitido el lujo de minimizarlos un poquito gracias a Cari.

—Ya estás preparada —comentó incorporándose.

Asentí y me levanté, colgándome la mochila al hombro. Cari se ató un pareo a la cintura y me igualó. Nos pusimos las chanclas y dejamos las hamacas con las toallas, para pasar otro ratito en ellas después de comer, antes de irnos.

—¿Qué te apetece? —me preguntó.

—Cualquier cosa estará bien. —Volteó los ojos.

—La vez que vine con Leo nos pedimos una paella que estaba de lujo.

—Suena bien —asentí—. ¿Qué?

—Joder, que no te has quejado ni me has dicho: yo no tengo hambre —habló con retintín.

—Porque no es el caso. —Encogí un hombro.

—Diosss… ya tenemos el remedio para tu estómago. Si ya sabía yo que lo conseguiría —soltó un grito y levantó un puño en alto, apuntándose una victoria.

Negué mientras sonreía. Al llegar al chiringuito, la seguí hasta *su* camarero, le había adjudicado el posesivo. Después de una breve conversación entre los dos y de que Cari nos presentara, el chico llamó la atención de otro compañero y le pidió que nos llevara a nuestra mesa, advirtiéndole que nos lo pusiera todo por delante.

—Puedes tranquilizarte, no va a venir —dijo cuando ocupamos las sillas.

Giré la cabeza hacia ella, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿A quién te refieres?

—A nadieee… —Soltó una carcajada—. Y ese nadie, junto a su amigo que también está para ir barriendo la arena por delante de él, haciéndole el camino, hace un rato que ha regresado a la hamaca. Ya han comido.

—Ah, como si me importara —negué.

—Claro que sí, sigue creyéndote todo lo que dices.

El camarero apareció con la jarra de sangría que le había pedido Cari antes de irse.

—Empieza la diversión. —Me hizo un guiño, llenándome la copa.

—Miedo me da. —Sonreí.

—Tú bebe sin miedo, no tenemos prisa por irnos.

—Primero necesito comer algo si no…

—Chinchín. —Levantó su copa, ignorándome.

Cogí la mía sin rechistar y la imité, para después beber el primer sorbo. Cari vació casi la mitad, yo para empezar tuve bastante con mojarme los labios, los que me relamí. Estaba deliciosa: muy dulce y fría.

—Esto es orgásmico. —Jadeó, volviendo a beber.

—Estoy de acuerdo, aunque ya ni me acuerdo de la similitud.

—¿Eso ha sido una broma? —Agrandó los ojos, exagerando su reacción—. ¡Lo ha sido! ¡Ay, que te como toda la cara! —Rio al lanzarle mi servilleta de papel.

—Un detalle de la casa —interrumpió el camarero.

Levantamos la mirada hacia él, quien dejó en la mesa un plato de ensaladilla rusa y unas croquetas.

—¿De la casa o de mi amigo? —le preguntó Cari, coqueta.

—Del último —le confirmó el chico, con una sonrisa de medio lado.

—Mmm… gracias por la información, tendré que hacer algo al respecto. —Le hizo un guiño.

—Creo que él estará más que encantado con lo que se te ocurra. —Rio.

Al final pedimos una paella para las dos, después de que nos dijera que era una muy buena elección.

—Cuando volvamos a la hamaca será mi momento estelar, lo tengo todo preparado —dijo emocionada, tocándose la cabeza cuando nos quedamos solas.

—¿Y eso?

—Porque ha llegado el momento de enseñar mis encantos al completo. —Rio—. ¿Te animas?

—Eh, no —negué.

—Hoy me conformo con que lleves el tanga, el que por cierto, te hace un culito espectacular. —Sonrió de forma exagerada.

—Si tú lo dices… —Cogí la copa.

—Oye, vale que has perdido muchos kilos, pero no te sientan mal. Estás divina, aunque le pondremos solución. Al menos tienes que coger cinco kilitos. Lo tienes todo muy bien puesto, ya quisiera yo tener esas dos bolas. —Me señaló los pechos con el tenedor.

—Ni se te ocurra quejarte de las tuyas —dije divertida.

—Tranquila, les tengo mucho cariño después de tantos años. —Reímos—. El único problema es que la ropa se te ha quedado muy grande —habló pensativa—. Saldremos de tiendas, ya verás cómo te ves muy diferente con la talla correcta.

—No necesito ropa, me apaño perfectamente con la que tengo.

—Tampoco necesitas muchas cosas que te hacen daño y te empeñas en no soltarlas, así que, ¡a callar!

Lo hice para que no sacase el tema que no quería recordar en este instante. En esta ocasión no tuvo que decirme que comiera, lo hice por mí misma. La playa siempre me abría el apetito y hoy no fue diferente. El camarero nos trajo la paella quince minutos después y disfrutamos de ella como dos niñas pequeñas. Estaba deliciosa.

Nuestra conversación se centró en todos los planes que tenía Cari, los que se resumían en disfrutar al máximo. Se mostró eufórica por todas las posibilidades que teníamos por delante al volver a estar juntas, porque sí, me incluyó a mí también.

Saciadas y contentillas por la sangría, con la cuenta pagada, hasta el alquiler de las hamacas, nos despedimos de los camareros. Después de agradecerle al de la barra el detalle que había tenido, Cari le lanzó una mirada muy clara, señalándole hacia nuestras hamacas antes de alejarnos. Él asintió sonriente y ella no tardó en darle el regalo que le tenía preparado.

Cuando llegamos, me di cuenta de que los dos hombres de delante y sus hamacas habían desaparecido. Debido a ello me quité el pantalón con mucha tranquilidad y me tumbé, sonriendo al ver de reojo a mi amiga. Se deshizo del bikini lentamente, pieza por pieza,

hasta que se quedó desnuda, mirando hacia el chiringuito. Por la risilla que escuché, se quedó muy satisfecha con lo que vio desde la distancia.

Cerré los ojos, disfrutando de nuevo del sol. Notaba la piel tirante y me quemaba, pero era algo que solucionaría cuando volviera a encerrarme en mi piso.

—¿Te importa si te dejo un rato sola?

Giré la cabeza hacia ella, estaba sentada.

—No.

—¿Seguro? —Volteé los ojos.

—Ve —la animé porque solo había una cosa que podía separarla de mí.

—Es que me está esperando. —Señaló disimuladamente hacia atrás.

Dirigí la vista hacia allí y sonreí al ver al camarero de la barra fuera del chiringuito, a unos metros de él, apoyado en una mesa solitaria. Miraba hacia nosotras.

—Disfruta —le dije con un guiño.

—Ay, ¡he triunfado! —Soltó una carcajada y me reí con ella, por su risa contagiosa.

Se levantó de un salto y lo único que se puso para cubrirse fue el pareo de rejilla. Vamos, que no le tapaba nada. Se acercó a darme un beso en la mejilla y se alejó sin vergüenza, caminando

directamente hacia él. El encuentro prometía, es lo que distinguí en la mirada hambrienta del camarero que se recreó en el cuerpo desnudo de mi amiga.

Sola, me animé a darme un baño rápido. Me vino genial para refrescarme y espabilarme del sueño que me había entrado después de comer.

Pasada media hora, casi seca en la hamaca, pegué un brinco al sobresaltarme, haciendo reír a Cari.

—Lola, ¡qué momentazo he vivido! ¡La virgen! —Jadeó, tumbada sobre mí —. Me ha comido con la mirada y casi tengo un orgasmo sin sexo.

—Me alegro de que haya merecido la pena.

—La pena es la que tengo yo ahora por irme —dijo divertida.

—¿Unos minutos más?

—Claro —asintió, antes de darme un beso en la mejilla—. Voy a darme un bañito, me seco un poco y nos vamos.

—Perfecto.

—¿Te animas?

—Ahora no me apetece, me lo he dado cuando te has ido.

—Vale, enseguida vuelvo.

Se quitó el pareo lanzándolo a la hamaca y se fue al agua. Tal y como hablamos lo hicimos, cuando Cari regresó llamó a un taxi.

Tardaría unos quince minutos, tiempo suficiente para que se le sacase la piel y el pelo se le quedara húmedo, lo único que se había mojado al continuar desnuda.

Fue un día para el recuerdo, sobre todo para mí, porque significó muchísimo. Durante el trayecto en taxi nos quedamos adormiladas en los asientos traseros y en cuanto llegamos a mi piso, nos lanzamos al sofá, para descansar un rato. Al despertarnos, recogió sus cosas para irse.

—Llámame cuando lo necesites. Prométemelo, aunque creas que es una tontería —me pidió desde el rellano, agarrándome las manos.

—Lo haré. —Le sonreí.

—Mentirosa. —Volteó los ojos y apreté los labios—. Espero tener un día tranquilo mañana, para vernos. Te escribiré antes de venir.

—Tranquila, yo necesito…

—A mí, me necesitas a mí y te callas —me ordenó—. Cuídate, cariño —me susurró abrazándome—. Continúa como hoy.

—Lo intentaré —murmuré apretándola con los brazos.

Nos despedimos por última vez con la mano, antes de que desapareciera en el ascensor. Soltando un suspiro, cerré la puerta de mi piso de espaldas a ella e hice una mueca, observando el salón vacío. Todos los esfuerzos que había hecho se vinieron abajo y caminé sin ganas hacia mi habitación, para darme la ducha que necesitaba.

El silencio aplastante, al que estaba muy acostumbrada, no me sentó nada bien.

Capítulo 7



Lola

Suspiré mientras sostenía la taza de café entre las manos. De nuevo tenía la sensación de vacío, la misma que llevaba sintiendo durante todo el tiempo que hacía que no tenía a mis hijos, de la que solo logré desprenderme un poco en los días que había estado con Cari. Nuestro reencuentro me vino de maravilla, bendita aparición con la que, de algún modo, volví a sentirme viva otra vez, muy distinta, aunque llevara conmigo la sombra de mi tristeza y pena.

Había estado mensajeándome con ella un rato antes. Me escribió para contarme que al levantarse, se había encontrado con una notificación de Hacienda para una inspección a uno de sus clientes. Por ese motivo iba a estar muy liada, necesitaba estar concentrada y trabajando a destajo hasta el jueves, para presentar toda la documentación. En cuanto lo hiciera, se quedaría libre y entonces vendría el fin de semana a pasarlo conmigo.

En cierto modo, me hacía mucha ilusión ya que, aunque sin ganas, Cari me impulsaba obligándome a salir del túnel oscuro en el que me sentía atrapada, y en el que sobrevivía con el único pensamiento enfocado en mis hijos.

Dejé la taza en la mesa y, aunque no quería hacerlo para no recaer, no pude resistirme a coger el móvil para entrar en la página de Instagram de mi ex y de su nuevo capricho. Me faltó el aire de golpe y noté un pequeño mareo, cuando vi la nueva publicación que habían compartido la noche anterior. En ella habían subido varias fotografías en carrusel de una escapada a España. Sí, como oís, habían estado aquí y para colmo, en el hotel de una playa que estaba a cincuenta kilómetros de mi casa. Por supuesto, habían venido con los niños.

Observé detenidamente las fotos en las que salían mis pequeños. Las lágrimas que me anegaban los ojos me impedían ver bien, me nublaron la visión con el corazón encogido. Me dolió tanto leer el texto con el que acompañaban las imágenes, esas palabras solo podían venir de unas personas tan retorcidas como ellos.

A quién se le ocurriría poner el post diciendo: Escapada en familia. ¿En serio? ¿Familia? Así de fácil la habían formado a base del dolor ajeno y de arrebatarle a una madre sus derechos, para que otra ocupara su lugar sin pertenecerle, sin escrúpulos, haciendo el mayor daño posible.

La tristeza regresó a mí con fuerza, como si de un volcán en erupción se tratase, todo provocado por la desesperanza de volver a recuperar a mis hijos con plenitud, pero ¿cómo podría luchar contra alguien que estaba lleno de poder y que lo obtenía todo a base de comprar hasta a la propia justicia? En sus actos y en su manera de exponer a los niños de esa forma tan cruel se reflejaba la clase de persona que era.

El tono de una llamada me sacudió de mis pensamientos. Era mi madre, por lo que hice un gran esfuerzo para controlar la voz.

—Hola, mamá. ¿Qué tal?

—Hola, mi vida, bien. ¿Y tú? ¿Hoy vas a ver a Caritina?

—No, tiene mucho trabajo. Me ha contado que le ha surgido una inspección inesperada a unos clientes y debe solventarla. Estaremos juntas el fin de semana.

—Pues entonces te comento.

—Dime…

— Papá y yo queremos sacarte del piso para invitarte a comer en un restaurante de la playa. ¿Qué te parece la idea? Nos apetece mucho pasar el día contigo en la calle y viendo que tu amiga fue capaz de conseguirlo… ¿Por qué no lo íbamos a intentar nosotros?

—¿Envidiosos?

—Celosos, celosos —dijo con la risilla suelta.

—Claro, os espero.

—¿De verdad, hija? —preguntó emocionada, sin creérselo.

—Claro que sí, mamá. Además, lo necesito. Creo… creo que me vendrá bien —confesé porque no me fueron nada mal los dos días con Cari.

—¡Estupendo! En dos horas pasamos a por ti.

—Vale. Estaré preparada.

—Por cierto, mientras que llegamos ve a comprarte unos bañadores o bikinis, los que más te gusten. Luego te doy el dinero. Tienes una tienda muy mona en tu calle.

—¿Qué pasa, que Cari te ha puesto al tanto? —le pregunté con una pequeña sonrisa.

—No, hija, me contaste tú que tuvo que dejarte un bikini porque los tuyos no te servían.

—Es verdad —solté un suspiro.

—¿Vas a ir verdad? Y así luego nos damos un bañito en la playa.

—Sí, mamá. Voy a salir a comprarlos porque los necesito, me vendrá bien. Gracias.

—¡Y esta niña agradeciéndomelo todo! —dijo en alto, para que mi padre la escuchara bien. Apreté los labios— No escatimes, ¿de acuerdo? Déjate mimar un poco.

—Lo de poco voy a dejarlo pasar. —Carraspeé—. Tranquila. Avisadme cuando estéis llegando.

—Claro. Ahora nos vemos.

—*Ciao*, mamá. Te quiero.

—Nosotros a ti también.

No sabía ni cómo había aceptado tan rápido, pero lo había hecho. Primero, porque mis padres se lo merecían más que nadie, necesitaban verme avanzar, aunque fuese lentamente; y segundo, porque me habían ofrecido una buenísima opción para distraerme y no quedarme hoy encerrada en el piso, ahogándome en mi pena al pensar en la publicación que había terminado de desgarrarme por completo.

Era demasiado duro saber que mis hijos habían estado tan cerca de mí y que no había podido verlos, ni siquiera acercarme de algún modo, aunque fuera manteniendo las distancias. ¿Cómo y qué se hace cuando no se puede hacer nada y ya lo habías intentado todo? No me quedaba más remedio que intentar salir hacia delante, por desgracia, y, aunque me costara asumirlo, era la única posibilidad que me quedaba. Eso o seguir muerta en vida.

Estaba claro que la aparición de Caritina y que me empujara a salir, había marcado un antes y un después para mí en estos momentos tan oscuros y desolados. De ahí a que ahora me plantease el coger más aire e intentar reconstruir mi vida, aunque fuese un poco, porque plenamente jamás sería posible sin la presencia de mis hijos.

Me terminé el café que había dejado olvidado y me levanté para fregar la taza. Con la cocina recogida fui a mi habitación para vestirme. Me decidí por un pantalón corto y una camiseta de tirantes, con unas sandalias planas. El último paso fue recogerme el pelo en un moño alto y despeinado, para soportar mejor el calor.

En cuanto salí a la calle, el sol radiante se estampó en mi cara. Me puse las gafas de sol que saqué del bolso y me dirigí a la tienda que había comentado mi madre. Tenía unos bikinis y bañadores preciosos en el escaparate.

Frente a él, el primero que me llamó la atención fue uno en un tono rosita claro que tenía una flor blanca bordada en hilo en el centro del pecho. La braga era normal, parecía que cubría lo necesario y se veía cómoda. Nada de llevar el culo al aire.

Entré en la tienda y la dependienta me saludó enseguida con amabilidad. Le comenté mi intención de probarme el bikini del escaparate, del que le di los detalles, y alguno más de los que iba a

ojear por la tienda. Teniendo la información, me dijo que iba a buscar mi talla del rosa y se fue dejándome libre, para que empezara a mirar.

Recorrí con calma los expositores, hasta que encontré otro en color blanco que me encantó. Era elegante y también parecía cómodo, el tejido era una pasada. Tenía unos adornos en dorado en ambas tiras de la parte de arriba y un aro del mismo color a un lado de la braga.

Con dos tenía más que suficiente, tampoco iba a abusar porque los precios no eran bajos debido a la alta calidad de las prendas. Venían a salir como unos noventa euros cada uno, pero claro, eran de los que duraban hasta aburrirte.

Le llevé a la dependienta la percha del blanco porque no era mi talla, por lo que me pidió que fuese al probador con el rosa que me dio, mientras ella iba a buscármela. Me vi muy favorecida con ellos puestos, cómo cambiaba la cosa cuando se ajustaban al cuerpo, hasta se me escapó una risilla mirándome en el espejo. Salí muy convencida, directa a pagarlos, incluso ilusionada.

Mientras me cobraba, vi una preciosa falda tipo pareo de ganchillo en color blanco. Era otra monada y no pude resistirme a acercarme. Me imaginé con ella puesta sobre los bikinis tan monos y me dije que, para una vez que me animaba a comprarme algo en mucho tiempo, me merecía un capricho. Sabía que mis padres terminarían pagándomelo todo, como también que me felicitarían por la elección de las tres prendas. Hasta ahora había rechazado todo lo que me animaban a comprarme, siempre me decían que me dejara mimar.

Me dirigía hacia mi casa cuando el escaparate de Zara llamó mi atención y entré con la intención de hacerme con algunas camisetas de tirantes básicas que me hacían falta. En realidad, necesitaba de todo por la pérdida de peso, pero para ser el primer día en el que

me decidía a comprarme ropa, estaba muy bien. Di en la diana y terminé comprándome cuatro camisetas de diferentes tonos: rosa claro, color tierra, blanca y otra negra, esta última para mis días de luto. Me reí con ese pensamiento.

Pagué veinticuatro euros por ellas, toda una ganga que iba a usar muchísimo durante el verano. Sí, aunque me costara, había decidido que yo misma iba a obligarme a salir…

De vuelta en mi piso, en mi habitación, volví a mirarme en el espejo con el bikini rosa puesto, la falda pareo blanca y la camiseta nueva del mismo color. Sonreí al verme con mucho mejor aspecto.

Busqué unas sandalias monísimas de playa que nunca llegué a estrenar y que me compré en Italia. También eran blancas, con una tira fina cruzada por delante y luego atadas por cuerdas a los tobillos. Para más suerte, recordé que en la parte más elevada del armario tenía un capazo rosa de TOUS que era una monería y que venía ideal para la playa. El último complemento que conjuntaba a la perfección. Iba que parecía una 'cayetana'.

Estaba guardando en el interior todas las cosas que iba a necesitar, cuando mi madre me avisó de que estaban llegando. Entré rápido al baño para retocarme el moño y al salir me colgué el capazo al hombro y me puse las gafas de sol, caminando hacia la puerta. Apedreada, pero no muerta. Era algo que me había costado mucho aceptar y entender.

Capítulo 8



Lola

Las caras de mis padres en cuanto me vieron me llenaron de emoción y me reafirmé en que aquello era lo correcto. Se les dibujó una enorme sonrisa en la cara, y mi madre, conmovida, se llevó las manos al pecho. El coche estaba aparcado en una zona en la que no molestaba y salieron a saludarme. Entre abrazos y besos llenos de amor, no escatimaron en llenarme los oídos de piropos.

Nos dirigimos hacia una playa que estaba en otro pueblo y que a mis padres les encantaba, ya que había un restaurante de marisco que estaba entre sus favoritos. Además, era parte de un *Beach Club* que incluso tenía su propia piscina frente al mar.

Habían reservado una cama balinesa que incluía dos hamacas al frente, una mesa central de madera que era una chulada y una sombrilla para protegernos del sol, que por el momento continuaría plegada. Disponíamos de todo lo necesario para pasar un día increíble, relajante y con la mejor compañía posible.

En cuanto nos acomodamos y nos quedamos en trajes de baño, con nuestras cosas agrupadas a un lado, pedimos una botella de vino que un camarero nos sirvió en una cubitera con hielo y tres

copas. Como era de esperarse, mi padre aprovechó para dedicar unas palabras antes del brindis.

— Por un día hermoso, por muchos más, y por el inicio de muchas sonrisas en tu rostro, hija —me dijo con cariño.

—Gracias. Os quiero. —Les sonreí—. Tres copas como esta y me veis montando una fiesta —bromeé.

—Ve pidiendo otra botella, cariño —le animó mi madre en broma al verme tan dispuesta, lo que nos hizo reír a los tres.

Después de unos minutos, dejé a mis padres sentados en la cama y me fui hacia la piscina infinita para soportar mejor el calor. Era un lugar precioso, con islotes en su interior y palmeras alrededor. Una vez dentro, apoyé la copa sobre el borde y me quedé ahí. Me sumergí para que el agua me cubriera hasta los hombros y disfruté de los rayos del sol, mientras escuchaba la música suave que embriagaba el momento.

Con los ojos cerrados y con la cara hacia arriba, pasé bastante tiempo sin moverme, hasta que decidí que era una pena que el vino se calentara. Justo cuando me incorporé y giré para agarrar la copa, me quedé sin respiración.

¡Mierda! Ese fue mi primer pensamiento, al encontrarme de frente con una mirada que se encontraba bastante cerca de mí. No podía ser, tenía a mi lado, separado por un par de metros, al mismo hombre que llamó mi atención y por el que pasé vergüenza en la cala a la que fui con Cari.

Acercó su copa a los labios, sin apartar los ojos de mí. Su expresión era seria, y por unos momentos no supe qué pensar, hasta que, a través del cristal, vi cómo esbozaba una sonrisa. Esperaba

que con el sol que me había dado en la cara, no se notara el calor que sentí cuando le devolví la sonrisa.

Para mi sorpresa, empezó a acercarse a mí.

—Brant — dijo, extendiendo la mano.

—Lola, me llamo Lola —respondí, dándole la mía, mientras me maldecía por el tono tan tonto que utilicé.

— Creo que es la segunda vez que coincidimos, la primera fue en la playa hace unos días —comentó con seguridad, aunque su duda era fingida. Me había reconocido perfectamente, igual que yo a él.

—Tu cara me suena. —Intenté disimular, avergonzada—. No eres de aquí, ¿verdad?

Otro comentario tonto porque su acento al hablar lo delataba.

—Soy alemán. —Sonrió, antes de vaciar su copa.

—¿Estás de vacaciones?

—Sí, por un mes voy a disfrutar de vuestro clima y playas.

—Pues bienvenido —respondí sonriendo, mientras me recriminaba lo tonta que estaba actuando.

—¿Sola? —preguntó, interesado.

—No, con mis padres. —Señalé hacia ellos.

Fue una coincidencia que en ese momento nos estuvieran mirando. Saludaron hacia nosotros y Brant no dudó en sonreírles,

devolviéndoles el saludo.

—Se ven muy simpáticos —murmuró con ese acento que me causaba mucha gracia.

—Sí, lo son.

—¿No tengo nada que temer, verdad? —Elevó las dos cejas.

—En absoluto. —Me reí nerviosa.

—Entonces me quedo más tranquilo.

—Claro. —Sonreí—. ¿Estás solo? —le devolví la pregunta, a sabiendas de que en la playa lo vi con otro chico.

—Aquí en el club, sí. En el apartamento en el que estoy alojado está mi hermano. Es unos años más joven y con el que me viste en la playa. —Dejó claro de nuevo de qué nos conocíamos, como si yo no lo supiera, otra cosa es que me hiciese la despistada.

—¿No se animó a venir al club?

—No era una opción. Se levantó un tanto indispuesto. —Se tocó la barriga.

—Pobre. Comería algo que le sentaría mal.

—Sí, pero él sabe lo que tiene que hacer. Es médico. —Carraspeó y alzó la ceja.

—Ah, bueno, entonces se recuperará más rápido.

Di un pequeño respingo al escuchar la voz de mi madre a la espalda. Levanté la cabeza hacia ella, encontrándome con su sonrisa radiante y con la botella de vino que tenía en la mano.

—No vengo a molestaros, solo a rellenaros las copas. Por cierto, me llamo Elena. —No perdió la oportunidad de presentarse, mientras se agachaba para verter el vino en la mía.

—Encantado, Elena. Soy Brant. —Estiró la mano desde la piscina y ella le dio un apretón.

—Por tu acento no pareces de aquí —le dijo, quitándole la copa de la mano como si lo conociera de toda la vida.

—Es de Alemania, mamá. Lo conocí en la playa cuando fui con Cari y hemos coincidido hoy por casualidad —le expliqué de aquella manera para no entrar en muchos detalles.

—Efectivamente, soy alemán —confirmó sin perder la sonrisa—. Gracias —dijo al coger la copa rellenada que le devolvió mi madre.

—Bueno, seguir charlando, que yo regreso con mi novio. —Señaló hacia mi padre causándonos una risilla y se alejó de nosotros.

—¿No están casados?

—Sí. —Me reí—. Ella que lo llama de mil maneras. Llevan juntos toda la vida.

—Se ve buena persona y muy simpática. Como tú.

—Vaya, gracias. —Noté cómo volvía a tener mucho calor—. Tú, para ser alemán, también eres muy simpático.

—¿Acaso los alemanes no lo somos? —Carraspeó llevándose la copa a los labios.

—No, no quise decir eso. —Otra vez roja como un tomate y con una risa de lo más nerviosa.

—¿Entonces? —Aguantó la sonrisa mientras esperaba una respuesta.

—Eres el primero que conozco, pero siempre he escuchado que los alemanes son un tanto secos, serios y muy cuadriculados.

—¿Puntuales y organizados?

—También. —Le señalé con el dedo mientras sujetaba la copa y me ladeaba, riéndome—. Ah, y bastante celosos de su vida privada.

—Puede ser…

—Ya no digo nada más. —Me eché la cremallera en la boca y se le escapó una gran sonrisa.

—Puedes hablar sin miedo, es interesante saber de primera mano qué piensan de nosotros en otras partes del mundo.

—Como si no lo supieras. —Me reí incontrolablemente, dado que no dejaba de causarme una revolución de mariposas en el estómago.

Notaba las piernas temblorosas debajo del agua, por lo que me agarré disimuladamente al borde de la piscina.

Su risa me sorprendió, y el tono de su voz encajaba tan bien que creaba un ambiente de tensión y seducción que solo alguien como él

podía provocar.

No era lo único que me asombraba. Mis reacciones me tenían alterada, las mismas que había llegado a pensar que no volvería a vivir. Después de mi experiencia traumática, de mi dolor, rabia y tristeza, para mí era impensable volver a sentir una atracción fuerte hacia un hombre. Eso precisamente es lo que me pasó desde el primer momento con Brant, cuando él todavía no me había visto. Y cuando sucedió, cuando nuestras miradas se cruzaron… ¿Por qué a mí, señor?

No podía ser más guapo y atractivo. Sus facciones eran perfectas, sensuales, varoniles y de lo más provocadoras. Conseguía que me olvidase hasta de mi apellido. Evité mirar hacia su pecho mojado por el agua, eso ya era un pecado y corría el riesgo de que la poca estabilidad que tenía en las piernas me fallara.

Brant señaló a mi espalda, con gesto divertido. Me giré para ver a mi padre acercándose a nosotros. Nos saludó y aprovechó para presentarse, antes de lanzarse a la piscina para darse un baño. Cuando salió, no perdió la ocasión para ofrecerle a Brant que comiese con nosotros, comentándole que había encargado una paella. Para mi sorpresa, de nuevo, iba de una a otra, Brant no dudó en su respuesta y aceptó encantado y agradecido, e incluso noté un poco de emoción en su voz.

Cuando volvimos a quedarnos a solas, estuvimos charlando un rato más a remojo, sobre los lugares de alrededor. No interiorizamos en nuestras vidas, lo que agradecí para no romper la magia del momento que estaba viviendo.

Al salir de la piscina para comer, Brant se dirigió a coger sus cosas de la hamaca, momento en el que aproveché para comentarles a mis padres que él no sabía nada de mi vida. Eran muy prudentes, pero por si acaso preferí advertirles. No me apetecía hablar en estos

momentos, aunque fuese de pasada, de todo eso que me causaba tanto dolor.

Cuando se unió a nosotros se sentó a la mesa y me hizo un gesto afectivo con su mano en la pierna. No me ahogué con el trago de vino de milagro. Se me subió la sangre a la cabeza de golpe y es que cualquier gesto que viniese de él, a mí me alteraba los nervios.

En la mirada de mi madre y en su sonrisa contenida pude comprobar que se había dado cuenta del color que habían cogido mis mejillas.

—¿Estás en nuestra tierra disfrutando de unas vacaciones o por trabajo? —le preguntó mi padre, mientras le servía vino en la copa.

—He venido de vacaciones con mi hermano, estaremos un mes.

—Oh… si está por aquí solo, puede comer con nosotros también —dijo mi madre, observando la zona de la piscina.

—Gracias, pero hoy no me ha acompañado. Se ha quedado descansando en el apartamento —le contestó sin entrar en los detalles.

—¿Os ha gustado todo lo que habéis descubierto hasta ahora? —Volvió al ataque mi padre.

—Mucho: el clima, las playas, el ambiente y el carácter de la gente.

Al decir lo último, hizo hincapié en lo de «carácter», mirándome de reojo con una media sonrisa. Lo remarcó muy sutilmente por lo que le había dicho que caracterizaba a los alemanes. Nerviosa todavía, lo

que dudaba que pudiese controlar hasta que él no se fuera, le devolví el gesto sonriente.

Capítulo 9



Lola

Disfrutamos junto a Brant de una comida y una conversación muy amena, y tras esta, él se despidió, ya que quería ir a reunirse con su hermano al apartamento. Cuando pensaba que ya no volvería a verlo más, salvo otra coincidencia entre nosotros, me sorprendió pidiéndome el número de teléfono. Se lo di y me hizo una llamada perdida, para que yo tuviese el suyo.

¿Significaba que estaríamos en contacto? ¿Él quería que sucediera? ¿Me pediría que volviésemos a vernos en algún momento de sus vacaciones? ¿O simplemente me había pedido el número para tener el contacto de una persona conocida en un país extranjero, por si les pasaba cualquier cosa?

Indecisa y con muchas dudas porque no hablamos delante de mis padres de lo que significaba, lo vi alejarse de nosotros. Un carraspeo fuerte me hizo colocarme bien sentada, quedándome frente a mis padres. Me los encontré con una gran sonrisa en los labios y no pude evitar ponerme roja otra vez.

—Parece un gran hombre —comentó mi madre—. Muy educado y simpático. Me ha gustado.

—A tu hija también —dijo con humor mi padre.

—Ay, cariño. Yo te quiero mucho, te amo, pero si tuviera la edad de la niña, ya le habría besado los pies a Brant, como poco. —Rio.

—Si no me conocieras, ¿no? —Elevó una ceja mi padre, con gesto divertido.

—Mmm… contra ti ninguno tiene nada que hacer. —Le hizo un guiño, mientras le hacía un repaso a su cuerpo con descaro—. Pero no me negarás que un cuerpo como el de Brant, con esa cara y…

—Vale, vale… déjalo, ya que la vamos a tener —la cortó mi padre y tuve que reírme. Se unieron a mis risas.

—No sabes lo felices que somos hoy. —Se dirigió a mí mi madre.

—Claro que lo sé. —Les sonreí—. Siento muchísimo haberos preocupado tanto, por el sufrimiento que os he hecho pasar. Gracias por ser mi apoyo incondicional, por nunca soltarme de la mano. —Tragué saliva con dificultad.

—Ay, que voy a llorar. —Mi madre se tapó la boca con las manos.

—Mejor bebamos —intervino mi padre. Me hizo un guiño mientras rellenaba las copas de vino y añadió… —. No tienes que agradecernos nada, desde antes de que nacieras, desde que supimos de tu existencia en la barriga de tu madre, te convertiste en nuestra prioridad, hija. Tu dolor es el nuestro, al igual que la felicidad.

Me levanté para acercarme a ellos y nos dimos un abrazo los tres, emocionados por muchos motivos.

—Vamos, amores, la cama «balinisa» nos espera. Cabemos los tres —dijo mi madre.

Sonreí al verla tan animada, hacía tanto tiempo…

—Balinesa, mamá —la corregí divertida.

—No te molestes, dentro de unos minutos volverá a darle el nombre que le apetezca. —Rio mi padre.

—Es una cama grande y punto. ¡Qué forma de complicarse la vida! —Bufó ella.

Riendo, nos trasladamos hasta allí y nos acomodamos. Yo me animé a darme un baño rápido, para soportar mejor el calor. Mi padre abrió la sombrilla e hizo sombra en la parte en la que iban a estar él y mi madre. Cuando me reuní con ellos, me tumbé a un lado, cerrando los ojos, disfrutando de la sensación del sol, acariciándome la piel mojada.

Pasamos un día estupendo, el que finalizamos yendo a la playa donde nos dimos el último baño. Me despedí de ellos sobre las siete de la tarde, cuando mi padre paró el coche frente a mi edificio.

—Descansa, cariño —me pidió mi madre.

—Lo haré. Vosotros también. Tened cuidado.

—Tranquila. —Me sonrió mi padre.

Después de abrazarnos y darnos besos, me bajé del coche y me dirigí a la puerta de mi bloque. En cuanto entré en mi piso, fui directa a mi habitación, al baño para darme una buena ducha.

Notaba la piel tirante, me había quemado un poquito, pero no en exceso.

Al salir, me dejé el pelo mojado y me puse un pijama de pantalón muy corto y camiseta de tirantes. Vacié el capazo, dejé el bikini escurriendo en la bañera después de lavarlo y llevé la ropa que me había quitado al lavadero. Con todo hecho, me acomodé en el sofá con el aire acondicionado y desbloqueé el móvil, para escribirle un mensaje a Cari.

Lola: *Hola, ¿cómo te ha ido el día? Yo hace un rato que he vuelto al piso, he estado con mis padres desde por la mañana. Hemos ido al «Beach Club» al que les gusta ir a comer al restaurante de marisco. Lo he pasado muy bien entre la piscina y la playa. ¡¡No vas a creerte a quién he visto, con quién he coincidido!!*

Esperé su respuesta, pero me reí cuando me llamó por videollamada.

—Joder, ¡qué color más bonito has cogido! —dijo sonriente, al verme.

—Sí —asentí.

—Me alegro mucho de que te lo hayas pasado tan bien, aunque me has dado envidia. —Hizo un puchero.

—El fin de semana podemos ir —le propuse.

—Apuntado. —Dio una palmada.

—Esta mañana, antes de que llegaran mis padres, mi madre me ha pedido que fuera a comprarme unos bikinis. Tengo dos nuevos, son preciosos, y una falda pareo también.

—Ay, Lola, cómo me gusta verte así, escucharte. —Agrandó los ojos—. ¡Te ha venido estupendamente para no enseñar más el culo! —Nos reímos—. Ahora ve a lo importante, ¿con quién te has encontrado allí? —Acercó la cara a la pantalla y apreté los labios.

—¿Te acuerdas de los dos hombres que vimos en la cala? ¿Los que se pusieron por delante de nosotras? —Carraspeé.

—Mmm… ¿Te refieres a los dos tíos *macizorros* que te pusieron como una moto revolucionada?

—No me fijé en los dos. —Jadeé.

—Pues más tonta fuiste porque estaban… —Se mordió el labio inferior—. Pero supiste elegir muy bien —dijo con picardía—. ¿En serio estaban en el mismo sitio?

—Solo… solo uno. El que me puso nerviosa.

—¡Aaah…! ¡No me lo puedo creer!

—Se ha acercado a mí. —Sonreí con timidez.

—¡Qué bien me cae ese tío! —Rio con ganas.

—Supongo que me vio en la piscina y… bueno, el caso es que cuando me he dado cuenta estaba a mi lado en el agua, manteniendo un poco de distancia con una copa en la mano y mirándome fijamente.

—¡Oh, joder! ¡Esto se pone interesante!

—Lo ha sido —asentí—. Hemos empezado a hablar, él me ha recordado que nos vimos en la playa, yo me he hecho un poco la tonta porque estaba muy nerviosa, pero al final le he dejado claro que también lo recordaba de ese momento, cuando mi madre se ha acercado a nosotros para rellenarnos las copas de vino.

—¡Adoro a Elena! —Dio varias palmadas.

—Yo también. —Reímos—. Una cosa ha llevado a la otra y al final mi padre, que también ha venido hasta donde estábamos, le ha invitado a comer con nosotros.

—¡Qué fuerte! —Jadeó—. ¿Y ha aceptado?

—Sí, y cuando hemos terminado de comer, me ha pedido el número de teléfono ante de irse. —Me moví nerviosa en el asiento del sofá.

—¡¡No!! ¡¡Ay, mi Lola, que has triunfado!!

—Tanto como eso…

—¡Cállate! —Rio.

—Es alemán y se llama Brant. Está de vacaciones aquí por un mes con su hermano, el otro hombre con el que estaba en la playa.

—Joder, ¡es ideal para echar unos buenos polvos!

—¡¡Cari!!

—Ni Cari ni pepinillos en vinagre, lo que es, es. A mí no me engañas, mírate, lo estás deseando —dijo con una sonrisa traviesa.

—No creía que yo…

—¿Qué volverías a sentir? ¿Qué te ilusionarías de nuevo? ¿Qué te palpitaría todo por un hombre? Cariño, ¡que eres joven! Anda, que no te quedan años para darle alegrías a tu cuerpo. —Me hizo un guiño—. Joder, qué rabia, me lo he perdido todo. —Bufó.

—¿Cómo te ha ido con el trabajo?

—Hasta las narices estoy, pero un día menos para terminar con los dolores de cabeza —soltó un suspiro—. No me cambies de tema. ¿Habéis quedado en escribiros o llamaros?

—No, mis padres estaban delante. No sé qué pensar, pero tengo su número grabado. —Me encogí de hombros.

—En estos casos no hay que utilizar la cabeza. —La movió negando—. Te lo digo yo, se trata de lanzarte a hacer lo que quieres.

—Me da vergüenza. —Hice una mueca.

—¡La madre que te parió, que a gusto se quedó! —Volteó los ojos.

—No voy a hacer nada si no recibo algo de él.

—No tengo ninguna duda de que lo tendrás. —Sonrió de medio lado—. Ha salido de él lo del intercambio de números, ¿no? —asentí — Pues ya está, cuando menos te lo esperes: zascaaa…

Mientras ella se reía y hablaba del giro tan importante que había dado mi vida, fui a la cocina a prepararme algo para cenar. La piscina y el mar me habían abierto el apetito, al mediodía me había comido la paella con ganas, y la cena iba por el mismo camino.

Cari no dijo nada, pero vi la satisfacción que le provocó verme prepararme un sándwich alto, de varias capas, con todo lo que encontré en la nevera. Con el móvil apoyado en la encimera, nos hicimos compañía, incluso para cenar de vuelta en el salón. Colgamos la videollamada un tiempo después de terminar las dos de cenar, momento en el que me fui a la habitación para meterme en la cama, con un montón de sensaciones nuevas inesperadas.

Tumbada bocarriba, centré todos mis pensamientos en recordar el día que había pasado, para no recaer en los tristes y desesperados. Sin darme cuenta, me encontré sonriendo hacia el techo, pensar en Brant era… volví a sentirme alterada y me giré para quedarme de lado. Cerré los ojos, pero, aun así, vi las imágenes perfectas que había memorizado.

Sus gestos, sus sonrisas, su expresión cuando hacía un comentario con doble sentido, sus miradas de reojo y en las que me observaba fijamente… Su cuerpo definido, el que era un pecado ver en bañador, todo en él era para admirar y que te dejara loca.

Capítulo 10



Lola

El sol de la mañana se colaba con fuerza por una pequeña rendija de la persiana. Me acosté tan ida por todo lo que sentía, que olvidé asegurarme de que estuviera completamente bajada.

Mi primer pensamiento fue para mis niños, como cada mañana les di los buenos días entre susurros, con los ojos cerrados. Luego salté a él, a Brant. La mezcla de sentimientos contradictorios me dejó un sabor agridulce un tanto extraño.

Me levanté de la cama, con la necesidad de un café. Fui un momento al baño y me dirigí a la cocina, para preparármelo. En cuanto entré y miré el reloj que tenía colgado en la pared, me di cuenta de algo que hacía mucho tiempo que no sucedía. Eran apenas las ocho de la mañana. ¿Desde cuándo madrugaba? Ya ni me acordaba de la última vez que me desperté tan temprano.

Cuando me hice el café fui al balcón para tomármelo. Me senté en una silla, sujetando la taza con ambas manos, mientras me impregnaba del airecito de primera hora de la mañana. Se estaba de lujo por el momento. De nuevo me di cuenta de un nuevo cambio, de una sensación que no era habitual en mí. Y es que, en este

instante, podía respirar bien. El aire me entraba con normalidad, como hacía muchos meses que no me pasaba.

Tenía la impresión de estar despertándome de algún modo. Me sentía diferente, con ganas de vivir, aunque siguiera con un dolor desgarrador en mi corazón. Pero notaba que me sentía más viva, con más fuerza, aunque todavía me quedara mucho camino por recorrer.

¡Y tenía hambre! Otra gran sorpresa que me llevé porque pensé que lo de ayer fue por pasar el día a remojo. Me tomé el café con calma, saciando un poco al estómago y cuando me lo terminé, entré al piso para dejar la taza vacía en la cocina y dirigirme a la habitación.

No dudé en ponerme un vestido fresquito veraniego para ir a la panadería. Se me hizo la boca agua al pensar en el pan recién horneado, crujiente por fuera y jugoso por dentro. Más cosas que añadir a mi lista de novedades, cuando salí del piso y bajé a la calle. Tenía una panadería a unos metros, por lo que no tuve que caminar mucho.

Saludé a la chica que estaba atendiendo detrás del mostrador y le pedí dos barras, con la intención de congelar el pan que me sobrara. No me contuve cuando añadí unos cruasanes pequeños de chocolate, tenían una pinta estupenda. Debía aprovechar la buena racha que estaba teniendo, en el sentido de las ganas de comer, porque quizá solo fuese momentánea.

De regreso al piso, arranqué un pellizco al pico de una barra y me lo comí subiendo en el ascensor.

Justo estaba atravesando la puerta de la cocina cuando escuché el sonido de una notificación. El móvil continuaba en la mesa baja de enfrente del sofá, donde lo dejé después de colgar la videollamada

con Cari. Fui a la cocina a colocar la compra sobre la encimera y volví al salón a por él.

Daba por hecho que era mi amiga, pero qué equivocada estaba… agrandé los ojos y el teléfono tembló en mis manos, cuando vi de quién se trataba.

—Joder, me ha escrito —susurré, incrédula.

Nerviosa, pulsé encima de la notificación.

Brant: *Buenos días, Lola. ¿Guardaste mi número? Por si acaso, soy Brant. Te espero a las nueve de la noche en el restaurante de la playa de la torre. ¿Sabes cuál te digo? Si necesitas más detalles, házmelo saber. No, no hace falta que me confirmes ahora si irás o me dejarás esperándote. Para bien o para mal, me gustan las sorpresas. He reservado una mesa para dos.*

—Ay, ay… —empecé a decir, más nerviosa todavía— No me lo puedo creer.

Después de releer el mensaje varias veces, sin dar crédito a que un día después supiera de Brant, llamé a Cari.

—Hola, preciosa —me saludó en cuanto descolgó.

—Hola, ¿cómo va?

—¿Qué te pasa?

—Si casi no he hablado… —Me levanté del sofá para ir a la cocina.

—Lo suficiente para detectar que te ha temblado la voz —me aclaró—. ¿Te has despertado desanimada? Ayer estabas…

—Eh, no. Todo lo contrario, hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—¿Entonces?

—Me acaba de escribir Brant. —Pellizqué otro trozo de pan y me lo llevé a la boca. A este paso era lo único que iba a desayunar.

Se quedó en silencio, no escuché nada al otro lado de la línea. Era muy raro en ella.

—¿Cari?

—Espera, espera… ¡qué lo estoy procesando! —Alzó la voz— Joder, ¡qué no ha tardado ni veinticuatro horas en escribirte! Si es que lo sabía, ¡qué fuerte! ¿Qué te ha dicho? ¿Le has respondido?

—¿Te he interrumpido mucho en el trabajo?

—¿Quién se acuerda ahora de eso? Yo no, te lo aseguro. Desembucha yaaa…

—No le he contestado, por lo que me ha puesto, no creo que lo espere.

—¿A qué te refieres?

Le leí el mensaje para que lo entendiera. Al menos yo lo había interpretado así, con lo que me había puesto de que no hacía falta que le confirmara si iría a la cena, y con lo de que para bien o para mal, le gustaban las sorpresas.

—¡¡Lola!! —gritó.

—¿Qué? —También alcé la voz.

—Primero, no. Tienes razón, te ha dejado claro que no quiere una respuesta anticipada. Te está dando tiempo para que te lo pienses bien. Oh, ¡qué mono! Encima de buenorro, atento, la virgen. —Hizo una pausa para coger aire, después de hablar de carrerilla—. Sabes qué restaurante es, ¿verdad?

—Sí —respondí con tanta ansiedad que volví a comer otro trozo de pan.

—Perfecto. Dame una hora y estoy ahí.

—¿Vas a venir con todo el trabajo que tienes? —Me sorprendí.

—Por supuesto, no voy a dejarte sola en una ocasión tan especial como esta. Me he despertado de madrugada, antes de que me sonara el despertador, por lo que ya he adelantado mucho. Aunque vuelva a ponerme a trabajar al final de la tarde, conseguiré terminar hoy —me explicó animada.

—Me alegro.

—Gracias, cariño. Prepárate para cuando llegue, voy a refrescarte la memoria en lo que a citas importantes y picantes se refiere.

—No hace falta.

—Ya te digo yo que sí, tiene que salirte bordada. —Volvió a alzar la voz.

Ella estaba entusiasmada, eufórica e histérica. Yo tenía tantos nervios que no podía exteriorizar cómo me sentía.

—Porque vas a ir, ¿verdad? ¿No se te habrá pasado por la cabeza rechazar la invitación y dejar al pobre hombre cenar solo? —Jadeó ante la posibilidad.

—Quiero ir —le confirmé—. Aunque estoy atacada y no sé si es una locura, no me he planteado negarme.

—¡Me encanta!

—Ya me he dado cuenta —dije con humor.

—Voy a darme una ducha rápida y salgo.

—Ten cuidado. Yo voy a desayunar —comenté mirando todo lo que le faltaba a la barra de pan—. Creo —añadí.

—Aliméntate bien porque esta noche debes tener fuerzas.

Con esas palabras me colgó. Negué con la cabeza, sonriendo, y volví a entrar en el mensaje de Brant.

Iba a verlo de nuevo, tan solo unas horas después de la última vez. ¿Esto estaba pasando? ¿Cómo se había fijado en mí? A ver, no es que me infravalorara, pero es que… bueno, teniendo en cuenta que lo que se llevaba por dentro no se veía, por suerte.

Dejé el móvil en la encimera y me puse a prepararme una tostada pequeña con otro café. A estas alturas no tenía mucha hambre, entre la novedad inesperada, los nervios por encontrarme con Brant otra vez, y todo el pan que había comido… pero Cari tenía razón, necesitaba comer bien.

Me había costado reaccionar para darme cuenta y no iba a desaprovecharlo ahora que mi estómago empezaba a aceptar la comida.

Coloqué los cruasanes en un plato y me comí uno, mientras colocaba una loncha de pavo encima de la tostada. Comí y bebí de pie en la cocina, inquieta, y al terminar, me preparé otro café, para tomármelo en el balcón mientras esperaba a Cari.

Solo me dio tiempo a darle un par de sorbos al café cuando me sonó una llamada. Era mi madre.

—Hola, mamá —la saludé al descolgar.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te has despertado? ¿Has dormido bien?

Sonreí, porque nunca dejaba de preocuparse, a pesar de todo el dolor que compartía con mi padre: por mí y por sus nietos.

—Como un bebé, el día de ayer me dejó agotada.

—Me alegro. Nosotros también. ¿Tienes algún plan para hoy?

—Mmm… a esta hora sí. Y eso que me he levantado sin ninguno.

—¿Cari ya está más libre con el trabajo?

—Más o menos. He hablado con ella hace unos minutos, dentro de un rato la tengo aquí.

—Me encanta —dijo animada.

—Y a mí. —Carraspeé—. Mamá…

—¿Sí?

—También tengo plan para esta noche.

—¡Sois unas juerguistas! —Rio y sonreí.

—No es con ella.

—Un momento… ¿Entonces con quién vas a salir? —Alzó un poco la voz, como si hubiera encajado las piezas de golpe.

Yo no lo habría hecho, pero mi madre era un caso aparte. Mi padre siempre decía que ella iba por delante de nosotros varios pasos.

—Me ha escrito Brant para invitarme a cenar. —Me mordí el labio inferior.

—Ay, hija. —Sonó emocionada—. Eso me encanta más, de una forma muy diferente.

—No me lo esperaba, yo…

—Tu padre y yo vimos ayer cómo te miraba y te hablaba, Lola. Hay cosas, reacciones, que no se pueden disimular ni pasar por alto. A ese hombre le gustas de verdad.

—No sé si estoy preparada, me da miedo que…

—Para —me pidió, cortándome—. Solo vas a ir a una cita, a cenar con una estupenda compañía. Vas a disfrutar, no tienes que estar preparada para eso, únicamente tienes que dejarte llevar. Eso sí, dime dónde cenaréis para saberlo, a ver si ese hombre es un encantador de serpientes y…

—No pienso decirte dónde me espera, porque os presentaréis en el restaurante. —Me reí.

—¡Qué poca consideración tienes con unos padres que se preocupan por el bienestar de su hija! —Jadeó, haciéndose la indignada.

—En eso no tengo ninguna, que os conozco —negué—. Bastante nerviosa estoy y estaré, como para veros aparecer allí.

Estuvimos un buen rato hablando, mientras me tomaba el café. Entre Cari y mi madre, mi emoción fue aumentando, cuando empecé a controlar un poco los nervios.

Mi amiga llegó cuando hacía unos minutos que había colgado la llamada con mi madre. En cuanto le abrí la puerta, no supe si reír o llorar, al ver su expresión.

—¡Ya está aquí tu salvación! —gritó y me abrazó con fuerza.

—Como si se me hubiera olvidado cómo va una cena y comer… —negué con diversión.

—No me hagas hablar de que, hasta hace unos días, más concretamente hasta que regresé y llamé a tu puerta, tus costumbres no eran…

—Vale, vale… —la corté porque tenía razón. Mejor no entrar en ese tema.

—Vamos a hablar seriamente de todas las posibilidades que te encontrarás esta noche. —Me hizo un guiño.

Me agarró de la mano y me llevó hasta el sofá. Le ofrecí un café, pero lo rechazó. Solo le interesaba comentar lo que sucedería con Brant por la noche.

La escuché atenta, entre divertida e histérica, así me puso conforme no dejaba de saltar de un tema al otro. Cuando llegó la hora de la comida, preparamos una tortilla de patata y una ensalada, las que nos comimos en el salón.

Saciadas y satisfechas, nos tumbamos en el sofá para echarnos una siesta. Al despertarnos, Cari se quedó un rato más, en el que merendamos unos cruasanes con unos cafés.

Bien entrada la tarde, nos despedimos en el rellano. Según ella, se iba conforme porque yo había aprendido todas sus lecciones; según yo, iba a hacer lo que me diera la gana en todo momento. Lógicamente, no se lo dije, lo pensé.

Le agradecí que hubiese aplazado el trabajo por mí mientras la abrazaba, y una vez que me quedé sola, el silencio que me rodeó no cayó sobre mí como una losa.

Animada, a pesar de los nervios, me dirigí a la habitación para darme una ducha.

Capítulo 11



Lola

El sol comenzaba a descender sobre el horizonte cuando llegué al restaurante en el que Brant y yo habíamos quedado. La luz dorada acariciaba la arena de la playa, haciéndola lucir distinta, y la brisa salada del mar me envolvía de ese modo cálido y veraniego que tanto me gustaba.

El restaurante estaba justo ahí, encaramado en una pequeña terraza de madera que parecía flotar sobre la playa, como una isla privada construida solo para noches mágicas. Varios farolillos colgaban de las vigas de madera, mecidos por el viento, y entre las mesas redondas con velas titilantes, las risas suaves y la música *chill out* creaban una atmósfera de ensueño.

El lugar tenía ese encanto que no se podía fingir. Sus colores eran suaves y naturales: blanco, *beige* y azul marino. Los camareros vestían camisas de lino y los cócteles salían decorados con flores comestibles. Era veraniego, sin caer en lo vulgar, y elegante, sin resultar pretencioso. Había cojines en los bancos, alfombras de yute en las zonas *chill out*, y un aroma sutil a flores flotaba en el aire, mezclado con el olor del mar y los aceites esenciales de citronela para mantener alejados a los molestos mosquitos.

Respiré hondo y sentí cómo se aflojaban mis músculos, cómo el cuerpo se me llenaba de una calma anticipada, de una expectativa dulce que crecía sin hacer ruido. Observé a mi alrededor, buscando su figura entre los cuerpos y los destellos de luz dorada. Había algo hipnótico en esta hora del día, como si el mundo entero estuviera suspendido entre el deseo y la promesa.

Llevaba un vestido blanco de lino, largo hasta media pierna, con un escote discreto, pero favorecedor, y una abertura lateral que dejaba entrever mis piernas al caminar. Las sandalias doradas brillaban bajo las luces cálidas y mi piel, bronceada por el sol de los últimos días, parecía aún más dorada en contraste con la tela clara. Me sentía ligera, femenina, cómoda. Muy yo en verano.

Y entonces lo vi.

Brant estaba ya allí, esperándome en una de las mesas más próximas a la barandilla, donde la vista al mar era más despejada. Iba vestido con una camisa azul celeste, ligeramente desabrochada, que contrastaba con su piel tostada y dejaba entrever el inicio de su pecho firme. Los pantalones eran de lino *beige*, perfectamente planchados pero llevados con soltura. En los pies, unas alpargatas oscuras que le daban un aire desenfadado. Era elegante y sensual, pero sin esfuerzo. Natural, como si no supiera lo bien que le quedaba todo eso.

Me miró en cuanto me acercaba. Lo vi sonreír lentamente, y sentí cómo mi estómago se tensaba con un nerviosismo agradable. Se levantó con elegancia, despacio, como si cada movimiento suyo estuviera medido sin parecer artificial.

—Lola —dijo con su acento alemán suave, pronunciando mi nombre con una delicadeza que me sorprendió.

Su voz era cálida, grave, envolvente, y me hizo sentir un cosquilleo en la nuca. Nos saludamos con un par de besos, uno en cada mejilla, y cuando su mano se posó en mi brazo para acercarme a él, un escalofrío me recorrió la piel. Su contacto era firme, seguro y, al mismo tiempo, cuidadoso. Como si supiera exactamente qué podía provocar con un solo roce.

—Estás preciosa —me dijo, bajando la mirada hacia mi vestido mientras nos sentábamos.

—Gracias —respondí, aún con una sonrisa nerviosa—. Tú tampoco estás nada mal.

—Digamos que me he esmerado por estar a la altura de esta noche.

Sonreí, sin poder evitar bajar la mirada por un instante. Había algo en su forma de hablar, tan directa y sin exageraciones, que me desarmaba.

—¿Te ha sorprendido mi mensaje? —me preguntó apoyando los brazos en la mesa, observándome fijamente.

—¿La verdad? —asintió— Bastante. —Cogí un poco de aire—. No me lo esperaba, ni mucho menos tu invitación.

—Gracias por aceptarla, por estar aquí.

—Gracias a ti, Brant. —Le sonreí con timidez.

La cena comenzó con un cóctel suave a base de maracuyá y ron blanco, servido con hielo picado y un toque de menta. Brindamos sin decir nada especial, solo con una mirada que hablaba más de lo que las palabras podrían haber dicho en ese momento.

El sabor tropical del maracuyá me hizo cerrar los ojos un segundo. Sentí cómo el frescor del hielo contrastaba con el calor del atardecer aún flotando en el aire. A mi lado, Brant se pasó una mano por el cabello y volvió a mirarme. Lo hacía con una mezcla de ternura y picardía, como si ya me conociera desde hacía años.

Todo lo que ofrecía la carta del restaurante parecía delicioso. Optamos por una cena compartida, muy de verano, con un toque exótico: *tartar* de atún rojo con mango y sésamo, ceviche de langostinos al coco, brochetas de pollo al *curry* tailandés con salsa de tamarindo, y una ensalada de sandía, *feta* y hierbabuena que nos hizo reír de puro gusto al primer bocado.

—¿Cómo puede algo tan simple estar tan bueno? —dije, sorprendida.

—Quizá es la combinación. El equilibrio perfecto. Como algunas personas.

Me lo dijo sin despegar los ojos de los míos. Tragué saliva, consciente de cada palabra, de cada centímetro de aire que había entre nosotros.

Entre plato y plato las miradas no cesaron, y yo me sonrojaba más de lo que quería admitir. Hasta que él, con su sonrisa juguetona, me lo hizo notar.

—Te estás sonrojando otra vez.

—Es por tu culpa —dije, riéndome—. Por cómo me miras.

—¿Y cómo te miro?

—Como si… como si supieras cosas que yo aún no sé.

Él bajó la cabeza levemente y arqueó una ceja, divertido.

—¿Así? —Volvió a mirarme con esos ojos azules, tan directos, tan serenos, y sentí que me ardían las mejillas aún más.

Durante la cena, me preguntó por mi vida. Le conté que vivía sola, que trabajaba como arquitecta *online*, desde casa, diseñando casas y espacios con alma, como me gustaba llamarlos. No entré en temas privados porque no me parecía el momento ni el lugar para ello.

—¿Y tienes muchos proyectos ahora? —preguntó con interés mientras cogía su copa de vino para dar un sorbo.

Me apoyé en el respaldo de la silla, relajándome.

—Sí. Algunos pequeños, otros más ambiciosos —continué con la mentirijilla recordando el pasado. Si se daba la ocasión y todo fluía bien entre nosotros, corregiría mis palabras—. Eso sí, todos ellos utilizando materiales naturales, procesos limpios y con mucha intención.

—Se nota que te apasiona lo que haces —dijo con una leve sonrisa —. Te brillan los ojos cuando hablas de tu trabajo. No se te quita la sonrisa.

—Es que siempre me encantó —respondí, algo avergonzada.

—Y eso se nota. Se siente.

El vino blanco, fresco y frutal, fue subiendo de tono poco a poco. El ambiente se volvió aún más íntimo, y las velas en la mesa

parpadeaban como si también se dejaran llevar por nuestra conversación.

—¿Y tú? —pregunté con interés— ¿Qué haces cuando no estás en la playa haciéndole ojitos a desconocidas?

Brant rio, ladeando la cabeza.

—Que yo sepa, no fui el primero en fijarse en el otro en la playa en la que nos vimos la primera vez. —Elevó una ceja y me entró un gran sofoco.

Sonrió de medio lado porque fue muy evidente y tuve que beber para bajar el calor. No me sirvió de nada.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Carraspeé.

—No he mentido, ¿no?

—Para mi vergüenza, no. —Bufé, haciéndole reír otra vez.

—Cuando no estoy de vacaciones no me dedico a algo tan interesante como lo tuyo, pero ahora mismo estoy en pausa. Necesitaba unos meses lejos de todo para desconectar, respirar y disfrutar.

—¿Y te está funcionando?

—No lo sé. Hoy siento que sí. Hoy parece que todo tiene sentido.

Tragué saliva, escondiendo las manos debajo de la mesa, disimuladamente, para que no viera el temblor que me había provocado. Me dejaba completamente desarmada y sin palabras.

Cuando terminamos el postre, que estaba buenísimo y que se trataba de una *mousse* de chocolate con nata montada a mano, un toque de canela y fresas maceradas, Brant pidió una botella de champán francés. Yo me reí.

—¿Qué celebramos?

—El verano. Las casualidades. Y tus proyectos —dijo levantando su copa.

—Y esas vacaciones que estás disfrutando tanto —añadí yo, entre risas.

—Y esta cena, que está siendo mejor de lo que me imaginaba.

Brindamos y el champán hizo el resto. El momento siguió entre bromas, risas y alguna anécdota de los viajes que había hecho. Yo ya sentía el calor en mis mejillas, pero a estas alturas por el alcohol. Era una calidez agradable, todo en mí vibraba en sintonía con la noche y la compañía.

—Una vez, en Tailandia, me equivoqué de tren y terminé en un pueblo donde nadie hablaba inglés. Todavía no sé cómo me hice entender, pero terminé durmiendo en una casa prestada, con gallinas entrando por la ventana —me contó.

—¿En serio? —Me reí—. ¿Y cómo saliste de ahí?

—Me verían muy desubicado y desconcertado porque a la mañana siguiente el hijo del dueño me llevó en moto hasta la estación. Me regaló una sandía. Nunca entendí por qué, pero cargué con ella agradecido. —Nos reímos—. Fue una experiencia inesperada, pero muy satisfactoria. A pesar de la situación me hicieron sentir muy

cómodo, seguro, y en el poco tiempo que estuve con la familia compartieron conmigo todo lo que tenían.

Me estaba gustando muchísimo el Brant que estaba descubriendo. No se tomaba nada demasiado en serio y sabía contar las historias de una forma muy expresiva: con los ojos y con las manos.

Cuando terminamos y nos levantamos de la mesa, nos alejamos del comedor para ir a la zona *chill out*, desde donde la luna se veía sobre el mar como una linterna plateada. Nos acomodamos en una de las camas bajas, entre cojines blancos. Estábamos rodeados por cortinas ondeantes que daban intimidad sin aislar. Me quité las sandalias, estiré las piernas y cerré los ojos con un suspiro.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Brant, apoyando el brazo tras de mí.

—Nada. Solo estoy disfrutando del momento.

Con un movimiento natural, nada forzado, me rodeó los hombros con el brazo y me acomodó contra su costado.

—Así estarás más cómoda.

Lo miré, sonriendo con la cabeza apoyada en su pecho.

—Eres muy considerado —susurré.

—Solo intento estar a la altura —respondió con una voz grave que me hizo estremecer de los pies a la cabeza.

Brant llamó la atención de un camarero y elegimos los dos pedir un mojito. Según él, era el sabor del verano y estuve de acuerdo. Tomé un sorbo y él me miró antes de volver a hablar.

—¿Y tú no te vas de vacaciones? —preguntó con curiosidad.

—Por ahora no. Aquí tengo todo lo que necesito para desconectar unas horas después del trabajo —respondí mirando el mojito.

Se estaba portando tan bien, era tan atento, que me sentía mal al no estar siendo sincera con él. Pero aún no podía, no me veía preparada y tampoco sabía qué significaba esta noche que estábamos viviendo y disfrutando.

—¿Y no echas de menos viajar?

—A veces. —Sonreí con timidez—. Pero hay algo bonito en descubrir lo que ya conoces desde otro ángulo.

La música cambió. Sonó una bachata sensual muy conocida: *Propuesta indecente*, de Romeo Santos. Él lo notó también, porque arqueó una ceja.

—¿Te apetece bailar? —le pregunté sin pensarlo demasiado.

—¿Te atreves a que te pise? —dijo y me reí.

—Solo si te arriesgas tú también. No pienses que soy una experta, ahora te darás cuenta.

Nos levantamos animados por el ambiente y fuimos a la pequeña pista que habían preparado en la arena. Al principio fui precavida, pero Brant… Brant se movía bien. No perfectamente, no como un bailarín profesional, pero tenía ritmo, intuición y presencia.

—No lo haces nada mal para ser alemán —dije con humor.

—Estoy cambiando tu opinión sobre nosotros, ¿eh? —habló de la misma forma y asentí, provocándole una gran sonrisa— Una compañera del instituto me dijo una vez que para bailar solo hay que dejarse llevar por la música… y por lo que sientes con tu pareja de baile.

—¿Te lo has inventado?

—No. Bueno, tal vez un poco. —Carraspeó—. Pero ha sonado bien, ¿verdad?

Nos reímos, seguimos bailando, y entonces llegaron los roces. Sus manos al final de mi espalda, la cercanía de su pierna entre las mías, mi espalda pegada a su pecho, su aroma y su aliento calentándome, sugerente y excitante. Sentí cada parte de él, cada centímetro en el que nuestros cuerpos hacían contacto. Me estremecí y él lo notó.

—Te has sonrojado otra vez —susurró, cerca de mi oído.

—Es que… con lo cerca que estás, no hacerlo es imposible. Y, además, el vino, el champán y el mojito ayudan —contesté con descaro y una sonrisa.

Brant se rio y me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Y por un segundo pensé en las palabras de la canción que estaba sonando, en si alguna vez había hecho algo travieso, y en que con él… ¿Quién sabía qué podía pasar esta noche, hasta dónde estaría dispuesta a llegar?

Capítulo 12



Lola

Después de la bachata, mis piernas temblaban ligeramente. No sabía si era por el alcohol, la música o por la cercanía de Brant y cómo me había tocado mientras bailábamos. Lo cierto es que cuando volvimos a la cama de la zona *chill out,* lo hice casi en piloto automático, aún sintiendo su cuerpo pegado al mío, sus manos acariciándome la espalda, su entrepierna rozando mis nalgas. Su calor y su olor seguían adheridos a mi piel.

Nos acomodamos de nuevo, cada uno con su mojito en la mano. La brisa marina refrescaba lo justo, mientras el murmullo de las olas y la música se mezclaban con las risas apagadas de los demás clientes. Era como si el mundo se hubiese ralentizado para nosotros.

Brant no dejaba de acariciarme el brazo con los dedos, en un roce suave, perezoso, sin prisas. Esa ternura contrastaba con lo que yo sentía por dentro: un hervidero de deseo contenido, de anticipación, de… algo más. Lo miré de reojo y pensé que ese hombre era demasiado perfecto. No podía ser real. Tenía que haber algún defecto, una letra pequeña que aún no había descubierto.

—¿Sabes? —dijo él con una sonrisa que hacía que el corazón me latiera un poco más rápido— Creo que estas noches deberían ser

patrimonio de la humanidad. ¿No te parece?

—Sí —respondí, aún sin mirarle directamente, como si eso fuera a delatar mi nerviosismo—. Son… mágicas.

Él ladeó la cabeza, mirándome con una expresión que mezclaba la complicidad y la picardía.

—¿Qué tienes? —preguntó con voz baja— Pareces a punto de contarme un secreto.

—No es un secreto —contesté, jugando con la pajita de mi mojito —. Solo que… estoy un poco nerviosa.

Él soltó una pequeña risa y me apretó suavemente el brazo.

—¿Por mí?

—Sí —admití, sonrojada.

—Bueno, entonces vamos por muy buen camino. Déjame que te ponga más nerviosa —replicó con una sonrisa traviesa y la mirada más intensa que había visto nunca.

Mi pecho se contrajo y respiré más rápido. Él notó el cambio y deslizó su mano hacia mi mejilla. Me la acarició con el pulgar, haciendo que sintiera un calor abrasador subiendo por la nuca.

—¿Sabes qué? —susurró— Me encanta cómo reaccionas cuando te miro.

—¿Y cómo reacciono? —pregunté, sin poder apartar los ojos de los suyos.

—Como si el mundo se detuviera y solo existiéramos tú y yo.

Sentí que me sonrojaba aún más, pero no quería que lo notara. Así que aparté la mirada hacia el mar y, por un instante, solo escuché el vaivén de las olas.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —preguntó poco después, como si leyera mi mente y supiera que necesitaba aire, movimiento, algo.

—Sí —respondí, casi con alivio.

Nos quitamos los zapatos para dejarlos allí y bajamos por la pequeña rampa de madera que llevaba directamente a la arena. Estaba tibia todavía, suave bajo los pies. Caminamos juntos hacia la orilla, donde las olas mojaban la arena con caricias lentas. Hundí los pies en ella, notando la frescura del agua colarse entre los dedos, y suspiré.

Él se detuvo un momento, mirándome de reojo con una sonrisa ladeada.

—Nunca pensé que alguien pudiera hacerme sentir así después de tan poco tiempo —dijo en voz baja.

—¿Así? —pregunté, con el corazón acelerado.

—Así… nervioso, expectante. Como si cada momento contigo fuera un regalo —respondió, y sentí que una sonrisa tímida asomaba en mis labios.

—Yo tampoco —confesé—. Pero me gusta.

Nos acercamos más; la arena se hacía cada vez más fría bajo nuestros pies descalzos. La luz de la luna se reflejaba en su cabello despeinado por la brisa y hacía brillar sus ojos como diamantes.

No hablábamos de cosas importantes, no quería profundizar en temas personales, no en este momento, pero sí que nos reímos de antiguas historias del colegio, de profesores extraños o entrañables. Brant me contó que uno de sus profesores de química se llamaba igual que un villano de James Bond, y que desde entonces no pudo tomarse nunca más en serio esa asignatura. Yo le hablé de mi maestra de dibujo técnico, una mujer con una coleta blanca que me enseñó a ver la belleza en una estructura.

—¿Sabes? —dijo mientras avanzábamos— Creo que todos deberíamos tener una profesora así. Que te inspire no solo a aprender, sino a amar lo que haces.

—Y por eso hago esos diseños con alma, porque veo la belleza más allá de la estructura que será al finalizar, el brillo en su interior.

—Tú también brillas, Lola. Por dentro y por fuera —replicó—. Tienes esa luz cuando hablas de arquitectura. Me gusta verte así.

Me sentí más pequeña, vulnerable, y a la vez emocionada y protegida por sus palabras.

—¿Crees que es posible enamorarse así, rápido? —le pregunté, sin poder evitar que mi voz sonara un poco temblorosa.

Brant se detuvo y me miró fijamente.

—Creo que cuando dos personas se encuentran y hay química de verdad, conexión, el tiempo no importa. Lo que importa es lo que pasa entre ellos en cada segundo.

Nuestras manos se rozaron de nuevo, esta vez con intención. La mía buscó la suya y cuando entrelazamos los dedos, un pequeño escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Estoy un poquito achispada —confesé con una sonrisa tonta—. Con tanto vino, champán y el mojito… ¿Por qué a ti no se te nota si hemos bebido lo mismo? —pregunté.

—Hemos bebido lo mismo, sí —contestó con una risa—. Solo que se me nota menos. Pero también llevo el alcohol en lo alto, como decís por aquí.

—¿Quién te ha enseñado esa expresión?

—Una camarera la otra noche. —Se encogió de hombros.

Reímos y, justo entonces, tropecé con una pequeña elevación en la arena. Perdí el equilibrio un segundo, pero él reaccionó rápido, sujetándome por la cintura. Tiró de mí con fuerza, su rostro quedó tan cerca del mío que pude ver unas pequeñas motas grises en sus ojos azules. Nuestros alientos se mezclaban y mi corazón comenzó a latir más rápido de lo que debía ser normal.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Sí… Gracias —susurré, aunque apenas podía hablar.

Nos miramos más tiempo del que deberíamos, en silencio, acompañados por el suave vaivén de las olas. Y luego pasó. Nos besamos.

No fue un beso lento, tampoco fue tímido. Fue urgente, desesperado, como si los dos necesitáramos ese beso desde hacía

demasiado tiempo. Le rodeé el cuello con un brazo mientras él me pegaba más a su cuerpo, agarrándome con más fuerza la cintura con las manos. Su lengua buscó la mía, segura, hambrienta, y yo me derretí, literalmente, yéndole al encuentro con la misma intensidad. Era como si todo mi cuerpo hubiera estado esperando ese instante, como si hubiese sido una gran agonía hasta que había llegado.

Cuando nos separamos, ambos respirábamos con dificultad. Miré hacia un lado y vi las dunas: un rincón algo apartado, resguardado de las miradas. Brant siguió mi mirada.

—¿Quieres ir allí? —preguntó sin necesidad de más palabras.

Tragué saliva y asentí. Apenas podía hablar. Me dio un beso rápido en los labios y me cogió de la mano.

Caminamos hacia las dunas, notando que la arena estaba más fresca. Nos alejamos unos metros hasta llegar a un pequeño desnivel entre dos montículos elevados. Estábamos solos, fuera de miradas. El sonido del mar quedaba detrás, la música se escuchaba lejana, y las estrellas nos cubrían como una cúpula brillante.

Nos besamos de nuevo. Esta vez más despacio, pero no menos intenso. Su boca sabía a mojito y a deseo. Sus manos recorrieron mi espalda, mis brazos, mis caderas. Me estremecí al sentir sus dedos buscar la abertura de mi vestido y deslizarlo hacia abajo con una delicadeza feroz. Yo hice lo mismo con su camisa, desabrochando botón a botón hasta dejar su torso al descubierto.

—Eres increíble —le dije entre jadeos sin dejar de mirarle a los ojos.

Nos sentamos sobre la arena, y él me acomodó a horcajadas sobre su regazo. Mis manos lo exploraban, mis labios bajaban por su cuello, mientras él me despojaba de las bragas con una destreza que

me hizo jadear, al igual que hizo con su pantalón. Cuando noté su erección rozarse contra mi centro ya húmedo, me mordí con fuerza el labio y lo miré a los ojos.

—Lola —murmuró con voz ronca, acariciando mis muslos, mis caderas—. Estás preciosa así.

Me sentía deseada. Adorada. Nadie me había mirado ni tocado como él, con una mezcla de ternura y dominio, de urgencia y respeto. Era como si su cuerpo supiera leer el mío, anticipar mis movimientos, mis necesidades, mis puntos débiles.

—Nunca pensé que alguien pudiera hacerme sentir tan… viva — susurré.

Él me sonrió y sentí que su respiración se aceleraba.

—Ni yo.

Volvimos a besarnos y sentí sus manos deslizándose por mis costados hasta alcanzar ambos pechos y masajearlos. Cuando comenzó a pellizcarme los pezones, dejé caer la cabeza hacia atrás y gemí. Brant lo aprovechó para inclinarse y lamerme el cuello despacio, bajando hacia mis pechos. Gemí de nuevo al tiempo que me estremecía, mientras la punta de su lengua acariciaba uno de mis pezones, y grité con una leve sacudida de placer cuando lo mordió. Le miré a los ojos y vi hambre en ellos, hambre de tenerme como yo deseaba en ese momento.

Lamió y mordió el otro pezón, mientras sentía cómo su mano se deslizaba despacio por mi vientre hasta que alcanzó ese punto exacto en el que le deseaba. Llevó los dedos entre mis labios vaginales y me los separó, para comenzar a tocarme despacio al principio, tan lentamente que sentí que iba a enloquecer.

—Brant. —Jadeé, y él sonrió cuando le sostuve el rostro para besarle.

Me estaba dejando llevar por primera vez en mucho tiempo; esta no era yo, al menos no la Lola seria y formal que todos conocían. No sabía si era por lo que habíamos bebido o por lo que este hombre me hacía sentir y me provocaba, pero estaba dejando a un lado mi cordura, siendo simplemente yo, pero más libre, más mujer.

Brant me penetró con el dedo y gemí en su boca. Moví las caderas sin vergüenza, notando el roce de su miembro duro y erecto.

—Dios, Lola —murmuró con voz ronca, cuando envolví su miembro con mi mano y comencé a tocarlo también.

Seguí moviéndome mientras él me penetraba, mientras nos besábamos cada vez con más ansiedad, necesidad, dejándonos llevar por el momento. Cuando sentí que estaba a punto de llegar al orgasmo, Brant intercambió nuestras posiciones. Me recostó en la arena y se arrodilló entre mis piernas. Me subió más la falda del vestido, dejándomelo enrollado en la cintura y grité al sentir su lengua, húmeda y caliente, deslizándose entre mis labios vaginales, jugueteando con mi clítoris de una forma excitante y desesperante. Lo hacía con rapidez, con ritmo y sin detenerse, al tiempo que me penetraba con varios dedos, igual de rápido y muy profundo, hasta que alcancé el clímax y mis gritos se fundieron con la noche mientras arqueaba la espalda.

Le atraje hacia mí para besarlo, saboreándome en su boca, mientras notaba su miembro duro y palpitante, rozando mi sexo. Gemí mientras me frotaba contra él, esperando que hiciera lo que los dos ansiábamos y necesitábamos, pero se apartó y vi que sacaba la cartera del bolsillo del pantalón. Cogió un preservativo y se lo puso mientras me miraba y yo disfrutaba de las vistas. Brant era perfecto.

Se inclinó para besarme de nuevo, balanceando su miembro en mi sexo, para humedecer con mis fluidos la barrera que separaba nuestras pieles. Hasta que comenzó a penetrarme, despacio al principio para que mi cuerpo se acostumbrara a su tamaño, porque os aseguro que se hacía notar mucho. Cuando ya lo había acogido hasta la mitad, terminó de entrar de golpe hasta el fondo. Soltamos un gemido de placer al sentirnos encajados por completo y entonces todo se descontroló.

Nos movimos acompasadamente, besándonos y acariciándonos sin pudor alguno. Cambió de nuevo nuestra posición y se sentó en la arena conmigo sobre su regazo. Seguimos besándonos y entregándonos al placer y al deseo que nos había acompañado durante toda la noche.

Hicimos el amor allí, en mitad de la playa, bajo las estrellas y con el viento del mar como testigo. Él me guiaba, sí, pero también se dejaba llevar. Me sujetaba de las caderas con fuerza, me besaba los pechos, me lamía el cuello mientras me hacía suya con un ritmo lento y profundo que me hizo perder el sentido de todo lo demás.

Yo también me dejé llevar y tomé el control en algunos momentos. Lo tumbé en la arena y lo cabalgué a un ritmo frenético, mientras besaba todas las partes de su cuerpo a las que llegaba. Escucharlo gemir mi nombre me estremeció.

Fue sensual. Fue erótico. Fue divertido. Fue salvaje y dulce a la vez. Y cuando llegamos juntos al clímax, con nuestros cuerpos temblando y sudando, me sentí como si me hubiese elevado hasta el cielo, hasta un lugar donde nunca antes había estado.

Apoyé la frente en su pecho, con la respiración agitada, y él me abrazó con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó, tan considerado como siempre.

—Mejor que nunca —respondí entre jadeos—. Un poquito borracha… Pero estupendamente.

Nos reímos los dos y nos quedamos así algunos minutos más, simplemente disfrutando de lo que nos rodeaba: el mar a lo lejos, la brisa y el éxtasis que habíamos alcanzado. Permaneció dentro de mí; ninguno de los dos quería perder ese contacto tan íntimo. Lo alargamos todo lo que pudimos.

Un rato después, cuando comenzamos a vestirnos, me di cuenta de que no encontraba mi ropa interior.

—No puede ser… —dije, rebuscando entre la arena— ¡No encuentro las bragas!

—Como sigas mucho rato así no respondo de mí —me advirtió con voz ronca.

Levanté la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Él estaba de pie detrás de mí, yo me había lanzado a la arena para buscar, me había quedado con las manos y las rodillas apoyadas, y el vestido se me había subido. Le estaba mostrando todos mis encantos de cintura para abajo y sonreí con malicia. Abrí un poco más las piernas y bajé un poco el pecho, para mover el trasero con mucha intención. Mi cuerpo se tensó al mismo tiempo que me estremecí, cuando escuché su gruñido. No apartó los ojos de mi zona íntima, mientras se apretaba el miembro por encima del pantalón.

—Lola…

—Mmm…

—Joder —se lamentó, pero en cuestión de segundos lo tenía arrodillado detrás de mí.

Se me cortó la respiración y grité, cuando su lengua perezosa recogía de arriba abajo mis fluidos. Cerré los ojos con fuerza al notar la suavidad y la calidez de su contacto, el que fue volviéndose desesperado. Los brazos me fallaron cuando llegué al orgasmo, y quedé desmadejada de cintura hacia arriba, mientras él me sostenía con firmeza de las caderas, manteniendo mi sexo pegado a su boca.

—Lo más delicioso que he probado en toda la noche —dijo y solté un jadeo.

Se levantó llevándome con él y nos abrazamos. Volvimos a besarnos, mientras mi mano presionaba su erección por encima del pantalón. Sofocados, acelerados, apoyó su frente en la mía y nos quedamos observándonos durante largos segundos.

—Vamos a encontrar tus bragas —susurró acariciándome los labios con los suyos.

Lamenté perder su contacto cuando dio un paso atrás y sacó su móvil. Encendió la linterna y empezamos a buscar entre los montículos de arena. Terminamos riendo por la situación, como dos adolescentes que acababan de hacer una travesura. ¿Tuvimos suerte en la búsqueda? Pues…

—No puedes ir sin bragas por la calle, mujer —me dije, medio en broma, medio en serio.

—Lola, acabas de estar desnuda en mitad de la playa, podría haberte visto cualquiera y parecía no importante. ¿De verdad crees que alguien va a notar que no llevas bragas? —Se burló con una sonrisa canalla.

—¡Yo lo sabré! —repliqué— Y tú también.

Se acercó a mí, con una mirada de lo más intensa, encendida y ardiente.

—Que yo lo sepa es un aliciente para volver a tocarte si me apetece. Tendré el camino libre y puedo buscar otro rincón apartado para hacerte mía otra vez. Créeme, que no lleves ropa interior es un gran problema para mí, no para ti.

Lo dijo con esa voz grave y sensual que tanto me aceleraba, tan cerca de mi oído, que me estremecí entera. Me besó en los labios, un beso lento y suave, y en ese momento pensé que sí… que ese hombre iba a poner mi vida sexual patas arriba.

Capítulo 13



Lola

Volvíamos a caminar despacio por la orilla, con la brisa más fresca acariciando nuestras pieles sudadas, aún calientes. Brant me rodeaba los hombros con su brazo y nuestras manos seguían entrelazadas. Sentía la fuerza de sus dedos, pero también su ternura. Caminamos en silencio un rato, con las olas, mojándonos los tobillos y borrando nuestros pasos en la arena.

Sentí cómo sus ojos no me soltaban, cómo me miraba con una intensidad que te atravesaba y hacía que el mundo desapareciera alrededor. No era solo deseo lo que leía en sus ojos, sino algo más profundo, como si quisiera descifrar quién era yo en realidad, más allá de la sonrisa y el vestido. Su mirada me hacía sentir única, especial, deseada de una forma que no había sentido en toda mi vida. Me pregunté si él era consciente del poder que tenía solo con mirar, y me gustó imaginar que sí.

—Ha sido una noche… —Empezó él, con una sonrisa en la voz.

—Lo sé —le interrumpí, también sonriendo.

—¿Lo sabes? —Curioseó con la ceja arqueada.

—Sí. Ha estado más que bien —murmuré—. La cena. El vino. La bachata. Todo. —Carraspeé.

Él apretó un poco más mi mano y noté un calor que me subía por el cuello. Sentí ganas de apoyarme en su pecho y quedarme allí, escuchando solo los latidos de su corazón.

—¿Repetirías? —preguntó, ladeando la cabeza.

Lo miré de reojo y me mordí el labio, fingiendo pensarlo. El pelo se me había alborotado, debía llevar arena por muchas zonas del cuerpo, a pesar de que la había sacudido. Notaba la humedad de la noche en el escote del vestido, el que se pegaba a mi cuerpo sin ropa interior. Me sorprendió lo cómoda que me sentía así, con él a mi lado, como si pudiera ser yo misma, sin filtros y sin miedo.

—Sí. Claro que sí —dije con tono de falsa solemnidad—. Pero la próxima vez… sin perder las bragas.

Brant soltó una carcajada sonora, de esas que vibraban en el pecho y se contagiaban. Antes de que pudiera decir nada más, me agarró por la cintura y, en un movimiento rápido, me levantó en brazos, colocándome sobre su hombro como un saco de patatas.

—¡Brant! ¡Estás loco! —grité riendo, dándole suaves golpes en la espalda— ¿Dónde me llevas? ¡Qué se me va a ver el culo!

—Por tus preciosas nalgas, no te preocupes, me estoy encargando de ellas. —Me las apretó por encima del vestido y me mordí el labio, disfrutando de la sensación—. Vamos a buscar tus bragas, por supuesto, y de paso, a ponerle solución a la tremenda erección que no se me ha bajado. —Me dio una palmada en una nalga, hablando con fingida seriedad.

Al final terminamos los dos riéndonos, la mía fue una risa nerviosa, mientras él retrocedía la distancia que habíamos caminado, yendo directo hacia el mismo rincón entre las dunas del que habíamos salido. El cielo seguía iluminado por estrellas, el mar como una música de fondo. Yo iba pataleando suavemente, al mismo tiempo que le agarraba con firmeza de la cinturilla del pantalón, por la espalda. No quería que me soltara, él lo sabía de sobra. Su fuerza me excitaba. Su risa también.

Mientras avanzaba, me habló en susurros.

—¿Sabes? A veces creo que hay momentos que se repiten en el tiempo, pero con diferentes personas. Esta noche la siento así, como si ya la hubiera vivido, pero nunca tan bien. Ni por asomo.

Sentí un cosquilleo en la piel y levanté la cabeza para encontrarme con sus ojos. Tenía la suya girada hacia atrás y me sonrió. Esa sonrisa me desarmó.

—Tienes una forma de mirar que me hace sentir que puedo mostrarme tal cual soy —le dije sin pensar.

Brant deslizó una mano por mi pierna y la subió por debajo de mi vestido, con caricias lentas.

—Eso es porque eres especial, Lola. —Su voz sonó más ronca—. Y yo quiero descubrir cada parte de ti.

Mi corazón latía con fuerza. Quise decirle que sentía lo mismo, pero se me escaparon solo unas risas nerviosas cuando sus dedos llegaron a mi entrepierna y me la acarició suavemente, tanteando mi excitación.

Cuando llegamos de nuevo al pequeño claro oculto, él me dejó con cuidado sobre la arena y me miró con esa sonrisa peligrosa.

—¿Estás segura de que no estaban por aquí? —preguntó, y algo en su tono, en su mirada, me hizo desearle otra vez.

—Estoy segura de que ahora mismo no las necesito —contesté en un susurro bajo y sensual, un tono que nunca, jamás, me había escuchado antes.

Nos miramos apenas unos segundos. Y nos volvimos a besar, mientras nos deshacíamos de la ropa.

Este encuentro fue distinto. Más lento al principio, más íntimo. Nos conocíamos ya con el tacto. Nos buscábamos sin prisa, como si quisiéramos saborearnos el uno al otro. Sentí sus labios recorrer mi cuello despacio, sus manos explorando con delicadeza cada rincón de mi piel. Me mordí el labio para no gemir, consciente de que ese hombre tenía la habilidad de hacerme sentir vulnerable y fuerte a la vez.

Me tumbó sobre la arena, entre besos y caricias, su mano subiendo por mi muslo desnudo hasta rozar de nuevo mi centro húmedo. Me arqueé bajo su toque, mordiéndome el labio con fuerza, y noté cómo sus dedos entraban en mí con una facilidad deliciosa. Los movió con precisión, con conocimiento, mientras me hacía jadear contra su boca, en su cuello y en su pecho.

—Lola… —susurró con la voz tomada, llena de deseo y de emoción — *Du bist wunderschön...*

No entendí sus palabras, pero sentí que eran un regalo, un secreto compartido solo entre nosotros.

—Eres muy hermosa —dijo de pronto tras ser consciente de que me había hablado en alemán.

Hizo una pausa para incorporarse. Sentado sobre sus talones, sacó otro preservativo de la cartera y sin dejar de observarme, se lo colocó. Cubrió mi cuerpo con el suyo y sentí su erección rozándome de nuevo, firme, deseosa. Y esta vez entró en mí despacio, tan despacio que me estremecí con cada centímetro. Me sostuvo la cara entre las manos mientras me hacía el amor, mirándome a los ojos, besándome los labios entre susurros en alemán que no entendía, pero que me erizaban la piel como caricias.

—Mierda, Lola, cómo me haces sentir… —gimió.

Le rodeé la cintura con las piernas, clavándole los talones en la espalda. Me moví con él, al mismo ritmo, sin dejar de mirarlo. Era dulce, pero al mismo tiempo intenso. Cuando aceleró los movimientos, nuestros cuerpos sudaban de nuevo y nuestras respiraciones se entrecortaban con gemidos suaves, casi íntimos. Me mordió el cuello y sentí que el orgasmo subía y subía desde mi vientre, como una ola gigantesca. Me aferré a sus hombros y exploté contra él. Unos segundos después su cuerpo se tensó también y me abrazó fuerte mientras se corría dentro de mí, dejando que su aliento caliente rozara mi oído.

Nos quedamos así un rato. Agitados. Desnudos. Pegados el uno al otro como si el mundo pudiera desaparecer si nos soltábamos.

—Joder… —susurré al final, sin pensar, y Brant se rio acariciándome el pelo.

—Sí, joder. Literalmente.

Sentí una ternura inmensa mezclada con la pasión que nos había consumido. Quería decirle que nunca había sentido nada igual, pero

me faltaban las palabras. En cambio, él solo me miraba, como si quisiera guardar ese momento en un frasco para siempre.

Volvimos a vestirnos, con risas cómplices, aún con la piel vibrando. Por segunda vez, la braga desaparecida siguió sin aparecer.

—No puedo creerlo —murmuré mientras Brant me ayudaba con el vestido—. Pues sí que voy a tener que ir sin bragas de verdad.

—Te dije que nadie lo notaría.

—Tú lo sabes. —Lo miré con descaro.

—También te he dicho que me encanta saberlo —dijo, con una voz ronca que me hizo temblar por dentro—. Es mi pequeño secreto sucio. —Me hizo un guiño.

Lo observé con fingida indignación, hasta que me desarmó al darme un beso en la mejilla, luego otro, más cerca de la boca, y después me besó en los labios. Un beso lento, suave, dulce y tan profundo que se me olvidaron las bragas y el mundo entero.

Volvimos por la orilla, caminando más despacio aún. Esta vez no hablábamos, no hacía falta. El silencio entre nosotros era cómodo, cálido y sereno. Yo sentía que cada paso se grababa en mi piel, como si esta noche quisiera quedarse dentro de mí para siempre. En realidad, así iba a ser.

Mientras avanzábamos, sentí que él se inclinaba un poco.

—Me encanta cómo huele tu piel cuando estás cerca. Es como si llevaras el mar dentro —susurró y sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

No pude evitar sonreír, dejando que la sensación de ser deseada y comprendida me inundara.

Al llegar al restaurante, nos detuvimos justo al borde de la pasarela. La mayoría de las mesas ya estaban vacías, y solo quedaban algunas luces encendidas en la zona *chill out*. Me acarició el rostro, como si aún quisiera memorizarme. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me dio un beso tierno. No fue casto. Fue un beso lento, profundo, pero lleno de dulzura, como si quisiera que me quedara pegada a sus labios hasta el día siguiente.

Me separé unos centímetros, sonriendo. Me pidió que esperara un momento y lo hice, viendo cómo entraba él solo en el restaurante. Fue a buscar nuestros zapatos olvidados en la zona *chill out* y después a la barra, a pagar. Cuando regresó, nos calzamos y no perdimos la oportunidad para besarnos de nuevo como despedida, antes de que me girara para irme.

—Volveremos a vernos. Buenas noches, «señorita, no llevo bragas».

Me quedé helada un segundo. Me volví rápido hacia él, con los ojos abiertos al máximo, sorprendida, y le di un leve golpe en el pecho.

—¡¡Brant!!

Él se echó a reír de nuevo, con esa risa que me gustaba tanto. Dio un paso hacia mí, me robó otro beso rápido en los labios y retrocedió caminando, con las manos en los bolsillos.

—Dulces sueños, Lola.

Lo vi alejarse, con las manos en los bolsillos, silbando bajito, cruzando la terraza como si caminara por el borde de un sueño. Y yo me quedé allí, inmóvil, con el corazón latiendo con fuerza y una sonrisa imposible de borrar.

Pensé en lo que acababa de vivir, en cómo había ido la noche. En sus besos, su tacto, sus bromas, sus ojos azules que parecían ver más de lo que yo decía. Aquella noche había sido diferente a todas. Distinta en cada mirada, en cada roce, en cada palabra. Un soplo de verano perfecto. Un regalo inesperado que iba a atesorar siempre.

Y si tuviera que repetirla… no lo dudaría ni un segundo.

Capítulo 14



Lola

Desde que me había levantado de la cama, tenía la sensación de que flotaba entre algodones, nubes, o qué sé yo, pero me estaba costando muchísimo regresar a la realidad, a mi rutina. Aunque, ¿quién quería regresar a ella tratándose de mí? Yo no, a estas alturas lo tenía muy claro. Debía reinventarme y sentía que había empezado a avanzar por el camino correcto para lograrlo.

Asombrosamente, me sentía liviana, ligera. Era todo un descubrimiento increíble porque se me había olvidado cómo era estar de esta forma. Comenzó de forma gradual con la llegada de Cari, pero hoy… hoy era completamente distinto. Después de todo lo que llevaba soportado durante tanto tiempo, la carga tan pesada que me había asfixiado, sentirme así para mí era como una fantasía.

Ya no veía el día oscuro, ni gris, a pesar de su luminosidad, ni el vacío me aplastaba. El dolor por mis hijos y por mi situación siempre los iba a llevar conmigo, continuaba latente, arraigado, y sabía que tendría que luchar contra la desesperación y los bajones que me dieran. Pero por fin había comprendido, aunque fuese tarde, que necesitaba vivir, no hundirme en la miseria, como había hecho desde que perdí dos partes importantes de mi corazón.

Notaba en mí a una mujer muy distinta, más animada, con energía: la que una vez fui y consiguieron marchitar. Me había revitalizado y de esta última sensación solo era responsable Brant.

Si cerraba los ojos todavía podía notar su cuerpo sobre el mío acomodándose y adentrándose en mi interior, el calor que desprendía, sus caricias, su mirada junto a sus sonrisas, su olor y sus palabras… noté un sofoco repentino al trasladarme a la noche anterior.

Meses atrás, semanas, o días, para mí era impensable ni siquiera dar el paso de salir a la calle, más allá de cubrir mis necesidades por obligación. Mucho menos lanzarme a conocer a un hombre.

Estaba orgullosa de lo que había avanzado en pocos días.

Cogí la taza con el café recién hecho y me dirigí al salón, para tomármelo en el balcón. Eran casi las once de la mañana, a esta hora todavía había sombra; dentro de poco no se podría estar fuera al incidir el sol directamente en la fachada.

Apenas me dio tiempo a sentarme en la silla cuando el timbre sonó. Me extrañó porque no esperaba a nadie, ni mis padres ni Cari me habían dicho que venían. Fui hacia la puerta y cuando la abrí…

—¿Qué haces aquí? —Sonreí al ver a mi amiga.

—¡Sorpresa! —Levantó una bolsa.

La abrió y la movió con tanto ímpetu, que mi cabeza casi termina dentro. La levantó para acercármela, para que oliera lo que contenía, y se rio cuando di un paso atrás.

—¿Y el trabajo? ¿Al final pudiste terminar anoche? —le pregunté mientras cerraba.

—Sí, señorita. Por eso hoy me tomo el día libre. Quise venir antes porque me moría de curiosidad por saber cómo te fue la cena, pero al final acabé de trabajar de madrugada y no puse el despertador. —Encogió un hombro.

—Me alegro de que te hayas liberado.

—Sí, sí, eso está muy bien, pero lo que me interesa es otra cosa. —Me sonrió con picardía—. Vamos a poner esto en platos —movió la bolsa— y me lo cuentas todo. ¿Has desayunado?

—Sí, iba a tomarme ahora otro café. —Señalé hacia el balcón.

—Pues venga, esta mañana toca extra. Nos vamos a chupar los dedos con lo que he traído.

Caminó hacia la cocina y la seguí. Saqué varios platos pequeños y mientras ella colocaba lo que había comprado en alguna pastelería, yo me puse a hacerle el café.

Cuando lo tuvimos todo preparado, cargamos con una bandeja hasta el balcón, donde nos acomodamos en las sillas.

—Cuéntame, no puedo con la intriga —me pidió emocionada—. Ni un mísero mensaje me enviaste anoche. —Bufó y me reí.

—Si lo hubiera hecho, te habrías despistado del trabajo —negué—. Y llegué bastante tarde. Entre unas cosas y otras…

—¿Y qué son esas cosas? —me preguntó con la boca llena de un pastelito que tenía una crema rosa por encima.

No pude contenerme y cogí otro, me decidí por una tartaleta pequeña de hojaldre con crema y frutas por encima.

—Joder, se deshace en la boca —gemí cubriéndomela con la mano.

—Está de vicio. —Rio, asintiendo—. Olvídate de los dulces, joder, me tienes en ascuas.

—La noche fue impresionante, Cari. No solo la cena. —Sonreí—. Brant es…

—Vamos, que te tiene loca y cachonda perdida. —Soltó una carcajada—. Qué ilusión, cariño. Me alegro tanto de que te lo pasaras tan bien… —Me agarró la mano.

—Lo sé. —Le di un leve apretón—. Me siento… no sé ni cómo me siento. —Volteé los ojos—. Con él es todo a lo grande, así me hace sentir.

Soltó un suspiro profundo, soñador, y empecé a relatarle cómo fue la noche desde el principio, desde que llegué al restaurante. También le conté cómo fui vestida, no omití ningún detalle: lo que cenamos, las conversaciones espontáneas y nada forzadas, las miradas cómplices, las sonrisas pícaras, cuando lo saqué a bailar la bachata, las bebidas que tomamos, el ambiente tan agradable que había, nuestro paseo por la playa y, ejem, lo que vino a continuación, varias veces.

Cari me escuchó emocionada, feliz, y en algunas partes con la boca abierta. Aunque me reservé ciertas cosas íntimas para mí, lo importante se lo conté.

—¡Joder! Tres orgasmos en poco tiempo y unas bragas perdidas. —Bufó y después rio. Apreté los labios—. Has empezado fuerte, ¿eh? Te estás recuperando a toda prisa de la sequía. —Me hizo un guiño.

—Fue alucinante, aún no me lo creo del todo. —Me acerqué la taza a los labios.

—Pues con los buenos meneos que te llevaste no lo entiendo —dijo con humor—. ¿Vais a volver a quedar?

—No lo sé. —Bajé la mirada al café—. No hablamos de eso. Cuando nos despedimos, solo me dijo… me dijo que volveríamos a vernos.

—Eso es esperanzador, ¿no?

—Supongo, o quizá es lo que se suele decir para quedar bien. Fue muy correcto y atento en todo momento, como siempre.

—Yo no tengo dudas al respecto —comentó animada—. Por todo lo que ha hecho hasta ahora, por lo que sé, tengo clarísimo que Brant no va a perder ninguna oportunidad contigo. —Sonrió de oreja a oreja.

—Quién sabe… —Me encogí de hombros.

—Mujer de poca fe. —Puso los ojos en blanco.

—A estas alturas no me queda mucha —susurré.

—Eh, no vayas por ahí —me pidió seria—. Lo de tus hijos, mis sobrinos, todavía no ha terminado. Lo siento aquí. —Se tocó el corazón y tragué saliva, emocionada—. Vamos a dejar pasar el

tiempo, ya veremos qué se nos ocurre o cómo va todo. No quiero que te vengas abajo por eso, ahora lo más importante eres tú, porque si no estás bien, no podrás afrontar lo que venga.

—Tranquila, es algo que tengo asumido y dudo de que haya alguna posibilidad. Ya lo intenté todo, Cari, y no sirvió de nada —negué—. Pero no, no voy a venirme abajo. Al menos no de la forma en la que he estado durante tantos meses. Ahora… me siento diferente.

—¡Normal! Los buenos polvos revitalizan la piel, el cuerpo y el alma. —Rio con ganas—. Y no me estoy refiriendo a los de maquillaje. —Elevó una ceja y sonreí.

—No quiero pensar en si tendré otra cita con Brant, en si volveré a verlo. Quizá tengo que conformarme con los regalos que me ha dado cada vez que he estado con él. Me ha hecho sentir viva y comprendida.

—¡Qué fuerte! ¡Lo que me costó sacarte de aquí para ir a la cala! Mira todo lo que ha venido después —suspiró.

—La verdad es que sí. Está claro que nunca se sabe lo que nos espera —dije pensativa.

—Exacto, y como no lo sabemos, no vale la pena pensar en lo que sucederá. —Me dio una palmada en la mano que tenía sobre la mesa y cogió otro pastelito.

La imité, toda la variedad que había traído tenía un aspecto delicioso. Nos tomamos el café con calma, comiendo unos cuantos más. Yo paré antes que ella, había desayunado muy bien y enseguida me llené.

Cuando el sol empezó a cubrir todo el balcón, entramos al salón, para estar cómodas con el aire acondicionado.

—¿Te quedas a comer? Podemos preparar algo —le propuse.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Me giré hacia ella en la cocina, encontrándola emocionada.

—Has dado un cambio impresionante, Lola. —Le temblaron los labios y los frunció—. Vuelves a comer como una persona normal, tienes vitalidad, se nota que has cogido tu vida con fuerza y no hay nada que me haga más feliz que verte resurgir. Joder, te ha costado, pero mírate. —Me señaló—. Sé que por dentro debes tener una batalla constante, pero ahora tienes la energía necesaria para combatirla.

—Gracias —susurré, también emocionada—. No ha sido fácil.

—Lo sé, cariño. —Se acercó a mí y me abrazó con fuerza—. Todo lo que vale la pena no lo es —me susurró al oído—. Te aseguro que lo que más cuesta es de donde obtienes las mejores recompensas. Te esperan muchas cosas buenas, Lola, muchísimas.

—A ti también. —Le di un beso en la mejilla cuando nos separamos.

—Hoy nada de estar en la cocina, te invito a comer —dijo animada.

—Acepto —asentí y soltó un grito de alegría.

Me reí mientras le decía que me había dejado sorda. Poco le importó, me mandó a la habitación para que me vistiera, mientras

ella lavaba las tazas y metía los platos con los dulces en la nevera.

—Quiero ir al centro comercial, allí estaremos fresquitas.

—¿Tienes que comprar algo? —le pregunté alzando la voz, desde el pasillo.

—Siempre hay que comprar algo y dejar la tarjeta temblando, y hoy es un gran día para hacer las dos cosas. —Rio y sonreí, negando.

Me quité el pijama y fui al armario. Frente a él empecé a mirar qué ponerme. No tenía muchas opciones, la mayoría de la ropa me quedaba muy grande. Por suerte el vestido que me puse anoche para la cena con Brant lo rescaté del fondo del armario.

Durante toda mi vida había pasado por tallas diferentes, con respecto a una o dos, para arriba o para abajo, por eso tenía ropa que con los kilos que había perdido podía ponerme. Por cómo me había encontrado ni me acordé de ello, tampoco lo había necesitado para mis breves salidas a por comida.

Gracias a que rebusqué entre la ropa vi varios vestidos que también me servían, como algunos pantalones cortos y camisetas.

Elegí los dos últimos: un pantalón vaquero corto y un top de palabra de honor. Con el color tan bonito que tenía en la piel, me favorecían. Me vestí rápido y me puse unas sandalias planas para ir al baño a peinarme.

Al salir, cogí el bolso del perchero y me lo colgué, saliendo de la habitación.

—Ya estoy —le dije a Cari. Estaba sentada en el sofá, esperándome.

Se giró hacia mí, con una sonrisa y una expresión…

—¿Qué? —le pregunté con curiosidad.

—Te ha sonado. —Señaló mi móvil. Llevaba bastante tiempo sobre la mesa baja de enfrente del sofá—. Un mensaje. —Amplió la sonrisa.

Di los últimos pasos más rápido y cogí el teléfono. Tuve un aluvión de emociones en cuanto vi que Brant me había escrito. Me temblaron un poco las manos y con toda la atención de Cari, sentada a su lado, abrí el mensaje cuando me llegaban otros dos.

Brant: *Hola, Lola. Otra vez yo, espero haberte sorprendido de nuevo. No he dejado de pensar en ti desde que nos separamos anoche, por eso quiero proponerte algo… Hoy voy a estar con mi hermano, ya está recuperado del todo y vamos a cenar juntos, pero mañana, mañana soy todo tuyo. Te espero a las nueve en este restaurante…*

El siguiente mensaje era la dirección del restaurante al que quería que fuera, el último…

Brant: *Ya sabes, me gustan las sorpresas. No me respondas, espero compartir momentos nuevos en tu compañía. Hasta mañana por la noche.*

Cari gritó a mi lado, yo me reí nerviosa. Caímos las dos entre los cojines del sofá al tirarme sobre ellos, abrazándome.

—Lo sabía, joder —dijo satisfecha.

Capítulo 15



Lola

Era ridículo cuánto había tardado en decidir qué ponerme. Llevaba más de una hora frente al espejo, cogiendo perchas y probándome todos los vestidos que me venían bien, como si mi vida amorosa dependiera de ello. Y, en cierto modo, tal vez sí. Quería que Brant me viera y se arrepintiera de cada segundo que no había pasado conmigo.

Al final, lo supe en cuanto me lo puse: un vestido negro que llevaba mucho tiempo sin ponerme, pero que estaba como nuevo. Era entallado como un susurro peligroso, moldeaba mis curvas con la precisión de un escultor. El escote en forma de corazón mostraba lo justo para encender sin provocar demasiado, y la tela suave abrazaba mi cuerpo como una segunda piel. Era sensual, sexi, pero también elegante, como si estuviera hecho para jugar con el filo entre lo prohibido y lo sofisticado.

Me puse unos tacones finos, altos, y un perfume que sabía que me acariciaría la piel como si alguien más lo hiciera. Me miré una última vez al espejo y respiré hondo. Sí. Estaba lista y el taxi que había pedido estaba a punto de llegar.

El restaurante se encontraba en el corazón de la ciudad, discreto por fuera pero opulento en su interior. Un oasis escondido entre edificios. Al entrar, me recibió una mezcla de luces tenues, maderas nobles y un aroma embriagador: especias exóticas, vino caro, cuero pulido. Todo hablaba de lujo, sin ostentación.

El *maître*, un hombre con sonrisa medida y guantes blancos, me saludó por mi nombre como si me conociera de siempre. No pregunté cómo lo sabía, simplemente me limité a seguirlo como me pidió, sintiendo sus pasos medidos frente a los míos. Atravesamos un salón principal lleno de parejas silenciosas y mesas perfectamente iluminadas, y luego… una cortina de terciopelo oscuro.

Él la apartó con delicadeza y me hizo una seña para que entrara. El reservado era una fantasía íntima. Paredes cubiertas de seda gris perla, una lámpara tenue que colgaba del techo con cristales tintineantes y una sola mesa para dos. Afuera, el murmullo de los demás comensales era apenas un eco lejano. Allí dentro, estábamos solos.

Y él estaba ahí. Brant se levantó en cuanto me vio aparecer. Su traje negro perfectamente entallado lo hacía parecer aún más alto, más imponente. La camisa blanca abierta en el cuello mostraba un toque de piel, justo lo suficiente para imaginar el resto. Su mirada se deslizó sobre mí como una caricia. Y cuando sonrió… joder. Me derretí.

—Lola —dijo, simplemente, como si mi nombre fuera un regalo.

—Hola, Brant —lo saludé intentando controlar los nervios.

Me cogió la mano y la besó sin prisas, sus labios cálidos rozando mis nudillos como si saboreara cada parte de mí con solo ese gesto, y sentí un escalofrío recorrerme la columna. Me miró como si

pudiera leer todo lo que pensaba. Y yo pensaba demasiado. Pensaba en cómo me temblaban las piernas. En cómo me ardía la piel. En cómo su sola presencia me volvía a desarmar.

Nos sentamos. El camarero apareció como un espectro elegante y comenzó a llenar nuestras copas de vino blanco, fresco y afrutado. Brant me miraba como si la copa fuera yo.

—¿Te gusta el vino? —preguntó.

—Me gusta todo lo que quema despacio —me atreví a responder, y su sonrisa se volvió peligrosa.

La cena empezó con pequeños platos servidos como obras de arte. Ostras con perlas de *wasabi*, *carpaccio* de *Wagyu* con aceite de trufa blanca, corazones de alcachofa confitados en miel de jengibre, y otras variedades que tenían una pinta estupenda. Todo tenía un toque afrodisíaco, todo estaba pensado para excitar más que el paladar.

—¿Esto es casualidad o estás intentando seducirme con la comida? —le dije, tomando un bocado de un *tartar* de atún con mango picante.

—¿No has dicho que te gusta lo que quema despacio?

Chocamos las copas y bebimos. El vino bajaba como terciopelo líquido y mi piel empezaba a sentirse más caliente. Cada vez que nuestros dedos se rozaban sobre el mantel, era como si una chispa prendiera fuego debajo de la mesa.

Me reí con una broma suya sobre alemanes y mariscos, absurda, pero su acento la volvía irresistible, y en ese momento me cogió la mano, no como antes, sino más firme, de un modo más íntimo, y

sus dedos acariciaron la cara interna de mi muñeca. Era casi imperceptible, pero ese roce me hizo cerrar los ojos por un segundo.

—Estás preciosa —susurró—. Gracias por venir.

—Tú estás impresionante —respondí, pero mi voz temblaba—. Es un placer volver a estar contigo, gracias a ti por invitarme de nuevo.

Se acercó más. Su rodilla rozó la mía y sentí cómo me observaba, sin apuro, sin vergüenza. Su mirada no era la de un hombre que contemplaba sin más. Era la de uno que decidía. Que tomaba lo que quería.

Su mano subió por mi brazo, lentamente, como una serpiente explorando, y me estremecí. El camarero volvió, pero ya no importaba. Yo solo podía ver a Brant.

Cuando el plato principal llegó, una langosta flambeada con especias tailandesas, nuestras manos ya estaban entrelazadas bajo la mesa. Y cuando él me soltó solo para tomar un trozo y acercarlo a mi boca, sentí cómo su pulgar rozó mis labios antes de que pudiera separarlos.

—Abre —me ordenó de un modo suave, y obedecí.

La comida estaba deliciosa, pero su mirada, su contacto, su aliento cerca del mío… todo sabía a él.

Brant no tenía prisa. Comía con una elegancia lenta, casi felina. Observaba cómo yo bebía el vino, cómo jugaba con los cubiertos, cómo me humedecía los labios con la lengua. Lo notaba. Notaba que cada mínimo movimiento mío tenía su atención.

Y yo me sentía como en una película a cámara lenta. Todo más cálido. Más espeso. Más… eléctrico.

—Tienes una forma muy peligrosa de mirar, ¿lo sabes? —le dije, soltando una risa que no me esperaba.

—Solo si tienes algo que esconder —me respondió con una ceja arqueada.

Y claro que lo tenía. Mi cuerpo entero temblaba de anticipación. Sabía que estaba cayendo, que estaba cediendo, y lo deseaba con una intensidad casi animal.

El siguiente plato era aún más provocador: solomillos glaseados con salsa de cacao picante y un pequeño volcán de puré trufado. Brant cogió el tenedor y el cuchillo para cortar con precisión un bocado. Lo mezcló con todos los sabores y se inclinó hacia mí.

—Déjame —susurró y abrí los labios.

El sabor explotó en mi lengua como un susurro oscuro: dulce, salado, ardiente. Pero más que el alimento, era la forma en que me miraba él mientras masticaba. Como si le perteneciera.

Y esa idea no me asustó. Al contrario. Me encendió.

Mientras comíamos, nuestras manos se buscaron. Las suyas, grandes, seguras. Las mías, ansiosas. Rozábamos las rodillas, los dedos, las muñecas… El mantel escondía lo que nuestras miradas no podían. Un fuego creciente, imposible de contener por mucho más tiempo.

—Tu vestido… —murmuró mientras jugueteaba con la copa de vino — Parece hecho para que yo te lo quite.

No respondí, al menos no con palabras. Solo levanté una ceja y bebí de mi copa, muy despacio, dejando que el vino mojara mis labios con descaro, de la misma forma que pasé la lengua por ellos. Él lo notó y se inclinó.

—Puedo hacerlo aquí mismo, si me provocas otra vez.

Mi corazón latía como si corriera por un campo abierto. La mezcla de peligro y deseo era adictiva. Quería seguir desafiándolo, jugando para llevarlo al límite. Y al mismo tiempo, quería saltar por el precipicio, como quien se lanzaba desde un acantilado, sabiendo que no había fondo.

Y finalmente llegaron los postres**.** Sabía que el menú estaba planeado al detalle, porque no era casual que el final fuera un trío de dulces que hablaban el lenguaje de la piel: higos en miel caliente, bombones de chocolate negro con relleno de licor y una crema de mascarpone con pétalos de rosa.

Él cogió uno de los bombones y lo presionó contra mis labios.

—Muérdelo —ordenó de nuevo, y lo hice.

Se partió entre mis dientes y el licor caliente se deslizó por mi lengua.

—No tragues aún —murmuró.

Se inclinó y me agarró de la nuca. Me besó con hambre, con una furia controlada y una ternura brutal que me desgarró el alma. Saboreó el chocolate y el licor de mi boca como si fuera un ritual, como si yo fuera una copa que podía vaciar con la lengua.

Sus manos ya estaban en mi cintura, debajo del mantel. Mis piernas se abrieron, inconscientes, respondiendo a ese lenguaje que solo los cuerpos entendían. Una de sus manos se deslizó por mi muslo desnudo, por debajo del vestido. Sentí sus dedos explorando la curva interior. La respiración se me había descontrolado y el corazón se me salía del pecho.

—Estás temblando —susurró, besándome la mandíbula. Bajó hacia mi cuello.

—No es miedo —logré decir.

—Lo sé. —Y se acercó aún más.

Mi espalda tocó el respaldo, y su cuerpo estaba casi encima del mío, cubriéndome como una sombra deliciosa. El terciopelo de las cortinas, la música lejana, el vino, la comida… todo desapareció. Solo quedábamos él y yo.

Su mano llegó hasta el encaje de mi ropa interior. Me tocó como si ya supiera cómo hacerlo, con una precisión devastadora, y mis caderas se arquearon contra su mano sin pensarlo.

—Estás tan húmeda… quítate las bragas y dámelas —me pidió con la voz ronca—. Acabas de perderlas otra vez.

Me cubrió la boca con un beso devastador para acallar el gemido que se me escapó, y mientras lo hacía, sus dedos continuaron acariciándome lenta y rítmicamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para explorarme.

—Brant… —susurré contra sus labios.

—Shhh… hazlo —insistió.

Perdí la cabeza por completo. Me quité las bragas con una necesidad asfixiante, sin importarme que estábamos en el reservado de un restaurante y que había mucha gente fuera. Ni siquiera pensé en que el camarero podía entrar en cualquier momento, por si queríamos algo más.

Con un pequeño temblor en la mano, la alargué hacia él. Me quitó las bragas al instante y entreabrí los labios, sin respiración, cuando se la acercó a la nariz. Me estremecí de los pies a la cabeza, viendo cómo la aspiraba. Cuando se las guardó en un bolsillo, su mano y sus dedos regresaron a mi zona íntima.

—Siéntelo. Escúchate.

No pude evitarlo. Me dejé llevar. Mis piernas abiertas, su mano dentro de mí, su boca en mi cuello… Un momento robado a la realidad, sucio y puro al mismo tiempo. El reservado era una burbuja, y dentro de ella, yo estaba incendiándome.

Le besé con fuerza. Tomé su cara entre mis manos y lo guie. Quería más. Lo quería todo. Pasé los dedos por su pecho, bajando hacia su cinturón, palpando el bulto duro bajo la tela. Lo sentí vibrar contra mí y me perdí en ese poder, en esa rendición mutua.

—¿Quieres más? —me preguntó contra mis labios.

—Quiero que me lo hagas aquí. Ahora —respondí sin vergüenza alguna y sus ojos se oscurecieron.

—Eres muy peligrosa, Lola.

—Y tú delicioso.

Brant se rio suavemente. Y sin dudar, deslizó la silla hacia un lado, lo justo para que su cuerpo se posicionara frente al mío, entre mis piernas abiertas. Sacó la cartera de un bolsillo y la dejó sobre la mesa, después de coger un preservativo. Lo observé con atención mientras apenas se bajaba la cremallera del pantalón y se colocaba la protección. Su mirada tampoco se apartó de mí. Me agarró de la cintura para guiarme hacia él y yo me abrí encima de él para recibirlos. Lo rodeé con mis piernas mientras nos escondíamos en la penumbra del reservado.

Entró en mí con una lentitud torturadora y me mordí el labio para no gritar. Apoyé mi frente contra la suya, y me aferré a sus hombros como si cayera en un abismo sin fondo. Su respiración caliente me rozaba el rostro. Se movía en mi interior con un ritmo pausado y me ayudaba por las caderas a que hiciera lo mismo, como si estuviéramos bailando una canción que solo nosotros oíamos.

—Mírame —ordenó y lo hice. Sus ojos azules estaban ardiendo. Yo me veía reflejada en ellos, vulnerable, deseosa, viva—. Estás preciosa cuando te dejas ir.

Y lo hice, terminé por dejarme ir. Me moví contra él, tomando el control unos segundos, cabalgando su placer y el mío, sintiéndome poderosa. Y en ese momento, su mano en mi espalda, su boca en mi pecho por encima del vestido, sus suspiros. Todo se volvió un vórtice de piel, vino, deseo y amor animal.

El clímax llegó sin permiso, inesperado, arrasador. Me hizo gritar bajito, ahogada contra su cuello, con sus brazos sosteniéndome, atrapándome contra él.

Él se dejó ir poco después, jadeando, enterrando el rostro en mi cuello, con un gemido ronco. Y nos quedamos abrazados, aún unidos, temblando, sin palabras.

Y entonces me reí. Porque había algo ridículo y hermoso en todo aquello. Sexo escondido en un reservado de lujo, con bombones medio derretidos en la mesa y copas de vino a medio vaciar.

—¿De qué te ríes? —preguntó, todavía dentro de mí.

—De lo loca que estoy por tu culpa, creo —confesé, y él me miró.

—Entonces yo también.

Nos besamos de nuevo. Y esta vez fue un beso suave, más lento, más tierno. Como si el deseo hubiera abierto paso a otra cosa. Algo más profundo. Algo que daba incluso más vértigo que el placer.

Alargamos la velada durante un buen rato, satisfechos, saciados, mientras compartíamos conversaciones y lo que quedaba de los dulces y la bebida. Y aunque ninguno de los dos quería irse, dimos por finalizada aquella cita, aquella cena, tras ese momento sensual y erótico, compartido. Nos despedimos en la calle con un beso suave en los labios, antes de que me dijera que volveríamos a vernos. Me alejé por la acera, consciente de que él me observaba caminar.

No sabía qué me pasaba con Brant, pero no podía evitar dejarme llevar, dejarme arrastrar a ese placer que él parecía querer mostrarme.

Capítulo 16



Lola

Elegí ponerme un vestido fresquito y unas sandalias planas.

Cari llegaría en breve para recogerme en coche. Habíamos quedado para ir a la casa de mis padres a pasar el día, a la que tardaríamos en llegar una hora, quizá un poco menos. Los cien kilómetros de distancia que nos separaban se hacían muy llevaderos por las buenas carreteras que había.

Frente al espejo del baño, me hice una trenza para que el pelo no me agobiara con el calor.

Mis padres estaban emocionados porque íbamos a ir, desde antes de que me fuera a Livorno no pisaba la casa familiar.

Cuando el timbre sonó, cogí el bolso y apagué el aire acondicionado de la habitación. Salí del piso animada, de la misma forma que bajé en el ascensor y saludé a Cari.

—¡Qué entusiasmo! —dijo divertida— Ya puedes empezar a contarme cómo fue anoche, aunque por cómo te veo… —Sonrió con picardía.

—Igual de impresionante que la primera cena. —Le hice un guiño, mientras íbamos hacia su coche.

Lo había dejado estacionado a unos metros de mi edificio, en la misma acera.

—¡Qué envidia te tengo! ¡Aaah…! —Alzó la voz y terminamos riendo.

Nos montamos con ella al volante y tomó rumbo hacia la casa de mis padres. Conocía perfectamente el camino.

—Si yo fuera tú, también me la tendría —dije divertida, provocándole más risas.

—Hubo calentón, ¿verdad? —Me miró de reojo con los labios curvados hacia mí y asentí—. Lo sabía. —Golpeó el volante y apreté los labios.

—El restaurante era una pasada y cenamos en un reservado, apartados.

—Joder, eso suena muy excitante —soltó un suspiro.

—Lo fue. Brant estuvo deliciosamente encantador. La comida era un deleite para la vista y el paladar. Todo tenía una pinta… daba pena comerla. Los primeros bocados de cada plato me los dio a probar él, con una sensualidad… —solté un suspiro— Me derritió desde el inicio. —Sonreí—. Por cierto, he perdido otras bragas. —Carraspeé.

—¡¡Nooo…!! —Soltó una fuerte carcajada.

—Bueno, en realidad, esta vez se las quedó él. —Me mordí el labio, pensando lo que hizo con ellas, en su exigencia para tenerme como quería, y en que desde anoche tenía algo muy íntimo mío—. Me pidió que me las quitara y no lo dudé. —Me encogí de hombros—. Ya me había excitado.

—Hija, como para no hacerlo —dijo con picardía.

—Lo hicimos allí mismo, en el reservado.

Me reí por el grito que soltó, mientras le pedía que se concentrara en la carretera.

—La virgen, yo quiero un tío así. —Bufó, subiendo el aire acondicionado.

—Aún no me creo que me atreviera a hacerlo —negué con la cabeza—. Me volvió loca y como siempre me sucede con él, no pensé en nada más que en disfrutar.

—Me encanta. Así debe ser —asintió—. ¿Qué más?

—Alargamos la noche y nos despedimos en la puerta del restaurante. Antes de irme, me dijo que volveríamos a vernos. —Sonreí.

—La única que tiene dudas de que habrá más eres tú. —Rio—. Con cada despedida te pasa lo mismo. —Hizo una pausa—. Solo le encuentro un defecto.

—¿Cuál? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Joder, que ni la primera vez ni anoche tuvo el detalle de acompañarte a tu piso. —Hizo una mueca—. Por todo lo que me

has contado, está claro que es muy caballeroso, pero en eso la caga. —Volteó los ojos, sin perder la sonrisa—. Si es que es muy complicado tenerlo todo, pero estoy segura de que tú no le ves pegas —dijo con humor.

—Pues no. Fui en taxi y regresé de la misma forma. En cuanto me alejé de él por la calle, llamé para pedir uno. No me importa que no salga de Brant acompañarme, no le doy importancia. Únicamente hemos tenido dos encuentros, bueno tres, contando el inesperado en la piscina del *Beach Club*. En dos de ellos nos hemos dejado llevar por el deseo y el placer, y también nos hemos conocido un poco, pero de ahí a la confianza de…

—Joder, ¿más confianza que tenerlo dentro de ti? ¿Qué quieres más? —Rio.

—¿Si te enrollas con un tío una noche, le pides que te lleve a tu casa? —La miré con curiosidad.

—No es lo mismo y la respuesta es no, por supuesto. Lo vuestro es diferente.

—Da igual, sea como sea, estamos bien así. —Me encogí de hombros.

—Ya le leeré la cartilla si tengo la oportunidad de conocerlo —dijo con picardía.

Nos reímos haciendo bromas y cuando nos tranquilizamos, subí la música. El resto del trayecto lo hicimos cantando las canciones que sonaban, yo siguiéndole el ritmo tarareando en muchas de ellas; y también con pausas de silencio, mientras nos bebíamos un café frío, cada una que Cari había comprado para el camino.

Mi amiga estacionó frente a la casa de mis padres. En la zona en la que vivían no había problema de aparcamiento.

—Hijas. —Nos recibió mi madre, con una gran sonrisa.

—Hola, mi adorada Elena —la saludó Cari.

Mi madre se rio mientras la abrazaba, después fue mi turno.

—Hola, mamá. —Le di un beso en la mejilla, devolviéndole el suyo.

—Hola, cariño. —Me acarició la mejilla.

—Sí, sí, te has dado cuenta del brillo que tiene su piel, ¿eh? —le preguntó Cari a su espalda— Es lo que sucede cuando una se desata. —Soltó una carcajada.

—Por lo que veo, tienes novedades que contarnos a tu padre y a mí —dijo mi madre, observándome con expresión divertida.

—Mmm… ¡Pablo! ¡Ven aquí que te vas a perder lo más interesante! —Cari llamó a mi padre, haciendo reír a mi madre.

—Eres muy pesada. —Bufé, pero sonriendo.

Mi amiga ignoró mi comentario y seguimos a mi madre a la cocina.

—No está —nos informó—. Ha ido un momento a la casa del vecino, para ayudarlo con una pequeña avería.

—Vaya por Dios —dijo Cari, sentándose en un taburete de la isla.

—No es nada grave. —Le hizo un guiño mi madre—. ¿Cervezas o refrescos? —nos preguntó.

—Dos de las primeras, vamos a empezar fuerte. —Le hizo un guiño, Cari.

—Me va a sentar de lujo después de café —dije con ironía.

—¿Qué café? Hace más de media hora que nos los hemos tomado —negó.

Mi madre sacó tres botellines de cerveza de la nevera, sin perder la sonrisa. Me encantaba ver lo feliz que estaba.

—¿Qué tal, hija? —me preguntó directamente.

—Bien, mamá.

—Anoche quedó otra vez con Brant, la invitó a cenar. —Elevó las dos cejas Cari, moviéndolas de forma graciosa.

—Vaya… ¿y cómo fue?

—Ya has visto el brillo y lo tersa que tiene la piel.

—¿Vas a dejarme hablar en algún momento? —le pregunté entre risas.

—Encima que te estoy allanando el camino. —Volteó los ojos.

—Fue muy bien, mamá. Cenamos en un restaurante precioso, en un ambiente inmejorable. —Cari carraspeó, pero en esta ocasión la ignoré yo—. Y tal vez volvamos a vernos.

—Tal vez dice. No sabe lo que habla. —Soltó una carcajada mi amiga.

Se movió rápido y se libró de mi colleja.

Mi madre no podía parar de reír viéndonos interactuar.

—Me alegro mucho, cariño. Brant nos cayó muy bien. —Me sonrió mi madre.

—Gracias.

La puerta principal se abrió, lo que supuso una liberación para mí. Con mi padre en escena, entre él y yo, podíamos controlar más a Cari.

—Hola, preciosas —nos saludó animado, al entrar en la cocina.

—¿Dónde te has metido? —Jadeó mi madre.

Venía con la camiseta manchada de grasa, al igual que los antebrazos. En las manos llevaba restos, como si se las hubiera lavado rápido y no hubiese podido desprenderse del todo de ella.

—Ay, Pablo —continuó mi madre, lamentándose—. Estás para meterte de cabeza en la bañera.

—Acompáñame, hay zonas a las que no llego. —Le hizo un guiño él, con mucha intención.

—¡Qué están las niñas delante! —Volvió a jadear.

—¿Niñas? —intervino Cari— ¡Ay, Elena, si yo te contara lo que he llegado a hacer en una bañera…!

Mi padre, Cari y yo nos reímos al ver la expresión sofocada de mi madre. A su marido pareció no importarle porque se acercó a ella y la agarró de la mano. La sacó de la cocina a regañadientes, pero cuando iban por el pasillo, escuchamos las risas de los dos.

—Estoy enamorada de tus padres, de lo que tienen —soltó un suspiro mi amiga.

—Y yo. —Sonreí, levantando el botellín—. Va a ser un muy buen día.

—Claro que sí. —Me hizo un guiño, chocando el suyo con el mío.

Bebimos y nos servimos nosotras mismas, unas patatas chips y unas olivas. Fuimos con todo al porche a esperar a que se unieran a nosotras. Cuando lo hicieron pasó bastante tiempo, por lo que mi padre nos dio la excusa de que les había costado mucho retirar la grasa, con una media sonrisa que lo decía todo.

Con cuatro cervezas y con un poco más para picar que sacamos, disfrutamos entre bromas y conversaciones más serias. Les hablé de Brant, poniendo al día a mi padre. Les conté lo maravillosamente que me hacía sentir y lo bien que me trataba. Se mostraron muy contentos al escucharme.

La comida de mi madre no tenía nada que envidiar a los mejores restaurantes. Al llegar la hora, comimos en el interior de la casa, con el aire acondicionado.

El ánimo de mis padres no decayó en ningún momento al comprobar cómo estaba yo. Entendía la paz y la tranquilidad que debían sentir al continuar viéndome de una forma tan diferente a meses atrás.

Pasamos un día increíble. Estuvimos con ellos hasta las siete de la tarde, hora en la que Cari y yo decidimos regresar. Nos despedimos de ellos con abrazos y besos en la puerta, comentando que nos veríamos pronto.

En un par de días los tendría por mi piso, no tenía ninguna duda sobre ello.

Faltaban veinte minutos para llegar, cuando me entró un mensaje. Busqué el móvil en el bolso, nerviosa porque había pocas personas que podían escribirme: mis padres, Cari y Brant. Lógicamente, los tres primeros no podían ser, así que…

—¿Es él? —me preguntó con curiosidad.

—Sí. —Sonreí al ver la notificación—. Me ha vuelto a escribir.

—¡Pues claro! Joder, ¡ábrelo! Ese hombre me tiene histérica. —Rio.

Leí el mensaje para mí y después lo hice en voz alta. Brant me invitaba otra vez a cenar al día siguiente, de la misma forma que siempre. Me encantaba el misterio que le ponía, al pedirme que no se lo confirmara. ¡Como si fuera necesario! A estas alturas, tanto él como yo sabíamos que volveríamos a estar juntos. La única vez que pudo tener dudas fue para la primera cena, por el resto… imposible.

Capítulo 17



Lola

Otra vez los nervios de siempre revoloteando por mi estómago.

Había algo casi ritual en cómo me preparaba para verlo. Como si cada movimiento, cada prenda, cada trazo de maquillaje, cada gota de perfume, fuera una ofrenda secreta. Una parte de mí sabía que no era una cita cualquiera. Tal vez no lo había sido nunca, desde el primer momento en que lo vi. Pero aquella noche… aquella noche quería que me recordara.

Saqué casi todo el armario. Me agobié mucho buscando entre los pocos vestidos que me quedaban bien, y que no me había puesto para las anteriores citas con Brant. Los fui colocando sobre la cama, mirándolos con indecisión. Cortos, largos, entallados, más sueltos… todos parecían hablar demasiado o muy poco. Ninguno tenía la mezcla exacta de «quiero devorarte» y «mírame con respeto».

Hasta que me vino a la memoria uno en especial que no estaba en ninguna de las perchas del armario, ni en mi cama. Solté un pequeño grito y arrastré una silla hacia el armario. Hacía tanto tiempo que no me lo ponía que se me había olvidado. Me subí en ella, buscándolo entre los estantes donde tenía la ropa que no utilizaba. Estaba segura de que debía estar por algún lado. Me

entraron hasta sudores y sentí un gran alivio cuando, en el último estante, lo encontré abandonado: el vestido rojo.

Era de un tono profundo, entre cereza y vino. Entallado, pero no demasiado. El tejido caía con elegancia hasta un poco por encima de las rodillas, dibujando mis curvas con descaro, pero sin vulgaridad. El escote era asimétrico, dejando un hombro al descubierto, lo justo para sugerir piel sin regalarla. Sensual, sexi, pero con ese punto de elegancia que decía: «Sé lo que valgo, y tú también lo sabrás».

Me lo puse con unos tacones negros de tira fina, casi invisibles, y un labial del mismo tono del vestido. El pelo lo dejé suelto, ondulado, rebelde, como mi ánimo esa noche. Perfume en los puntos clave. Muñecas, cuello, clavículas. Sabía que él lo notaría en cuanto se acercara.

Me miré en el espejo una última vez, ilusionada porque el vestido me iba perfecto.

—Rojo para el deseo —murmuré con una leve sonrisa, y salí del piso.

El restaurante estaba escondido en una calle tranquila del centro, sin rótulos llamativos ni luces innecesarias. Solo una discreta puerta de madera negra y una lámpara de hierro forjado que colgaba encima. Una joya oculta. Perfecto para él. Perfecto para nosotros.

Por dentro era cálido y sofisticado. Paredes con texturas asiáticas, lámparas de papel que lanzaban sombras suaves, madera oscura y toques dorados. Las mesas eran bajas, con cojines amplios, y había biombos pintados a mano que separaban los espacios. Olía a citronela, jazmín y cocina con alma.

Brant no había llegado. Me alegré, porque por una vez era yo la primera en llegar. Quería y necesitaba ese momento a solas. Para

respirar hondo y dar espacio a las mariposas que ya se agitaban dentro de mi pecho. El *maître*, muy correcto, me condujo hasta la mesa que él había reservado. Se encontraba junto a una ventana, con vistas a un pequeño jardín interior con faroles flotantes.

Me senté, crucé las piernas despacio y apoyé las manos sobre la mesa. Había una botella de agua y aproveché para llenarme la copa y beber un poco. Me concentré en no parecer una estatua de nervios.

Y entonces lo vi. Brant entró como si el lugar le perteneciera, sin proponérselo. Tenía el cabello revuelto con ese aire descuidado que parecía perfectamente estudiado, vestía una camisa blanca arremangada hasta los antebrazos, pantalones oscuros, zapatos sin cordones. Informal, sí. Pero maldita sea, ese hombre estaba sexi con cualquier cosa que se pusiera. Llevaba un reloj de cuero negro en la muñeca y una ligera sombra de barba que lo hacía peligrosamente atractivo.

En cuanto nuestras miradas se encontraron, sonrió. Y se me olvidó todo: el vestido, el perfume y lo que quería aparentar. Todo se derrumbó en un solo segundo por su sonrisa.

—Hola, Lola —dijo al llegar a la mesa, con ese acento alemán que convertía mi nombre en otra cosa.

—Hola, Brant.

Me pidió con un gesto que no me levantara. Se inclinó y me dio un beso rápido en los labios. Su aliento olía a menta y a algo más. A él. A deseo.

—Estás preciosa.

Me sonrojé. Estúpido y delicioso reflejo. Él lo notó, por supuesto.

—Me encanta cuando haces eso —dijo mientras se sentaba—. Ese rubor tuyo debería ser ilegal.

—Cállate. —Reí, escondiéndome tras la carta del menú.

—Demasiado tarde. Ya me has matado.

Le lancé una servilleta, divertida, y él la atrapó al vuelo con unos reflejos que no esperaba. El camarero llegó justo a tiempo para evitar más travesuras y nos ofreció el menú de degustación.

—¿Te parece bien comida asiática variada? —me preguntó Brant.

—Si incluye picante, arroz y algo que no sepa pronunciar, me parece perfecto.

Levantó la copa de vino blanco que nos acababan de servir y me miró con intensidad.

—Entonces brindemos por eso.

—¿Por lo exótico?

—Por las palabras impronunciables… y por lo que pica.

Chocamos las copas. El primer sorbo fue fresco, afrutado y delicioso.

La comida llegó en pequeños platos. *Sushi* de autor con frutas tropicales, *bao buns* rellenos de pato y tamarindo, tallarines fríos con sésamo, brochetas de ternera con salsa de miso y miel, y más. Un festival de sabores que encendía la boca y el alma.

—¿Este lleva *wasabi* o me acabas de envenenar lentamente? —pregunté después de morder un rollito sospechoso.

—Sufrirás un poco… pero sobrevivirás —respondió con una carcajada, y brindamos otra vez.

—¿Por qué brindamos ahora? —le pregunté.

—Por la valentía de probar cosas nuevas. Y por tu lengua valiente.

—Eso ha sonado muy sucio.

—¿Y? ¿Vas a negarlo?

Negué con la cabeza riendo. Él cogió mi mano sobre la mesa y la acarició con el pulgar, suave, atento. Me miró con ternura, sin prisa.

No sabía lo bien que me hacía sentir, lo bien que me hacía estar con él; quería decírselo, pero no lo hice, no era el momento.

En cambio, sonreí. Y él lo notó.

—Otra vez ese rubor. Estás preciosa así.

—¿Vas a repetir eso toda la noche?

—Si tengo suerte, sí. —Me hizo un guiño.

La cena fue una mezcla perfecta de risas, miradas cómplices y pequeños gestos cargados de algo más. Me di cuenta de que él era muchas cosas a la vez. Divertido, encantador y pícaro. Pero también tierno y atento. Brant era de esos hombres que te miraban como si fueras lo único que existía en la sala.

Y eso… me desarmaba más que cualquier plato exótico o copa de vino.

Cuando terminamos, ya llevábamos cuatro brindis. Uno por los viajes. Otro por los besos inesperados. Uno por los errores, el mío, según él, era no haberlo besado antes, y otro por «las sonrisas que se cuelan bajo las pestañas».

—¿Quieres seguir la noche? —me preguntó al salir del restaurante, con la brisa rozándonos el rostro.

—¿Tienes algo en mente?

—Hay un local de copas aquí cerca. Buena música. Poca luz. Y tú conmigo.

—Me parece un plan difícil de rechazar.

—Entonces no lo rechaces.

Y no lo hice, por supuesto.

Fuimos caminando hasta allí, con su paso relajado y yo a su lado, con las piernas temblando un poco; no sabía si por los tacones o por cómo me miraba cuando creía que no lo notaba.

Sabía que la noche no había hecho más que empezar.

El local estaba a dos calles del restaurante. Una fachada oscura, con faroles colgantes, y una pequeña terraza con mesas de mármol negro. Se escuchaba la música desde fuera, grave, envolvente, como un pulso eléctrico que te llamaba desde dentro.

Brant me abrió la puerta como si estuviéramos entrando en otro mundo. Uno con luces tenues, paredes cubiertas de terciopelo oscuro y una barra iluminada desde abajo, con botellas que brillaban como joyas. El ambiente era íntimo, moderno y a la vez acogedor, con toques de diseño asiático minimalista. En el fondo, una pequeña pista de baile, apenas iluminada por luces ámbar, latía al ritmo de una mezcla suave de electrónica y *soul*.

—¿Aquí sueles traer a todas tus citas elegantes durante las vacaciones? —pregunté, mientras él me guiaba hacia la barra.

—Solo a las que van de rojo —contestó con humor y no pude evitar reírme.

—Eres un cliché andante.

—¿Y, aun así, sonríes conmigo?

—Peor aún: me fascina.

Nos sentamos en la barra. La camarera, una mujer altísima con moño alto y labios carmesí, le guiñó un ojo a Brant como si lo conociera. Él le devolvió la sonrisa con cortesía, pero no apartó la vista de mí.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó.

—Algo con ginebra. Algo peligroso.

—Tú sí que eres peligrosa —dijo riendo, antes de pedir.

Mi bebida llegó en una copa ancha de cristal esmerilado, con una rodaja de pomelo rojo y un toque de romero fresco. Era dulce, fuerte

y con un matiz amargo que quedaba en la lengua, como él. Perfecta. Y sí, brindamos de nuevo.

—¿Por qué brindamos esta vez? —le pregunté, ya un poco más suelta por el vino de la cena y su maldita sonrisa de medio lado.

—Por lo que viene después.

—¿Después de qué?

—Después de esta copa. Después de esta noche. Después de ti mordiéndote el labio como lo estás haciendo ahora.

Tragué. Literal y emocionalmente.

—Tú no juegas limpio, Brant.

—Tú tampoco. Mira cómo me miras.

—¿Así?

—Exactamente así.

Nos bebimos las copas entre carcajadas y silencios, de esos que te decían más que las palabras. Cuando empezó a sonar una versión lenta de una canción de *Rhythm and Blues*, él se levantó y me ofreció la mano.

—¿Bailas?

—¿Aquí? No hay nadie más en la pista.

—Mejor, así nadie interfiere. Te recuerdo que no hace mucho me hiciste bailar una bachata.

Divertida, acepté su mano. Me sentí ligera, como si la bebida y su voz me hubieran quitado unos cuantos kilos de conciencia. Nos desplazamos al centro de la pista, donde el aire olía a licor dulce y deseo contenido.

Me colocó una mano en la cintura y la otra, en la parte baja de mi espalda. Me atrajo despacio hacia él, sin prisa, como si me leyera. Comenzamos a movernos lentamente, casi pegados. Su cuerpo marcaba el ritmo; el mío lo seguía. Era como flotar en lava.

—Tienes un don —susurró.

—¿Cuál?

—El de hacerme olvidar dónde estamos.

Apoyé la frente en su hombro por un instante y respiré hondo. Lo sentí: su piel, su calor, su perfume… Todo él. Y me dejé llevar.

Poco a poco, el baile se volvió más íntimo, más peligroso. Mis caderas rozaban las suyas, sus manos subían por mi espalda y bajaban por mi cintura. Nuestros rostros casi se tocaban. Las miradas eran caricias.

Yo me mordía el labio. Era inevitable. Lo hacía cuando deseaba algo y lo deseaba a él.

—Si sigues haciéndolo —dijo bajando la voz hasta convertirla en un roce sobre mi oreja— voy a tener que hacer algo al respecto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué propones?

Él se separó apenas unos centímetros para mirarme. Tenía esa expresión en los ojos que siempre me desarmaba: deseo, ternura, decisión.

—Propongo… —Tomó mi mano—. Que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—A mi apartamento.

Mi cuerpo entero reaccionó antes que mi boca. El corazón me latía con fuerza, la piel me ardía y las palabras no salían. Pero él lo sabía. Me conocía ya lo suficiente.

—Vamos —dijo, simplemente, como si fuera lo más natural del mundo.

Llegamos en taxi a su apartamento. Era uno de esos edificios silenciosos que parecían más un refugio que un lugar de paso. Desde el vestíbulo, con mármol blanco y luces bajas, hasta el ascensor, todo hablaba de elegancia y discreción. Nadie nos preguntó nada. Nadie nos miró demasiado.

En el ascensor, él no me tocó. Y eso fue más erótico que si lo hubiera hecho. El silencio entre nosotros era una especie de electricidad quieta. Un segundo antes de llegar al piso, me agarró de la cintura atrayéndome hacia él.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura —le respondí.

Su hermano estaba en otro apartamento contiguo porque según él, necesitaba su espacio para lo que pudiera pasar. Así me lo contó

con una sonrisa de medio lado y un carraspeo de tranquilidad a que estaríamos fuera del alcance de otros ojos.

El espacio era una especie de *suite* luminosa y acogedora, con un diseño moderno en tonos grises y ocres, y grandes ventanales que dejaban ver la ciudad iluminada. Una cama inmensa con sábanas blancas, un sofá bajo frente a una chimenea decorativa, y al fondo, un baño abierto con una ducha de cristal y luces tenues.

—¿Quieres algo de beber?

—No necesito nada más.

—¿Ni siquiera esto? —preguntó, encendiendo una pequeña lámpara junto a la cama. La habitación se llenó de una luz suave, íntima, como una invitación. Y me acerqué.

—Brant…

No terminé la frase. Porque él ya estaba frente a mí. Me rodeó la cintura con las manos y me miró como si deseara saborearme más que besarme.

—Dios, Lola… estás preciosa con este vestido. Pero me muero por verte sin él.

—Entonces, ponle remedio.

Lo besé. Esta vez fui yo quien tomó la iniciativa. Lo atrapé por la nuca y lo besé como llevaba horas queriendo hacerlo. Él respondió con una intensidad que me hizo temblar. Sus manos se deslizaron por mi espalda y bajaron hacia mis caderas. Me apretó contra él, y sentí el calor de su cuerpo encendiéndome más que cualquier bebida.

Me giró lentamente y bajó la cremallera del vestido. El sonido fue un susurro cargado de promesas. El vestido cayó a mis pies, y me quedé en ropa interior. Roja, por supuesto. Como mi intención.

—Joder —murmuró—. ¿Sabes lo que me haces?

—Quiero verlo.

Capítulo 18



Lola

Brant me miraba como si acabara de abrir un regalo que no sabía que deseaba tanto. Su respiración era más profunda, más marcada e inestable. Yo me sentía desnuda, aunque todavía llevara la ropa interior puesta. Su mirada me desnudaba más que sus manos.

—Eres una visión, Lola —susurró con voz ronca.

Se acercó con lentitud. Sostuvo mi rostro entre sus manos y me besó con una dulzura que contrastaba con el deseo que se le escapaba por los poros. Sus labios eran cálidos, pacientes, como si quisiera saborearme segundo a segundo.

Sus manos bajaron por mis brazos, explorándome como si no quisiera olvidar ni un centímetro de mi piel. Yo le desabotoné la camisa, despacio, disfrutando del ritual. Cada botón era una provocación, una promesa. Cuando se la quité por completo, su torso quedó frente a mí como una escultura viva: fuerte, definido, real.

—Tu piel —le susurré, acariciándola con la yema de los dedos—. Me gusta tocarte.

—Entonces, tócame —me dijo, y me cogió de la cintura para atraerme hacia él.

Nuestros cuerpos se rozaron por fin, piel contra piel, deseo contra deseo. Me besó el cuello, los hombros, el borde del sujetador, mientras sus manos descendían por mi espalda hasta desabrocharlo con una destreza que me hizo sonreír.

—Sabes lo que haces —murmuré.

—He imaginado esto más veces de las que debería esta noche.

Lo dejé caer. Mi pecho quedó expuesto ante su mirada, y la forma en que me contempló me hizo sentir adorada. Como si fuera arte. Como si fuera sagrada.

Se inclinó lentamente para besarme entre los pechos, luego se centró en uno, y pasó al otro, con una devoción deliciosa. Su lengua jugó con mis pezones mientras sus manos acariciaban mis muslos. Yo gemí bajito, aferrándome a sus hombros.

—Dios… —Jadeé.

—No, todavía no —respondió él con una sonrisa—. Quiero oírte suplicar cuando estés perdiendo la cabeza.

Y no faltaba mucho para ese momento.

Me empujó con suavidad hacia la cama y caí entre las sábanas blancas, con las piernas semiabiertas y el corazón a punto de salirse del pecho. Él se desabrochó el pantalón y se lo quitó con movimientos lentos y calculados, junto con el bóxer.

Se quedó frente a mí completamente desnudo. Hermoso. Fuerte. Despiadadamente erótico.

—Tu turno —susurró, mirándome como si ya me estuviera sintiendo.

Me mordí el labio, sonreí y deslicé las bragas hacia abajo con lentitud, sin romper el contacto visual. Él tragó saliva. Fue tan evidente que solté una risa suave.

—¿Estás nervioso, Brant?

—Estoy a punto de perder el control, Lola.

—Entonces, piérdelo.

Se arrodilló frente a la cama y separó mis piernas con suavidad. Me besó el interior de los muslos como si le rezara a mi cuerpo. Me temblaban las manos, los muslos, la voz. Toda mi piel vibró cuando su lengua encontró mi centro sin aviso, cálida, húmeda y precisa.

—Oh, Dios… —repetí entre susurros y jadeos.

Jugó con mi cuerpo como si supiera leerlo. Su lengua acariciaba, succionaba y presionaba donde debía. Una de sus manos me sostenía la cadera; la otra se perdía entre mis nalgas. Yo cerraba los ojos con fuerza, la boca abierta, y un gemido constante escapando de mí.

Estaba tan cerca… y él lo sabía. Se detuvo justo antes del borde. Me miró desde abajo, con los labios mojados y los ojos encendidos.

—Quiero sentirte —dijo.

Se puso de pie y fue hacia la mesita de noche, de donde sacó un preservativo. Se lo colocó sin apartar la mirada de mí. Tardó segundos y se subió a la cama para colocarse entre mis piernas. Yo rodeé su cintura con los muslos y sentí el calor de su cuerpo alineándose con el mío.

Entró en mí con lentitud. Profundo. Llenándome. Poseyéndome.

Mi cuerpo se arqueó instintivamente por el placer. Grité su nombre, aferrándome a su espalda, mientras él empezaba a moverse. Fue lento al principio, como si quisiera saborear cada segundo de nuestra unión.

Nuestros cuerpos se acoplaban con una precisión casi sobrenatural. Cada embestida era una confesión. Cada gemido, una promesa. Yo lo besaba con desesperación; él me miraba con una ternura feroz. No era solo sexo. Era algo más, algo que nos envolvió por completo.

—Lola… —Jadeó, enterrando el rostro en mi cuello—. No tienes idea de lo que me haces sentir.

—Dímelo —le pedí, mientras lo empujaba más dentro de mí con las caderas.

—Me haces querer quedarme. Me haces querer olvidarlo todo.

—Entonces quédate y hazlo —le pedí antes de besarlo.

Él se sentó sobre sus rodillas y me llevó con él. Me acomodé a horcajadas y tomé el control. Me moví despacio, sintiéndolo en cada rincón de mí. Su rostro era de puro placer. Sus manos en mi cintura, sus labios abiertos, sus ojos entrecerrados.

Yo cabalgaba su deseo con seguridad, con hambre, con amor.

Y cuando el orgasmo me alcanzó, fue como caer desde el cielo hacia un mar tibio. Me aferré a él, temblando, llorando un poco, sin saber por qué. Él me sostuvo, me apretó y me besó el cabello.

—Estoy contigo —me dijo al oído, y luego se corrió él, con un gemido profundo, entregándose por entero.

Caímos abrazados sobre la cama, respirando entrecortadamente, con los cuerpos enredados y las almas un poco más cerca.

No hablamos. No hacía falta. Solo nos miramos mientras nos acariciábamos perezosamente. Y en su mirada cabía el universo entero.

Desperté envuelta en calor. En una mezcla de sábanas suaves, perfume masculino y un brazo fuerte rodeándome la cintura. Por un instante, no recordé dónde estaba. Luego, giré la cabeza y vi su rostro.

Brant dormía con la boca entreabierta, el cabello desordenado sobre la frente y una expresión de paz que contrastaba con la pasión salvaje de la noche anterior. Me quedé mirándolo en silencio, memorizando cada línea de su mandíbula, cada sombra bajo sus ojos, cada curva de sus labios.

Dios, este hombre… Moví ligeramente los dedos por su pecho desnudo, acariciándolo en círculos. Sentí cómo su respiración cambiaba, señal de que estaba despertándose.

—Mmm… —murmuró sin abrir los ojos— Si esto es un sueño, que nadie se atreva a despertarme.

—No lo es —le respondí en voz baja—. Aunque lo parezca.

Abrió los ojos despacio y sonrió. Una de esas sonrisas lentas y dormidas que derretían.

—Buenos días, Lola.

—Buenos días, alemán irresistible.

Con una expresión traviesa, me besó la frente con suavidad, y luego deslizó la mano por mi cintura hasta apoyarla en mi cadera desnuda.

—¿Cómo te sientes?

—Como si el mundo fuera un poco más perfecto esta mañana.

—Yo igual. Solo que más afortunado —dijo y me besó la clavícula, muy despacio.

Nos quedamos unos minutos en silencio, entre caricias suaves, miradas llenas de cosas no dichas y una complicidad tan cómoda como las sábanas que nos envolvían.

Al cabo de un rato nos levantamos. Él se puso unos pantalones de pijama de algodón oscuro y yo me puse su camisa. Me quedaba bastante larga y suelta, según sus palabras, obscenamente sexi.

—¿Café? —preguntó desde la cafetera de la mini cocina.

—Por favor. Y que sea doble.

Preparamos un desayuno improvisado con lo que había en el apartamento: café recién hecho, zumo de naranja, algunas frutas

cortadas, panecillos y mantequilla.

Nos sentamos en la cama con las piernas cruzadas, compartiendo platos y bocados entre risas.

—¿Sabes que te comes las fresas como si fueran un arma de seducción masiva? —me dijo, observándome con descaro.

—Seducción masiva, no existe. —Reí.

—Ahora sí, eres tú.

—¿Y tú sabes que cuando masticas sin camisa me cuesta concentrarme en masticar también?

—Eso me parece un empate justo.

—Brindemos por eso.

Levantamos las tazas de café y las chocamos suavemente.

—Por las fresas, la camisa que ya no tengo y las mañanas que ojalá no se acabaran.

—Por el alemán que me hace sonrojar sin siquiera intentarlo —añadí.

Él me miró con ese brillo que ya conocía: mezcla de deseo y ternura.

—¿Te apetece una ducha?

—¿Lo dices por higiene… o por otros motivos?

—Por ambos —respondió con una sonrisa canalla.

Me cogió de la mano y me condujo al baño. La ducha era enorme, de mármol claro, con paredes de cristal y una lluvia de agua templada que caía del techo como una caricia constante.

Nos desnudamos frente al vapor, esta vez sin prisa, y me observó mientras dejaba caer su camisa de mis hombros. Yo lo miré mientras se bajaba los pantalones. Y entramos juntos.

El agua cayó sobre nuestros cuerpos y resbaló por la piel como un nuevo inicio. Me giró hacia él, me pegó suavemente a la pared de la ducha y me besó como si el tiempo se hubiera detenido allí, bajo esa lluvia tibia. Su lengua buscó la mía, sus manos me recorrieron con hambre.

—No me canso de ti —susurró contra mis labios—. No quiero hacerlo nunca.

Me aferré a su cuello y lo besé con más fuerza, respondiéndole sin palabras. El agua nos envolvía en una burbuja de calor, deseo y urgencia contenida.

Se arrodilló en el suelo mojado, bajo el chorro, y me separó las piernas con una facilidad feroz. Su boca volvió a encontrarme como si supiera el camino de memoria. Yo cerré los ojos, dejándome caer contra la pared, gimiendo con el eco de la cerámica amplificando cada sonido.

No había lugar más perfecto que ese instante. No había mundo fuera de su lengua, de su respiración, de sus dedos.

—Dios, Brant… —Jadeé, balanceando la cadera.

Me alzó con mucha facilidad, cogiéndome por los muslos, y me apoyó en sus caderas. Entró en mí de nuevo y en esta ocasión la sensación fue… piel con piel, suavidad sobre suavidad. El calor de nuestros cuerpos se unificó sin barreras bajo el agua, contra el azulejo. Mojados, el sonido de nuestros sexos al chocar, una y otra vez, fue la mejor melodía, mezclada con los sonidos de placer. Fuimos al encuentro del otro sin descanso, aumentando el ritmo cada vez más.

Mi clímax llegó como un relámpago. Me abracé a él con desesperación, temblando y jadeando, con la frente apoyada en la suya. Brant salió de mi interior con el tiempo justo para liberarse. El agua siguió cayendo, limpiando el rastro de nuestro deseo, pero sin borrarlo.

Nos quedamos abrazados un rato, respirando hondo, en silencio.

Y entonces me besó despacio. Fue un beso distinto, más allá del placer y de la piel.

Era un beso que decía: esto ya no es solo deseo y atracción.

Cuando conseguimos separarnos, nos envolvimos en dos toallas grandes y nos quedamos de pie frente al espejo del baño, aún empapados. Reímos como dos adolescentes atrapados en una burbuja que parecía no querer estallar.

Yo tenía el cabello empapado y pegado al rostro. Brant me lo apartó con ternura y me besó la sien, dejando allí un rastro de calor.

—Estás preciosa, mojada. Pero te prefiero sin la toalla —bromeó.

—Tú lo que quieres es que no me vista nunca más.

—Exacto. No lo oculto.

—Lo tendré en cuenta. —Reí.

Volvimos al dormitorio, aún desnudos bajo las toallas. Yo me senté al borde de la cama y lo observé mientras buscaba su ropa. Se agachó y se puso los pantalones lentamente, como si estuviéramos solos en un universo suspendido.

—¿Sabes? —le dije— Hasta cuando te pones calcetines, pareces sexi. Es un asco.

—Ah, ¿sí? Pues tú, con mi camisa puesta, pareces el pecado original en versión mejorada. —Me hizo un guiño.

Le lancé un cojín y él me lo devolvió.
Terminamos riendo, abrazados otra vez sobre las sábanas arrugadas, sin ganas de romper el hechizo.

Nos vestimos entre caricias furtivas. Él me ayudó a subir el cierre del vestido de un rojo que parecía prometer incendios, y yo le abotoné la camisa con manos lentas.

—Me encanta esto —murmuré.

—¿El qué?

—Vestirte después de haberte desnudado.

Me sonrió, esa sonrisa suave que solo me daba a mí, como si en ese gesto me dijera todo lo que no se atrevía aún a poner en palabras.

Volvimos a desayunar un poco más de lo que quedaba: café recalentado, fruta y panecillos fríos. No importaba, todo sabía mejor porque era con él.

Brant tenía una habilidad de transmitirme con solo mirarme que me deseaba, exactamente lo que continuaba haciendo. Yo le correspondía en todo.

Nos sentamos en la alfombra frente al ventanal, mirando la ciudad desde arriba, como si fuera nuestra.

Le cogí la mano y jugamos con nuestros dedos como niños mientras me apoyaba en su hombro.

—Esta noche ha sido más de lo que esperaba —le dije.

—Para mí también. Mucho más.

—No ha sido solo sexo —susurré, indecisa.

—No. Fue piel. Alma. Tiempo detenido.

Lo miré y sentí que podía llorar, pero no de tristeza. Era otra cosa. Una emoción suave, inmensa. Una certeza sin nombre.

—Brant…

—Lola…

Nos besamos una vez más. Un beso largo, tierno, como si la boca pudiera decir lo que el corazón aún no sabía cómo.

Después de un tiempo me vestí para dar por clausurado otro encuentro más, con cada uno de ellos íbamos ascendiendo. Me

acompañó a la puerta del apartamento, donde me pasó los dedos por el pelo. Me sujetó la barbilla con delicadeza y me miró como solo él sabía hacerlo.

—Esta historia no termina aquí. Lo siento en los huesos —dijo y asentí.

No me salieron más palabras, por lo que salí del apartamento con las piernas aún temblorosas. Por lo vivido. Por lo sentido. Por lo que ese hombre había despertado en mí.

De camino a casa, en el taxi, apoyé la cabeza en la ventanilla. La ciudad pasaba como un río de luces, ajena a mi pequeño terremoto interior.

Brant. Ese nombre ya no era solo un nombre. Era una sensación. Un fuego lento y un espacio seguro.

Pensé en sus manos. En su voz cuando decía mi nombre. En su cuerpo temblando y estremeciéndose dentro del mío. Pensé en cómo me había mirado después. Como si me viera entera. No solo desnuda, sino viva.

Y entonces supe algo con certeza, que nuestras últimas palabras eran muy reales. No éramos deseo, sino conexión. Y eso, para mí… ya lo cambiaba todo.

Capítulo 19



Lola

Sostenía el café en mis manos, sentada en el balcón, cuando para mi sorpresa recibí una llamada de mi abogado.

La atendí con la voz temblorosa y el corazón golpeándome el pecho como si quisiera salirse, pero afortunadamente era para organizar el encuentro, ya que en dos días me traían a mis hijos y por fin estarían conmigo. Me eché a llorar de la emoción, sin contención y sin barreras. Era como si alguien me hubiese arrancado una venda de los ojos y por fin pudiera ver un poco de luz al final de un túnel que llevaba meses oscureciéndome la existencia.

Y aunque yo sabía la fecha, saber que mi ex lo había confirmado, que no se había echado atrás, me parecía milagroso. Para mí era ese rayo de luz para terminar de convencerme de que, en nada, volvería a abrazar a los grandes amores de mi vida.

Hasta llegué a pensar que ese ser despreciable y ruin haría algo para retrasar ese momento, que se atrevería a impedirlo de alguna forma, con algo legal o alguna de sus maquiavélicas ocurrencias que pudieran cruzarle por la mente, pero gracias a Dios no había sido así.

Lloré durante varios minutos, abrazándome las piernas, dejándome llevar por esa mezcla de emoción, miedo y alivio que me recorría entera.

Por ese temor que había sentido hasta entonces, no me había sincerado con Brant, pero en ese momento me sentí en la obligación de hacerlo. Así que, después de llamar a mis padres y a Cari para compartir este momento, me decidí a escribirle.

Lola: *Buenos días, mi alemán favorito. ¿Qué te parece si te invito a cenar esta noche al mejor italiano de la ciudad?*

Vi que se puso en línea enseguida y que leyó el mensaje. Sonreí nerviosa. El chat me indicaba que estaba escribiendo.

Brant: *Buenos días, mi revuelo de emociones. Estoy ansioso por conocer ese sitio. ¿Me pasas la ubicación y hora?*

Sonreí, leyéndolo. Eso de su revuelo de emociones me había causado un cosquilleo por el estómago bien grande. No sabía si era nervios, ilusión o una mezcla de ambas, pero era bonito, y me había hecho sonreír.

Entré a la aplicación del restaurante para comprobar si había hueco en las reservas y tenían una mesa libre en la terraza exterior para las nueve de la noche. Había tenido suerte porque muchas veces no quedaban fuera, que era lo más solicitado.

Le contesté con la ubicación y la hora. Me causaba mucho nerviosismo sincerarme con él, pero no quería estar inventándome excusas durante los diez días.

El día lo pasé con un nudo de nervios en el estómago que no podía controlar. Ver a mis hijos, eso que tanto deseaba…

Fue a las ocho de la tarde cuando comencé a arreglarme. Elegí unos pantalones blancos sueltos que quedaban muy bonitos y que complementé con un top del mismo color que dejaba mi barriga un poco al aire. A pesar de haber tenido un embarazo doble, tuve la suerte de que mi abdomen no se resintió lo más mínimo y aún podía lucirlo sin complejos.

Me dirigí hacia la pizzería, donde Brant ya me esperaba disfrutando de una copa de Lambrusco que adiviné por la botella en la mesa. Se levantó para saludarme y me dio un beso en los labios mientras me decía lo guapa que estaba.

—Así que este es el mejor italiano de la ciudad —dijo con esa voz grave que tenía, y sonrió a la vez que me servía mi copa.

—Afirmativo —sonreí—. Hay unos tallarines con marisco que son mi perdición.

—Pensé que ese era yo. —Apretaba los labios para no soltar la risilla mientras que me miraba de manera penetrante.

—También, pero pruébalos y luego me dices.

—Lo haré. —Me hizo un guiño y siguió mirando hacia la carta—. ¿Qué más recomiendas?

—Una ensalada del mar, así seguimos en la misma línea y, además, está deliciosa.

—Lo veo una opción inmejorable.

Ambos nos decantamos por el mismo plato y la ensalada como entrante para compartir. Pedimos, brindamos con una mirada

cargada de electricidad y, por un momento, me sentí en paz. Pero sabía que no podía evitarlo más.

—Quiero hablar contigo, Brant. Es algo importante —dije, rompiendo un silencio que habíamos tomado entre miradas llenas de intención escondida tras la forma de nuestras sonrisas.

—Soy todo oídos.

—Quiero que me escuches hasta el final y luego hables, pero no me interrumpas porque me pongo muy nerviosa y me cuesta mucho articular la cuestión que voy a plantearte.

—Tranquila. —Extendió la mano y acarició la mía—. Te escucho, y te prometo que no diré nada hasta que termines.

—El día que nos vimos por primera vez fue el primero que salí después de más de cinco meses encerrada en casa. Estuve casada con un italiano con el que tuve dos hijos. —Su cara se transformó en asombro—. Tengo dos mellizos, Martín y Valeria; en tres meses cumplirán tres años.

»Ellos son lo mejor de mí. Mi mundo, pero no están conmigo. No los veo desde… —le conté toda la historia con pelos y señales, sin dejarme nada por el camino, sintiendo cómo se me iba apagando y rompiendo la voz, con las lágrimas comenzando a deslizarse por mis mejillas.

»El caso es que, pasado mañana, estarán conmigo durante diez días y necesitaba contarte la verdad de mi vida. Solo tengo dos visitas al año porque así lo quiso mi ex. Nunca pensé que un juez fuera tan cruel de arrebatarle a una madre a sus hijos, pero ya ves que en Italia sí.

Bran no decía nada, solo apretaba mi mano más fuerte. Yo seguí contándole todo.

—Y no, durante este tiempo no hice nada como arquitecta, solo que no quería entrar en mi vida. He pasado meses muerta en vida, encerrada en casa, encerrada en mi propio infierno. Cada noche veo sus fotos y sus vídeos, y lloro. Lloro porque no puedo abrazarlos, no puedo darles las buenas noches, no puedo leerles un cuento ni decirles cuánto los quiero. Siento que me han arrancado la vida. Que respiro por inercia, pero estoy muerta por dentro. —Concluí y se hizo un silencio—. Ya puedes hablar. —Me reí nerviosa.

Me cubrí el rostro con las manos, temblando. Brant rodeó la mesa, vino a mi lado y me abrazó. Me sostuvo con fuerza mientras yo me deshacía en un leve llanto en su camisa.

—Shhh… —susurró— Tranquila. Estoy aquí.

—Pasado mañana podré verlos —dije poco después, algo más tranquila—. Los tendré conmigo diez días. Solo diez días, pero al menos podré abrazarlos. Oler su cabello. Dormirme con ellos cerca. Y eso, Brant, eso es todo lo que tengo ahora mismo.

—Mejor me voy a guardar muchas cosas, pero lo que sí te voy a decir es que no solo eres preciosa por dentro, eres una mujer admirable, llena de heridas que transformas en sonrisas para hacer sentir bien a los que te rodean a pesar de tú estar viviendo un dolor desgarrador.

»Si hasta hace diez minutos me parecías una chica increíble, ahora me pareces todo un ejemplo de persona. De ese ser, mejor no voy a decir nada. La vida es la que hablará y lo pondrá en su lugar, no me queda ni la más mínima duda. —Estiró su mano y acarició mi mejilla—. Me encantas, eres especial.

—Gracias, Brant.

—No me las des. Me siento muy afortunado de que hayas sido capaz de confiar en mí.

Y tras un beso tierno y dulce a partes iguales, la cena continuó entre confesiones, silencios cómodos y miradas intensas. La comida estaba deliciosa, pero lo más sabroso era la sensación de estar siendo escuchada de verdad.

Me había abierto con él, le había contado lo peor de mi vida y se había quedado para escuchar, sin juzgar, solo siendo alguien que me apoyaba y consolaba en un momento como ese.

Quizás en su cabeza estaría pensando que era una locura seguir viéndome, y muy posiblemente después de esta noche no volvería a saber nada de él, pero agradecía el hecho de que estuviera allí, mirándome como lo hacía, entendiendo mi situación y admirando cómo me enfrentaba a todo, a pesar del dolor que la pérdida de mis hijos me causaba.

Después de los postres, Brant insistió en acompañarme a casa. Al llegar a la puerta de mi edificio, nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Quieres subir a tomar una última copa? —pregunté, con el corazón en la boca.

Él sonrió, esa sonrisa suya que tanto me trastocaba.

—Encantado —respondió, y subimos.

Abrí una botella de vino blanco, serví dos copas y fuimos al salón. Nos sentamos en el sofá, cerca, tan cerca que podía sentir su calor. Brant pasó su brazo por mis hombros y me besó en la sien.

—¿Tienes fotos de tus mellizos?

Saqué el móvil mientras sonreía y le enseñé las últimas que había podido hacerles. Una en el parque, otra en casa, una más durmiendo… Y la última, la despedida. Su despedida. La imagen de ellos alejándose con la mano en alto, mientras yo me rompía por dentro.

—El consuelo que me queda es este —dije, mostrándole el móvil—. Ver sus fotos. Escuchar sus risas en los vídeos. Y llorar. Llorar mucho. Porque no puedo abrazarlos, ni hablar con ellos, ni darles las buenas noches.

Brant me miró, me secó las lágrimas que comenzaban a caer por mis mejillas con los dedos y me besó con ternura.

—No llores. Piensa solo en que en unos días estarás con ellos. Podrás abrazarlos, decirles cuánto los amas. Y tienes permiso para llenarlos de besos cuantas veces quieras.

Solté una risa temblorosa y apoyé la cabeza en su hombro. Suspiré. Un pensamiento me rondaba. ¿Debería? ¿Podía?

Me armé de valor y hablé al fin.

—Brant… ¿Quieres quedarte a dormir?

Él me miró con una ceja arqueada, divertido.

—¿Solo a dormir?

—Bueno… lo que surja. Y después, dormir —dije, encogiéndome de hombros con una sonrisa nerviosa.

Los dos nos reímos, y me besó de nuevo, esta vez más lento, con más intención. Me sentí en paz.

Entonces me cogió en brazos y yo le indiqué cuál era mi habitación.

—Allí —susurré.

Y allá fuimos.

Capítulo 20



Lola

Cuando entramos en mi habitación, la atmósfera cambió de inmediato. El aire se volvió más denso, cargado de una tensión dulce que parecía envolvernos, acercándonos sin palabras. Cerró la puerta detrás de nosotros, dejando que el silencio nos abrazara, y me miró con una intensidad que me desarmó, como si viera algo en mí que nadie más podía percibir.

Su mano se deslizó suavemente por mi brazo, subiendo lentamente, como si cada centímetro que tocaba quisiera memorizarlo.

—Eres aún más hermosa aquí —murmuró con voz grave, sus ojos brillando entre sombras—. No solo por fuera, sino por todo lo que llevas dentro.

Sentí un cosquilleo recorrer mi espalda mientras él se acercaba, hasta que sus labios rozaron los míos con una delicadeza que escondía una promesa de fuego.

—Déjame mostrarte cuánto te deseo —susurró, y entonces su boca atrapó la mía en un beso profundo, tierno, pero urgente.

Puse mis manos en su pecho, notando el latido acelerado bajo la tela de su camisa. Su aliento se mezclaba con el mío, y el mundo exterior desapareció.

Su mano bajó por mi costado, deslizando con cuidado sus dedos por mi cintura, mientras la otra acariciaba mi rostro con un mimo que hacía temblar mi piel.

Con lentitud y cuidado, empezó a quitarme el top, revelando la piel suave que temblaba bajo su toque. Sus labios siguieron el recorrido de sus manos, besando mi cuello, mis hombros, desatando en mí una tormenta de sensaciones.

—Lola… —Su voz temblaba, cargada de deseo—. Quiero que esta noche sientas que eres la mujer más amada del mundo.

No pude más que asentir, perdida en el calor que nos consumía.

Él me guio hacia la cama, donde nos sentamos juntos, pegados, sintiendo cómo cada caricia despertaba en mí un deseo incontrolable.

Brant empezó a desabrochar su propia camisa mientras me miraba, y cuando finalmente su piel tocó la mía, todo se volvió eléctrico.

Sus dedos recorrían mi espalda, mi pecho, explorando cada rincón con una mezcla perfecta de ternura y urgencia. Yo respondía con suaves gemidos, apretándolo contra mí, queriendo que el tiempo se detuviera, y le escuchaba susurrarme palabras dulces entre besos.

—Eres perfecta… tus curvas, tu sonrisa, tus lágrimas… todo de ti me vuelve loco.

No podía resistirme a sus labios, que bajaban lentamente por mi cuello, dejando un rastro ardiente. Sus manos, firmes y delicadas a la vez, exploraban mi cuerpo como si temieran perder cada detalle.

La noche se deslizaba en un torbellino de pasión, cada beso, cada caricia, cada suspiro, elevándonos hasta un lugar donde solo existíamos nosotros.

Sus manos descendieron con lentitud, rozando mi cintura, trazando círculos suaves que me hacían estremecer. Su respiración se volvió más profunda, igual que la mía, mientras nuestras miradas se mantenían fijas, como buscando una conexión más allá de lo físico.

—Quiero que sientas cada parte de ti adorada, que olvides cualquier miedo o dolor —me susurró Brant con voz ronca—. Porque esta noche eres mía, Lola. Solo mía.

El calor de sus palabras me envolvió, y el miedo que aún anidaba en mí pareció disiparse por completo. Lo dejé acariciarme, le permití que me descubriera poco a poco, con la paciencia de quien sabía lo valioso que era el momento.

Su boca siguió el camino de sus manos, besando la curva de mi cuello, bajando hasta la clavícula. Sentí su lengua húmeda y suave, despertando una electricidad que me recorría de arriba abajo.

Con un gesto lento y sensual, empezó a desabrochar mis pantalones. Mis dedos se enredaron en su cabello, tirando suavemente, invitándolo a seguir explorando.

Él respondió al impulso con un gemido bajo, que me hizo arder la piel.

Cuando sus labios bajaron más, hacia mi abdomen, su aliento cálido me provocó un estremecimiento que se extendió por todo mi cuerpo. Deslizó sus manos por mi cintura, acariciándome con una mezcla de ternura y urgencia que me hizo cerrar los ojos y entregarme sin reservas.

Brant me tomó en sus brazos y me recostó con cuidado en la cama, donde cada roce, cada beso, cada caricia se convirtió en un poema de deseo y amor.

Nuestros cuerpos se encontraron en un baile perfecto, suave y apasionado, intenso y tierno al mismo tiempo. Sus manos recorrían mi piel con devoción, deteniéndose en cada marca, cada curva, como si las amara todas.

—Eres increíble, Lola —me murmuró al oído mientras sus dedos dibujaban líneas de fuego por mi espalda—. Me quema la piel estando contigo.

Sus labios bajaron hasta mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes, mientras yo me perdía en la sensación de ser amada, deseada, cuidada.

Le devolví el gesto, besando cada centímetro de su cuerpo, sintiendo que nuestras almas se encontraban en ese instante perfecto, que ninguna palabra podría describir.

La pasión creció, y con ella la intensidad de nuestro amor. Cada movimiento era un suspiro, cada suspiro una promesa de que no habría distancia ni tiempo que pudiera separarnos.

Nos dejamos llevar por la noche, por el deseo, por la necesidad de fundirnos en uno solo, explorando hasta el último rincón de nuestro amor.

Sentí sus manos y sus labios por todo mi cuerpo; me llevó al orgasmo mientras lamía con avidez mi sexo y me penetraba con dos dedos, haciendo que todo mi cuerpo, todo mi ser, vibrara y se estremeciera.

Pero no se dio por satisfecho con ese primer momento de mi liberación, sino que continuó lamiendo mis pezones y acariciándome por todo el cuerpo hasta que volví a encenderme. Mientras me besaba, sus dedos se adentraban en mi vagina con fuerza y profundidad, al tiempo que su pulgar friccionaba mi clítoris, provocándome un segundo orgasmo intenso y brutal.

Fue ahí cuando se acomodó entre mis piernas, me miró fijamente a los ojos y comenzó a penetrarme mientras nuestras manos se entrelazaban. Esta noche no era como las anteriores, no para mí. Ya no solo porque le había confesado mi mayor secreto, sino porque este instante que estábamos viviendo era mucho más que sexo.

Al menos para mí.

Cuando finalmente nos unimos, fue como si el mundo entero se detuviera. Sentí cómo cada fibra de mi cuerpo vibraba al unísono con el suyo, cómo me envolvía, me protegía, me liberaba.

Brant no solo me poseía; me adoraba. Sus manos y labios eran poesía que narraba cuánto deseaba cuidar de mí, sanar mis heridas, devolverme la alegría.

No dejaba de susurrarme palabras dulces al oído, mezclando besos con promesas.

—Eres perfecta, Lola. No dejes que nadie te haga sentir lo contrario. Eres luz en mi vida, y yo seré tu sombra para protegerte siempre.

Nos movimos juntos en esa danza de pasión y ternura, sin prisa, disfrutando cada segundo, cada suspiro, cada latido compartido.

El amanecer nos encontró abrazados, con la piel aún caliente y los corazones llenos de algo que prometía ser eterno.

Sentí una paz profunda, como si por fin hubiese encontrado un refugio donde descansar de mis miedos, un lugar donde ser completamente yo.

—Esta noche es solo el principio. Lo que viene será aún mejor —susurró mientras sostenía mi cara entre sus manos, mirándome fijamente, y después me besó.

Y yo, con lágrimas de felicidad, asentí, sintiendo que estaba lista para enfrentar cualquier batalla con él a mi lado.

La luz del sol se colaba tímidamente por las cortinas, acariciando nuestra piel desnuda. Desperté con el corazón latiendo suave, con Brant aún entre mis brazos, su respiración pausada y tranquila rozando mi cuello.

Abrí los ojos lentamente y me encontré con su mirada cálida, cargada de una ternura infinita. Sonrió, con esa sonrisa que me hacía sentir segura, amada.

—Buenos días, preciosa —susurró, rozando mis labios con un beso lento y dulce.

Le devolví el beso, saboreando esa calma que solo podía traer la intimidad compartida, el refugio de su presencia.

Nos quedamos un rato así, abrazados, sin necesidad de palabras, disfrutando del simple hecho de estar juntos, de respirar al mismo

ritmo.

Finalmente, me separé un poco para mirarlo mejor, y mis dedos recorrieron su rostro, explorando cada línea que amaba.

—Anoche… fue mágico —dije con voz temblorosa, llena de emoción—. Gracias por hacerme sentir tan viva.

Él me cogió la mano y la apretó con cariño.

—Solo es lo que mereces, Lola. Eres un regalo —me dijo con sinceridad.

Nos levantamos con cuidado para no romper esa burbuja que habíamos creado, y juntos preparamos un desayuno sencillo, pero lleno de risas y miradas cómplices.

Compartimos café, tostadas y frutas, mientras hablábamos de tonterías, planeando cómo serían los próximos días con mis hijos, con una mezcla de esperanza y nerviosismo.

Cuando llegó el momento de que Brant se fuera, el nudo en mi garganta se hizo fuerte.

Me abrazó con fuerza y, antes de separarnos, me besó con pasión, con todo el deseo y cariño que había acumulado durante la noche y la mañana.

—Volveré pronto —me prometió con una sonrisa que me dio fuerzas.

Lo vi marchar, y cuando la puerta se cerró, me quedé sola, con el corazón a punto de estallar.

Lloré. Y aquellas eran lágrimas de felicidad por saber que muy pronto volvería a ver a mis hijos, y lágrimas de tristeza porque esos diez días que tendría con ellos pasarían demasiado rápido.

Pero también con la certeza de que no estaba sola; tenía a mis padres, tenía a mi mejor amiga, y si necesitaba hablar con alguien de fuera de mi entorno… Tendría a Brant.

Capítulo 21



Brant

Había algo en el silencio de aquella mañana que me calaba hasta los huesos. El sol apenas asomaba entre las persianas cuando metí la llave en la cerradura del apartamento que había alquilado para pasar el mes en España. La puerta se abrió con un clic suave y, al entrar, el familiar olor a café recién hecho me confirmó lo que imaginaba: Karl estaba allí.

A pesar de que cada uno teníamos nuestro propio apartamento alquilado, mi hermano pequeño siempre acababa viniendo aquí para hablar conmigo.

No me sorprendió encontrarlo en la cocina, apoyado en la encimera con una taza entre las manos, leyendo en su móvil con el ceño fruncido. Levantó la vista cuando me oyó entrar y, al verme, alzó una ceja con esa media sonrisa suya, medio burla, medio curiosidad.

—¿Y bien? —preguntó sin rodeos— ¿Cómo fue la noche?

Me apoyé contra la pared, dejando las llaves sobre la mesa, y me pasé una mano por el rostro, arrastrando con ella todo el peso de lo vivido la noche anterior.

—Fue intensa —dije simplemente.

Karl bajó el móvil y me miró con más atención. El tono de mi voz no encajaba con lo que él esperaba oír. No había euforia, ni brillo, ni satisfacción masculina. Solo un eco de algo más profundo, más amargo.

—¿Qué pasa, Brant?

Suspiré. Me senté frente a él, cogí una taza y me serví un poco del café que aún humeaba en la cafetera. Tomé un sorbo antes de responder.

—Esa mujer… Lola… está rota por dentro, Karl. Ayer me contó su historia. Me mostró sus cicatrices, no visibles, no en la piel… sino en el alma.

Mi hermano entrecerró los ojos, dejando el móvil a un lado.

—¿Qué te contó?

Lo miré directamente, sin necesidad de adornos.

—Efectivamente, está divorciada —dije lo que sabíamos—. Y tiene dos hijos, mellizos. El cabrón de su exmarido se los ha quitado. Solo le permiten verlos dos veces al año. Dos. Estamos hablando de una madre amorosa, buena, entregada… y le han robado a sus hijos.

—No me jodas, Brant.

—Jamás creí que ella fuera la madre de esos niños, Karl. Saber que ese tío y su nueva pareja se pasean con los niños, felices, como si

nada… como si ella no existiera. Como si los niños no tuvieran ya una madre. Me revuelve el estómago.

Karl frunció el ceño, y vi que su mandíbula comenzaba a tensarse.

—Hijo de puta —murmuró.

—Ahora entiendo por qué Lola no tiene cicatrices —continué—. Ni una sola marca en el cuerpo. Porque todas están dentro. Su dolor… no te lo puedo explicar, Karl. Lo vi en sus ojos. La forma en la que hablaba de sus hijos… cómo se le rompía la voz, cómo se abrazaba al móvil como si fuera su única conexión con ellos. Me dejó… jodido.

Mi hermano se quedó en silencio unos segundos y luego cogió su móvil.

—¿Cómo se llama ese tipo?

—Luca.

—Es verdad —dijo mientras tecleaba.

—Ese empresario, con dinero, con poder. Tiene influencia en Livorno, quizás más allá. Y ha usado todo eso en su beneficio.

Karl empezó a buscar; sus dedos se movían rápidos sobre la pantalla.

—Qué fuerte, hermano. Mira esto —dijo y giró la pantalla hacia mí.

Allí estaba: Luca, en fotos recientes, sonriendo en un yate, abrazando a dos niños que no podían ser otros que Martín y

Valeria. Y a su lado… una mujer joven, con rostro afilado, melena negra, sonrisa perfecta. Los habíamos visto en varias ocasiones, pero ahora que veía bien a esos niños, encontraba algunos rasgos de su verdadera madre.

—Ella —dije, con el corazón encogiéndose mientras señalaba a la mujer—. Ahora lo entiendo, ahora todo encaja.

Karl se irguió, serio.

—Brant… tenemos que averiguar quién recibió el corazón.

Lo miré a los ojos y asentí despacio.

—Sí. Porque estoy empezando a pensar que esta historia va mucho más allá de una simple custodia injusta.

Karl dejó el móvil, se levantó y fue hacia la puerta.

—Voy a hacer unas llamadas. Déjame tirar del hilo desde Alemania. No tardaré.

Lo vi salir y me quedé solo en el apartamento, con el café ya frío entre mis manos y mi mente atrapada en recuerdos que me dolían todavía como heridas sin cerrar.

La noche en que perdí a Annika volvía a mí como un vendaval.

Aquel accidente fue brutal. Todo pasó en segundos: una curva, un camión, luces, gritos. Yo salí apenas con unos rasguños. Ella… quedó en coma.

Meses. Meses enteros sin abrir los ojos, sin mover un solo dedo. Conectada a máquinas que respiraban por ella, que latían por ella.

Pero no vivía. No de verdad.

Y entonces Karl, siempre firme, siempre racional, me miró a los ojos una noche antes de hablarme con una sinceridad que me rompió por dentro.

—Brant, ella no va a despertar. Y tú lo sabes. Esto no es vida para ella. No es lo que habría querido —dijo, y en ese momento mi mundo se acabó para siempre.

Fue él quien me recordó el testamento. La voluntad clara de Annika: si llegaba el día en que no hubiera esperanza, quería donar sus órganos.

El corazón… iba a ser para una niña de quince años. Una paciente de Berlín. Era una vida por delante. Un milagro que esperábamos dar.

Pero alguien lo impidió. Alguien con dinero. Con poder.

Karl lo descubrió. Un soborno, varios médicos y enfermeros implicados. El nombre que apareció fue uno que ahora me erizaba la piel.

Luca.

Un empresario italiano. Su mujer, al parecer, sufría una cardiopatía severa y estaba empeorando. No podía esperar más. Y Luca… hizo lo que fuera para salvarla. Aunque eso significara robar un corazón destinado a una niña.

A través del soborno, modificaron los registros, cambiaron al receptor y le dieron el corazón de mi esposa a la mujer de ese bastardo.

Karl lo destapó todo. Despidieron a los responsables, quedaron inhabilitados para ejercer la medicina en Alemania o cualquier otro país. Pero el daño ya estaba hecho. Mi esposa murió, y su corazón latía… en el pecho de otra mujer.

Esa mujer a la que había visto durante semanas en las fotos con Luca, y que pensé que, al ser su exmujer, a quien amaba, le había dado el corazón, y por eso sentí la necesidad de buscarla.

Pero resultó que no era Lola quien había recibido ese trasplante, sino la misma mujer que ahora aparecía en las fotos, en los brazos de Luca, junto a los hijos de Lola.

Eso ya no era casualidad. No era una coincidencia que Karl y yo termináramos en España. No era casualidad que el destino nos llevara hasta Lola. Era justicia. Era redención. Estaba seguro.

La puerta del apartamento se abrió de nuevo. Karl entró, visiblemente alterado, pero también con una expresión decidida.

—Ya lo sé todo —dijo cerrando la puerta tras de sí—. Confirmado. Esa mujer de las fotos… recibió el corazón de Annika. Sufría una cardiopatía congénita, llevaba años con marcapasos, tratamientos… pero empeoró rápido. Luca hizo lo que estuvo en sus manos. Compró a los médicos, a los directivos, manipuló todo el sistema para que ella viviera. Y lo consiguió.

Me quedé helado.

—Y mientras tanto, una niña de quince años murió.

Karl asintió.

—Sí. Y ahora, esa misma mujer vive en Italia, posando en redes como la nueva madre feliz de los hijos de otra mujer a la que han destrozado.

Me puse de pie con el cuerpo entero tenso, como si un fuego me recorriera las venas.

—Ese hijo de puta… no solo le robó a su exmujer, a sus hijos. Le quitó la dignidad. El lugar que le correspondía. Y lo hizo con la frialdad de quien sabe que tiene todo a su favor. Me duele… me duele verla así, Karl. Me rompe verla tan devastada.

Mi hermano me observó en silencio un segundo, y luego habló.

—¿Estás enamorado de ella?

Lo pensé. Y entonces lo sentí.

—Desde el primer día —asentí—. Desde que la vi en aquel lugar, como si la tristeza la estuviera devorando. Y, aun así… sonreía. Como si estuviera aferrada a la vida y ahora sé que lo está, solo por sus hijos. Jamás pensé que después de perder a Annika… podría volver a sentir algo así.

Karl se acercó y puso una mano en mi hombro.

—Lo que sea que vayas a hacer… cuenta conmigo —me dijo, y le apreté el brazo, con fuerza.

—Gracias, hermano.

Karl se fue a su apartamento y yo me quedé solo. Miré por la ventana y contemplé cómo la ciudad empezaba a despertarse, ajena al huracán que me habitaba.

Pero yo lo sabía. Como abogado, como dueño del bufete internacional más reconocido de Alemania, como hombre que conocía la ley y sus grietas, iba a mover cielo y tierra para ayudar a Lola.

Porque si ese hombre fue capaz de sobornar a los médicos más prestigiosos de Alemania para comprar un corazón… seguramente no estaría completamente limpio, y quién sabía si había hecho algo parecido alguna otra vez.

Capítulo 22



Lola

El coche parecía flotar sobre el asfalto, como si no supiera si quería llegar o huir. Yo tampoco. Tenía las manos sudadas sobre el volante, y los nudillos blancos de tanto apretar. El aire acondicionado soplaba suave, pero igual sentía calor. Ansiedad. Miedo. Y unas ganas brutales de abrazar a mis hijos.

Aparqué justo frente a la entrada del aeropuerto. Mi cuerpo se movía, pero era como si lo viera desde fuera, como si no fuera yo quien caminaba entre la gente, quien subía por la escalera mecánica hacia la zona de llegadas. Solo escuchaba mi respiración y el eco de mis pensamientos retumbando con fuerza.

Hoy los vería por fin. Mis hijos. Mis bebés.

El pecho me ardía. Me ardía desde que vi aquellas malditas fotos en redes sociales. Martín y Valeria en brazos de ella, de esa mujer que ni los parió ni los conocía. Esa mujer que se atrevió a escribir *«La vida te convierte en madre de la forma más inesperada»*. Una frase que me rompió. Me aplastó. Me anuló.

Me senté en uno de los bancos frente a las puertas automáticas por donde saldrían. Apoyé el bolso en mis piernas y lo abracé como

si con eso pudiera sostenerme. No podía más. Llevaba meses sosteniéndome. Fingiendo que no me deshacía, pero ahora… ahora era distinto. Era real. Estaban llegando.

Y entonces, como un torrente, me brotaron las lágrimas. Me incliné hacia delante y lloré en silencio. Sin escándalos. Solo yo, mi pecho encogido, mis hombros temblando. No podía parar. Me dolía todo: la espera, la distancia, las ausencias, la culpa, el recuerdo de sus manitas buscándome cuando aún estaban conmigo.

Cinco minutos. Diez. Quince. El reloj marcaba una eternidad. Me sequé las lágrimas de un manotazo. No podía dejar que me vieran así. Mis hijos no podían verme derrotada. Ellos necesitaban una mamá fuerte. Con sonrisa. Aunque me estuviera muriendo por dentro.

Saqué el móvil del bolso y vi que tenía un mensaje de Caritina.

Cari: *¿Ya estás en el aeropuerto? ¡Sonríe, coño! Ni una lágrima más, ¿me oyes?*

Le respondí con una carita llorando y un corazón roto.

Cari: *¡Nada de eso! Los vas a tener contigo, Lola. ¡Son tuyos! Y si ves a alguien del séquito de ese cabrón, ni mijita de debilidad. SONRÍE. Que te vean firme. Poderosa. ¿Me entiendes?*

Me salió una risa rota. Caritina siempre sabía qué decir y cuándo decirlo. Respondí con un simple «vale» y guardé el móvil.

Pasó una hora entera. Una hora de mirar el reloj cada dos minutos. Una hora de respirar con dificultad. Una hora de repasar mentalmente todas las formas posibles de no venirme abajo.

Y entonces, vi movimiento. Gente saliendo. Maletas rodando. Niños corriendo hacia brazos abiertos. Y entre toda esa marea de reencuentros, los vi.

Martín y Valeria.

Mis pulmones olvidaron respirar. Mis ojos se inundaron de golpe, pero apreté fuerte los dientes. No, ahora no. Aquí no. No delante de ellos.

Venían de la mano de dos adultos. Una mujer y un hombre. Uniformados, serios, como si se tratara de una entrega de equipaje y no de mis hijos. No vi a Luca. Claro que no. No podía acercarse a mí, gracias a la orden de alejamiento que él mismo provocó con sus falsas acusaciones. Pero eso no evitaba que enviara a sus perros guardianes.

Me acerqué despacio y vi que la mujer sonreía levemente. El hombre se mantenía rígido, sin emoción alguna.

—Se los entregamos ahora, señora —dijo seco, en italiano, con un acento duro—. Pero no olvide que en once días tendrán que estar aquí, y en las mismas condiciones que se los lleva.

Me revolvió el estómago, en serio. ¿Qué pensaba ese hombre que iba a hacerles yo a mis hijos?

—Gracias —respondí en su idioma, sin quitar la vista de mis hijos, mordiéndome la lengua. Me temblaba la voz, pero la sujeté con firmeza—. Y no se preocupe, los tendrá de vuelta en el plazo acordado. Soy una mujer de palabra, no como su jefe.

Él arqueó una ceja, pero no dijo nada. Solo miró a los niños, luego a su compañera, y asintió. La mujer se agachó para besar a Valeria y le dio un pequeño peluche. Martín la observó sin moverse.

Me arrodillé despacio frente a ellos. Dios mío, qué grandes estaban… Más altos, más expresivos. Pero sus ojos eran los mismos. Mis niños. Mi vida.

—Hola, mis amores… —susurré— Sé que apenas me conocéis, sé que no me recordáis como antes, pero yo soy mamá. Y siempre lo seré. Os amo con todo mi corazón. Aunque no entendáis lo que digo, os amo más que a mi vida.

Valeria me miró con esos ojitos enormes. Martín se aferró al peluche que traía en la mano, pero sus labios esbozaron una sonrisa tímida, y los abracé. Me dejé caer de rodillas en el suelo del aeropuerto y los abracé fuerte, como si al hacerlo pudiera recuperar todo lo perdido. Les di un beso a cada uno en la mejilla. Ellos no lloraban. Estaban serios, un poco desconfiados.

Cautelosos. Porque ya no sabían quién era yo.

Pero eso no importaba. Ya estaban conmigo. Por fin.

Los llevé hasta el coche caminando despacio, con sus manitas pequeñas aferradas a las mías. Llevaban una maletita de ruedas y una mochilita infantil. Casi no hablaban. Solo murmuraban entre ellos algunas palabras sueltas en italiano.

Al llegar al coche, abrí las puertas y los acomodé en sus sillitas especiales. Me aseguré de que estuvieran bien sujetos. Guardé sus cosas en el maletero, y cuando subí al asiento del conductor, giré la cabeza y los miré. Me sonrieron tímidamente.

—Sois los mellizos más guapos del mundo entero —les dije con voz dulce, y esa sonrisa que Caritina me había obligado a encontrar—. Esas sonrisas valen oro. No lo olvidéis nunca.

Valeria repitió «oro» en voz bajita. Martín miró por la ventana. El corazón me estallaba de amor y miedo.

Arranqué y conduje hacia mi piso. Durante el trayecto les puse una canción suave infantil que solía cantarles cuando eran bebés. No sabía si la recordaban, pero los noté tranquilos. Como si ese ritmo suave fuera una caricia antigua.

Cuando llegamos, abrí el portal, subimos y abrí la puerta de mi hogar. Les di la bienvenida en voz alta.

—¡Bienvenidos a casa, amores! Aquí es donde vamos a pasar diez días muy bonitos.

Y los llevé a la habitación que había preparado para ellos con tanto mimo. Tenía dos camitas, peluches, cuentos y un pequeño mural que yo misma había pintado a ratos, con unas plantillas que pedí por Internet y las pinturas. No es que en esos meses sin ellos hubiera tenido ganas de mucho, pero la verdad era que haber pintado aquel mural de animalitos en el que escribí sus nombres me había quitado un poco de la tristeza que acarreaba.

Los muebles eran blancos y en el armario había sitio suficiente para las pocas cosas que habían traído. Ojalá pudiera llenarlo con ropa que yo misma les comprase, levantarme cada mañana y abrirlo con ellos para ver qué querían ponerse, pero nunca sería posible porque su padre me había arrebatado el derecho de ver crecer a mis hijos cada día.

Quince días al año, a eso se limitaba mi relación con mis pequeños. Y estos eran los primeros que pasaríamos juntos, por lo que iba a aprovechar cada segundo de ellos tanto como me fuera posible.

Les quité los zapatos, les cambié la ropa por algo más fresquito y cómodo, y les preparé algo ligero para comer: tortilla francesa y arroz. No comieron mucho, pero al menos no rechazaron la comida. Luego los llevé al parque.

El parque era uno de mis rincones favoritos. Verde, amplio, con columpios, toboganes y muchas familias disfrutando. El aire olía a verano.

Allí nos hicimos fotos. Jugué con ellos. Reímos. Aunque ellos seguían a ratos serios, observándome como si intentaran encajarme en su mundo, y yo solo quería detener el tiempo.

Me sonó el móvil y vi que era Caritina de nuevo.

—Dime, loca —contesté.

—¿Ya estás con tus peques?

—Sí… Cari, ya están conmigo —dije, y la voz se me rompió.

—¿Cómo ha sido? Cuéntamelo todo.

Y se lo conté. El aeropuerto. Las lágrimas. El abrazo. El primer «mamá» medio dicho por Valeria. La forma en que Martín me miró cuando le limpié la boca con una servilleta. Como si algo en él recordara quién era yo.

—Cari, no sabes lo que duele verlos tan extraños. Son mis hijos, pero es como si fueran otros niños. No me conocen, no se sienten seguros conmigo todavía.

—Y para eso están estos diez días. Para reconstruir. Poco a poco. No tengas prisa. Pero tampoco te hundas si no es perfecto desde el

minuto uno.

—Es que no quiero perder ni un segundo…

—No los vas a perder. Ya los estás ganando, Lola.

Comimos en el parque sobre una mantita. Ellos jugaron con la hierba mientras yo los observaba. Luego, antes de que el sol empezara a pegar fuerte, regresamos a casa.

Les preparé la merienda, encendí la tele y puse una película infantil doblada al italiano. Se rieron un par de veces. Martín se acercó a mí y me mostró su dibujo. Unos trazos torpes, pero eran dos personas cogidas de la mano. Me señaló y luego a él. Me lo entregó.

Y entonces supe que ese dibujo sería el primero de muchos. Que a lo mejor sí me recordaba un poquito.

Esa noche no dormí. No del todo.

Ellos sí. Después de bañarlos, contarles un cuento que ni entendieron del todo y apagar la luz con un beso en la frente, se quedaron dormidos como ángeles. Yo me senté en una silla, frente a la cama, y los miré durante largo rato. Escuchaba sus respiraciones, el movimiento suave de Valeria al abrazar su peluche y el ceño fruncido de Martín que, incluso dormido, parecía en guardia.

Llevaba tanto tiempo soñando con esa imagen que me dolía mirarla. Porque también dolía la idea de que duraría solo diez días.

Diez días no alcanzaban. No bastaban. No curaban. Pero eran míos.

Esa noche entendí que la maternidad no era solo instinto. Era también resistencia. La de luchar contra el olvido, contra el desgaste del tiempo, contra la distancia. Era una carrera de fondo. Y yo estaba dispuesta a correrla.

Al amanecer, antes de que se despertaran, preparé pan con mermelada, fruta cortada en trocitos y les serví leche en vasos con dibujos. Me puse a recordar frases en italiano. Sentía que debía hacer ese esfuerzo. No quería que se sintieran en tierra extraña. A fin de cuentas, desde que yo me fui de la casa de su padre, nadie más les había hablado en español y dudaba de que recordaran algo de lo que les enseñé yo hasta que me echaron de sus vidas.

—*Buongiorno, miei amori* —dije con voz suave, cuando vi que se removían entre las sábanas.

Martín fue el primero en abrir los ojos. Se sentó, desorientado, y luego miró alrededor. Me vio. Me miró un segundo largo. Luego se levantó y caminó hasta el comedor sin decir palabra.

Valeria vino detrás. Medio dormida, pero con ese paso pequeñito que recordaba. Se me colgó del brazo sin decir nada y apoyó la cabeza.

—*Ciao, mamma* —susurró, y a mí se me cayó el alma al suelo.

No sabía si me llamaba así porque alguien se lo había dicho o si lo sentía. Pero daba igual. La palabra estaba dicha. Existía entre nosotras otra vez. Y eso, para mí, ya era una victoria.

Desayunamos juntos. Vi cómo reían viendo dibujos, cómo se pasaban el zumo de uno a otro, cómo hacían gestos que eran exactamente iguales a los míos de pequeña.

Me senté frente a ellos con una libreta. Dibujé una casita y tres muñecos. Uno con vestido largo, que era yo, otro con pelo rizado, que era Valeria, y otro con camiseta roja, que era Martín. Les pregunté cómo se llamaban esos muñecos. Martín dijo «*mamma*», señalándome.

Y volví a llorar en silencio. Esta vez, de alivio.

Algo en ellos me recordaba. Algo había quedado. Y si quedaba una grieta, yo me metería por ella con todo el amor que me quedara.

Por la tarde fuimos al cine. Era una sala pequeña, con cojines grandes en vez de butacas, y películas para niños en varios idiomas. Pedimos palomitas y a mí me hacía inmensamente feliz ver que se reían y se abrazaban. En un momento, Martín me acarició el brazo como buscando cercanía. Yo lo abracé sin apretar, sin invadir. Solo ofrecí mi cuerpo como refugio.

Esa noche, al dormir, me susurraron algo en italiano que no entendí del todo. Pero era dulce. Era suave. Como un «te quiero» sin traducción exacta.

Y yo les respondí.

—Yo también os quiero, mis niños. Con todo mi corazón. Os quiero, aunque me olvidéis, aunque os alejen. Os quiero más allá del idioma, del país, del daño. Siempre seré mamá. Y vosotros, mis hijos.

Apagué la luz, me acosté a su lado y dormí con la esperanza pegada al pecho como un escudo.

Capítulo 23



Lola

El timbre sonó a media mañana, justo cuando estaba colocando los zapatitos a Martín, que no paraba de moverse. Valeria, sentada en el sofá, se chupaba un dedo mientras apretaba con fuerza su peluche de conejito. Ya empezaban a acostumbrarse a mi piso, a mi voz, a mis gestos… Pero todavía los notaba cautelosos, como si algo dentro de ellos les dijera que esto no era del todo su hogar.

—¡Voy! —grité, mientras terminaba de abrochar la tira.

Cuando abrí la puerta y vi a mis padres, una oleada de emoción me subió desde el pecho hasta los ojos. Pablo y Elena, mis pilares, mis raíces. Mi madre traía una sonrisa enorme, pero tenía los ojos brillantes. Mi padre me abrazó primero, fuerte, como siempre.

—¿Dónde están esos chiquitines? —preguntó mi madre con la voz entrecortada, mirando por encima de mi hombro.

—Dentro, en el salón —respondí con una sonrisa temblorosa—. Están más grandes, mamá. Pero no me recuerdan… no del todo.

Mi madre me cogió la cara entre las manos y me besó en ambas mejillas.

—Les vamos a llenar el día de amor, ya lo verás. Es imposible no recordar lo que se siente cuando una abuela te come a besos.

Entraron y, al ver a los niños, se quedaron quietos por un momento. Martín ladeó la cabeza, curioso, y Valeria se abrazó más fuerte a su peluche. Mi padre se agachó con calma, con esa paciencia de siempre.

—Hola, campeones. Soy el abuelo Pablo. Y ella —señaló a mi madre— es la abuela Elena. Venimos con ganas de jugar, ¿nos dejáis?

Mi madre dio un par de pasos más, despacio. Se agachó también, estirando una mano, sin forzar nada. Valeria la miró con los ojitos muy abiertos. No dijo nada, pero no apartó la mirada. Martín fue el primero en avanzar, dando un pasito torpe hacia ellos.

—*Bravissimo!* —Rio mi padre, emocionado—. ¡Eres un valiente, chiquitín!

El día empezaba a iluminarse. Había algo mágico en ver cómo mis padres, con toda la ternura del mundo, intentaban reconstruir el vínculo que el tiempo y la distancia habían dejado adormecido.

Pasamos la mañana jugando en el parque. Mi padre hacía ruiditos con una pelota, la lanzaba cerca y los llamaba con los brazos abiertos. Mi madre llevaba una bolsita con pompas de jabón y los dos enloquecieron de alegría cuando las vieron flotar. Fue la primera vez que los escuché reír con ganas desde que llegaron. Valeria gritó algo que no entendí bien, pero se reía con la boca entera, y eso me bastaba.

Sacamos fotos, muchas. En algunas, mi madre sujetaba a Valeria y le daba besos en las mejillas como si quisiera grabar su olor para

siempre. En otras, mi padre tenía a Martín sobre los hombros, haciendo que volara. Yo hacía las fotos y luchaba con las lágrimas. Me escocían los ojos y el pecho me dolía de la emoción.

—Mira qué guapos están —dijo mi madre, enseñándome una de las fotos en su móvil—. Nos vamos a quedar sin memoria.

—Como yo —dije en un susurro, intentando bromear. Pero mis ojos ya se habían llenado de nuevo.

Mi padre, que estaba a mi lado, me pasó el brazo por los hombros y me susurró.

—No llores, hija. Que no te vean así. Ellos necesitan verte sonreír. Aprovecha cada instante, disfruta de tus pequeños en estos días. Ya sabes que diez días… se pasan volando.

Asentí, mordiéndome el labio. Me costaba mantenerme entera.

—Es injusto, papá. Tan injusto que sea otra mujer la que los ve despertar cada día, la que los acompaña, la que está presente en todo. Yo tengo que conformarme con fotos que ni siquiera pido, que me duelen más que cualquier otra cosa.

—Lo sé, hija. Si pudiera soportar tu dolor por ti, lo haría sin pensarlo. Pero no puedo más que compartirlo. Y estar contigo en lo que pueda.

Lo abracé con fuerza.

—No te rindas —dijo muy bajito—. No te des por vencida. Los niños crecerán. Verán. Sentirán. Y te querrán. Porque una madre… una madre de verdad nunca se olvida.

—¿Tú crees que querrán quedarse conmigo alguna vez? ¿Con lo que es Luca? ¿Con el poder que tiene?

—Yo creo en ti, Lola. Y si yo creo… ya es un buen comienzo.

Comimos fuera, en una terraza al lado de una plaza llena de sombra y de niños jugando. Los mellizos comieron tranquilos en unas tronas que tenía el restaurante, con sus manitas regordetas, cogiendo trocitos de tortilla y pan. Mi madre les hablaba en voz bajita, como si fueran los únicos seres del mundo.

Después del almuerzo, dimos un paseo por el paseo marítimo. Entramos en una tiendecita de ropa infantil y mi padre, que nunca se había interesado por la moda, fue el primero en señalar un conjunto:

—¿Y si los vestimos igual? A él con pantaloncito azul y camisa blanca con dibujos, y a ella con el mismo estampado en un vestidito.

—¡Qué monos van a estar! —Rio mi madre—. Igualitos. Como dos gotitas de agua.

—Van a parecer sacados de un catálogo —dije, sonriendo. Pero los ojos otra vez se me llenaban de lágrimas, y mi madre lo notó.

—Ay, hija… —Me abrazó fuerte, sin importarle estar en medio de la tienda—. Tienes que sonreír más. Que los niños lo notan todo. No quiero que te vean triste.

—Gracias, mamá —susurré, agarrándome a ella como cuando era niña.

—No nos agradezcas nada. Estamos aquí porque te amamos. Y porque ellos también son nuestros. Aunque no nos recuerden, los vamos a querer igual, siempre.

Al rato, mientras paseábamos por una calle cercana al mar, los niños señalaron con sus deditos hacia la playa.

—¿Playa? —pregunté, agachándome— ¿Queréis ir un ratito?

Ambos hicieron un ruidito de emoción, como un sí improvisado. Así que fuimos. Mis padres y yo los descalzamos y los llevamos cerca de la orilla. Ellos chapotearon y se rieron cuando el agua les rozaba los tobillos.

—Otro día venimos con bañadores —prometí—. Y nos quedamos más tiempo.

Mi madre les secó los pies con su propio pañuelo, y mi padre se agachó a recoger conchitas que les mostraba como si fueran tesoros.

Cuando se hizo la hora, nos despedimos en el coche. Mi madre lloraba en silencio, sin dejar de besar a los niños.

—Sonríe, Lola —me dijo con voz rota—. Sonríe siempre que ellos estén delante. No quiero que te recuerden triste.

—Gracias por venir. No sabéis lo mucho que significa esto para mí.

—Te queremos, hija. —Mi padre me abrazó—. Ya sabes lo que te he dicho: no te rindas. Ni se te ocurra rendirte.

De vuelta en casa, sentí que el día había pasado como un suspiro. Los bañé con paciencia, les puse sus pijamitas suaves y preparé una

cena ligera. Comieron en el sofá, con una manta sobre las piernas y una película de dibujos animados que los tenía completamente embelesados.

Martín apoyó la cabecita en mi brazo mientras Valeria bostezaba sin dejar de abrazar su peluche. Cuando por fin se quedaron dormidos, uno sobre cada lado de mi pecho, me quedé mirándolos, respirando lento, como si pudiera detener el tiempo.

Los llevé a su habitación… pero me detuve. Esa noche no quería separarme de ellos. No podía.

Los trasladé a mi cama. Coloqué almohadas a los lados, les arropé con todo el cuidado del mundo y me tumbé en medio, como si el calor de sus cuerpecitos pudiera llenar los huecos que me atravesaban por dentro.

Fue entonces cuando vibró el móvil y vi que Brant me acababa de enviar un mensaje.

Brant: *¿Cómo ha ido el día con tus pequeños?*

Sonreí, casi sin quererlo, y le contesté.

Lola: *Ha sido bonito… muy bonito. Pero están cautelosos. Distantes. Como si no supieran bien quién soy. Me duele… porque no los culpo. Me ven tan poco que apenas me recuerdan.*

Mientras escribía, sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Las primeras del día en silencio. Las más sinceras.

Otro mensaje llegó enseguida.

Brant: *¿Te apetece que comamos un día? Los cuatro. Yo invito. Quiero ver esa versión tuya cuando estás con ellos.*

Suspiré. Su dulzura me desarmaba.

Lola: *Gracias… de verdad. Pero no. Ahora mismo soy la peor compañía. Incluso con ellos aquí, me siento… apagada. Tristona.*

Pasaron apenas unos segundos y volvió a escribir.

Brant: *¿Te has hecho fotos con ellos?*

Respondí casi riendo.

Lola: *¡Sí! Tantas, que voy a necesitar una tarjeta de memoria nueva. Mi madre tampoco ha parado de hacer fotos. Quiero guardar cada momento, como si fueran fragmentos de algo que se me va.*

De pronto, el teléfono sonó. Era Brant. Dudé un momento, pero descolgué.

—Hola —dije, en un susurro, para no despertar a los niños.

—Hola, preciosa. No podía quedarme con lo que leía. Te he notado triste en tus palabras… y no quería solo leer tu tristeza. Quería… escucharla. Aunque duela.

No supe qué decir, solo respiré hondo, y entonces se me rompió la voz.

—Es que… solo tengo diez días, Brant. Y pasan rápidos. No puedo dejar de pensar en eso. No puedo.

—Lola… —Su voz era como una manta tibia—. No llores, por favor. Me mata saber que estás así. Me mata no poder abrazarte.

—Ni mil abrazos me darían la calma que necesito —susurré.

—Entonces… esta noche duerme con ellos. Abrázalos a ellos. Porque si hay abrazos que curan el alma, son los de los niños.

Me reí entre lágrimas.

—¿Cómo lo haces? —pregunté.

—¿Hacer qué?

—Decir justo lo que necesito para sonreír o reírme. Aunque tenga el alma en ruinas.

—Supongo que es un don natural. O… que me importas demasiado —respondió con una suavidad que me aflojó el corazón.

Reí, más sincera, esta vez.

—Gracias por llamarme. Me hacía falta.

—Buenas noches, Lola. Disfruta cada segundo. No estás sola. Y recuerda: el amor de una madre no lo borra ni el tiempo… ni la distancia.

Colgué, dejé el móvil en la mesita, me giré despacio y miré a mis hijos. Dormían tranquilos, con las manitas cerradas y los labios entreabiertos.

Me acurruqué entre los dos y les abracé con ternura. No importaba que estuvieran dormidos. Ese contacto, esa pequeña eternidad, era

todo lo que necesitaba.

Y mientras cerraba los ojos, pensé que incluso así, con el alma rota, había tenido un día que valía oro. Porque el amor, aunque doliera, también salvaba.

Capítulo 24



Brant

La noche había caído como un manto espeso, silencioso, cargado de un calor seco que se pegaba a la piel. Afuera, las luces de los edificios parpadeaban como si contaran historias que nadie más escuchaba, y yo… yo estaba sentado en la penumbra del salón, con una copa de *whisky* a medio beber, sintiendo el peso exacto de cada palabra que Lola me había dicho minutos antes.

Colgué el teléfono y me quedé mirando el reflejo de las luces sobre el cristal de la ventana, como si ahí pudiera ver el rostro de ella, o tal vez el de sus hijos. Esa tristeza suya… no era una tristeza superficial, no era una pena cualquiera. Era de esas que dejaban cicatrices invisibles. De las que te acompañaban en cada respiración.

Y me dolía. Me dolía verla así.

No era justo. No. Ninguna mujer debería pasar por lo que ella estaba pasando, lo que vivía desde hacía meses. Le habían robado algo que era suyo por derecho: sus hijos. Su vida. Su identidad. Y lo peor de todo… era la sensación de que el mundo entero se había confabulado para callarla. Para hacerla invisible.

Me levanté del sofá con el impulso de quien necesitaba hacer algo. Lo que fuese. Caminar, pensar, gritar. Pero terminé frente al portátil. Lo abrí con rabia contenida y tecleé con precisión.

«Luca, empresario de Livorno, Italia».

Mi conexión era buena. En segundos, aparecieron decenas de resultados. Artículos, entrevistas, fotografías. Me pasé los dedos por el cabello mientras comenzaba a bucear en su mundo.

Allí estaba. Luca. Ese hombre que le había robado el alma a Lola. Aparentemente impecable, vestido siempre a medida, con esa sonrisa estudiada que solo los tiburones de las finanzas sabían fabricar. Había fundado su empresa de inversiones hacía más de una década y la había hecho crecer a base de contactos, alianzas estratégicas y, según algunas fuentes, favores que se movían en los márgenes grises de la legalidad.

«Ha trabajado con fondos suizos, tiene activos en las Islas Caimán, y se le ha visto en eventos de empresas de la élite europea. Es habitual que lo inviten a las fiestas privadas de magnates del sector inmobiliario, empresarios griegos y políticos italianos…»

Leí en voz baja. Sabía reconocer el perfil. Ese tipo de hombres lo conocía bien. Había lidiado con ellos en negociaciones complejas, en juicios que se dirimían entre acusaciones sutiles y verdades enterradas en contratos blindados. Lo conocía… y lo detestaba.

Seguí leyendo. Una entrevista reciente hablaba de su «felicidad familiar». Luca decía, con su sonrisa impecable:

«Mi mayor logro no es mi empresa. Es mi familia. Mis hijos son mi motor. Y mi esposa… mi refugio. Nunca creí que pudiera amar así».

Un nudo me apretó el estómago. Debajo de esas palabras, una fotografía. Una de esas perfectamente orquestadas. Luca abrazando a sus dos hijos, sonrientes. Martín y Valeria. Y a su lado, ella. La mujer que ahora ocupaba el lugar de Lola.

Me incliné hacia la pantalla. Observé detenidamente. Y entonces vi una fotografía antigua, en una página de archivo. Lola. Más joven, sonriente. Esa sonrisa… sí, esa era la sonrisa que yo conocía. Pero el brillo en sus ojos era otro. Había luz. Vida. Esperanza.

Cerré los ojos. La diferencia era brutal. Hoy, esos mismos ojos estaban apagados. Dolidos. Como si todo lo que alguna vez los hizo brillar se hubiera apagado junto con la presencia de sus hijos.

Y ese cabrón seguía posando como el padre del año.

Era postureo. Postureo barato. Porque yo vi cómo Lola miraba a sus hijos en las fotos que me enseñó. No, esa no era una mirada ensayada. No era para las cámaras. Era un amor puro, doloroso, inmenso.

Cogí el teléfono y marqué.

—¿Ben? —dije en cuanto me atendió— Perdona que te llame a estas horas. Es urgente.

—Dime, Brant —respondió mi abogado más fiable en Berlín, con su tono sobrio de siempre.

—Quiero que investigues a un hombre. Todo. Absolutamente todo. Se llama Luca. Es italiano, empresario, inversor, y muy conectado. Te estoy enviando ahora mismo un enlace con su perfil. Quiero que uses todos los recursos del bufete. No escatimes. Si hace falta, accede a registros en Suiza, movimientos bancarios, contratos

opacos… lo que sea. Necesito saber quién es realmente este hombre. Sus secretos mejor guardados. Porque los tiene. Estoy seguro de que los tiene. Y, por cierto, está divorciado, tema de custodia de por medio; averigua también sobre eso.

Ben no tardó ni un segundo en contestar.

—Entendido. ¿Qué nivel de prioridad?

—Máximo. Y discreción total.

—Tendrás noticias en cuanto tenga algo.

—Gracias, Ben.

Colgué, y me dejé caer en el sillón. Sentía el corazón golpeando en el pecho como si quisiera salirse. Iba a llegar al fondo de esto. Porque no solo se trataba de ayudar a Lola. Era también algo más profundo. Personal.

Justo entonces escuché la puerta principal abrirse.

—¿Brant?

—Aquí —dije en voz baja, girando ligeramente la cabeza.

Entró Karl, mi hermano, vestido con un pantalón de lino claro y una camisa desabrochada por la mitad. Llevaba una botella en la mano y una sonrisa ladeada.

—Pensé que te vendría bien una copa.

—Ya estoy bebiendo. —Le mostré mi vaso, medio vacío.

—Entonces, estás en uno de esos dos estados: deprimido… o recién abandonado por una mujer que te importa.

Me reí. Sin ganas, pero me reí.

—¿Puede ser ambas?

—Puedes ser lo que quieras —respondió, sirviéndose su propio vaso y sentándose frente a mí—. ¿Hablaste con ella?

—Sí. Hace unos minutos.

—¿Y?

—Está mal. Muy mal. Me parte el alma, Karl. La noto tan apagada. Como si ya no esperara nada de nadie.

Karl bebió un trago lento antes de hablar.

—¿Y vais a veros?

—Le propuse comer juntos. Los cuatro. Pero dijo que no. Que ahora mismo es la peor compañía.

Mi hermano hizo una mueca.

—Tú nunca te habrías quedado al margen, Brant. No cuando algo te importa de verdad. Yo en tu lugar… me habría presentado en casa de esa mujer con una caja de chocolatinas para los niños. Y con flores para ella.

Me eché a reír, esta vez más sincero.

—¿Así lo haces tú?

—Eso siempre funciona —contestó encogiéndose de hombros.

Terminé el *whisky* y dejé el vaso en la mesa. La idea empezó a crecer en mi mente como una chispa que encontraba pólvora.

—Quizás tengas razón. Quizás… tenga que hacer algo.

—Lo que sea que estés pensando —dijo Karl levantándose—, que sea desde el corazón. Porque esta vez, hermano, no es una historia cualquiera.

Asentí.

—Lo sé. Buenas noches, Karl.

—Buenas noches, Brant.

Cerró la puerta del apartamento al salir y me quedé solo, mirando la pantalla encendida del portátil. Las fotos de Luca seguían allí. Su mundo impecable, su sonrisa de cartón. Pero ahora era cuestión de tiempo. Ben iba a descubrir lo que él había intentado enterrar.

Y yo… yo iba a hacer justicia.

Porque lo que Lola había vivido era inhumano. Y si tenía que usar todos mis recursos, todo mi poder, toda mi influencia… lo haría. Aunque eso significara hundir a un hombre que creía tenerlo todo.

Incluso si eso me arrastraba a mí también.

Me quedé en el sofá mucho después de que Karl se marchara. El *whisky* había perdido su fuerza y el hielo se había derretido. Miré el

vaso vacío, pero lo dejé estar. No necesitaba más alcohol. Necesitaba claridad. Foco.

Encendí la lámpara de pie junto al ventanal. La habitación se inundó de una luz tenue, cálida, y el zumbido suave de la ciudad al otro lado del cristal me recordó que el mundo seguía girando. Aunque dentro de mí, todo estuviera detenido.

Apoyé los codos en las rodillas y entrelacé las manos frente a la boca. Mi cabeza era un torbellino. El rostro de Lola seguía apareciendo una y otra vez en mi memoria, como si se hubiera quedado adherido a mi piel. Esa voz apagada. Ese intento de sonrisa, más triste que cualquier lágrima. Y lo que más me dolía: la resignación en su tono.

Una mujer como ella no merecía resignarse. No merecía vivir contando los días en los que le permitían abrazar a sus hijos. Nadie debería hacerlo. Pero ella, menos que nadie.

Me levanté de golpe, como si una idea me empujara desde dentro, y comencé a escribir en el portátil.

«Encontrar el parque perfecto. Que sea espacioso, pero tranquilo. Donde los niños puedan jugar, pero también estar cerca. Llevar algo dulce. Algo que huela a infancia».

Sí. Tenía que hacer algo. No podía dejarla hundirse en ese pozo sin lanzarle al menos una cuerda. Y si no quería verme ahora… bien. Pero quizás, si encontraba el modo correcto, el lugar correcto, el gesto correcto, no podría decir que no.

Busqué algunos lugares cercanos. Quería algo familiar, pero bonito. Natural. Donde un almuerzo no fuera solo una comida, sino una experiencia.

Y entonces lo encontré.

El parque perfecto para lo que quería. Era un rincón oculto, casi secreto, a las afueras. Jardines antiguos, esculturas, caminos de flores. No era un sitio cualquiera. Era como entrar en otro mundo. Uno donde aún era posible creer que las cosas podían salir bien.

Incluso busqué un restaurante donde podía encargar lo que quería, así que les envié un correo para que me respondieran en cuanto lo vieran, con lo que quería encargar:

«Comida para un pícnic. Mañana. Para cuatro. Quiero algo sencillo, pero especial. Nada pretencioso. Solo… humano. Comida que se pueda comer con las manos. Fruta fresca. Chocolatinas. Bocadillos para niños. Una botella de buen vino. Y, por favor, que no falte algo con aroma a hogar. Pan recién hecho, por ejemplo».

El plan empezaba a tomar forma. Una pequeña locura… pero ¿y si funcionaba? ¿Y si le ofrecía a Lola un momento tan cálido, tan sencillo, que ni su tristeza pudiera negarse?

Abrí Instagram y fui al perfil de Luca, otra vez. No solo aparecían fotos suyas y con los niños en él y el de su nueva pareja, sino que en algunas en las que le etiquetaban sus conocidos, también aparecían ellos dos, y en algunas… aparecían los niños. Ellos no tenían la culpa. Eran inocentes. Pero verlo a él, con ellos, con esa mujer que llevaba en el pecho el corazón de Annika… era como recibir un puñetazo en el estómago cada vez.

Me detuve en una imagen. Una tomada desde lejos, en una gala benéfica. Al fondo, casi borrosa, estaba ella. La mujer que había recibido el corazón de mi esposa.

Cerré los ojos.

Mi cuerpo se tensó. No era solo rabia. Era impotencia. Y deseo de justicia. Porque mientras Lola se hundía, esa mujer vivía una vida robada. Literalmente.

Me levanté y me acerqué al balcón. El aire nocturno me dio en la cara. Inspiré profundamente. Mi madre decía que cuando uno no sabía qué hacer, el cuerpo sí lo sabía. Que solo había que escucharlo.

Y mi cuerpo me gritaba que tenía que proteger a Lola.

El móvil vibró en la mesa. Era Ben.

—Brant —dijo sin rodeos—. Tengo una primera pista. No es mucho, pero puede abrirte una puerta.

—¿Qué tienes?

—Luca ha hecho movimientos financieros extraños los últimos tres años. Transferencias a cuentas en paraísos fiscales, pero también a fundaciones que parecen legítimas. Sin embargo, varias de esas fundaciones no existen en ningún registro oficial italiano ni europeo.

—¿Lavado?

—Probablemente. Pero más interesante aún: algunas de esas fundaciones están vinculadas a clínicas privadas en Suiza, Alemania y Bélgica.

—¿De salud?

—Sí. Pero no solo estética o chequeos. Clínicas especializadas en fertilidad, en trasplantes, en enfermedades terminales.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Quiero todos los nombres de esas clínicas. Todas las conexiones. Si hay médicos involucrados que hayan trabajado en Alemania, especialmente en Berlín, necesito saberlo. Y cruza los datos con los que tuvimos en el caso de Annika. Que no se escape ni una coincidencia.

—Voy con ello. Dame hasta mañana. Pero hay algo más…

—¿Qué?

—Su exmujer, Lola. No hay registros judiciales de un proceso contencioso por la custodia. Nada que indique una pelea formal.

—¿Qué estás diciendo?

—Que, si le quitaron a los niños, no fue por vía judicial. Fue por acuerdo privado… o por algo más turbio.

Me apoyé contra el ventanal, con los dedos presionando mi frente.

—Eso es peor de lo que imaginaba.

—Te llamaré en cuanto tenga más.

Colgué.

Si no había juicio, entonces alguien había manipulado la situación desde dentro. O la habían amenazado. O presionado. Y ahora… todo cuadraba aún más.

Luca no solo había robado un corazón. También había arrebatado a una madre lo más sagrado que tenía.

Y yo no iba a permitir que se saliera con la suya.

Capítulo 25



Brant

La mañana siguiente llegó con una calma extraña. Como si el día supiera que iba a significar algo importante.

Me levanté temprano. Me duché sin prisa, como si cada gota me quitara un poco del peso que traía encima. Me vestí con ropa sencilla: unos vaqueros oscuros, una camisa blanca arremangada y deportivas. No quería parecer alguien que llegaba a impresionar. Quería ser alguien que llegaba a compartir.

El pícnic ya estaba preparado. El restaurante me había mandado fotos de la cesta: *baguettes* recién hechas con jamón serrano, tomate y aceite de oliva. Tartaletas de fruta, mini *muffins* caseros, zumo natural de naranja, una caja de chocolatinas suizas y una botella de vino blanco suave, perfecta para el calor que empezaba a insinuarse.

Todo perfecto. Todo listo. Excepto yo.

Mientras me ataba los cordones de las zapatillas, miré mi móvil. Dudé. Pero lo hice.

Brant: *¿Te apetecería pasear con ellos hoy? Solo eso. Un paseo, sin planes. Tengo una sorpresa que puede gustarles… y quizás a ti también. No diré nada si prefieres que no.*

Pasaron cinco minutos. Luego diez. Finalmente, apareció el icono azul de «escribiendo…»

Lola: *¿Dónde?*

Contuve el aire sin darme cuenta.

Brant: *Te paso la ubicación del parque; está a las afueras. Es como un jardín de cuentos. Ideal para esconderse del mundo un par de horas.*

Lola: *Vale… Pero no me juzgues si estoy hecha un desastre.*

Brant: *Los desastres también tienen su belleza. Sobre todo, si caminan de la mano de sus hijos.*

Respondió con un emoji de corazón y una sola palabra.

Lola: *Vamos.*

Salí del apartamento con el corazón palpitando como si tuviera quince años. En el coche, puse música instrumental suave. No necesitaba palabras, necesitaba espacio para pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Recogí la cesta del restaurante y puse rumbo a mi destino. El parque estaba casi vacío cuando llegué. Elegí una zona amplia, bajo un roble inmenso. La sombra era perfecta. Extendí la manta, acomodé el pícnic con cuidado, dejando las chocolatinas visibles, como una trampa dulce para los pequeños.

Entonces esperé. Y cuando los vi venir, fue como si el mundo se iluminara.

Lola llevaba un vestido sencillo de lino blanco, con gafas de sol grandes y el cabello recogido en un moño algo desordenado. A su lado, caminaban Martín y Valeria, cogidos de su mano. Los tres parecían figuras sacadas de un cuadro: frágiles, bellos, vulnerables.

Me puse de pie despacio. Ella me miró y sonrió. Una sonrisa pequeña. Cansada. Pero real.

—Hola —dije, cuando estuvieron cerca.

—Hola —susurró ella, como si le costara creer que de verdad estaba allí.

—¿Me presentas?

Lola miró a los niños.

—Martín, Valeria… este es Brant. Un amigo mío.

Ellos murmuraron un leve «*ciao*» mientras movían la mano, sin soltar la de su madre.

—Hola, campeones. ¿Os gusta el pícnic?

Sus ojos se clavaron en la cesta y las chocolatinas. Valeria asintió con entusiasmo.

—Creo que van directos a por el chocolate —dijo Lola y cuando los soltó suavemente, vimos que así era.

Ellos corrieron hacia la manta, explorando con la impaciencia de quien no sabía si eso era real o un espejismo.

Lola se quedó a mi lado.

—¿Cómo supiste que necesitábamos esto?

—No lo supe. Solo… lo sentí.

Ella me miró, y por un instante, sus ojos volvieron a brillar, como en aquellas fotos antiguas.

Nos sentamos juntos, cerca de los niños. Ellos comían y hablaban entre ellos, mostrándose los dulces como si fueran tesoros.

Lola los observaba en silencio. Como si quisiera grabar cada gesto, cada palabra.

—Gracias, Brant. No sabes lo que significa esto para mí.

—Quizás sí lo sepa —dije en voz baja—. Y por eso estoy aquí.

Ella giró el rostro hacia mí.

—Nunca me habían hecho un regalo así. No material. Un momento… como este.

—Lola, tú mereces esto. Mereces que te devuelvan cada segundo que te han robado —le dije con sinceridad, y ella cerró los ojos un instante, tragando saliva.

—A veces me siento culpable por sonreír.

—No deberías.

—Es que… tengo miedo de olvidar lo que duele. Porque si lo olvido, ¿cómo voy a luchar por ellos?

—Lola, el amor no se olvida cuando uno sonríe. Solo cambia de forma.

Ella bajó la mirada. Luego, apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Puedo quedarme así un rato?

—Todo el tiempo que quieras.

Y así nos quedamos, en silencio, mientras Martín y Valeria reían por primera vez desde que habían llegado, jugando con los envoltorios de las chocolatinas como si fueran monedas de oro. Mientras el sol filtraba su luz entre las hojas del roble. Mientras el mundo, por unas horas, se volvía un lugar menos cruel.

Y por dentro, yo solo podía pensar en una cosa. En que iba a hacer lo que estuviera en mi mano para que esa mujer volviera a vivir, y que le permitieran estar con sus hijos.

Pasamos el día allí, paseando por el parque, haciéndose fotos; incluso comimos en un restaurante cercano antes de volver a la zona donde habíamos hecho ese improvisado pícnic y allí merendamos unas galletas y chocolatinas que los niños habían visto en el escaparate de una pastelería.

El sol comenzaba a inclinarse sobre el horizonte cuando empezamos a recoger. Las chocolatinas estaban casi todas devoradas y los niños corrían en círculos alrededor de nosotros con restos de azúcar pegados en la comisura de los labios.

Lola los miraba con una mezcla de ternura y miedo, como si cada segundo feliz fuera prestado. Como si temiera que se desvaneciera al menor descuido.

Decidí acompañarlos hasta su casa, a pesar de que cada uno iríamos en un coche, pero no me importaba porque quería asegurarme de que llegaran bien. Y cuando llegamos, bajé del coche para ayudarla con los niños y me ofrecí a ayudarla con el baño y las cenas.

—¿Estás seguro? —preguntó Lola.

—Más que nunca.

Ella asintió, y caminamos los cuatro hasta su edificio. Valeria venía en mis hombros, canturreando una canción que se inventaba sobre la marcha, mientras Martín caminaba al lado de su madre. Esa imagen… era todo lo que yo quería proteger.

Subimos en el ascensor y los niños corrieron al baño en cuanto entramos al piso.

—¡Baño! ¡Baño! —gritaron entre risas.

—¿Tú sabes cómo se baña a unos mellizos? —preguntó mientras empezaba a preparar toallas y pijamas.

—Estoy seguro de que no debe ser muy difícil, solo son dos niños de casi tres años.

Soltó una carcajada suave, agotada pero genuina. Esa risa me valía más que cualquier contrato millonario que hubiera firmado en mi vida.

Ella preparó la bañera mientras yo les quitaba los zapatos. Valeria se aferró a mi pierna, riendo, mientras Martín intentaba salpicarme con agua desde dentro de la bañera.

—¡Sin guerra! —grité fingiendo desesperación, y los dos chillaron de risa.

Lola entró con el champú y me lanzó una mirada entre sorprendida y agradecida.

—Creo que te adoran.

—¿Quién no me adoraría si le doy chocolatinas y los dejo mojarme?

—Los adultos no suelen hacer eso.

—Entonces los adultos se están perdiendo lo mejor.

Baños con espuma, juguetes flotando, risas, gritos, toallas empapadas, pequeños pies corriendo desnudos por el pasillo… y en medio de todo, ella. Lola. Con ese brillo en los ojos que había vuelto, al menos por un rato.

Les puse los pijamas mientras ella preparaba la cena. Pequeñas camisetas de algodón con dinosaurios y ositos, y unos calcetines que no querían ponerse.

Nos sentamos a cenar en la cocina. Lasaña casera que su madre había dejado en la nevera, con zumo para los niños y un poco de vino para nosotros. Fue simple, cálido. Verdadero.

Valeria me dio un trozo de zanahoria de su plato como muestra de confianza definitiva, sin duda alguna, y Martín, por su parte, me

acercó el zumo. El pacto estaba sellado entre nosotros; me aceptaban en su mesa porque les había dado chocolatinas.

Después, los acostamos juntos. Les conté una historia inventada, sobre una ardilla que quería volar, y cómo descubrió que podía hacerlo si se subía al lomo de un búho dormido. Los ojos de los mellizos se fueron cerrando poco a poco, hasta que solo se oían sus respiraciones tranquilas.

Apagué la luz, y Lola y yo nos quedamos en la puerta, en silencio.

—No los veía así desde… —Su voz se quebró un poco—. Desde que vivían conmigo.

La abracé sin pensarlo. No fue un abrazo para consolarla. Fue para sostenerla.

Ella no lloró. Solo se dejó estar. Como si al fin pudiera bajar la guardia.

—Gracias —susurró, con la voz al ras de la piel—. Por darme este día.

Me separé solo unos centímetros, y ella me miró. Sus ojos buscaban los míos. Y sin decir nada más, se inclinó y me besó.

Fue suave. Tierno. Sin prisa. Un beso que hablaba de gratitud y anhelo. De lo que pudo ser… y quizás aún podía ser.

Apoyé mi frente en la suya.

—Me ha gustado verte así —le dije—. Feliz. Sonriendo con ellos. Es como si… todo tuviera sentido otra vez.

Ella cerró los ojos, y nuestras respiraciones se sincronizaron.

—No quiero que esto se acabe —murmuró.

—Entonces no dejemos que se acabe.

Nos quedamos así un minuto más. Luego, me separé despacio.

—Tengo que irme. Es tarde. Pero… gracias por dejarme entrar en tu mundo, aunque sea un poco.

—Tú no entraste, Brant. Te abrí la puerta.

Asentí con una sonrisa y salí del piso en silencio. Ya en el ascensor, recosté la cabeza contra la pared.

Y lo supe con certeza.

Si pudiera elegir cómo pasar cada día del resto de mi vida… sería así. Con ellos. Con ella. Riéndonos con la boca llena de lasaña y los dedos pegajosos de chocolate.

Sí, la guerra tan solo estaba empezando, pero esa noche… por fin había ganado algo.

Capítulo 26



Lola

No sabía cuántas veces había visto ya esas fotos. Una, diez, cien. Puede que mil. Las tenía en el móvil, enmarcadas en la memoria como heridas abiertas, y cada noche antes de dormirme, llorando en silencio, las repasaba como quien hojea las páginas de una vida que ya no le pertenece.

Martín y Valeria. Mis mellizos. Casi tres años de pura energía, de palabras sueltas en italiano, de sonrisas con los dientes aún sin completar y carcajadas que rebotaban por cada rincón. Cada día que pasaba era uno menos que estaría con ellos, y sentía que me los habían arrancado de nuevo.

Estaban siendo días llenos de juegos, de paseos, de correr tras ellos mientras descubrían el mundo a su manera. Valeria decía «*acqua*» cada vez que veía una fuente, y Martín señalaba los perros gritando «*cane*» como si fueran sus mejores amigos. Yo les respondía en español, suavemente, esperando que mis palabras se quedaran en algún rincón de sus pequeñas mentes, como una semilla que tarde o temprano echaría raíces.

Y ese pícnic improvisado que preparó Brant para nosotros hacía dos días había sido algo que no esperaba y que me llenó el alma.

Cada vez que recordaba cómo se veía con ellos, se me dibujaba una sonrisa en los labios.

Ayer los llevé a la playa. No podía explicar lo que sentí al verlos pisar la arena, levantar los pies riéndose, asombrados por aquella textura que no sabían si les gustaba o no. Valeria se cayó tres veces intentando caminar hasta el agua, pero no lloró ni una. Martín, en cambio, se quedó embobado mirando las olas, con esa seriedad suya que de pronto rompía con una risa contagiosa. Me senté cerca, dejándoles hacer, y en un momento en que jugaban con el cubo y la pala, hice una foto. Los dos, de espaldas, con el mar brillando detrás. Mis hijos. Mis pequeños. Y, sin embargo, no eran míos. No, legalmente. No lo suficiente.

Por las noches, cuando ya dormían profundamente después del baño y la cena, yo no podía evitarlo. Lloraba. En silencio, claro. No podía permitir que me vieran así, rota, frágil. Pero era imposible no hacerlo. Me dolía todo. La injusticia. La ausencia. La impotencia de saber que, por más que les cantara canciones o les diera besos de buenas noches, en unos días volverían a una casa que no era la mía. Con un padre que tuvo el dinero, el poder y los contactos para arrebatármelos. Y con ella, con su pareja. La mujer que ahora les leía cuentos antes de dormir. La que los llamaba «*amore*» con acento perfecto. La que me había borrado de un plumazo como si no importara.

Pero recordaba las palabras de mi padre con esa voz grave y segura. *«No te des por vencida, hija. Tus hijos sabrán quién eres. Llegará el día en que ellos podrán elegir»*. A veces me aferraba a eso como a una tabla en medio del naufragio. Otras, ni siquiera eso me consolaba.

Y entonces estaba Brant. El alemán. El inesperado.

Desde que le conté todo, antes de que llegaran los niños, pensé que no volvería a saber de él. ¿Quién querría lidiar con semejante lío? Pero no. Él seguía ahí, esperando, escribiendo, preguntando y sorprendiendo, no solo con el pícnic, sino con detalles que llegaban de manera inesperada. Como la tarde anterior, que preguntó si estábamos en casa y tan solo una hora después llamaron a mi puerta para entregarme unos globos y una cesta con chocolatinas y un peluche para cada uno de mis niños.

Eran esas cosas suyas las que me hacían sonreír y llorar de emoción a partes iguales, mientras me preguntaba si Luca, el padre de mis hijos, sería así con ellos.

Ese día en particular empezó con las risas de Valeria, que se despertó antes de tiempo y se metió en mi cama, diciendo solo «*mamma*» y riéndose como si acabara de contarme un secreto. Martín vino detrás arrastrando su peluche. Y así, entre cosquillas y voces enredadas, empezamos una mañana que prometía ser intensa.

—Zumo —dijo Martín.

—Galletas —añadió Valeria.

—Vamos, que queréis desayunar. —Reí; ellos se miraron con el ceño fruncido y después volvieron a mirarme a mí al tiempo que asentían.

Me encantaba esa conexión que tenían desde siempre, como si con solo una mirada se entendieran, o como si lo hicieran de verdad de manera telepática.

Nos levantamos, preparé el desayuno y lo tomamos en el salón, sentados en el sofá mientras veían los dibujos.

—¿Llamamos a la tía Cari? —les pregunté mientras recogía todo.

No respondieron, claro, pero al oír ese nombre, los dos alzaron las manos y gritaron «¡Ca-i!», como si fuera una canción. Cari era… una bendición. Mi amiga de toda la vida. Mi hermana no biológica. Mi tabla de salvación.

Y la llamé, porque ella quería a mis pequeños tanto como yo, y porque tenía que contarle a alguien lo que había hecho Brant por nosotros.

A media mañana apareció, como un torbellino de alegría, con un moño alto, gafas de sol enormes y una sonrisa que arrastraba todo lo malo.

—¡Pero mirad a estos dos bombones! —chilló mientras entraba. Los niños la miraron con una mezcla de entusiasmo y desconfianza.

A mí todavía me veían como una sombra familiar, pero ella… ella era nueva y divertida. Y se los comió a besos.

—No sé si me reconocen —dijo riéndose mientras Valeria la empujaba con una mano llena de galleta—, pero ya me los voy ganando, ¿eh?

—Poco a poco. Yo aún soy casi una extraña para ellos… —murmuré, y ella me miró con tristeza y ternura a la vez.

—Tienes mejor cara. Aunque esas ojeras dicen que sigues llorando por las noches.

—Es inevitable —respondí bajando la mirada—. No puedo evitarlo.

Cari me abrazó en silencio y después me ayudó a preparar las mochilas con pañales, toallitas, agua y todo ese arsenal necesario cuando salías con niños pequeños.

—¿A dónde vamos hoy? —preguntó con tono teatral.

—Centro comercial. Que corran, que se cansen, que me dejen dormir esta noche.

—¡A comprar trapitos! —gritó ella, y los mellizos rieron, aunque no entendieran nada.

Cari conducía mientras canturreaba canciones infantiles, aunque la mayoría se las inventaba. Valeria iba en su sillita moviendo la cabeza al ritmo, divertida, y Martín observaba por la ventanilla como si todo fuera nuevo, como si el mundo le estuviera contando un secreto.

—¿Sabes lo que estaba pensando? —dijo Cari mientras frenaba en un semáforo— Que tú te deberías haber dedicado a la moda infantil.

—¿Perdona?

—Sí, sí. Mira cómo los llevas. Martín con ese conjunto de rayas que parece salido de una revista italiana, y Valeria con ese vestidito blanco… ¡Es que parecen modelos en miniatura!

—Son mis hijos, ¿qué esperabas? —respondí con una sonrisa cansada.

—Esperaba exactamente eso. Que los trataras como lo que son: tus tesoros. Aunque estén en préstamo —añadió con voz más baja.

Llegamos al centro comercial y lo primero fue recorrer algunas tiendas. Los niños iban cogidos de la mano, a veces con nosotras, a veces entre ellos, y cuando algo les llamaba la atención, se paraban y señalaban, diciendo «gusta» o «bello», con esa ternura que me partía el alma.

—Mira estos zapatos —dijo Cari mostrándome unas sandalias para Valeria—. ¡Son de princesa!

—Después no podrá llevárselas.

—¿Y qué? —me respondió con el ceño fruncido— ¿Se las quitas antes de que vuelvan?

—Si se las lleva, seguro que la novia de Luca las quema —dije en un susurro y Cari soltó una carcajada.

—Que la madrastra del cuento haga lo que le dé la gana. Tú eres su madre. Si quieres verlos bien guapos, ¡les compras lo que te dé la gana y punto!

Y así lo hicimos. Un par de camisetas con dibujos de dinosaurios para Martín, un vestidito más para Valeria, y una mochila pequeña con orejas de conejo que los dos quisieron llevar en el momento. Los vi mirarse en los espejos de la tienda y reírse de su reflejo. Yo fingía estar tranquila, pero por dentro… cada pequeño gesto se sentía como una puñalada: saber que no estaría ahí en unos días para verlos repetirlo.

—Pero qué guapos, por favor —dijo Cari haciéndoles una foto.

—Guapos —repitió Valeria con una sonrisilla.

—Claro que sí, princesa, estáis muy pero que muy guapos. —Le dio un beso y cuando se apartó de ella, Valeria vino hacia mí.

—Guapa, *mamma* —me dijo, y eso…

Sí, eso hizo que mis ojos se inundaran durante unos segundos, pero retiré las lágrimas antes de que ella las viera.

—¿Mamá es guapa, mi vida? —pregunté agachándome para cogerla en brazos.

—Guapa, sí. —Me acarició la mejilla y me dio un beso que me derritió por completo.

El saber que, a pesar de haber estado separada de ellos tanto tiempo, aún me recordaban, aunque fuera solo un poco, no tenía precio.

Capítulo 27



Lola

Al mediodía buscamos un restaurante con zona infantil. Tenía una terraza soleada, mesas espaciosas y lo mejor: un animador disfrazado de payaso que hacía globos con formas.

—Esto va a ser épico —dijo Cari mientras nos sentábamos.

Y lo fue.

Los niños se lo pasaron en grande. Aplaudían, gritaban, intentaban atrapar las burbujas que el animador lanzaba con una máquina que parecía salida de otro planeta. Martín no podía dejar de reír cada vez que el hombre tropezaba fingidamente. Valeria aplaudía a rabiar cada vez que hacía una flor con un globo.

—¡Es mejor que Netflix esto! —bromeó Cari mientras se tomaba su cerveza.

Yo no podía dejar de mirarlos. Se veían felices. Plenos. Y lo mejor era que estaban conmigo.

—Gracias por venir —le dije a Cari en voz baja.

—¿Estás de broma? Pero si esto me cura hasta el alma. Además, hacía años que no me sentía tan útil.

—No sé qué haría sin ti.

Ella me guiñó un ojo y levantó la copa.

—Pues vas a tener que descubrirlo… cuando me nominen al Nobel por sobrevivir a dos niños de casi tres años sin gritar ni una vez.

—Todavía queda media tarde —le recordé con una risa.

—Flor —dijo Valeria cuando el payaso le dio uno de los globos con esa forma.

—Qué bonita, cariño. —Sonreí, y ella me miró y me lo dio—. ¿Para mí?

—*Mamma* —asintió.

—Por Dios, voy a llorar. —Cari, se secó las lágrimas que aún no tenía, y sonreí—. Es que se os ve tan bien juntos a los tres. Si hubiera estado yo en Livorno contigo, ese imbécil no te quita a los niños.

—Ojalá hubieras estado, pero Luca es un hombre de mucho poder allí. No habrías podido hacer nada, Cari.

—Pero lo habría intentado, eso te lo aseguro.

Y lo sabía. Sabía que ella habría hecho hasta lo imposible por ayudarme a quedarme con mis hijos.

Después de comer, fuimos a dar una vuelta más. El centro comercial tenía una zona de juegos infantiles interior, con parque de bolas incluido. Los niños se quedaron embobados frente a la vitrina, observando cómo otros pequeños trepaban, se tiraban por toboganes y se zambullían en un mar de pelotas de colores.

—¿Entramos? —preguntó Cari.

—¿Tú? ¿Dentro del parque de bolas?

—Obvio. ¿Qué puede salir mal?

Cinco minutos después, ahí estábamos. Bueno, ellos corriendo por todas partes y Cari atrapada entre las redes de una estructura tipo castillo. Yo no podía parar de reír.

—¡Ayuda! ¡Creo que me he roto la dignidad! —gritaba mientras Martín y Valeria lloraban de la risa— ¡No sé si estoy en un tobogán o en una trampa medieval!

Un empleado del local, alto, joven y con una sonrisa perfecta, se acercó a ayudarla.

—¿Necesita ayuda, señora?

—¿«Señora»? Mira, guapo, soy Cari, y desde este momento, si me sacas de aquí, pasas a ser mi superhéroe favorito.

El chico rio mientras la ayudaba a salir de las cuerdas y ella, nada discreta, le guiñó un ojo.

—Ya sabéis, niños —dijo volviéndose hacia Martín y Valeria mientras se sacudía las pelusas—, lo que no hay que hacer en un

parque de bolas si no queréis acabar atrapados y ser rescatados por modelos.

—Estás fatal —le dije riendo.

—¿Y tú estás llorando o riéndote?

—Ambas cosas.

—Bien. Eso significa que estás viva.

Nos quedamos allí otro buen rato, hasta que empezaron a bostezar. La merienda la hicimos en una cafetería cercana. Dos vasos de leche con galletas para ellos y café para nosotras.

—Llevas cara de pensar mucho —dijo Cari mientras revolvía su taza—. ¿Brant? —asentí.

—Me propuso quedar y conocerlos, pero le dije que no.

—¿Eres tonta? Si salió de él querer conocer a los niños, no le ignores.

—Me llamó para sugerir vernos el otro día, y acabé aceptando. Nos sorprendió con un pícnic en un parque precioso. Los niños estaban encantados con él. Incluso vino a casa, a pesar de que cada uno tenía su coche, y se ofreció a ayudarme a bañarlos y darles de cenar.

—¿Y? —Arqueó la ceja.

—Subió, y lo hizo. Se quedó hasta que se acostaron y después se fue.

—¿Sin sexo contigo?

—Sin sexo. Y ayer por la tarde, cuando volví de la playa con los niños, me escribió preguntando si estábamos en casa. Mandó una cesta con chocolatinas, un peluche y globos para ellos.

—Lola, ese hombre no te quiere solo para calentar la cama.

—Tengo miedo… —murmuré mirando mi taza.

—¿De qué?

—De que no sea real. De volver a ilusionarme.

—¿Y si sí es real? ¿Vas a dejarlo pasar por miedo? Anda, coge el móvil. Escríbele. Dile que quieres comer con él.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Vamos, que estoy aquí para darte valor.

Con el corazón acelerado, saqué el móvil y tecleé despacio.

Lola: *Brant, si sigues queriendo comer con nosotros, creo que… me gustaría que lo hiciéramos.*

Tardó dos minutos en responder.

Brant: *Mejor aún. Si a ti te parece bien, me encantaría pasar el día con vosotros en la playa.*

Le enseñé el mensaje a Cari y sonrió como una niña con zapatos nuevos.

—Contéstale que sí, ¡ya!

—Vale. Le he dicho que sí. —Seguí leyendo y sonreí—. Mañana. Dice que pasará a buscarnos.

—Ese alemán está muy interesado, Lola.

—No te montes una película.

—¿Y tú no crees que, si de verdad fuera solo cosa del verano, habría insistido tanto, aunque estuvieran los niños?

Me quedé callada.

—No lo sé. No quiero hacerme ilusiones. La última vez que lo hice… acabó todo mal. Acabé perdiéndolo todo.

—No lo perdiste todo, Lola. Aún te tienes a ti. Y a ellos. Aunque sea por días. Y si él vale la pena, sabrá entenderlo.

Cari me acompañó hasta casa como si el día no pudiera terminar sin una última dosis de locura, besos y frases motivadoras. Los niños estaban agotados, con los párpados cayéndoles como cortinas, pero, aun así, cuando llegamos, tuvieron fuerzas para darle mil besos a Cari.

—A ver, bichitos, decidle a la tía Cari lo mucho que la queréis.

Martín le tendió los brazos y murmuró algo que sonó como «*Ca-i bene*». Cari se llevó las manos al pecho.

—¿Me ha dicho que soy buena? ¡Dios mío, esto hay que grabarlo! ¡Se lo voy a restregar a todos los ex que he tenido!

Valeria se agarró a su pierna y no quería soltarla.

—Mira, tienes una monita en la pierna. —Reí.

—Una monita preciosa —dijo mientras la cogía en brazos para darle un beso, y después la dejó de nuevo en el suelo.

Me dio un abrazo fuerte, de esos que no necesitaban palabras.

—¿Estás bien?

—Estoy… intentando estarlo.

—Pues mira, te voy a decir una cosita. Hoy te he visto sonreír de verdad. No de esas sonrisas que pones para que no te pregunten si has llorado. Hoy te has reído a carcajadas. Los niños también. Y eso es un paso enorme.

—Gracias por estar.

—Siempre.

Se fue justo antes del baño. Subí con los niños, puse agua caliente y eché juguetes para que flotaran. El baño fue puro caos: salpicaduras, risas y más de una galleta de jabón que terminó en la boca equivocada. Luego cena: yogur, fruta y un poco de pan que Martín se empeñó en compartir con el peluche. Les conté un cuento, uno inventado, porque ya no recordaba dónde habían quedado sus libros favoritos, y los besé en la frente antes de dejarlos dormidos, uno en cada cama, con las mantas hasta la barbilla.

—Buenas noches, mis niños. Nunca olvidéis que mamá os quiere de aquí a la luna, ida y vuelta —susurré con lágrimas en los ojos mientras les acariciaba la cabeza.

Regresé al salón, con el silencio de la casa flotando como una burbuja frágil, y me sonó el móvil.

Brant: *Estoy deseando pasar el día con vosotros.*

Me quedé mirando la pantalla. Era sencillo. Directo. Sin dobles intenciones, sin expectativas ocultas.

Lola: *Yo también.*

Sonreí y suspiré. Porque en algún lugar dentro de mí aún quedaba ese anhelo absurdo, ese pedacito que no se había apagado del todo. Ese que pensaba que quizá, solo quizá, las cosas podían salir bien alguna vez. Pero justo cuando me acosté, con la luz apagada y la casa en silencio, esa pequeña esperanza se mezcló con lo de siempre.

Lágrimas.

Pensé en Luca. En cómo había ganado solo porque podía. En cómo me arrebató lo que más amaba con la frialdad de quien firmaba un contrato y no una sentencia. En cómo la justicia no siempre era justa. Y en lo mucho que me dolía saber que mis hijos tenían una vida en la que yo apenas era una nota a pie de página.

Me dormí llorando, como cada noche. Pensando en que ojalá nunca me los hubiera quitado. Porque cuando se los llevó, no solo me rompió… me mató en vida.

Capítulo 28



Lola

Estaba en la cocina, con el corazón latiendo un poco más rápido de lo normal, intentando preparar todo para salir con los mellizos y Brant, que no tardaría en llegar.

Martín estaba gateando por la alfombra, tirando de un peluche mientras murmuraba algo parecido a «*mamma*», y yo intentaba mantener la calma y la sonrisa, aunque por dentro me sentía un poco nerviosa. Siempre me pasaba cuando teníamos que salir, sobre todo si era un día largo fuera de casa.

—Lola, ya estoy en la calle —me avisó Brant por el móvil.

Di un último vistazo a las bolsas: crema solar, pañales, un par de toallas, la nevera con los zumos y los sándwiches que había preparado por la mañana. Cogí a los mellizos en brazos y bajé al portal, con las piernas algo temblorosas. Respiré hondo.

Al salir a la calle, lo vi. Brant estaba allí, guapísimo como siempre, con unas bermudas *beige* y un polo blanco que le sentaba increíble. Llevaba puestas unas gafas de sol que ocultaban sus ojos azules, pero yo sabía que brillaban con una luz especial. Su cabello,

ligeramente alborotado por el viento, le daba un aire despreocupado que me volvió a enamorar un poco más.

—Hola, preciosa —me saludó con un beso en la mejilla, su voz profunda y calmada siempre lograba tranquilizarme—. ¿Listos para un día increíble? —preguntó mientras se agachaba para saludar a los niños, sonriendo ampliamente.

Martín le lanzó un «¡Brant!», con un tono alegre, y Valeria le miró con una sonrisa en los labios.

—Son guapísimos —me dijo mientras acariciaba suavemente la mejilla de Valeria—. Se parecen mucho a ti.

Sentí cómo una sonrisa se dibujaba en mis labios. Eso siempre me hacía sentir especial, porque al menos no se dudaba de que eran mis hijos.

Cuando Brant abrió la parte trasera del coche, me quedé sin palabras. Había dos sillitas para niños colocadas, impecables.

—Las he alquilado para poder llevar a los niños sin problema —me explicó, sonriendo con ese aire protector que tanto me gustaba.

Vi cómo acomodaba a Martín primero, hablándole en italiano, diciéndole cosas que hicieron que el niño riera a carcajadas. Luego hizo lo mismo con Valeria, y yo sentí que el corazón se me hacía un ovillo y un nudo en la garganta. Intenté contener las lágrimas, pero noté que mis ojos se humedecían. No podía llorar, no ahora.

—Todo listo —dijo tras guardar en el maletero las bolsas que me había quitado de las manos.

Subimos al coche, Brant arrancó y miró por el retrovisor a los niños.

—¿Preparados para ir a la playa? —les preguntó.

Valeria, con su voz dulce y tímida, respondió:

—*Acqua* —respondió Valeria, con esa voz dulce y tímida que me arrancaba mil sonrisas.

Me reí, mirándolo de reojo.

—Sí, cariño, vamos al «*acqua*» —le dije, y Brant sonrió ampliamente.

El camino hasta la playa fue corto pero agradable. Brant iba al volante, con una sonrisa tranquila y ojos que no dejaban de vigilar el retrovisor para ver cómo iban los niños en sus sillitas. Martín y Valeria estaban fascinados, señalaban cada árbol, cada coche que pasaba, y de vez en cuando soltaban alguna palabra suelta en italiano, como «*mare*» o «*sole*», que me hacían sonreír.

Cuando llegamos, Brant se encargó de bajar las bolsas del maletero sin que yo tuviera que pedirle ayuda. Caminábamos los cuatro hacia la playa, yo con los niños de la mano. Era difícil no sonreír al verlos. A pesar de que aún no hablaban mucho, sus gestos y risas eran pura comunicación.

Llegamos a una sombrilla que ya había elegido Brant, con dos tumbonas cómodas y todo listo para que estuviéramos a gusto. Mientras él colocaba las bolsas y extendía las toallas, yo me quitaba la ropa con cuidado para ponerles protector solar a los niños. Sabía que el sol podía ser duro con su piel delicada.

—¿Listos para el agua? —preguntó Brant con ese tono cómplice que hacía que me sintiera más segura.

Martín levantó los brazos, y Valeria repitió con su voz dulce:

—*Acqua*.

Brant sonrió, levantó a los dos en brazos al mismo tiempo, y nos dirigimos hacia el mar. Yo me quedé atrás, observándolos, mientras los niños reían y jugaban entre las olas pequeñas.

—Vamos, Martín; vamos, Valeria —decía Brant, ayudándolos a flotar y mover las manitas, haciendo gestos que los hacían reír a carcajadas.

Sentí un vuelco en el corazón al ver la complicidad entre ellos. Brant estaba en su elemento, paciente, cariñoso, jugando con los niños como si fueran suyos.

—Son unos pequeños terremotos, ¿eh? —me dijo mientras me miraba con esos ojos azules que escondía tras las gafas de sol— Pero son adorables.

—Sí, lo son —respondí, acariciándome el pelo que el viento había despeinado—. Me encanta cómo les hablas en italiano; es como si ya te quisieran un poco más.

Él se acercó y me dio un beso suave en la mejilla.

—Lo que ellos necesitan es amor. Eso es lo único que importa.

Pasamos un buen rato en el agua, jugando los cuatro juntos, riendo y chapoteando. Cuando regresamos a las toallas, les secamos con cuidado y les dimos el zumo y el sándwich para reponer energía.

Valeria mordía el pan con entusiasmo, mientras Martín bebía el zumo con las manos temblorosas.

Brant sacó entonces una bolsa con juguetes para la arena: cubos, palas, moldes para hacer castillos.

—Vamos a hacer un castillo, ¿qué os parece? —dijo, sonriendo a los niños.

Ellos aplaudieron emocionados y corrieron hacia la arena con él. Yo saqué el móvil y comencé a grabar ese momento, queriendo guardar para siempre esas risas, esa felicidad.

Le mandé una foto a Cari en mensaje y me contestó enseguida diciendo que ese alemán se estaba ganando a los niños sin esfuerzo, y era verdad.

Entonces, Valeria vino corriendo hacia mí, poniéndose de pie y señalando la arena.

—*Castello* —dijo con una sonrisa enorme.

—¿Quieres que te ayude a hacer el castillo? —le pregunté, y ella asintió.

Y fui con ella donde estaban su hermano y Brant, y así, entre risas y bromas, construimos un pequeño reino de arena que parecía cobrar vida con cada cubo y cada pala.

Después de jugar en la arena y reírnos por algunas torres mal hechas de nuestro castillo, nos dimos un último chapuzón para volver a secarnos y prepararnos para comer. Brant cogió las bolsas con la merienda y me guiaba con la mirada, atento a que los niños no se escaparan ni un segundo.

Llegamos al pequeño restaurante cerca de la playa, donde ya nos esperaba la paella que Brant había encargado. Me fascinaba cómo él había organizado todo sin que yo tuviera que preocuparme de nada. No me cabía la menor duda de que ese hombre siempre tenía todo bajo control, y eso me relajaba más de lo que esperaba.

—Aquí tienen —dijo el camarero mientras servía la paella para nosotros y unos filetes de pollo para Martín y Valeria.

—Gracias —le dije a Brant con una sonrisa.

Vi cómo los niños miraban con ojos grandes y curiosos el plato de pollo, y cómo Brant les ayudaba a cortar los trocitos en pedazos pequeños. Le observé con admiración; era tan atento con ellos que me conmovía.

—¿Quieres un poco? —le preguntó Brant a Martín, ofreciéndole un trozo en el tenedor.

Martín asintió y cogió el trozo con las manos, llevándoselo a la boca con una sonrisa de satisfacción.

Valeria imitaba a su hermano, y Brant le guiaba la mano para que comiera con tranquilidad.

—Es increíble cómo les entiendes —le dije mientras le miraba, sintiendo un cosquilleo en el pecho.

—Ellos solo necesitan cariño, paciencia y tiempo —respondió, mirándome fijamente—. Y tú les das todo eso.

La comida transcurrió entre risas y pequeños esfuerzos por mantener limpios a los niños, que se manchaban con la paella que

nos quitaban disimuladamente del plato y el helado que tomaron de postre.

—¡Mira cómo se han puesto! —dije riendo al ver las caras cubiertas de helado— Parecen dos pequeños monstruos.

—Monstruos adorables —replicó Brant, limpiándoles suavemente la cara.

Después de comer, regresamos a la sombrilla y, sin mucho esfuerzo, los mellizos se quedaron dormidos en sus hamacas, agotados de tanta diversión.

Brant aprovechó ese momento y me abrazó por detrás.

—Tienes unos hijos encantadores —me susurró al oído antes de besarme en la mejilla.

Sentí que el corazón me latía con fuerza y la voz se me quebró un poco.

—Lo son —respondí—. Son un amor. Poco a poco se van acercando más a mí… pero me parte el alma tener que dejarlos ir en unos días.

No pude evitar soltar unas lágrimas que rodaron por mis mejillas.

—No llores —me dijo Brant, dándome un beso en los labios, tierno y dulce, que me hizo dejarme llevar—. Eso me mata. Quiero verte feliz y sonriendo. Quiero que ellos te vean así.

Cuando nos separamos, él me acarició la mejilla y apartó un mechón de pelo tras mi oreja.

—Llevaba días queriendo poder volver a hacer eso —me confesó.

—Yo también —respondí, sonriendo.

Luego me pidió que le enseñara las fotos y vídeos que había hecho mientras jugaban con la arena. Al verlas, se detuvo en una en la que los mellizos aparecían juntos y sonriendo.

—Esta foto me gusta mucho —dijo—. Es digna de enmarcar.

—La enmarcaré —le prometí—. Junto con algunas más que ya he seleccionado.

Me volvió a besar y yo le di las gracias por el detalle de los globos y las chocolatinas, y por ser tan atento con los niños.

—Es que estos niños se dejan querer muy fácilmente —respondió, con una sonrisa.

Cuando los niños se despertaron, les pusimos protector solar otra vez con cuidado para que no se quemaran. Brant les hablaba con paciencia y cariño mientras yo les ayudaba a ponerse la crema, sonriendo ante la ternura que mostraba con ellos.

—¿Listos para otro baño? —preguntó Brant con esa voz suave que parecía envolvernos a todos.

Martín y Valeria respondieron con risas y palabras entrecortadas que sonaban como «*sí, acqua*» y «*mare*».

Nos dirigimos otra vez al mar, con Brant llevándolos a ambos en brazos, jugando con ellos entre las olas y enseñándoles a chapotear, a hacer burbujas con el agua, a sentir el viento y la sal. Yo los

observaba desde la orilla, sintiendo que esos momentos se grababan para siempre en mi memoria.

Cuando salimos del agua, los secamos con toallas y les dimos la merienda que había preparado: zumos frescos y pequeños bocados que les encantaron. Brant los animaba, les sonreía y ellos respondían con esa inocencia pura que me partía el alma.

Volvimos a jugar un rato en la arena con cubos y palas, construyendo y destruyendo pequeños castillos, dejando que las risas llenaran el aire y se mezclaran con el sonido del mar.

El día se desvanecía poco a poco y llegó el momento de regresar a casa. En el coche, los mellizos, agotados, se quedaron dormidos en sus sillitas mientras Brant conducía con cuidado.

Al llegar, Brant se despidió de los niños con un abrazo y un beso cariñoso, y a mí me dejó un beso suave en la comisura de los labios.

—Nos vemos pronto —me dijo con una sonrisa, mientras yo asentía.

Subí a casa con ellos, los bañé mientras les preguntaba si lo habían pasado bien. Ambos asintieron con sonrisa cansada.

Tras ponerles el pijama, me entró una videollamada de mi madre, que sonrió al ver a los niños.

—Pero qué guapos, por favor. Y qué ganas de veros otra vez —dijo.

—Pues, cuando queráis, venís —sonreí.

—¿Qué tal mañana? Habíamos pensado en ir a comer a ese restaurante de la playa, un asado de esos que preparan tan buenos.

—Me parece bien. Hoy hemos estado en la playa otra vez, ¿verdad, chiquitines?

—*Acqua* —respondió Valeria con una sonrisa.

—Brant, *castello* —dijo Martín, y me quedé sin aire en los pulmones.

—¿El niño acaba de decir, Brant?

—Eh… —No sabía ni qué responder.

—¿Ese alemán tan simpático que vimos aquel día? —Mierda, mi madre y su fantástica memoria.

—Sí, mamá. Ese Brant.

—Vaya, vaya… ¿Tienes algo que contarme, jovencita? —Arqueó la ceja.

—Nos estuvimos viendo antes de que llegaran los niños, le conté mi vida, quiso conocerlos, le dije que no, pero insistió y acabé aceptando. Nos llevó a un pícnic hace poco, les envió regalitos recientemente y esta mañana hemos estado en la playa con él. Tendrías que verle con los niños, mamá, es… —suspiré.

—Por cómo sonríes, me lo imagino. ¿Y si le invitas a comer mañana con nosotros?

—Mamá…

—¿Qué? Ya le conocimos, y si se lleva tan bien con los niños, estaré encantada de que venga. —Sonrió.

—Se lo preguntaré a ver si puede.

—Lola, hija, que ese hombre está aquí de vacaciones, no creo que tenga mejores planes que comer con vosotros. Nos vemos mañana. Dales un beso a mis nietos, que hasta mañana no puedo dárselos yo.

—Hasta mañana, mamá.

—Adiós, cariño.

Colgué y miré a mis niños. Sonreí y les di esos besos que mi madre se moría de ganas de poder darles, esos que estaba segura de que ella misma les daría al día siguiente hasta desgastarles las mejillas si pudiera.

—¿Tenéis hambre? —les pregunté mientras les cogía de la mano para ir a la cocina.

—Hambre, sí —contestó Valeria mientras Martín sonreía.

Cenamos, los acosté contándoles un cuento y cuando finalmente se durmieron, me di una ducha rápida y me metí en la cama, agotada pero feliz.

Y recibí un mensaje de Brant.

Brant: *Lo he pasado muy bien hoy.*

Lola: *Yo también. Buenas noches.*

Dejé el móvil en la mesita, suspiré profundamente y pensé en qué pasaría si no tuviera que devolver a mis hijos en unos días, y si Brant no regresara a su vida cuando terminaran sus vacaciones.

Capítulo 29



Brant

El vapor del café ascendía en espirales lentas desde la taza que sostenía entre las manos, mientras el cielo comenzaba a teñirse de tonos cálidos al otro lado del ventanal. Me apoyé contra el marco, descalzo, sin camiseta, con el pantalón del pijama algo suelto y la mirada clavada en ese mar tranquilo que apenas rompía con su oleaje suave. Amanecía. Y aunque el mundo comenzaba a despertar, en mi interior todo seguía revuelto desde ayer.

Me llevé la taza a los labios y cerré los ojos un segundo, dejándome invadir por el amargor del primer sorbo. Todo en el apartamento estaba en silencio; solo el leve crujido de la madera bajo mis pies y el zumbido casi imperceptible de la nevera acompañaban el murmullo de mis pensamientos.

El día anterior… Dios. Qué día.

Había algo diferente en cómo me sentía desde que Lola apareció en mi vida. Pero ayer, verla de nuevo con sus hijos, ver cómo me abría una vez más ese espacio tan íntimo, me había removido por dentro de una manera que no había anticipado.

Martín y Valeria. Dos pequeños torbellinos de vida que, con casi tres años, tenían el poder de derretir el corazón más frío. Me reí entre dientes recordando cómo Valeria había dicho «*acqua*» con esa vocecita dulce, como si el mar fuera lo único importante en el mundo. Y Martín… tan espontáneo, tan inquieto, llamándome con entusiasmo, como si siempre hubiese estado allí.

Nunca imaginé que me afectaría tanto verlos reír. Sentir sus manos pequeñas aferradas a las mías mientras corríamos por la arena. O cómo se reían cuando los levantaba a ambos, uno en cada brazo, y los zambullía en el agua como si volaran.

Pero lo que realmente me desarmó fue Lola.

Esa forma de mirar, de sonreír incluso con el dolor empujando detrás de los ojos. Porque sabía que le dolía. Que todo esto le costaba. Que cada risa de sus hijos era también un recordatorio de lo que estaba a punto de perder de nuevo. No sabía cómo lo hacía. Cómo no se rompía por completo.

La taza tembló ligeramente entre mis dedos y di otro sorbo, caminando hacia la mesa donde había dejado el móvil. La pantalla mostraba las últimas notificaciones, nada importante. Pero nuestra conversación de anoche seguía allí, como si necesitara volver a leerla.

Apoyé la taza sobre la encimera de la cocina mientras me pasaba una mano por el pelo. Necesitaba hablar con Ben. Saber si había avanzado algo con lo de Luca. Cada minuto que pasaba, sentía que ese cabrón seguía manipulando hilos desde la sombra. El tipo no era trigo limpio, eso lo tenía claro. Y cuanto más descubriera, mejor podría protegerla a ella. A los niños.

La puerta se abrió, interrumpiendo mis pensamientos. Me giré despacio y vi aparecer a mi hermano.

—Buenos días, hermano —saludó Karl al entrar—. ¿Interrumpo?

Negué con una sonrisa y le ofrecí una taza.

—Para nada. Acabo de preparar café.

Karl entró como si el apartamento fuera suyo, dejó el pan sobre la encimera y se sirvió él mismo una taza mientras echaba un vistazo al salón.

—¿Has dormido algo?

—Poco. Tenía la cabeza dando vueltas —admití, volviendo a sentarme junto a la mesa.

Karl me observó mientras se sentaba frente a mí.

—¿Por Lola?

Asentí sin decir nada, y él entendió todo.

—Ayer fue un día bonito —añadió tras un sorbo de café—. Se nota que te importan. Ella y los niños.

—Mucho —respondí sin rodeos—. No sé cuándo sucedió, pero… es como si siempre hubieran estado en mi vida. Como si me necesitara con ellos.

—¿Y Ben? ¿Alguna novedad sobre el cabrón de Luca?

Negué despacio, sintiendo una punzada de frustración.

—No quiero meterle prisa, le pedí que escarbara a fondo. Cuantos más trapos sucios consiga, mejor. Estoy convencido de que el divorcio y la custodia no se resolvieron de forma legal. Ese hombre tiene contactos, dinero… puede hacer que todo parezca legítimo, aunque esté podrido por dentro.

Karl me miró con el rostro más serio que nunca.

—Si fue capaz de comprar a médicos de renombre para que cambiaran los informes y el corazón que le trasplantaron a su novia fuera el de Annika… puede hacer cualquier cosa. Con tal de salirse con la suya.

Asentí. Esa historia nos había dejado una cicatriz a ambos.

—No pienso permitir que haga lo mismo con Lola —dije en voz baja, apretando la mandíbula.

En ese momento, el móvil vibró. Lo cogí sin pensarlo y, al ver su nombre en la pantalla, el pulso se me relajó de golpe.

Lola: *Mi madre me ha dicho que te invite a comer con nosotros hoy, en el «Beach Club» donde nos conocimos. Pero si estás ocupado, no pasa nada.*

Una sonrisa se me escapó sola, era inevitable. Karl me miró con suspicacia y se asomó por encima de la taza.

—¿Mensaje de Lola?

Se lo enseñé sin decir nada.

—No me jodas. Dile que sí, claro. Ya comeremos juntos otro día.

—Tú no necesitas mucha excusa para deshacerte de mí, ¿eh?

—Cuando una mujer como Lola te invita a comer con su familia, no la dejas esperando. Vamos, responde.

Reí y escribí con rapidez.

Brant: *Por supuesto. Dime a qué hora y allí estaré.*

Karl terminó su café de un trago y se puso en pie.

—Bueno, yo voy a salir a correr un rato. Tú ve arreglándote. Ponte guapo.

—¿Más?

—No empieces —gruñó con una sonrisa y salió por la puerta.

Me quedé solo otra vez, pero ahora con una energía distinta. Revisé el móvil, actualicé correos y luego me senté frente al portátil. Las siguientes dos horas las pasé investigando a Luca por mi cuenta. Viejas noticias. Apariciones en galas. Reseñas médicas. Premios. Cenas con políticos, jueces, empresarios. Fotos familiares que daban náuseas de lo fingidas que eran. Una imagen impecable… demasiado impecable.

No encontré nada que pudiera usar. Nada ilegal. Nada evidente. Pero lo sabía. Lo intuía. Ese hombre era una amenaza.

A la hora acordada, me vestí y salí del apartamento. Iba a volver a verla. A verla sonreír. Y esta vez, delante de sus padres.

El sol ya estaba alto cuando aparqué frente al *Beach Club*. El mismo lugar donde conocí a Lola, aunque en aquel entonces no

tenía idea de lo mucho que llegaría a significar para mí. Hoy, solo con pensar que iba a volver a verla allí, el pecho se me aceleraba como si fuera un idiota adolescente.

El murmullo del mar, mezclado con el sonido alegre de los cubiertos en las mesas, me recibió mientras caminaba por el entarimado de madera, buscando sus rostros entre los sombreros de ala ancha y las copas de vino blanco que brillaban al sol.

Y entonces la vi.

Lola estaba junto a una de las mesas, de espaldas, con un vestido blanco ligero que se movía con la brisa. Se giró justo en el momento en que mis pasos se acercaban, y sus ojos se iluminaron. Me sonrió con esa mezcla de calidez y nostalgia que solo ella sabía expresar.

—Hola, Brant —dijo con voz suave.

Martín y Valeria, sentados en sus sillitas, alzaron las manos al verme.

—¡Brant! —gritó Martín con entusiasmo, haciendo que todos alrededor giraran la cabeza.

Valeria estiró los brazos; también hacía mí.

—*Mamma*… Brant… —dijo con su dulce vocecita.

Me agaché de inmediato y recibí el abrazo cálido de ambos niños al mismo tiempo. Los besé en la cabeza con ternura.

—¡Hola, mis terremotos! —dije con una sonrisa amplia mientras sentía cómo algo se acomodaba dentro de mí, como si pertenecer a este instante fuera natural.

—¿Tú los has visto? ¡Estaban deseando que llegaras! —me dijo Elena al acercarse con los brazos abiertos.

Me incorporé para saludarla, y ella me abrazó sin reservas, como si llevara años conociéndome.

—¡Qué alegría verte, guapo! —me dijo con ese tono materno que era puro sur.

—Gracias por invitarme —respondí, estrechando después la mano firme de Pablo, que me recibió con una sonrisa sincera.

—Un placer tenerte con nosotros otra vez. ¿Te apetece una copa antes de que llegue la comida?

—Encantado —acepté.

Nos sentamos a la mesa. El camarero trajo un vino blanco frío, y brindamos todos. Los niños aplaudieron cuando levantamos las copas, como si entendieran que aquello era una pequeña fiesta.

La conversación fluyó sin esfuerzo. Elena era un torrente de anécdotas, Pablo la contrarrestaba con humor seco pero entrañable, y yo no podía dejar de mirar a Lola cada vez que reía. Esa risa suya… era como una promesa de que, a pesar de todo, todavía era capaz de ser feliz.

Y eso me mataba.

Porque sabía el peso que llevaba dentro. Sabía que cada momento como este, con los mellizos cerca, era también una cuenta atrás. Que dentro de unos días volvería a estar sola. Que tendría que devolverlos. Que tendría que fingir que estaba bien.

Y, sin embargo, allí estaba, dándolo todo por ellos. Sonriendo, haciendo que se sintieran seguros, protegidos, amados.

Los niños eran puro entusiasmo. Comían, reían, se peleaban por una servilleta, se untaban los mofletes con salsa y de vez en cuando volvían a gritar mi nombre o el de su «*mamma*», como si fuéramos los únicos adultos del universo. Y yo no podía evitar atender a cada gesto, cada palabra, cada bocado mal masticado.

Estaba atento, como en la playa. Vigilando que no se cayeran de las sillas. Que no se atragantaran. Que no se golpearan con los cubiertos. Y cuando no tenía que intervenir, simplemente los observaba. Los absorbía. Como si necesitara aprenderme de memoria cada uno de sus gestos.

—Tienes muy buena mano con los niños, ¿eh? —comentó Pablo en un momento, señalando mi forma de cortar el filete de Valeria.

—He tenido buena maestra —respondí, mirando a Lola. Ella bajó la mirada, pero sonrió. Una sonrisa agradecida. Humilde.

—Y paciencia —añadió Elena—. Que eso no lo tiene cualquiera. ¡Míralos, están encantados contigo!

Valeria apoyó su cabeza en mi brazo, como si quisiera confirmar lo que acababa de decir su abuela. Martín me dio un beso baboso en la mejilla. Y yo… sentí un nudo en la garganta que me obligó a apartar la vista.

Lola lo vio, y se le humedecieron los ojos. No lloró, pero los bajó rápidamente y tragó saliva con fuerza.

Me acerqué un poco a ella, rozando apenas su hombro con el mío, y me incliné hacia su oído.

—No llores delante de ellos… por favor —le susurré.

Ella asintió en silencio, y yo le besé la sien, sin importarme que sus padres nos vieran. No era un gesto romántico. Era un gesto necesario.

—Tienes que sonreír, Lola. Para que te recuerden así. Feliz.

—Gracias —susurró con voz quebrada—. Gracias por entenderme.

El resto de la comida fue más ligera. Reímos mucho. Los padres de Lola eran una pareja divertida, compenetrada. Me gustaba estar con ellos. No había tensión, no había juicio. Solo cariño. De ese cálido, auténtico, que uno sentía, incluso si apenas los conocía.

—¿Os apetece ir a la piscina? —propuso Elena después de la comida.

Los mellizos comenzaron a aplaudir, como si hubieran entendido perfectamente la propuesta.

—¡Piscina! —gritó Martín.

—*Acqua!* —añadió Valeria.

Nos dirigimos todos juntos a la zona de la piscina. Yo me ofrecí a cargar con las mochilas de los niños, las toallas y los flotadores. Lola iba delante, cogiendo a Valeria de la mano, mientras Pablo llevaba a Martín sobre los hombros.

En el agua, los niños se transformaron en delfines. Chapoteaban, salpicaban, se lanzaban entre los brazos de su madre y los míos. Y no dejaban de reír.

—*Mamma!* ¡Brant! —decían sin parar.

Y en cada uno de esos gritos, algo dentro de mí se volvía más fuerte… y más frágil a la vez.

Martín se me lanzó al cuello y me abrazó con fuerza. Valeria vino después y me dio un beso en la mejilla.

Lola me miró desde un paso de distancia, y su expresión lo decía todo. Se estaba rompiendo por dentro.

Dejé a los pequeños con sus abuelos, me acerqué a ella, la rodeé con un brazo y la abracé bajo el agua. Le besé la sien, esta vez más despacio.

—No tienes por qué fingir conmigo, pero delante de ellos… intenta sonreír, ¿sí?

Ella asintió de nuevo y me abrazó, pegando su frente a mi pecho.

—Gracias por esto.

—No tienes que dármelas, lo hago encantado.

Nos separamos cuando los niños gritaron otra vez su nombre, y seguimos jugando y riendo. Y yo, observando cada instante, como si no quisiera que se me escapara de las manos.

Cuando el sol empezó a bajar, los padres de Lola decidieron regresar a casa.

—Gracias por venir, Brant —me dijo Pablo, dándome una palmada en el hombro.

—Te esperamos pronto en otra comida —añadió Elena, guiñándome un ojo mientras se despedía de los niños con un beso y un «¡Os quiero hasta el infinito!».

Yo llevé a Lola y a los niños de vuelta a su apartamento. No iba a dejarlos solos. Quedaba todavía una parte del día, y no pensaba perderme ni un segundo más.

Capítulo 30



Brant

El apartamento de Lola olía a crema solar, a ropa húmeda colgada en los respaldos de las sillas, a verano. Y a hogar. Un hogar vivido, con risas atrapadas entre las paredes. De esos que te abrazaban nada más cruzar la puerta.

Entramos en silencio. Los mellizos venían somnolientos en mis brazos. Martín se acurrucó en mi pecho, murmurando algo que no entendí. Valeria jugueteaba con un mechón de mi barba, medio dormida ya.

—¿Los dejo en el sofá mientras preparas el baño? —le pregunté a Lola en voz baja.

Ella asintió, agradecida. Su mirada era de puro agotamiento, pero también de paz. Como si saber que yo estaba ahí le diera un pequeño respiro.

Los dejé tumbados sobre el sofá con cuidado, tapándolos con una manta ligera. Lola ya tenía el baño preparado: agua templada, juguetes flotando y un par de toallas suaves dobladas sobre el lavabo.

—¿Te importa si me encargo yo? —le pregunté, bajando el tono para no despertar a los niños.

—¿Estás seguro? —preguntó, mirándome con sorpresa.

—Totalmente.

Ella no respondió, solo me miró, y esa mirada decía más que cualquier palabra. Entonces se retiró al salón, supuse que para tener un minuto de silencio.

Yo fui al sofá, cogí a Martín en brazos y lo llevé al baño. Después volví a buscar a Valeria.

Durante el baño, me sorprendió lo mucho que confiaban en mí. No lloraron, no protestaron. Me dejaban enjabonarlos con cuidado, mientras me lanzaban sonrisas entre bostezos y algún que otro «Brant» susurrado que me derretía por dentro.

—Vale, equipo, hora de secarse —dije cuando el agua ya comenzaba a enfriarse.

Los envolví en sus toallas como si fueran burritos humanos, y uno por uno los llevé a su habitación. Lola ya tenía los pijamas preparados sobre la cama.

Los vestimos entre los dos. Coordinados. Como si lleváramos haciéndolo toda la vida.

Martín se quedó dormido, apenas su cabeza tocó la almohada. Valeria tardó un poco más. Quería oír una historia. Lola empezó a leerle un cuento, pero a mitad de la tercera página, la niña ya estaba con la boca entreabierta, respirando con suavidad.

Salimos de puntillas del cuarto y cerramos la puerta con un clic suave. Nos miramos. Hubo un segundo de pausa. Un silencio espeso, pero no incómodo. Un silencio que lo decía todo.

—Gracias —susurró Lola.

—No me las des. Estoy aquí porque quiero —respondí mientras le colocaba un mechón de cabello tras la oreja.

—Lo sé… —Bajó la mirada—. Me cuesta creer que esto esté pasando. Que estés aquí. Que quieras estar aquí.

Me acerqué despacio. No quería asustarla. No quería presionarla.

—Lola… —Le sostuve la barbilla con cuidado para que me mirara a los ojos—. No tienes que hacerlo todo sola. Estoy aquí. Y no pienso irme. No, si tú no quieres que me vaya.

Ella tembló. Literalmente. Sus labios se entreabrieron como si quisiera decir algo, pero no salieron palabras. Solo me besó.

Fue un beso lento, suave, lleno de todo lo que no habíamos dicho. No fue una explosión. Fue algo contenido, denso, casi doloroso de lo sincero que fue. La rodeé por la cintura y la atraje hacia mí. Ella deslizó los dedos por mi nuca, buscando anclarse a algo. A alguien.

Nos besamos hasta que nuestras respiraciones se mezclaron, calientes, húmedas, temblorosas.

—No me dejes esta noche —susurró, con voz rota.

—No tengo ninguna intención de irme.

La llevé hasta el sofá, con cuidado, como si fuera algo frágil. Y lo era. Estaba rota por dentro. Pero en ese momento, entre mis brazos, se dejaba sostener.

La desnudé despacio, sin prisa. Como si cada prenda quitada fuera una capa de miedo, de culpa, de dolor que le ayudaba a soltar. Ella hizo lo mismo conmigo. Nos mirábamos. Nos tocábamos con cautela y hambre al mismo tiempo. Pero también con respeto.

La hice mía en silencio. Allí mismo, en el sofá. Sin alardes. Sin urgencia. Solo ella y yo, enredados en un momento que parecía fuera del tiempo. Su cuerpo temblaba contra el mío, pero no de miedo. Era deseo. Era ternura. Era la vida volviendo poco a poco a ella.

Y en medio de todo eso, susurró mi nombre. Una sola vez.

—Brant…

Como si al decirlo, me eligiera. Como si, por fin, me dejara quedarme.

La tenue luz del salón apenas iluminaba los contornos del cuerpo de Lola, recostado junto al mío en el sofá. La tenía entre mis brazos, con su cabeza apoyada en mi pecho y una pierna sobre las mías. Su respiración era lenta y tranquila. La sentía tan cerca, tan cálida, que por momentos me parecía imposible que hubiera estado tan lejos. Que hubiese vivido tanto dolor.

Pasé los dedos por su espalda desnuda, despacio, y ella se estremeció.

—¿Estás bien? —le susurré al oído, y ella asintió sin abrir los ojos.

—No quiero pensar. Solo… quedarme aquí. Así.

—Entonces no pienses —le dije, besándole la sien.

Permanecimos en silencio durante minutos. Afuera, la ciudad reposaba en calma. Solo se oía de fondo el zumbido de una moto lejana y el tic-tac discreto del reloj de pared.

Pero entonces, un sonido suave rompió la quietud.

—¿Lo has oído? —Me incorporé levemente, sin soltar a Lola.

Ella también lo oyó. Pasitos arrastrados por el pasillo. Pequeños. Torpes.

Nos vestimos a toda prisa, entre risas contenidas, y apenas unos segundos después, apareció Martín en el umbral. Llevaba su osito de peluche en una mano y se restregaba los ojos con la otra.

—*Mamma…* Brant… —Su voz fue un suspiro entre dientes.

—Ay, mi amor —susurró Lola, poniéndose de pie para ir hacia él. Pero Martín caminó directo hacia mí.

Me agaché y lo cogí con cuidado, sintiendo cómo se abrazaba a mi cuello con fuerza. Apoyó la cabeza en mi hombro y dejó escapar un suspiro largo, como si encontrara en ese gesto todo lo que necesitaba para volver a dormir tranquilo.

—Se despertó buscando compañía —dije con una sonrisa.

—Como su madre —respondió Lola.

Fuimos juntos hasta la habitación de los mellizos. Valeria seguía dormida, con las sábanas enredadas en sus piernas. Martín ya no protestó. Se acurrucó de nuevo entre los peluches y cerró los ojos, tranquilo, después de que le susurrara un par de frases en italiano.

Lola me miraba con una expresión que no supe definir del todo. Había ternura en su rostro, pero también algo más profundo. Admiración, tal vez. O gratitud. Tal vez las dos.

Volvimos al salón, esta vez en silencio. No por pudor. Sino porque el momento lo pedía. La noche tenía una calma sagrada.

—No sé qué habría hecho sin ti hoy —me dijo cuando nos sentamos otra vez.

—No tienes por qué decirlo. Quiero estar aquí. No solo hoy. Siempre que tú me lo permitas.

Ella me cogió de la mano.

—Es que… no sé cómo hacer para que no te asustes. Para que no salgas huyendo. No soy fácil. Estoy rota en muchas partes.

—No estoy aquí para salir corriendo, Lola. No vine por diversión. Vine porque… me importas. Tú. Y ellos. Mucho más de lo que planeaba que me importarais.

Se quedó en silencio unos minutos, tal vez demasiados, y cuando volvió a hablar, su voz tembló.

—Cuando te vi con ellos hoy, jugando en la piscina, agachándote a su altura, hablándoles como si fueran tuyos… no sabes lo que sentí. No estoy acostumbrada a que nadie lo haga. Ni siquiera sé si su padre se comporta así con ellos.

—Luca —dije entre dientes.

Ella bajó la mirada.

—Me aterra que se vayan, Brant. Pasarán otros meses hasta que vuelva a verlos y solo durante cinco días. No es justo —dijo con la voz rasgada por las lágrimas contenidas.

—Ey, preciosa. —Le acaricié la mejilla—. La vida a veces no es justa, pero el tiempo al final pone cada cosa en su lugar. ¿Quién sabe qué pasará en unos años? Tal vez, cuando los mellizos sean mayores, quieran estar con su madre.

—Eso es lo que piensa mi padre.

Lola me miró entonces. Su expresión ya no era de miedo. Era algo distinto. Confianza, tal vez. O algo más hondo.

—¿Vas a quedarte esta noche? —preguntó, casi como si no quisiera romper la magia del momento.

Me incliné hacia ella, besándola suavemente.

—¿Dónde más podría querer estar?

Ella sonrió, me rodeó con los brazos y me besó antes de ponerse en pie y cogerme de la mano. Pasamos por delante de la habitación de los niños solo para comprobar que seguían durmiendo plácidamente.

Entramos en la habitación de Lola, nos desnudamos entre besos y nos metimos en la cama, donde nos abrazamos, porque en ese instante, con eso nos bastaba.

No tardé en escuchar su respiración acompasada, tranquila, señal de que se había quedado dormida. Le di un beso en el hombro y la abracé más fuerte; suspiró tal como había hecho Martín y sonreí.

Cerré los ojos con un único pensamiento en mi cabeza, el de ayudarla.

Había empezado todo esto odiando a esta mujer, no por quién era, sino porque pensaba que el corazón de mi difunta esposa estaba en su cuerpo a causa de que su marido lo había comprado. Pero ahora que sabía la verdad, ahora que la conocía bien y que había pasado tiempo con ella, no me quedaba más que admitir que, eso que decían que del odio al amor había solo un paso, era completa y absolutamente cierto.

No sabía cuánto había pasado desde que me quedé dormido hasta que escuché un mensaje entrando en mi móvil. Solté a Lola a regañadientes, me giré y lo cogí de la mesita, con los ojos medio cerrados. Hasta que el nombre de Ben me hizo abrirlos de golpe.

Ben: *Perdona la hora, pero imaginé que querrías saber que tengo algo de Luca. Es fuerte, Brant, mucho. Tanto como para acabar con él. Llámame en cuanto puedas y te pongo al día para ver qué pasos seguimos.*

Suspiré con alivio, dejé el móvil de nuevo en la mesita y me dejé caer en la cama con los ojos cerrados. Si Ben decía que era fuerte, me fiaba de su palabra. Había tardado un tiempo en llamarme, pero si lo que había encontrado servía para poder ayudar a Lola y a sus hijos, desde luego que habría valido la pena la espera.

Me giré para volver a abrazarla, le besé el cuello y ella se acurrucó aún más contra mi pecho, como si ese fuera un lugar seguro para ella. Y a mí, me gustaba tenerla tan cerca, tan protegida, tan mía.

Capítulo 31



Lola

Desperté sola en la cama.

La luz suave de la mañana se colaba entre las rendijas de la persiana, pintando líneas doradas sobre las sábanas revueltas. Me quedé unos segundos mirando el hueco vacío a mi lado, aún caliente, con la piel acariciada por el recuerdo de sus manos, su cuerpo, su voz susurrándome cosas dulces entre las sombras. Y sonreí.

Me senté despacio, sintiendo aún el leve cosquilleo de la noche anterior recorriéndome por dentro. Me puse la camisa de Brant, que había dejado sobre la silla, y salí descalza al pasillo. Desde la cocina me llegó el aroma del café recién hecho y algo más… ¿Tostadas? ¿Fruta? ¿Mantequilla? Me acerqué sin hacer ruido, y allí estaba él.

De espaldas a mí, con el torso cubierto por una camiseta blanca que le marcaba la espalda ancha y fuerte, y el cabello ligeramente revuelto, inclinado sobre la encimera mientras cortaba unas fresas. La cafetera humeaba a un lado, y había ya platos puestos sobre la mesa, con zumo, pan y dos tacitas listas. El sonido del cuchillo contra la tabla era suave, acompasado. Y entonces sentí ese golpe

de ternura en el pecho, esa oleada inesperada de emoción que me desbordó.

No pude evitar sonreír.

Me acerqué despacio por detrás y rodeé su cintura con los brazos, pegando la mejilla a su espalda.

—Buenos días, cocinero —murmuré.

Él se giró, sonriendo también, y me dio un beso en la frente.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Como hacía mucho que no dormía… y no solo por ti —le dije, mirándole con ojos entrecerrados—. Por todo.

Brant sonrió, y me atrajo hacia él con un brazo fuerte. Y me dio un beso lento, tierno, como si no hiciera falta decir nada más.

Entonces, se oyó un grito ahogado, agudo y dulce desde el pasillo.

—*¡Mammaaaa!*

Y luego otro, como eco.

—¡Brant!

Nos reímos los dos, y me separé para ir corriendo hacia la habitación de los mellizos. Al abrir la puerta, los vi sentados en sus camas, abrazados a sus peluches, con los ojos brillantes de emoción y la sonrisa más bonita del mundo. Martín me tendió los brazos.

—Buenos días, mis amores —les dije, cogiéndolos uno por uno y abrazándolos fuerte—. ¿Habéis dormido bien?

—Sí —dijo Valeria, acariciándome la cara.

Los llevé en brazos a la cocina, donde Brant ya había preparado todo. Al verlos, les dedicó una de esas sonrisas que me hacían temblar por dentro, y les habló en italiano, como solía hacer a veces.

—*Buongiorno, piccoli.* ¿Tenéis hambre?

Martín asintió con energía y Valeria repitió «hambre», frotándose la barriga. Me senté con ellos en las sillas altas mientras Brant les servía fruta en trocitos y pan untado con mantequilla. Era atento, paciente y siempre estaba pendiente de todo. Martín derramó el zumo y Brant ni se inmutó; lo limpió con una servilleta y le sonrió como si nada.

Lo observé mientras desayunábamos los cuatro juntos, y no pude evitar pensar en lo afortunada que era de tenerlo a mi lado, aunque fuera solo por un tiempo. Era un amor con mis hijos. Se notaba que no fingía, que le nacía de dentro esa forma de tratarles, de hablarles con dulzura y de escucharlos como si cada palabra mal pronunciada fuera una joya.

El móvil vibró en la encimera. Lo cogí y vi el nombre de Caritina en la pantalla. Me disculpé un momento y contesté, levantándome y yendo hacia la ventana.

—¿Cari?

—¡Buenos días, princesa! ¿Tienes planes para hoy o te ha secuestrado ya el guapo alemán?

Me reí, viéndolo en la cocina mientras le ofrecía a Valeria un trocito de fresa.

—Estoy desayunando con él y los niños, en casa.

—¡Ay, madre mía! Si ya desayunáis juntos, esto es serio. Te dije que ese hombre no te quería solo para jugar a los médicos…

—Cari…

—Y tenía razón. Mira, había pensado en ir a la playa contigo y los niños, pero si tenéis planes románticos…

—¡No! Espera, espera, le pregunto y si no planea nada, nos vemos.

Me acerqué a Brant y le susurré al oído, con una sonrisa.

—Cari quiere ir a la playa conmigo y los niños, a no ser que tengas planes para hoy con nosotros.

Brant me miró divertido, mientras le limpiaba la boca a Martín con una toallita.

—¿Y si comemos con ella? Así me la presentas.

Le repetí a mi amiga lo que me había dicho y escuché su grito de alegría al otro lado del teléfono.

—¡Sí! ¡Estoy deseando conocer al alemán que te ha robado el aliento y las bragas!

—¡Cari! —protesté, pero no pude evitar reírme— Estás fatal.

—Y tú estás enamorada. ¡Nos vemos en el restaurante del paseo, a la una! ¡Besos!

Colgué con una sonrisa, y mientras recogíamos la mesa y los niños seguían en su mundo de migas y trocitos de fruta, Brant se acercó para besarme en la mejilla.

—Voy a cambiarme y vuelvo en una hora. ¿Vale?

Asentí, agradecida, y lo vi marcharse con esa seguridad serena que tanto me descolocaba.

Me quedé un momento en la cocina con los niños, abrazándolos, pensando en que, por muy corta que fuera esta felicidad, era real.

Después de que Brant se marchara para cambiarse, me puse en modo madre exprés. Dejé a los niños en el salón con dibujos animados mientras corría por el piso, preparando lo esencial: bañadores, toallas, crema solar, pañales, una muda extra por si acaso, agua, galletas, juguetes de playa, sombreros. Había desarrollado con el tiempo una habilidad especial para prever pequeñas catástrofes infantiles.

Preparar a los mellizos fue, como siempre, una mezcla de caos, risas y lucha: Valeria no quería que le quitara el pijama, y Martín se empeñaba en llevar un gorro de Papá Noel que había encontrado en una caja vieja. Al final, con algo de diplomacia y muchas canciones improvisadas, logré vestirlos.

Cuando Brant regresó, con una camiseta ajustada azul marino y unas bermudas claras que le quedaban de escándalo, ya tenía todo preparado. Me dedicó una sonrisa que me hizo olvidarlo todo por un segundo.

—¿Listos?

—Nacimos listos —respondí.

Salimos los cuatro rumbo al restaurante del paseo marítimo. El calor del mediodía comenzaba a apretar, pero corría una brisa salada que lo volvía todo más llevadero. Los niños iban cantando en su idioma inventado, felices, y Brant los miraba como si no hubiera nada más importante en el mundo.

Al llegar al restaurante, vi a Cari esperando en la entrada, con su vestido largo de flores y unas gafas enormes que le daban un aire de diva veraniega. Cuando nos vio, abrió los brazos y soltó una carcajada.

—¡Dios mío, pero si son los mellizos más guapos del universo! —gritó, agachándose a su altura— ¡Venid con la tía Cari!

Los niños corrieron hacia ella y se dejaron llenar de besos ruidosos y abrazos apretados.

—Y tú debes ser Brant —dijo la loca de mi amiga, incorporándose para abrazarlo sin pedir permiso—. Gracias por sacar a esta mujer de su cueva emocional… y por mimar a estos dos enanos. Eres un santo o un loco.

Brant rio, un poco incómodo al principio, pero se dejó envolver por el entusiasmo de Cari. Yo me reía también, porque esa era ella: sin filtros, sin medias tintas, siempre con la verdad por delante y el corazón en la mano.

Nos sentamos en una mesa grande, con vistas al mar. Los niños se instalaron con nosotros, aunque no duraron mucho sentados. En

cuanto les sirvieron unas patatas y pan, comenzaron a picotear de los platos ajenos con una mezcla de descaro y ternura que nos hizo reír a todos. Cari les decía que podían robarle el corazón, pero no el pescadito frito, mientras se los metía en la boca con disimulo.

—¿Y entonces? —me dijo Cari mientras regresábamos del baño— ¿Cómo va eso con el alemán?

Le eché una mirada a Brant, que en ese momento estaba limpiándole las manos a Valeria con una servilleta húmeda mientras ella se reía con la boca llena.

—Va… bien. Muy bien. Pero también va a acabarse pronto.

Caritina me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué te empeñas en vivirlo como si ya estuviera muerto?

—Porque lo está. Mis hijos volverán a Livorno con su padre. Brant a Alemania. Y yo me quedaré aquí, con mi soledad bien administrada.

—Tía, qué forma más triste de decir que te estás enamorando.

—Cari…

—Te lo diré claro: ese hombre no solo está colado por ti, también se está encariñando de los mellizos. ¿No ves cómo los mira? ¿Cómo los cuida? No todos los días aparece un tío así, Lola. Y si se va, bueno… que se vaya. Pero no lo mates antes de que se despida.

Sus palabras me dejaron callada. En el fondo, sabía que tenía razón. Pero no me atrevía a pensar en finales felices. Nunca me

atreví. Por eso, cada minuto con ellos era oro. Porque sabía que se me acabaría pronto.

La comida fue ruidosa y perfecta. Brant probó todos los platos típicos con curiosidad: cazón en adobo, ensaladilla, tortillitas de camarones. Cari le explicó cómo distinguir un boquerón de un chanquete y los niños se entretenían metiendo las manos en cada plato. Reían, se manchaban y hablaban a gritos.

El postre fue lo mejor: helado. Cari pidió una copa gigante solo para los niños, pero acabamos todos robando cucharadas. Martín manchó a Brant con un poco en la mejilla, y Valeria lo quiso limpiar con su lengua, causando carcajadas en toda la mesa.

Era tan feliz que me dolía.

Capítulo 32



Lola

Después, fuimos a la playa. Brant cargó con las bolsas y Cari con una sombrilla ridícula de flamencos rosas. Los niños caminaban agarrados de nuestras manos, emocionados. Elegimos un rincón tranquilo de arena, extendimos las toallas, montamos la sombrilla y nos instalamos como si fuera un campamento improvisado.

Los mellizos se durmieron al poco rato, agotados de la comida y el sol. Los dejamos tumbados en sus toallas, bajo la sombrilla. Brant se quedó con ellos, vigilándolos, acariciándoles la cabeza con una ternura que me rompió por dentro.

—Vamos —me dijo Cari, dándome una palmadita en el brazo—. Al agua.

Nos metimos en el mar, fresquito y tranquilo. El sol brillaba sobre las olas, y durante un momento, me sentí niña otra vez, riendo con mi mejor amiga, chapoteando sin pensar en nada más.

—Te lo repito —me dijo, mientras flotábamos juntas—. Ese hombre se está enamorando no solo de ti. De tus hijos también. No hay más que ver cómo los mira. Cómo los toca. Cómo los abraza como si fueran suyos.

—Y lo malo es que no lo son. —Sentí que algo se me apretaba en el pecho—. Cuando todo acabe, esto será solo un recuerdo. Uno bonito, sí. Pero un recuerdo más. Una historia de amor de verano, como tantas otras.

Caritina me miró con tristeza y me abrazó.

—Pero al menos la has tenido, Lola. Has vivido algo real. Te merecías eso.

Cerré los ojos, dejándome mecer por el agua. El rumor del mar, la brisa, las risas de los niños en mi memoria… Era un momento tan perfecto que dolía.

Entonces, Brant vino hacia nosotras con los mellizos cogidos en brazos, uno a cada lado. Se habían despertado y querían jugar. Al vernos, gritaron «*¡mamma!», los* dos al mismo tiempo, y alargaron los brazos hacia mí.

Los recibí en el agua, abrazándolos fuerte, sintiendo sus besos en la cara y sus manitas mojadas aferradas a mi cuello.

Y supe, en ese instante, que cuando todo terminara, cuando volvieran con su padre, cuando Brant se fuera a Alemania… esos besos, esos «*mamma*» susurrados con amor, me partirían el alma.

Pero valdría la pena.

La tarde fue un remanso de alegría. Jugamos en el agua como niños: Brant lanzaba a los mellizos al aire, ellos gritaban de emoción, y yo no podía parar de reír. Cari también se sumó, haciendo que Martín se subiera a su espalda como si fuera un delfín. El sol bajaba

poco a poco y teñía el mar de dorado, como si todo estuviera envuelto en la luz mágica de un sueño que sabías que iba a acabar.

Cuando los niños empezaron a tiritar, salimos. Brant los envolvió en toallas con mimo, frotándoles los bracitos con ternura. Cari les puso unos gorritos ridículos que había traído «por si acaso», y ellos se dejaron vestir como muñecos, ya rendidos.

—Me tengo que ir —dijo ella, mirando el cielo encendido de naranja—. Pero esto lo repetimos. ¿Entendido, señorita?

La abracé, uno de esos abrazos largos y fuertes que a nosotras nos gustaban.

—Gracias, Cari. Por venir. Por estar.

—Por nada. Y, por cierto —me susurró al oído—, ese alemán vale su peso en oro, ¿me oyes? No lo dejes escapar tan fácilmente.

Me separé de ella con una sonrisa algo triste, sabiendo que no dependía de mí.

Cari le dio un último beso a cada niño, y luego abrazó a Brant con ganas, como si lo conociera de toda la vida.

—Gracias por hacerla feliz —le dijo—. Aunque sea un ratito. Gracias por cuidar de ellos. Se nota que los quieres.

Brant, con los ojos brillando un poco, asintió. No dijo nada. Solo la miró con una expresión que lo decía todo.

Nos quedamos un momento en la arena, viendo cómo se alejaba entre la gente. Luego recogimos nuestras cosas. Brant cargó con casi todo sin protestar, y yo llevaba a Valeria dormida sobre el

hombro. Martín iba en brazos de Brant, con la cabecita apoyada en su pecho.

—Parecemos una familia —dije sin pensar, mientras caminábamos.

Brant me miró de reojo, sonriendo.

—¿Y no lo somos? —preguntó con suavidad.

No supe qué decirle. Solo asentí con una sonrisa que escondía un nudo en la garganta.

Cuando llegamos a casa, me ayudó a subir las bolsas y me dio un beso en la mejilla antes de irse.

—Nos vemos —dijo.

—Gracias por todo —le respondí, sin soltar a Martín.

Cerré la puerta con suavidad. El silencio del piso me pareció enorme, como si el día nos hubiera dejado en una especie de resaca emocional. Desperté a los mellizos despacio, les quité la arena, los bañé mientras me contaban, entre bostezos, lo bien que se lo habían pasado. Me reí al oírlos repetir «Brant, cielo» o «Cari, helado», con esa exageración tan suya.

Les di de cenar algo suave, un poco de puré y yogur. Estaban rendidos. Les leí un cuento corto, aunque Valeria se quedó dormida antes de la segunda página y Martín me pidió que me quedara un rato más a su lado.

—Ojalá no os fuerais nunca —le dije en voz baja, sabiendo que eso no sería posible.

Me limité a mirarlo, a trazar con los dedos su carita ya medio dormida. Le di un beso en la frente y me quedé a oscuras en su cuarto, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, escuchando su respiración y la de su hermana.

Y entonces, lloré.

No un llanto descontrolado, sino silencioso, de esos que se colaban entre las costillas y apretaban despacito. Lloré porque se acababa. Porque en apenas unos días tendría que meterlos en el coche, despedirme en un aeropuerto y dejarlos marchar otra vez.

Lloré porque el verano se me escurría entre los dedos, y yo quería detenerlo.

Lloré porque Brant también se marcharía, y me dejaría con todos esos recuerdos brillando como luces que no podía apagar.

Lloré porque dolía haber sido tan feliz. Y porque no sabía cuándo volvería a serlo así.

Me levanté al cabo de un rato, me limpié la cara y fui al salón. Todo olía a playa, a protector solar y sal. La mesa aún tenía restos del caos de la preparación. El carrito de los juguetes seguía abierto. El bañador de Martín colgaba de la silla.

El verano estaba por todas partes. Y yo solo quería que no acabara.

Me tumbé en el sofá sin encender la luz. No quería que se acabara el día. A veces solíamos creer que los momentos especiales venían con música de fondo o con fuegos artificiales, pero no. A veces estaban hechos de sal en la piel, de carcajadas en el coche, de un niño dormido sobre tu hombro.

A eso de las once, sonó el móvil. Era Brant.

—Hola —dije en voz baja, casi en un susurro.

—Hola, preciosa —respondió él, con ese tono suyo que me envolvía como una manta—. ¿Están dormidos?

—Sí. Reventados. Se durmieron casi con el yogur aún en la boca.

Rio. Su risa al otro lado me hizo cerrar los ojos y desear que estuviera aquí, en el sofá, a mi lado.

—¿Tú estás bien?

Tragué saliva y dudé si mentir o ser sincera con él.

—Estoy… emocional. Ya sabes, cosas de mamá gallina. Los miro y no puedo creer que ya casi se van. Y tú también te irás cuando acaben tus vacaciones —dije sin pensar.

Al otro lado, silencio. Un silencio que no pesaba, pero que decía cosas.

—Me ha gustado mucho el día de hoy —dijo por fin—. Cari es un terremoto adorable.

—Y tú estuviste increíble con ellos. No sabes cuánto te agradezco eso.

—No tienes que agradecerme nada, Lola. Es… natural. Me sale solo.

Y entonces me atreví.

—¿Sabes lo que me ha dicho Cari?

—¿Qué?

—Que te estás encariñando con ellos tanto como conmigo.

No hubo respuesta inmediata, solo su respiración al otro lado.

—Tiene razón —dijo al fin, despacio, sin prisa—. Me estoy encariñando. Con ellos. Y contigo. Más de lo que pensaba que pudiera ser posible en tan poco tiempo.

No supe qué decir. Sentí que me ardían los ojos de nuevo.

—Brant… No quiero hacerme ilusiones.

—Lo sé. Pero no podemos fingir que no sentimos lo que sentimos. Aunque el reloj corra en contra.

Me mordí el labio, porque yo también lo sabía. Porque yo también lo sentía.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó él con suavidad— Aunque solo sea para desayunar.

—Claro. Ven temprano. A Martín le encantan tus tostadas.

—Y a Valeria, mi fruta troceada.

—Porque lo haces en cuadritos muy pequeñitos. —Reí.

—Todo es más fácil contigo, Lola —me dijo de pronto, con una sinceridad que me cortó la respiración—. Y con ellos. Me hacéis

querer quedarme.

Apoyé la frente en las rodillas y sentí que mi corazón se apretaba ante esas palabras.

—Te espero —le dije—. Mañana. Y todos los días que puedas venir.

Colgamos después de un rato, sin muchas palabras más. Porque ya se había dicho todo. Porque lo que no se decía, también pesaba.

Antes de irme a la cama, observé a los mellizos dormir. Valeria abrazada a su peluche, Martín con la boca entreabierta, los dos enredados en una paz que me rompía.

Los cogí uno por uno y los llevé a mi cama; esta noche quería tenerlos cerca, quería estar con ellos, porque el tiempo pasaba demasiado rápido y pronto no podría volver a tenerlos así conmigo. Me metí en la cama y cerré los ojos.

Pensé que sí, que quizá era solo un verano. Pero qué verano tan inmenso, tan pleno, tan lleno de amor.

Ojalá pudiera embotellarlo y abrirlo cuando los días fueran grises. Y ojalá pudiera quedarme en él un poquito más.

Capítulo 33



Lola

La casa estaba en silencio, salvo por los dibujos animados que sonaban bajos en la televisión. Martín y Valeria, sentados en el sofá con sus piernecitas cruzadas y la mirada fija en la pantalla, se reían de cualquier cosa que ocurría. Sus risas me taladraban el alma, porque sabía que en unas horas… ya no estarían conmigo. No, al menos hasta dentro de unos meses.

Dos días atrás Brant vino a desayunar como quedamos, y fue otro de esos momentos que tanto disfruté, pero no solo yo, sino también mis hijos, que se reían encantados de estar con él. Brant sabía que estaba triste por la llegada de ese momento, y por eso quedamos en que esos días que quedaban hasta que tuviera que separarme de ellos, estaría en casa con mis niños.

Pero no nos dejó solos del todo, ya que estuvieron llegando un montón de detalles de su parte durante los dos días. Globos y peluches, chocolatinas, cuentos para que tuvieran aquí en su habitación cuando volvieran, y lo que más me hizo llorar fue un paquete que llegó solo para mí.

No sabía en qué momento nos había hecho esa foto a los mellizos y a mí, pero la tenía en su móvil y me había enviado una copia de

tamaño grande enmarcada para que la pusiera en el salón donde se viera bien, tal cual, ya que esas eran las palabras que venían en una nota junto con la foto.

Ya la tenía colgada, y siempre que me sentara en el sofá, vería a mis hijos, sonriendo como me gustaba verlos.

Guardé otro de sus pijamas en la maleta pequeña, con sus dinosaurios naranjas y verdes, y me limpié las mejillas con los dedos. No sabía cuántas veces había llorado esa mañana, pero el nudo en la garganta no desaparecía. Era como si me hubieran instalado un puño en el pecho que no se cerraba, solo presionaba más fuerte con cada prenda doblada, con cada cosa que debía dejar perfecta, porque «ellos» no podían decir que no los cuidaba bien.

Mi móvil vibró sobre la mesa y vi el nombre de mi madre en la pantalla. Dudé un instante antes de contestar, porque sabía que, al oír su voz, todo lo que estaba conteniendo se desbordaría. Aun así, deslicé el dedo.

—Hola, mamá —dije, y la voz me salió quebrada.

—Ay, mi niña… —Fue lo primero que escuché, y ella también rompió a llorar.

Ya estábamos las dos así, como siempre. Llorando por lo que no sabíamos cambiar. Por lo que no podíamos detener.

—No puedo, mamá… no puedo más. —Me senté en el suelo, al lado de la cama, con la cabeza apoyada en el borde—. No es justo. No es justo que tenga que despedirme de ellos así.

—Tienes que ser fuerte, mi amor —me dijo con esa voz de madre que a veces también se tambaleaba—. En unos meses volverás a

tenerlos contigo, y verás que el tiempo pasa más rápido de lo que crees.

—No pasa rápido, mamá —respondí casi con rabia, limpiándome las lágrimas con la palma de la mano—. Se pasa volando cuando los tengo aquí, cuando me despiertan con sus risas, cuando me tiran los cereales por el suelo y me obligan a cantar canciones ridículas. Pero cuando no están… cuando no están, el tiempo se hace eterno.

—Lo sé, mi niña. Lo sé.

—Y es peor porque sé que ellos tampoco entienden por qué no pueden estar siempre conmigo —añadí, con la garganta cada vez más cerrada.

—Tú les das todo el amor del mundo, Lola. Y eso es lo único que les quedará para siempre. Ellos lo sienten, lo saben. Nunca lo olvidarán.

Nos quedamos un rato en silencio. Escuché a mi madre suspirar varias veces, como si quisiera decir algo más, pero se lo estuviera guardando para no herirme. Ella siempre había sido así.

—Te llamo luego, ¿sí? —dije al fin, sin fuerzas.

—Te quiero mucho.

—Yo también, mamá.

Colgué y dejé el móvil sobre la cama. Escuché pasos y, al mirar, vi a Martín en la puerta, mirándome sin entender nada, aunque algo notaba. Se acercó y me tocó la cara.

—¿Pupa, *mamma*?

Me reí entre lágrimas. Qué inocencia tan pura. Qué crueldad tener que separarme de ellos cuando aún eran tan pequeños, cuando no sabían ponerle nombre a lo que sentían.

—Un poquito, amor. Pero ya se pasa —le dije mientras lo abrazaba fuerte. Tan fuerte que casi me lo incrusto en el pecho.

Vi a Valeria en la puerta, la llamé con los brazos abiertos y vino corriendo a meterse también en el abrazo. Y ahí estuvimos los tres, en el suelo, como un ovillo humano que no quería desenredarse jamás.

Terminé de cerrar las maletas. Dos mochilas con sus cosas favoritas, sus juguetes preferidos, el conejito que Valeria no soltaba ni para dormir y el peluche que Martín arrastraba por toda la casa. Me aseguré de no olvidar nada. El corazón me latía con fuerza cuando miré el reloj.

Era hora de irnos.

—Vamos, pequeños. Hora de ponerse los zapatos. —Les sonreí con todo el amor del mundo y toda la tristeza que sabía esconder.

Martín hizo pucheros, pero se dejó poner las sandalias. Cuando estuvimos listos, les di un beso a cada uno, uno largo, de esos que dejaban marca invisible en la piel, y los cogí de la mano.

Salimos de casa mientras ellos canturreaban una canción infantil. Yo también intenté seguirles el ritmo, aunque la voz me temblaba. En el coche, pusimos su *playlist* y nos turnamos cantando. Martín hacía coros y Valeria marcaba el ritmo con los pies. Yo… yo solo intentaba no romperme.

Y cuando llegamos al aeropuerto, sentí que el aire se espesaba. Todo olía a despedida.

Entramos de la mano. Yo iba en el medio, sujetándolos como si pudieran escaparse. Como si ya no se estuvieran escapando de mí.

Y entonces los vi. Él y ella. La misma pareja que me los entregó hacía once días exactos. El hombre de rostro serio y la mujer que apenas hablaba. Me acerqué sin soltar a los niños. Mi voz salió tranquila, pero firme.

—Puede quedarse tranquilo —le dije al hombre—. Nunca he roto ni romperé con mis obligaciones por injustas que sean las imposiciones de Luca. Porque lo que él hace… es cruel. Arrebatarle a una madre a sus hijos es de una crueldad que ni siquiera sé cómo describir. Pero yo no soy como él.

El hombre arqueó una ceja, pero no respondió. Solo cogió las mochilas.

La mujer se agachó con una sonrisa hueca y extendió las manos a Valeria y Martín.

—Vamos, pequeños. Hora de irnos.

Me agaché a su altura, y ahí ya no pude sostener nada.

—Mis amores… os quiero con toda mi alma —les susurré—. Os voy a echar muchísimo de menos. Pero muchísimo. Cada noche miraré vuestras fotos. Y cada día pensaré en vosotros.

Los abracé como si me fuera la vida. Porque se me iba. Porque una parte de mí se arrancaba con ellos.

Les di un beso a cada uno. Valeria me tocó la cara con su manita y dijo: «*Mamma*, ¿mañana?». Y eso me mató.

—Pronto, amor. Pronto.

Y los vi alejarse. Se fueron con esa gente sin rostro para mí. Gente que Luca mandaba. Gente que no sabía nada de mí, pero que tenían más poder sobre mis hijos que yo misma. Me quedé allí, llorando, viendo cómo desaparecían, cómo sus cabecitas se perdían entre la gente del aeropuerto. Y no me moví hasta que ya no los vi.

Solo entonces me sequé las lágrimas. Solo entonces salí, arrastrando el alma hecha pedazos. Y justo al subir al coche, sonó el móvil otra vez. Era Cari.

—¿Sí? —contesté, llorando aún.

—Estoy en tu puerta, zorra —dijo con su tono seco y maternal a la vez—. Y no pienso irme hasta que nos bebamos una botella de vino y comamos suficiente helado como para morir de un coma diabético.

—No es buena idea, Cari. De verdad… Quiero estar sola.

—Pues te jodes —contestó sin rodeos—. Si no estás aquí en quince minutos, voy a buscarte por cada rincón de la ciudad, y cuando te encuentre, te doy dos guantazos por tonta. Porque sí. Porque te quiero.

Suspiré, y una risa amarga se me escapó entre el llanto.

—Allá voy.

Capítulo 34



Lola

Cari estaba sentada en los escalones de mi edificio cuando aparqué. Tenía una bolsa en cada mano y una más entre los pies. Llevaba gafas de sol, un moño despeinado y la chaqueta vaquera que le había regalado dos inviernos atrás.

Al verme, se levantó sin decir nada y me esperó en silencio. Me bajé del coche lentamente, como si mis piernas fueran de plomo, y ella simplemente abrió los brazos.

—Ven aquí, anda.

Me lancé. No como quien abrazaba, sino como quien se caía. Me sostuvo fuerte, con una mano en mi nuca, sin decir ni una palabra, mientras yo rompía en llanto otra vez.

—Lo has hecho bien, Lola. Muy bien. —Me acariciaba el pelo—. Eres la mejor madre que conozco.

—No sirve de nada —murmuré entre sollozos—. Si al final los pierdo igual…

—No los has perdido. Solo que no están ahora.

—No es justo, Cari. Esos niños deberían dormirse esta noche en su cama, en su casa… conmigo. No con extraños. No en otro país. No sin mí.

—Lo sé, mi amor. Lo sé. Y me jode tanto como a ti, créeme.

Nos quedamos abrazadas un rato más, hasta que me calmé lo suficiente para poder subir. Ella me pasó las bolsas sin preguntar, como quien ya lo había hecho mil veces y sabía lo que había que hacer.

—Venga, que he traído comida china. De la buena. Del sitio que no da diarrea.

—Gracias —susurré, aún temblando un poco.

Subimos a casa. Todo olía a ellos. A Valeria y su colonia de bebé de frutas. A Martín y su crema de protección solar. A mantitas lavadas con jabón infantil. Me golpeó como una ola en el pecho.

—¿Quieres ducharte? ¿Lavarte la cara? —preguntó Cari mientras dejaba las bolsas sobre la mesa— ¿O quieres comer directamente y llorar encima del arroz tres delicias?

—Prefiero llorar primero —dije con una sonrisa triste.

Cari abrió la botella de vino sin mirarme. Puso dos copas, sirvió sin medir y me pasó una.

—A tu salud. Y a la de esos dos enanos que tienes. —Brindó.

Yo choqué mi copa con la suya, sin fuerza. Bebí un buen trago. Estaba frío, pero me quemó igual.

Nos sentamos en el sofá. Ella sacó los envases con la comida y los abrió todos como si estuviéramos en una fiesta, no en un duelo.

—Hay rollitos de primavera, tallarines, arroz con huevo, ternera con bambú y, por supuesto, *dumplings*. Porque si no hay *dumplings*, yo no aparezco.

—No sé si voy a poder comer mucho —dije mientras intentaba controlar los temblores.

—Sí, vas a poder —me corrigió, sirviéndome un poco de cada cosa —. Porque si no comes, te desmayas, y si te desmayas, te rompes, y si te rompes, me toca recogerte en trozos y no tengo Loctite suficiente para eso.

Comí despacio. Tenía buen sabor, pero nada me llegaba de verdad. Cari masticaba tranquila, como si acompañarme fuera algo que también se hiciera desde el estómago. Me lanzaba miradas breves, sin decir mucho. Permitía mis lágrimas. Me permitía simplemente estar.

Cuando terminamos de comer, abrió la bolsa con helado y chucherías. Había tres botes de sabores distintos: nubes, regalices, caramelos de cereza, y dos bolsas de ositos de gominola.

—¿Recuerdas cuando teníamos quince años y nos comíamos una bolsa entera de estas viendo pelis de miedo? —dijo.

—Y luego nos dolía el estómago y nos jurábamos no volver a hacerlo nunca más.

—Y lo hacíamos igual cada mes.

Me eché a reír, pero el sonido salió entrecortado. Luego volví a llorar. Las lágrimas ya eran parte de mí. Cari me pasó un pañuelo, luego otro.

—Esto es lo más difícil que he hecho en mi vida —dije de pronto—. No hay nada que se le parezca. Estar lejos de ellos es… una mierda. Una mierda enorme. Y un dolor que no le deseo ni a mi peor enemigo.

Cari me miró con los ojos brillantes. No estaba llorando, pero se le notaba la rabia. La impotencia.

—Lo sé. Lo sé, Lola. Pero tienes que seguir adelante. Por ellos. Porque si tú te caes, ¿quién va a estar al otro lado esperándolos con los brazos abiertos?

—¿Y si crecen y no me recuerdan? ¿Y si un día prefieren no venir?

—¡Ni se te ocurra decir eso! —me interrumpió, con más fuerza— Te adoran. Son tus hijos. Te buscan con los ojos, incluso cuando no estás. Martín no deja de nombrarte cuando te vas. Y Valeria se duerme con la mantita apretada al pecho porque huele a ti. No los subestimes, Lola. Saben. Sienten. Te aman.

Me tapé la cara con las manos.

—Odio a Luca. Lo odio con todas mis fuerzas.

—Yo también. Y te juro que, si pudiera, me iría a Italia a escupirle en la cara. O algo peor. —Se cruzó de brazos—. Aunque no lo digo mucho, porque luego me detienen y tú no tienes con quién llorar.

Me reí, ahora sí. Llorando, pero riendo.

—¿Sabes qué? Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo —dije —. Ojalá no lo hubiera conocido nunca.

—O sí —añadió Cari, mirándome con una sonrisa torcida—. Pero solo para quedarte embarazada de esos dos ángeles, y luego desaparecer. Sin decirle nada. Que fueran nuestros. Solo tuyos y míos. Los habríamos criado juntas, con helado, dibujos y chucherías.

—Y con tu mal carácter.

—Y con tu obsesión por los cuentos. ¿Te imaginas? Serían unos enanos rarísimos pero felices.

Me apoyé en su hombro, sin decir nada durante un rato.

—Gracias por estar siempre, Cari —murmuré al fin.

—Si no estuviera, seguro que ya estarías como la vieja de los gatos, pero sin gatos. Viviendo sola como una anciana, sin salir ni a comprar.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo.

Nos quedamos en silencio mientras en la tele pasaban dibujos animados que Martín había dejado puestos por última vez. Y pensé que sí, que tenía razón. Porque así era mi vida antes de que Cari volviera. Un abismo. Un eco constante de lo que había perdido. Y ahora, aunque seguía doliendo, tenía con quién sostenerme.

A la mañana siguiente me desperté con un silencio que no me gustaba. No era el silencio normal de un día cualquiera. Era un

silencio espeso, lleno de huecos.

Abrí los ojos y me quedé mirando el techo unos segundos, desorientada. Casi esperé escuchar los pasos torpes de Valeria por el pasillo, su vocecita diciendo «*mamma*» o el llanto matutino de Martín cuando se le caía el peluche de la cama.

Pero no pasó nada. El único sonido era el zumbido del frigorífico y algún coche lejano.

Me giré hacia el otro lado de la cama, donde Valeria se había metido dos noches seguidas porque decía que tenía frío. Acaricié el hueco que ya no estaba caliente, y ahí supe que ese día iba a doler todavía más que el anterior.

Me levanté como a medias, arrastrando los pies. El salón seguía con juguetes por todas partes. Sabía que Cari se habría quedado a recoger si yo se lo hubiese permitido, pero no lo hizo. Sabía también que me lo dejó así a propósito. Que me dejó el caos, las huellas, los rastros. Porque sabía que no iba a soportar que la casa amaneciera limpia como si nunca hubieran estado.

Me senté en el sofá. El peluche de Valeria estaba aún entre los cojines. Lo abracé como si fuera ella. Cerré los ojos y lloré otra vez.

Y entonces llegaron los recuerdos. No los busqué, vinieron ellos solos, con la fuerza de una ola que te tumbaba sin avisar.

Recordaba ese baño que les había dado una noche, cuando Martín decía que era un cocodrilo, enseñándome los dientes, y Valeria decía que era un pez, salpicando el agua con las manos y mojando todo el suelo.

Yo me reía mientras intentaba que el champú no se les metiera en los ojos. Los lavaba con delicadeza, con una ternura que me nacía de los huesos. Cada momento con ellos era sagrado. Como si tuviera que absorberlo todo, cada carcajada, cada grito, cada gota de agua sobre el suelo.

Y luego estaban las noches… Después de contarles el cuento, se dormían y me encantaba mirar sus caritas. Y las veces que los había llevado a mi cama, me había despertado en mitad de la noche con Valeria agarrada a mi brazo, Martín con el dedo enredado en mi camiseta y ya no podía dormir, no quería dormir, solo los miraba, memorizando sus pestañas, sus bocas abiertas, el sonido de su respiración tranquila.

El llanto volvió de golpe y me encogí en el sofá, abrazando el peluche. Eran recuerdos tan recientes, tan vivos, que dolía más. No era nostalgia, era ausencia.

Me levanté por impulso y empecé a recoger. Cada cosa que tocaba me arrancaba un suspiro. Los bloques de colores, los peluches, los coches. Encontré un dibujo mal hecho con corazones, que Valeria decía que era yo con Martín en la luna, y me volví a sentar para no caerme.

—No puedo —susurré en voz baja—. No puedo estar sin ellos tantos meses. No puedo volver a ser la Lola de antes. No soy la misma.

Mi móvil vibró en la mesa. Era un mensaje de Cari.

Cari: *He dejado más vino en tu cocina. Y galletas. No te atrevas a tirarlo. P.D.: Te quiero, tonta.*

Me reí entre lágrimas. No respondí. Fui hasta la cocina y ahí estaba la botella con una nota pegada.

«Recurso de emergencia. Úsese solo si el llanto sobrepasa los tres litros».

La dejé en su sitio. No tenía fuerzas ni para eso.

Fui al cuarto de los niños. El mismo cuarto que había preparado para ellos con tanto mimo. Me senté en la alfombra que olía a ellos. A sus sueños. A su mundo. Y ahí me quedé un buen rato, sin saber qué hacer con tanto amor sin destino.

Capítulo 35



Lola

Me levanté de la cama a duras penas para saber quién tocaba al timbre. No tenía ánimos para nada, lo único que sentía era que mi mundo se había desmoronado de nuevo y que nada volvía a tener sentido. Me pesaba hasta el alma…

Cada paso que di hasta la puerta me costó mucho esfuerzo.

—Brant… —murmuré tragando saliva.

Traía en las manos un paquete de churros. Lo que anteriormente me habría hecho feliz, ahora mismo…

—¿Pensabas que iba a dejarte en la cama para que volvieras a convertirte en el zombi que fuiste antes de conocerte? —Apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Solo quiero cerrar los ojos —susurré, a la vez que no podía reprimir las lágrimas.

—Voy a darte dos opciones —se acercó a mí y me rodeó los hombros con el brazo que tenía libre—: comerte los churros conmigo

y luego hacer la maleta, o que te obligue a comértelos y después te secuestro con el pijama. Tú eliges. —Me dio un beso en la sien.

—¿De qué hablas? —Lo miré sorprendida.

Como respuesta me hizo un guiño, cerró la puerta y me llevó a la cocina.

—Brant, yo…

—Digas lo que digas, no vas a convencerme. Ahora mismo puede que tú no sepas lo que necesitas, pero yo sí. —Me agarró de la barbilla y me la elevó—. No voy a permitir que te hundas de nuevo, Lola. ¿Me oyes?

—Voy… voy a preparar dos cafés y me explicas tus planes —dije en tono bajo, con la voz entrecortada.

—Me alegra que me hayas entendido. —Sonrió un poco—. Nos vamos a pasar unos días juntos —dijo mientras sacaba de un armario un plato para colocar los churros.

—¿Adónde?

—A un lugar precioso que he reservado por Internet. Iremos en el coche que tengo alquilado.

—Ahora mismo no soy buena compañía, Brant —le advertí como si no se hubiese dado cuenta, antes de darle la espalda.

Empecé a toquetear la cafetera con una presión muy fuerte en el pecho.

—¿Y tienes que decirlo con esa cara de tristeza? Me da igual tu estado de ánimo, Lola. Voy a llevarte a un lugar en el que sé que vas a relajarte, aunque te resistas. —Carraspeó.

Se pegó detrás de mí y me rodeó con los brazos.

—Necesito unos días de duelo —susurré.

—Nadie se ha muerto para que tengas que pensar en esa opción. La vida es más fácil cuando se da un paso al frente y no te quedas escondida recreándote en tu propio dolor. Además, no pienso discutir contigo.

»Ahora vamos a disfrutar de los churros que tienen muy buen aspecto y luego te doy veinte minutos para que prepares todo lo que quieras llevarte. Si no, ya sabes, con el pijama tendrás que apañarte. —Me dio un beso suave en la mejilla y cerré los ojos.

—¡Qué presión! —Bufé con angustia.

—Así es, presión, imposición, obligación, y todo lo que quieras, pero no voy a permitir que vuelvas atrás por nada del mundo. ¿Entendido?

—Es muy difícil, pero tú lo tienes muy claro —solté un suspiro tembloroso.

No dijo nada, optó por el silencio. Mientras él colocaba los churros en el plato, yo preparé los cafés. Lo llevamos todo al balcón para tomarlo al aire libre, aunque mi estómago había empezado a quejarse en cuanto olí el aroma característico de los churros.

—Toma, para que veas con más claridad —murmuró aguantando la sonrisa, al acercarme un churro a la boca—. Y quiero que te comas la mitad del plato, por lo menos.

—¿Por lo menos? Empieza tú que eres el que los has comprado. —Hice una mueca al abrir la boca—. Tengo el estómago cerrado.

—Sabes que me encanta darte de comer. —Me hizo un guiño, antes de hacer el intento de acercar su silla a la mía.

—No, no, ya me lo como yo. —Se lo quité de la mano con desgana y metí la punta en el cuenco de azúcar que habíamos sacado.

—Me da mucha rabia y tristeza verte así, Lola.

—No sé cómo voy a superar esto. Yo… —Tragué saliva con dificultad—. Ahora tengo que esperar hasta las navidades, para poder estar con mis hijos cinco putos días. Miseria. ¡Es todo muy injusto! —Me tembló todo el cuerpo, hasta la voz.

—Lo sé, pero muchas veces la vida nos llena de sorpresas y pasan cosas que uno no se espera. El destino va colocando a cada persona en su lugar y estoy seguro de que tus hijos van a terminar estando contigo.

—Yo de ese ser tan despreciable solo puedo esperar más maldades para hacerme sentir mal. Lo único que ha hecho es hundirme —murmuré—. Me acusó de cosas falsas, horribles, y buscó la forma de comenzar una nueva vida sin que yo le estorbase, sin importarle arrebatarme a mis propios hijos.

—No caigas en su juego, quiere verte así —me dijo en tono de reproche, intentando sacarme de este estado—. Vamos a irnos unos días, te vendrán muy bien.

—¿Cuántos?

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer para preguntar por el tiempo? —Arqueó una ceja.

—Bueno, imagino que en nada tendrás que marcharte a Alemania, a tu casa —susurré.

Solo de mencionarlo me puse peor. Sin Brant, yo…

—¿Ya me estás echando de tu país? ¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? —Le puso un poco de humor a la forma de preguntarlo.

—No digo nada más sobre eso, no quiero que lo pienses —dije con una pequeña sonrisa, mientras hacía que me cerraba la cremallera de los labios.

—Al menos te he sacado una sonrisa. Vamos bien. —Me hizo un guiño.

—Eres muy bueno, Brant, una gran persona. Gracias por todo —hablé emocionada.

Le cogí la mano y se la acaricié, gestos que imitó agarrándome con firmeza.

—No me des las gracias, Lola, y sigue comiendo churros. —Carraspeó sosteniéndome la mirada—. No vas a distraerme.—Elevó una ceja y puse los ojos en blanco, provocando que sonriera de medio lado—. No te imaginas lo afortunado que me siento por haberte conocido, eres una mujer muy especial, increíble.

Se me aguaron los ojos y no pude corresponder a sus palabras. Él lo supo y después de que me diera un ligero apretón en la mano, empezamos a comer y a beber los cafés.

Me obligué por él a masticar bocado a bocado. Cada vez que terminaba un churro, Brant me ponía otro en la mano. Nos comimos hasta el último, más que nada porque tampoco me dejó levantarme hasta que terminé con mi mitad del plato. Me hizo esbozar alguna que otra sonrisa. Se puso en sus trece y no hubo manera de escapar de su propósito.

Cuando entramos en el salón, él fue a la cocina con las tazas y el plato vacío, y yo fui a la habitación. Sin ganas y sin ánimos, desmoralizada, preparé la maleta con base en su recomendación: ropa de baño y cómoda. No me dio más información, pero yo soy precavida, así que metí algún vestido bonito por lo que pudiera pasar.

Brant vino a hacerme compañía y se sentó en mi cama. Se ofreció a ayudarme, pero le dije que no iba a tardar.

Cuando salimos de mi edificio, fuimos hacia su coche de alquiler, donde nos acomodamos después de meter mi equipaje en el maletero. No tenía ni idea de a dónde íbamos, Brant se negó a darme más datos, pero tuve la sensación de que sería un apartamento en el que tendríamos privacidad y libertad. Por el tema de la ropa, lo que me pidió que echara en el último momento, descarté un hotel.

Después de una hora de carretera por la costa, nos desviamos hacia una vía secundaria, y enseguida nos vimos rodeados por un paraje inigualable, entre la naturaleza y la playa, el que continuó hasta que llegamos a nuestro destino.

Para mi sorpresa, Brant me había traído a un *glamping*, lo que es lo mismo a un campin, pero de lujo y con todas las comodidades. Era una pasada desde que se entraba, todo estaba cuidado al

mínimo detalle. Me había dejado de lo más asombrada por la elección, para nada me lo hubiese esperado.

Dejamos el coche cerca de la recepción. Esta era de madera, una cucada, superacogedora, bonita y armoniosa, como a mí me gustaban las cosas.

Nos hicieron el registro de entrada y después de darnos la llave, nos indicaron el lugar en el que estaba nuestro alojamiento, señalándonoslo en un mapa. Regresamos al coche para ir hasta allí en él ya que tenía plaza para estacionar el vehículo.

Todo lo que vimos era de película, en un entorno increíble: cabañas de madera de diferentes tamaños, bungalós impresionantes, tiendas de campaña fijas con sus habitáculos dentro, y luego estaban las zonas privadas, como era nuestro caso.

Entramos a una especie de terreno donde me encontré con una maravillosa piscina privada mirando hacia el mar, junto a una barbacoa y una zona de mesa y sofás exteriores. Estaba ubicado como en una colina por la que por unas escaleras se bajaba a la playa.

Nuestro alejamiento era lo que se llamaba una tienda burbuja, sí, de esas en las que toda la parte de arriba queda transparente para que por la noche puedas observar las estrellas. Dentro había otra zona cubierta en madera con cocina y el baño.

—¡Esto es precioso! —dije emocionada, bajándome del coche.

—Lejos del ruido y cerca de todo lo que necesitas para sentirte bien. —Me apretó la nalga cuando se puso a mi lado.

Lo miré sonriendo, con los ojos muy brillantes. Brant no hizo ningún comentario al respecto, solo me dio un beso en la cabeza.

Metimos los equipajes y sentí un fresquito de lo más agradable, ya que el interior estaba acondicionado. Percibí que el lugar era tan cómodo que podía sentirme como en casa.

Regresamos al coche para ir al supermercado que había en el mismo *glamping* y pudimos ver varios restaurantes con sus terrazas. No le faltaba ningún detalle al lugar, pero yo solo tenía en la cabeza lo de poder dormir observando las estrellas. ¿Podía ser más idílico?

Nos hicimos de un carrito para meter los productos. El súper era gigante y tenía de todo, estaba flipando con este lugar que parecía apartado del mundo y que llenaba de paz.

—Creo que nos estamos pasando —le dije al ver que el carro estaba muy lleno.

—Tranquila, gastaremos todo. —Su sonrisa de medio lado lo decía todo—. Y si sobra algo, terminará en tu piso. —Me hizo un guiño.

Cervezas, agua, hielo, botella de ginebra, refrescos, carnes, pan de molde, embutidos, marisco, pasta, quesos, aceites … Y así podría seguir porque la compra fue brutal.

Regresamos bien cargados a nuestra parcela y nos entretuvimos en colocarlo todo en la cocina. Brant paró un momento para descorchar una botella de vino blanco y para acompañarlo, colocó en un plato lonchas de queso y de jamón. Fuimos picoteando cada vez que pasábamos por al lado, hasta que terminamos de guardarlo todo.

Salimos a la zona exterior, directos a una mesa de madera a la que le daba la sombra. Yo llevé el plato, Brant se encargó de las copas y la botella. Nos acomodamos en una calma impresionante. Solté un suspiro, observando el paisaje que nos rodeaba. Transmitía tanto…

—¿Bien? —me preguntó, mirándome por encima de su copa.

—Sí. —Sonreí con timidez—. Incluso si me hubieras arrastrado hasta aquí en pijama, con lo puesto, habría merecido la pena.

Satisfecho, su expresión así lo reflejó, sonrió de medio lado antes de beber.

Capítulo 36



Lola

—Toma.

Giré la cabeza hacia Brant.

—Te has propuesto emborracharme —negué, cogiendo la copa que me ofrecía.

—No tenemos nada mejor que hacer que disfrutar del agua, del lugar y de nosotros. —Me hizo un guiño.

—¿Qué es?

—Pruébalo. —Me hizo un gesto para que lo hiciera.

—Está muy dulce. —Me lamí los labios.

Me agarró de la nuca y me acercó a él. Levantó su copa para darme de beber otro sorbo y lo siguiente que rozó mis labios fueron los suyos. Me besó despacio, degustando el sabor de la bebida en mi boca.

—Delicioso —susurró, recorriéndome los labios con la lengua.

—Síííí… —suspiré.

—Algún día puede que te diga el secreto, cómo lo preparo. —Sonrió.

Bebimos un poco más antes de dejar las copas en el borde de la piscina. Hacía más de media hora que habíamos entrado, del móvil de Brant, el que había dejado sobre un sofá, sonaba música muy suave.

Se movió para colocarse a mi espalda. Me rodeó la cintura con un brazo, mientras su otra mano la apoyaba en el borde.

—Momentos así no tienen precio —me susurró al oído, acariciándome la oreja. Me estremecí.

La imagen que teníamos frente a nosotros era hipnótica, relajante. El atardecer desprendía colores anaranjados y rosados sobre el mar.

Estábamos completamente solos en medio de la naturaleza. Después de comer, Brant me obligó a salir para dar una vuelta por los alrededores, fue en ese momento en el que nos dimos cuenta de que había muchísima separación de nuestro alojamiento a los más próximos.

También pudimos comprobar que cada uno de ellos, en la zona en la que estábamos, tenía accesos privados a partes de la playa. Eran espacios que se respetaban, por lo que Brant se emocionó diciéndome que se le estaban ocurriendo muchas cosas para disfrutar del mar y de nosotros, con intimidad y sin riesgo de que alguien apareciera.

Cuando regresamos del paseo, nos echamos una pequeña siesta, yo maravillada, observando el cielo desde el techo transparente. A pesar de que el sol daba directamente sobre la burbuja, así le decía yo, el interior se mantenía fresco por el aire acondicionado.

En ese momento, con los dos tumbados en la cama en ropa interior, solo nos abrazamos y me dejé mimar por Brant, con sus caricias perezosas y el contacto cálido y firme de su cuerpo. Ninguno de los dos tuvo la intención de hacer nada más, solo queríamos sentirnos y él sabía de sobra que mi estado de ánimo variaba mucho.

No me había dejado en ningún momento sola y cuando notaba que mi mente tomaba una dirección que me dolía en el alma, siempre encontraba las palabras exactas para traerme de vuelta.

—Es precioso —susurré observando el atardecer.

—Nada se compara contigo. —Me dio un beso en la sien.

—Adulador. —Sonreí un poco.

—Sincero. —Se pegó a mi espalda.

Me mordí el labio inferior al notar su erección pegada a mis nalgas.

—¿Cómo estás? —murmuró.

—Tú me haces sentir muy bien —dije en tono bajo.

—Me gusta. Déjame hacerte sentir mejor aún. —Me lamió el cuello y solté un suspiro.

Me desabrochó el sujetador del bikini y me lo quitó despacio. Lo mismo hizo con la braga. Se sumergió en el agua para deslizarla por mis piernas lentamente. Me puse en tensión al notar sus manos en las nalgas, las que separó y mordisqueó, antes de salir a la superficie.

—Agárrate al borde —me pidió con voz ronca y no tuvo que repetírmelo.

Aunque yo no estuviera bien, mi cuerpo lo echaba mucho de menos.

Lo miré por encima del hombro y sentí una cascada de emociones al ver su sonrisa y su mirada intensa. Se deshizo de su bañador. Nos quedamos desnudos en la piscina, mientras la música seguía sonando,

Volvió a pegar su pecho a mi espalda y solté un suspiro profundo. Su miembro se apretó entre mis nalgas, sus manos me rodearon los pechos y empezaron a jugar con ellos.

—Me encantas, Lola —dijo con la voz cargada de deseo.

—Y tú a mí. —Jadeé.

Tiró de las puntas duras de mis pezones y arqueé la espada, pegándome más a su pecho.

—Te gusta, ¿eh?

—Síííí…

—Voy a disfrutar sin descanso de todo lo que me ofreces, durante tres días seguidos —susurró sobre mi hombro.

—Haz que no piense en otras cosas —le pedí, tragando saliva.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa. —Me estremecí cuando me mordió el hombro.

Yo era nuestro apoyo en la parte que cubría en la piscina, sujetándome con las manos en el borde. Las suyas las sentía por todo mi cuerpo. Metió una pierna entre las mías y las abrí, para darle el acceso que me estaba pidiendo.

Jadeé al sentir la presión de su muslo en mi zona íntima, mientras sus manos jugaban con mis pechos y pezones, y su boca y lengua me recorrían desde la nuca hasta la espalda, hasta el límite del agua. Balanceé la cadera sobre su pierna, buscando mi propio placer.

—Así —me animó y me ayudó con una mano a frotarme con más fuerza.

—Brant… —Jadeé.

—¿Voy por buen camino? ¿He conseguido que no pienses en…?

—Lo único que quiero es a ti: tus manos, tu boca, la erección tan grande que tengo entre las nalgas… —gemí.

Tiró con fuerza de las puntas duras de mis pezones y apoyé la cabeza en su hombro. Mi cadera no perdió el ritmo, notando cada vez más cerca el estallido de placer. Hasta que apartó la pierna y me dejó vacía, con necesidad.

—No tengo ninguna prisa, Lola —me susurró al oído al escuchar mi queja—. Cuanto más tiempo dure, más tiempo para ti.

—Sí, pero quiero sentirte más. —Giré la cabeza hacia la suya.

Nos besamos con ansias, con fuerza. Mi gemido se perdió en su boca, entre nuestras lenguas, cuando sus dedos rozaron mi clítoris. Me abrió más las piernas, con una suya y la otra mano. Cuando me pidió que enlazara los pies con los suyos para no cerrarlas, lo hice al instante.

La palma de su mano me cubrió el sexo y presionó, mientras el beso se hacía más desesperado. Al separarnos, con las respiraciones alteradas, se movió a mi espalda, dándose placer entre mis nalgas. Me pareció uno de los momentos más eróticos que había vivido.

Ni el agua de la piscina podía aplacar el calor que sentía.

—Más —le pedí o le supliqué, más bien lo último.

La punta de su miembro se acercó peligrosamente a mi entrada, pero se deslizó hacia delante. Las caricias, arriba y abajo, una y otra vez, fueron una tortura deliciosa.

—Noto lo húmeda que estás —gruñó con la frente apoyada en la parte de atrás de mi cabeza.

—Es todo tuyo, por ti —gemí cuando me presionó el clítoris entre los dedos.

—Para mí —dijo con voz ronca.

—Síííí… —Pegué la espalda más a su pecho, haciendo presión.

—Sujétate fuerte y no te sueltes en ningún momento —me pidió.

No me dio tiempo a responderle, solo a hacerlo. Me embistió con fuerza, llegando hasta el fondo. Soltamos un gemido. Él enterrado por completo en mi interior, yo al sentirme llena y estirada.

—Joder, Lola —susurró.

No hubo más palabras, Brant se agarró a mis caderas mientras yo nos mantenía estables, y empezó a entrar y salir de mí, con fuerza, certero.

Hice mucha fuerza con los dedos para no soltarme del borde, mientras él me dominaba por detrás. Nuestros jadeos y gemidos nos rodearon, el agua a nuestro alrededor se balanceaba por los movimientos cada vez más rápidos.

—No dejes de mirar el atardecer —me pidió con un gruñido—. Quiero que cada vez que veas uno te acuerdes de este momento: de mí, de ti, de cómo mi miembro te llena y tú me acoges.

—Brant…

—Recuérdalo todo —insistió.

—Sí —gemí cuando sus dedos me frotaron el clítoris, mientras su miembro bailaba dentro de mí.

Me deshice entre sus brazos con un orgasmo tremendo. Grité su nombre, con cada una de las sacudidas de mi cuerpo. Brant aumentó el ritmo, lo que no creía posible en la posición en la que estábamos. Lo hizo, y segundos después se tensó y se corrió, consiguiendo que me estremeciera de nuevo.

La piel sensible se me erizó por el recorrido de sus besos, desde la nuca, pasando por el hombro, hasta mi cuello.

—Me reafirmo —susurró—. Nada se puede comparar a ti. —Me dio un beso en la mejilla.

Los párpados me pesaban, pero me obligué a mantenerlos abiertos cuando lo miré por encima del hombro. Busqué su boca. Nos dimos un beso lento, saboreándonos mientras nos recuperábamos.

La noche anterior no había conseguido dormir, a pesar de todo lo que lloré. El cuerpo me pesaba mucho por eso y por el malestar que sentía, pero Brant había conseguido mitigarlo todo.

—Nos terminamos las bebidas y salimos de la piscina —comentó—. Después de ducharnos preparamos la cena, hoy necesitas descansar —dijo como si me leyera la mente, como si supiera perfectamente cómo había ido mi noche.

No lo dudaba. Mi aspecto cuando le abrí la puerta del piso no era el mejor y para él, que nunca me había visto tan agotada, decaída, desmoralizada, sin fuerzas, sin vitalidad y sin ganas de nada, fue mucho más evidente.

—Vale, pero no tengo mucha hambre —dije bajito.

—Voy a preparar un carpacho de bacalao con una base de tomate rallado. Lo acompañaremos con las gambas y lo que te apetezca de todo el marisco que hemos comprado. Lo demás lo dejo a tu elección. Son cosas ligeras, te entrarán estupendamente acompañadas con un buen vino. —Me hizo un guiño.

—Suena bien. —Sonreí.

—Por supuesto.

Se colocó a mi lado en el borde de la piscina y apoyamos los brazos en él. Bebiendo y en silencio, observamos cómo el atardecer daba paso al anochecer, cambiando la gama de colores.

Salimos de la piscina y entramos en la burbuja. Nos duchamos juntos, Brant decidió que era la mejor opción para ir más rápidos y yo le di la razón.

En esa intimidad me cuidó con tanto mimo y paciencia que me enterneció. Me enjabonó con las manos, recorriendo cada centímetro de mi piel, delicado, con caricias, encendiendo ciertas partes de mi cuerpo con su contacto constante.

Yo lo imité, tenerlo desnudo frente a mí era demasiada tentación como para no aprovecharlo. No pasamos de tentarnos con las manos y con las miradas, con las respiraciones aceleradas. Solo nos… adoramos. Sí, ese es el resumen perfecto de lo que sucedió en la bañera.

Salimos cubiertos por las toallas. Brant se puso una camiseta de manga corta y un pantalón fino, la forma en la que le caía por las caderas era una perdición. Yo me decidí por una camiseta ancha y suelta que me llegaba por encima de los medios muslos y caía por un hombro dejándolo al aire.

Me excitó cuando me pidió, no, me exigió, que no me pusiera ropa interior. Él hizo lo mismo.

En la cocina nos pusimos a preparar la cena, entre miradas cómplices, sonrisas y roces intencionados. Poco a poco estaba consiguiendo que mi mente bloqueara el dolor y la ansiedad que sentía por la nueva pérdida de mis hijos. Era temporal, en cuanto estos días terminaran se acabaría, pero me aferré a ello, aunque sentía un vacío muy profundo.

Cenamos en el exterior, con la promesa de que al día siguiente el postre nos los serviríamos en bandeja con un baño nocturno en la playa. La idea me excitó, y, a pesar de que hacía una temperatura perfecta, mi cuerpo se incendió.

Capítulo 37



Lola

—Es una pasada —susurré.

Estábamos tumbados en la cama, bocarriba y con las manos entrelazadas. Nuestras miradas fijas en el techo transparente, que dejaba ver perfectamente las estrellas y la luz de la luna. Las llamas de las velas que Brant había colocado cerca de la cama eran la única iluminación en la burbuja donde nos encontrábamos. Era cautivador e hipnótico; parecía irreal contemplar tanta belleza desde una posición tan privilegiada.

—Estoy de acuerdo —dijo Brant.

Giré la cabeza hacia él, encontrándome con la intensidad de sus ojos. No sabía cuánto tiempo llevaba observándome, pero me dio la sensación de que sus palabras no se referían a la imagen tan idílica que teníamos sobre nosotros.

—Gracias por traerme, aquí —murmuré y en sus labios apareció una sonrisa ladeada.

—Repetiremos, todas las veces que quieras.

—Sí, me encantaría. —Le sonreí.

Se levantó de la cama y lo seguí con la vista. Fue a la cocina, de donde cogió una botella de vino y dos copas. Caminó hacia mí de forma sugerente, Brant sabía perfectamente lo que desprendía con cada uno de sus movimientos.

Me senté en la cama y él hizo lo mismo a mi lado. Descorchó la botella y sirvió el vino en las copas, para ofrecerme una después.

—Por nosotros —dijo alzando la suya—. Por la oportunidad tan grande de habernos encontrado, y por la vida que, tarde o temprano, siempre pone todo en su lugar. El final y la rendición no llegan hasta que dejamos de respirar, Lola. No lo olvides nunca.

Tragué saliva y asentí, emocionada. Levanté la mía y las chocamos. Bebimos y me acercó a él, pasó un brazo por mis hombros y disfrutamos de nuestra cercanía con el vino, mientras volvíamos a quedarnos embelesados mirando hacia las estrellas. Había muchísimas, daba la sensación de que estábamos en medio de la nada.

—Y ahora… —Me quitó la copa de la mano. Colocó las dos en el suelo, en su lado—. Voy a hacerte el amor bajo este cielo estrellado, ¿qué te parece?

—Es una de las mejores ideas que he escuchado en mi vida. —Me mordí el labio.

Miré hacia arriba de nuevo, parecía que el cielo nocturno se fusionaba con el interior de la burbuja, con nosotros. Era una sensación tan mágica, unida a tener a Brant junto a mí, que…

—Brillas, Lola —dijo de repente, sacándome de los pensamientos. Lo miré.

—Por la luz de las velas —hablé divertida.

—No, tu presencia y tu alma brillan. El de las velas se puede apagar, el tuyo no.

No supe qué decir, me dejó sin palabras al ver la devoción con la que me observaba. Se movió despacio, acercándose lentamente, sin apartar la mirada de la mía. Pasó una pierna a cada lado de mi cuerpo estirado y se quedó sobre mí.

—Eres preciosa —susurró con voz ronca.

—Tienes que mirarte más al espejo —murmuré.

—A mí no me interesa verme, en cambio, a ti…

Agarró el bajo de mi camiseta y tiró despacio de ella hacia arriba, hasta que me la sacó. Me quedé completamente desnuda debajo de él. Sus ojos, más brillantes, más intensos, con más fuego, se posaron en mis pechos y recorrieron, poco a poco, mi piel expuesta.

—Mira hacia el techo —me pidió con la voz ronca—. Yo me encargo de todo, mientras tú disfrutas del placer y de las vistas.

—Ahora mismo es difícil —suspiré.

—Hazlo —insistió, con una sonrisa ladeada.

Dirigí la atención hacia arriba, como me había pedido, mientras la piel se me erizaba por su contacto.

Me acarició perezosamente, sin prisa, quemándome la piel ante el contacto de sus roces. Solté el aire, temblorosa, cuando colocó las manos sobre mis pechos. Me los cubrió y masajeó con el punto perfecto de delicadeza y fuerza.

Sin apartar la mirada de las estrellas, arqueé la espalda cuando me succionó un pezón y tiró de él con los dientes.

—Brant… —Temblé.

—Estoy contigo, no voy a irme —susurró sobre la punta dura, estremeciéndome.

Pasó la lengua varias veces por ella, la lamió y jugueteó con ella. La humedad entre mis piernas fue aumentando, mientras me obligaba a no apartar la vista del cielo. Quería recordar este momento de una forma especial y estábamos en el lugar ideal.

De un pecho pasó al otro, torturándome de la manera más deliciosa, mientras sus manos se deslizaban por mi cuerpo. Se inclinó un poco más sobre mí para presionar su erección contra mi pubis. Se me concentró todo el placer en esa zona. Estaba muy duro, excitado, olvidándose de él para ofrecérmelo todo a mí.

Solté un suspiro entrecortado cuando su boca se deslizó hacia mi ombligo. Por un momento bajé la mirada hacia él. Me encontré con sus ojos, mientras su boca se movía hacia abajo. Le pasé las manos por el pelo, enredando los dedos. Cerró los ojos ante la sensación.

Se incorporó despacio, tan hermoso como era. La cinturilla del pantalón se le había bajado, la punta de su miembro erecto presionada en ella para liberarse. Dirigí las manos hacia ahí, pero se movió rápido. Retrocedió entre mis piernas y me agarró por detrás de las rodillas. El contacto era tan electrizante…

Bajó la mirada a mi entrepierna mientras me separaba los muslos despacio, hasta que me dejó abierta para él. Invertimos las posiciones, él se quedó entre mis piernas, yo las acomodé a sus lados.

—Eres una puñetera fantasía, Lola —dijo con voz profunda—. No te imaginas las cosas que te haría.

—Házmelas —le pedí elevando el trasero de la cama—. Te necesito.

—Una a una, para saborearlas todas bien. No tengo ninguna prisa y sé, que no tendré suficiente. No puedo saciarme de ti.

Gemí cuando sus dedos separaron mis labios inferiores y su lengua me lamió el clítoris. Curvé la espalda y volví a mirar hacia las estrellas.

—Deliciosa, joder —siseó, antes de succionar mi piel sensible.

Grité aferrándome a su pelo y moví la cadera sin vergüenza, buscando mi propio placer con sus labios y su lengua. Brant gruñó, yo empecé a entrar en una espiral de sensaciones cuando, sin dejar de llevarme al borde, uno de sus dedos encontró mi entrada y se introdujo en ella.

Me agarró con fuerza de un muslo con la mano que tenía libre. Fue un gesto posesivo que me excitó más al notarlo.

Gemí, grité su nombre y palabras sin sentido, jadeé, mientras me retorcía en la cama. Brant no paró, ni cuando me corrí, ni hasta que se quedó satisfecho unos minutos después.

Cuando separó la cara de mi zona íntima, me mordí el labio al ver los suyos brillantes, húmedos por mis fluidos. Otra imagen erótica a la que no podía resistirme. Volví a sentir el hormigueo de la anticipación.

No había tenido suficiente, con él me sabía todo a poco. Necesitaba sentirlo, probarlo, por lo que tal y como estábamos, subí las piernas a su cintura e hice fuerza para invertir nuestras posiciones.

Brant cayó de espaldas en la cama, conmigo sobre su cadera. Jadeé cuando su erección se clavó donde tanto lo necesitaba.

—Es tu turno de ver las estrellas, ¿preparado? —hablé con la voz tomada por el deseo.

—Contigo, siempre —dijo en tensión.

Sonreí y me incliné para buscar sus labios. Fue un beso hambriento, ansioso, en el que nuestros labios y nuestras lenguas se buscaban desesperados. Me aparté de su boca meneando la cadera sobre su erección. Gruñó agarrándome con fuerza de la cintura, haciendo más presión hacia abajo.

Entreabrió los labios. Le besé la mandíbula e hice el mismo camino de besos y acaricias que él me había dado. Lamí su cuello, su pecho, sus pezones, jugueteé con ellos para después empezar a bajar por su barriga, y cuando llegué a la cinturilla del pantalón me incorporé.

Brant tenía la mirada vidriosa, llena de determinación, exactamente como la mía.

Retrocedí de rodillas, a la vez que metía los dedos por la cinturilla del pantalón y tiraba de ella hacia abajo. Su miembro saltó libre, sin

barreras, y me lamí los labios, anticipándole lo que iba a hacer.

—Lola…

—No te veo mirando las estrellas. —Sonreí mientras terminaba de sacarle el pantalón por los pies.

—Las puñeteras estrellas de arriba me importan una mierda, solo quiero y necesito ver a las que tú me llevas —dijo con voz rasgada.

Levanté la cabeza y amplié la sonrisa al encontrarme con la noche por encima de nosotros.

—Me encanta —susurré.

—Tú sí que me encantas a mí. —Carraspeó.

Me centré de nuevo en él, en su cuerpo perfecto y definido. Me incliné acariciándole los muslos, ascendiendo hasta sus caderas. Su erección se tensó y palpitó al notar mi respiración.

Sin dejar de observarlo, como hacía él, deslicé la lengua por todo el largo, de abajo arriba. Brant se tensó y me agarró del pelo. Me lo recogió en una coleta en su mano. Me gustó demasiado sentirlo tembloroso, excitado, necesitado, a mi merced.

Pasé la lengua lentamente por la punta, recogiendo las gotas de su excitación. Gruñó, cerrando los ojos por unos segundos, pero los abrió rápido, para continuar observando todo lo que le hacía.

Succioné la piel delicada, suave y húmeda. Su cadera se sacudió y seguí en mi avance, hasta que mi boca se quedó llena de él.

—Mierda… —siseó en tensión.

Empecé a mover la cabeza, la boca y la lengua, torturándolo. Su piel se cubrió de una fina capa de sudor. Se estaba conteniendo y no quería que lo hiciera. Aumenté el ritmo, agarrándole los testículos. Mi provocación tuvo resultado, entendió perfectamente lo que le pedía en silencio.

Empezó a mover la cadera, yendo al encuentro de mi boca, embistiéndola. Acogí todo lo que me daba, deseosa de llevarlo al borde y al final, como siempre hacía tan bien él conmigo. Dejé de tener el control absoluto cuando su mano movió mi cabeza y su cadera hacia el resto.

La sensación de verlo tensarse, temblar, con la respiración alterada, y perdiendo el control, fue algo exquisito. Noté el momento exacto en el que su cuerpo se puso rígido. Intentó apartarme, pero se lo impedí, tomando de nuevo el control. Disfruté de su orgasmo, notando la acumulación de mi propia excitación y necesidad.

Cuando me separé de su calor y me incorporé, tenía la mirada nublada por los retazos del placer. Me agarró de los brazos y me deslizó hacia arriba.

—No es así como quería terminar —susurró sobre mis labios, con la respiración entrecortada. Su pecho subía y bajaba rápido contra el mío.

—Pero ¿te ha gustado?

Elevó una ceja y me reí. La primera risa sincera que me salía después de que… no, no iba a pensar en eso en este momento. No podía permitírmelo porque sabía lo que sucedería y Brant no se merecía verme hundida.

Nos besamos con calma, con sus brazos rodeándome con fuerza. Nos giramos de cara en la cama, abrazados, piel contra piel, para mirar hacia las estrellas.

—La noche es larga. No voy a dejarte dormir hasta que te haga el amor bajo este cielo, varias veces —susurró.

Sonó a advertencia, a una deliciosa promesa…

—Estaré más que preparada. No sabes cómo lo deseo. —Subí una pierna a su cintura y pegué mi zona íntima, abierta, a su piel.

—Joder… —Apretó la mandíbula.

Notó mi humedad. Jadeé cuando sus dedos se deslizaron por ella. Por unos segundos nos miramos a los ojos y nos dijimos tanto sin pronunciar palabras…

No pude pensar mucho más cuando todo en mi cuerpo se concentró en mi sexo y en el placer que me daba de nuevo. Volvimos a mirar hacia el cielo, con los sonidos que salían de mis labios envolviéndonos.

Brant cumplió su palabra. Esa primera noche nos fundimos el uno en el otro varias veces, disfrutando de las vistas y de cada uno de los momentos. En muchos instantes no tuve que mirar a las estrellas, las sentí revoloteando en mi interior.

A altas horas de la madrugada nos dormimos agotados, con los cuerpos entrelazados, saciados, satisfechos y en paz, con un escenario de fondo inmejorable.

Capítulo 38



Lola

El tiempo pasaba demasiado rápido cuando querías que se frenara.

Brant y yo habíamos pasado un día espectacular, él se había encargado de que fuese así en todo momento.

¿Qué hubiera hecho sin él cuando ahora mi mundo estaba por los suelos y con la cabeza en mis niños, pero a la vez me sentía la mujer más mimada?

Mi situación era muy triste y delicada, pero reconozco que a su lado todo se vivía un poco más bonito.

Eran casi las nueve de la noche. Él estaba terminando de preparar la cena, y yo llevaba un rato sentada cómodamente en uno de los sofás exteriores, después de que me dijera que de la cocina se encargaba él solo. Doblé las piernas y las rodeé con los brazos, apoyando la barbilla en las rodillas juntas. Estaba anocheciendo y me quedé observando el espectáculo.

Tragué saliva con dificultad, notando cómo las fuerzas y las energías que había sacado para estar con Brant se venían abajo.

Durante el tiempo que hacía que estábamos aquí había hablado varias veces con mis padres y con Cari. La primera llamada fue después de que me dieran el tiempo que creyeron necesario para dejarme tranquila, en mi pena y mi dolor, pero en cuanto hablé con ellos contándoles que Brant me había sacado del piso y que estábamos pasando unos días juntos, en un lugar espectacular, sustituyeron sus temores por la ilusión que les ocasionó mi situación.

Cari me había advertido, o más bien amenazado, de que cuando regresara no iba a separarse de mí, siempre que no estuviera con Brant. Aunque me había esforzado por no añadirles preocupaciones por mi estado de ánimo, sabía que con los tres había fracasado. Lo habían notado, a pesar de mi intento por sonar tranquila y relajada, pero se aferraron a que no estaba hundida en mi piso, llorando a mares y desolada. Mi dolor no iba a desaparecer, imposible, pero sí que Brant había conseguido que no me consumiera en la pena.

Gracias a él, había encontrado las fuerzas para mantenerme estable. Después, cuando me dejara en mi piso y nos separáramos, entonces no sabía lo que podía suceder…

El día estaba a punto de terminar, aunque todavía quedaba porque nuestras noches eran largas y muy placenteras. Se nos acababa el tiempo en este lugar, al día siguiente nos iríamos. Me llevaba tantos recuerdos de momentos inolvidables junto a él…

En soledad, el vacío en el pecho se hizo más incontrolable e insoportable conforme mi mente no paraba de pensar. Necesitaba llorar, desahogarme, pero desde que Brant vino a buscarme al piso, me había negado a darle rienda suelta a las emociones por mis hijos.

No podía pensar en ellos porque entonces…

—Hola —dijo Brant a mi espalda.

Se sentó detrás y me abrazó, atrayéndome a su pecho.

—Hola —susurré apoyando la cabeza en su hombro, conteniendo el nudo que me presionaba en la garganta—. ¿Ya has terminado?

—Sí. Nos vamos a chupar los dedos y a quedarnos tan saciados, que tendremos que ir rodando hasta la cama.

—Menuda visión —dije intentando sonar divertida.

—Estoy contigo, Lola. —Me apretó a él, siendo muy consciente de cómo estaba.

—Lo sé —murmuré.

—Mantente fuerte —me pidió al oído—. Primero por ti y por tus hijos, y después por todas las personas que te quieren y que se preocupan por tu bienestar. Sé que el dolor debe ser desgarrador —contuve la respiración. Me temblaron los labios—, pero el tiempo te demostrará que no hay mal que dure eternamente.

—Es muy difícil, Brant. —Me estremecí.

—También lo sé.

Nos quedamos en silencio. Lo agradecí porque yo no podía hablar más y si él continuaba haciéndolo, terminaría por desmoronarme.

—Vamos —dijo de repente.

—¿Adónde? —Levanté la cabeza.

Se había levantado y me ofrecía las manos para que hiciera lo mismo.

—Solo hay un lugar que no hemos disfrutado como queríamos. —Me hizo un guiño.

Supe a cuál se refería: a la playa. Nos debíamos un baño nocturno bajo el cielo estrellado, con la tranquilidad de que nadie se acercaría, de que nadie aparecería.

Habíamos bajado a la playa para darnos baños con la luz del día y disfrutar del mar, pero no de la manera que me estaba proponiendo.

—Venga —me animó a que colocara las manos sobre las suyas.

Aunque no tenía ganas de moverme, más que lo necesario, lo hice. Era nuestra última noche en el campin y no quería desperdiciar ni un momento junto a él porque todos los hacía especiales.

—Cuando regresemos, nos duchamos y cenamos. —Me sonrió.

—Vale —suspiré.

—¿Dónde vas? —Evitó que me moviera.

—A ponerme…

No llegué a decir el bikini, ni a ponerme otra ropa. Llevaba puesta una camiseta de Brant que me quedaba ancha y me tapaba hasta el final del trasero.

—Así estás perfecta, para lo que te va a durar puesto… —Me hizo un guiño.

Tiró de mi mano y lo seguí, notando la anticipación en el estómago. Daba igual cuántas veces tuviéramos encuentros íntimos, mi cuerpo siempre reaccionaba de la misma forma por él.

Lo único que me dejó ponerme fueron las chanclas. Bajamos por las escaleras hasta la playa, donde nos quitamos el calzado. El contacto con la arena fue muy agradable, estaba fresca, suave y lisa. Miré hacia los lados, éramos los únicos atrevidos que veníamos a esta hora para darnos un baño.

El agua se veía oscura por la poca claridad que había, la noche se abría paso ante nosotros.

Caminamos hasta la orilla, donde nos paramos antes de acercarnos al agua.

Los dedos de Brant me acariciaron la mano. Giré la cabeza hacia él, miraba hacia el mar, pero al notarlo se volvió hacia mí.

—¿Preparada?

—Contigo, siempre —susurré, provocando que la comisura de sus labios se elevara en una sonrisa ladeada.

Me soltó para deshacerse de la poca ropa que llevaba: un pantalón fino y ancho que le quedaba de una forma pecaminosa, y el bóxer. Se quedó desnudo frente a mí, la falta de claridad de la noche no impedía que pudiera apreciar su cuerpo. También su erección.

Me mordí el labio, antes de quitarme su camiseta y la braga.

Desnudos los dos, agarrados de las manos, nos adentramos en el agua caminando despacio. Me sorprendió lo cálida que estaba, me la esperaba más fría a esta hora. No me estremecí, pero igualmente el contraste erizó mis pezones.

Paramos cuando el agua me llegaba por la cintura, a Brant le cubría menos por la diferencia de altura.

Me retiró el pelo de los hombros, acariciándome la piel, y me quedé hipnotizada viendo su expresión. Su mirada me transmitía cariño, admiración… amor. Sus gestos me decían más de lo que podía imaginarse.

Me agarró de la nuca y me pegó a él. Coloqué las manos en su cintura, ladeando la cabeza para recibir a sus labios. Al principio nos besamos con calma, saboreándonos sin prisa, hasta que nuestras lenguas empezaron a buscarse con más ansias, al compás de nuestros labios.

Su erección se clavaba entre nuestros cuerpos, calentándome más de lo que estaba. Me dolieron los pechos por el roce con el suyo, las puntas sensibles de mis pezones enviaban calambres que se concentraban entre mis piernas.

Me agarró de la cintura para levantarme y le rodeé la suya con las piernas, apretando los pies cruzados al final de su espalda, pasando los brazos por sus hombros. Profundizamos más el beso, con nuestros sexos rozándose. El contacto era embriagador, sentir la punta suave entre mis pliegues me incendió la piel.

—Siéntelo —me pidió con voz ronca, cuando dejamos de besarnos.

Apoyó la frente en la mía, nuestros ojos se miraron tan cerca como estábamos en ese momento.

—Lo hago —susurré agarrándolo de la nuca—. Te quiero dentro —le exigí.

—Soy todo tuyo, Lola. No hay nada que desee más que lo que me pides. También es mi necesidad.

Jadeé cuando una de sus manos abandonó mi nalga y se unió a las caricias de su miembro en mi sexo. Deslizó los dedos despacio, arrastrando mi humedad de arriba abajo. Por cada pliegue, por cada parte excitada. Mi respiración empezó a descontrolarse y cerré los ojos, con los labios entreabiertos.

Volvió a besarme justo cuando uno de sus dedos se perdía en mi interior. Gemí en su boca y me apreté contra su pecho. Con su pulgar sobre el clítoris y moviendo el dedo en mi interior, mi cuerpo se tensó y ardió. Balanceé la cadera, al mismo tiempo que iba al encuentro de su encuentro. Añadió otro para embestirme con ellos, mientras me frotaba el clítoris.

—Así… —gruñó— Estás tan jodidamente perfecta. Abierta, resbaladiza, bajo la luz de la noche. Estás preciosa, Lola.

—Te necesito —le supliqué sin vergüenza.

Aumentó la intensidad en todos sus movimientos, pero cuando estaba a punto de dejarme llevar, retiró la mano. Sonrió con picardía, escuchando mi queja desesperada, al haberme privado del orgasmo.

—Todavía no. Quiero sentirte cuando te corras, que me aprietes y me vuelvas loco —murmuró sobre mis labios.

Mis palabras se me quedaron atascadas cuando me embistió con fuerza, hasta el fondo. Soltamos un jadeo sincronizado, al mismo tiempo que nos estremecíamos por el contacto tan íntimo. Me agarré con más fuerza a sus hombros y empecé a moverme. Subí y bajé, deslizándome por su erección dura y larga. Centímetro a centímetro lo hice despacio, desquiciándonos a los dos.

Hasta que Brant tomó el control. Agarrándome de las caderas, movió mi cuerpo con más fuerza, ensartándose en mí de una manera deliciosa y enloquecedora.

Hicimos el amor bajo un cielo estrellado, más directamente que dentro de la burbuja. El momento fue único y especial. Los dos solos, como si no existiese nada más en el mundo que nosotros. El mar fue testigo de nuestros gemidos, jadeos y gruñidos, la noche nos acompañó en el frenesí que nos envolvió.

Me corrí gritando su nombre, sin contenerme. Brant en su desesperación final, aumentó la velocidad de sus embestidas y siguió mi mismo camino con varias sacudidas fuertes. Estremeciéndonos, nos abrazamos con fuerza, sin perder la unión de nuestros sexos.

Apoyé la cara en su hombro y miré el perfil de su cara. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, mientras disfrutaba de los últimos estragos de su liberación.

—Definitivamente, volveremos a este sitio —dijo con la voz entrecortada, recuperando la respiración.

—Sí —le confirmé, sin saber si sería verdad o no.

Brant tenía que regresar a Alemania, a su país. Sabía que sus vacaciones eran por un mes, tal y como me dijo cuando nos

conocimos, pero no quería pensar en el momento en el que sucediera, ni tampoco sabía exactamente cuánto quedaba para eso.

Bloqueé la mente porque no me beneficiaba. Entre sus brazos y con él había conseguido otra vez estabilizarme, necesitaba continuar así.

Nos dimos un baño disfrutando de las sensaciones que nos ofrecía el mar, desnudos. Bastantes minutos después, cuando salimos y llegamos a la orilla, nos vestimos mojando la ropa. No nos importó, solo teníamos que llegar a la burbuja e íbamos directos a la ducha.

Cuando salimos, yo con el pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes, y Brant con otro pantalón largo y suelto, sacamos la cena al exterior y comimos todo lo que había preparado.

Dormimos abrazados, con los cuerpos enredados, mirando hacia el cielo estrellado. Fue el final perfecto para las minivacaciones que habíamos compartido.

A la mañana siguiente, sobre las diez y media, recogimos todo y lo guardamos en el maletero del coche. Dejamos la burbuja atrás, pero no todo lo que habíamos vivido en ella. Con miradas cómplices, con Brant conduciendo muy despacio por el interior del campin, llegamos hasta la cafetería para tomarnos un desayuno diferente antes de irnos definitivamente.

Estuvimos una hora disfrutando de los cafés, las tostadas con jamón, aguacate y salmón ahumado. Todo estaba delicioso y cuando regresamos para montarnos en el coche, Brant volvió a parar frente a la recepción. Me pidió que no me moviera y salió para pagar.

Al volver, tomamos rumbo a mi piso. Fue en ese momento en el que me permití sentir las emociones que me provocaba nuestra despedida. Sería por poco tiempo, pero ya no compartiríamos todas

las horas juntos y eso, por cómo me encontraba yo realmente, suponía mucho para mí.

No le dije nada, ni lo expresé en mi cara. Me mantuve serena, en calma, sonriéndole cada vez que giraba la cabeza hacia mí.

El momento llegó demasiado rápido, a las doce y cuarto. Estacionó en mi calle y, mientras yo me hacía cargo de mi equipaje, él cargó con todas las bolsas de la comida y la bebida que nos había sobrado. No eran pocas y me ayudó a colocarlas en la cocina.

—El resto del día estaré con mi hermano —me dijo desde el rellano. Yo estaba debajo del marco de la puerta.

—Claro. Que vaya muy bien. —Le acaricié la mandíbula.

—Te escribiré. Nos veremos muy pronto. —Se inclinó para besarme en los labios.

Fue un beso corto, pero intenso.

—Lola…

—¿Sí?

—Por favor, sigue siendo fuerte como estos días atrás. —Me acarició la mejilla.

—No te preocupes —le respondí emocionada—. Me siento así, al menos más que la primera vez que tuve que separarme de mis hijos.

—De acuerdo —asintió.

Nos despedimos con otro beso y le sonreí cuando entró en el ascensor. En cuanto desapareció, me encerré en mi piso. Apoyé la espalda en la puerta y me deslicé por ella, hasta que me quedé sentada en el suelo. Recogí las piernas y me las abracé con la vista perdida, sin ver realmente.

Capítulo 39



Brant

El sol apenas se filtraba por las persianas cuando abrí los ojos. El apartamento estaba en silencio, salvo por el leve zumbido del refrigerador en la cocina y algún que otro coche lejano en la calle. Me desperecé lentamente, sintiendo el cuerpo más descansado de lo que esperaba después de la escapada con Lola. Aquellos días, lejos de todo, en el *glamping*, nos habían hecho bien. A los dos.

Me levanté sin hacer mucho ruido, arrastrando los pies por el suelo de madera hasta la cocina. El aroma a café me golpeó antes de cruzar el umbral. Karl estaba allí, inclinado sobre la encimera, mirando su teléfono con una sonrisa torcida en el rostro. Llevaba una de sus camisetas viejas y el pelo revuelto dejaba claro que no llevaba mucho tiempo despierto.

—Buenos días, hermano —dijo sin levantar la vista, pero con esa voz suya cargada de sorna—. ¿Qué tal con tu amada?

Volteé los ojos, aunque no pude evitar sonreír de medio lado. Siempre sabía cómo sacarme una sonrisa, incluso a esa hora.

—Muy bien —respondí mientras cogía una taza del armario—. A pesar de haberla encontrado bastante rota por lo de sus hijos,

conseguí animarla un poco. Hacerla sonreír.

Karl levantó la mirada, más serio ahora, aunque el calor seguía en sus ojos. Lo observé mientras el café caía en la taza, caliente y espeso, llenando el ambiente de ese olor que siempre me ayudaba a pensar con claridad.

—¿Y qué vas a hacer con lo que sabemos de Luca? —preguntó en voz baja, como si estuviéramos hablando de un secreto que las paredes no debían oír— ¿Le contaste algo a Lola?

Negué lentamente mientras removía el café.

—Todavía no. No es el momento… pero tengo claro lo que voy a hacer.

No hizo falta que dijera más; Karl me conocía demasiado bien.

Justo en ese instante, el teléfono vibró sobre la mesa. Lo cogí por costumbre, sin pensar, y al ver el nombre de Lola en la pantalla, el corazón me dio un pequeño vuelco.

Abrí el mensaje.

Lola: *Gracias por estos días, Brant. Por estar ahí. Por animarme, por hacerme ver que el mundo no termina con esta despedida. Como decía mi madre… el tiempo pasa más rápido de lo que creemos. Antes de que me dé cuenta, volveré a tenerlos entre mis brazos. Gracias por recordármelo, de verdad.*

Sonreí, sintiendo una calidez inesperada en el pecho, y escribí mi respuesta.

Brant: *Gracias a ti por confiar en mí. Eres más fuerte de lo que crees. Nos vemos pronto. Cuídate.*

Karl me observaba con atención cuando dejé el móvil sobre la encimera.

—¿Era ella?

—Sí —respondí, y tomé un sorbo de café antes de dar el siguiente paso—. Voy a llamar a Ben.

Karl no dijo nada, solo asintió con la cabeza mientras yo marcaba el número de uno de los mejores abogados de mi bufete. Era temprano, pero sabía que Ben estaba acostumbrado a trabajar a horas extrañas.

—Brant —respondió enseguida, directo al grano—. Justo iba a llamarte. Tengo casi todo listo. Solo estoy cerrando un par de detalles con los documentos. En cuanto los tenga, podemos empezar con el proceso.

—Perfecto —dije—. Avísame en cuanto lo tengas. Quiero hacerlo bien. Sin errores.

—Lo haremos —afirmó—. Y lo haremos rápido.

—Gracias, Ben. Espero tu llamada.

Cuando colgué, Karl me miraba fijamente, con su taza suspendida en el aire.

—¿De verdad vas a hacerlo?

Lo miré a los ojos. No había rabia en mí, pero sí una determinación férrea. Una que no necesitaba alzar la voz.

—Sí. Ese hombre no merece la más mínima compasión.

Karl asintió y levantó su taza de café como si brindara.

—Por Annika y Lola, hermano.

Levanté la mía.

—Por ellas.

Tomé otro sorbo, y por un instante dejé que el silencio se acomodara entre nosotros. Si todo salía como esperaba, pronto acabaría el dolor que estaba sintiendo Lola.

Y quizás entonces… quizás, ella podría volver a respirar sin sentir que le faltaba el aire.

Después de aquel brindis silencioso, Karl volvió a perderse en la pantalla de su teléfono, y yo me quedé en la cocina, solo con mis pensamientos. A veces me daba miedo lo fácil que era acostumbrarse al dolor ajeno cuando no era tuyo. Pero el de Lola… no era ajeno. Me lo había llevado conmigo desde que la vi rota cuando fui a buscarla para llevarla conmigo, tras despedirse de sus hijos.

Me apoyé en la encimera, mirando el vapor del café. Me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera contarle todo. Lo que sabía de Luca. Lo que habíamos descubierto con Ben. Lo que ese cabrón había estado haciendo detrás a sus espaldas mientras la hacía sentir culpable por respirar.

El problema no era solo lo que sabíamos. Era el momento. Era ella.

Lola estaba hecha pedazos, aunque se mantenía en pie. Porque eso era lo que hacían las madres. Se derrumbaban en silencio, pero no dejaban de caminar. Y yo no podía, no quería, añadirle otro golpe. Todavía no.

—¿Estás pensando en ella? —preguntó Karl sin mirarme.

—¿Cuándo no?

Me lancé al sofá del salón, taza en mano. Karl se sentó en el otro extremo, girado hacia mí.

—¿Crees que te lo va a perdonar? —preguntó.

—¿El qué?

—El no haberle contado antes lo de Luca.

Tardé en responder. No porque no tuviera una respuesta, sino porque me pesaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Tal vez no —dije por fin—. Pero si se lo cuento ahora, solo voy a partirla más. Y no quiero eso. No después de lo que acaba de pasar con sus hijos.

—¿Y si se entera por otra persona?

Me removí en el sofá. Ya lo había pensado. Varias veces. No era un riesgo cualquiera. Pero Ben estaba siendo discreto. Y hasta donde sabíamos, Luca no tenía idea de que lo estábamos investigando. Aún.

—Tengo que confiar en que sabremos cuándo —dije finalmente—. Cuándo y cómo.

Karl asintió con lentitud; sabía que no era una decisión fácil. Me admiraba por tomarla, aunque no lo dijera en voz alta. Era su manera. En silencio, como los hombres que crecieron teniendo que aprender a no mostrar debilidad.

—¿Sabes qué es lo peor? —dije, más para mí que para él— Que, aun así, ella lo sigue defendiendo frente a los niños. No dice una sola palabra contra él. No quiere que sufran. No quiere que lo odien.

—Eso habla bien de ella —dijo Karl—. Y peor de él.

Asentí, y pensé en todo lo que sabía: los movimientos sospechosos de dinero, los acuerdos por debajo de la mesa, el intento encubierto de manipular la custodia desde Livorno mientras vendía una imagen de víctima. Era todo tan sucio, tan frío. Luca había planeado su jugada con una calma que me revolvía el estómago.

Mi móvil vibró otra vez. Pensé que era Lola, pero no. Era un mensaje de Ben.

Ben: *Brant, acabo de recibir los últimos papeles. Esta semana puedes presentar la demanda si quieres. Lo tenemos todo.*

Respiré hondo. Las cartas estaban sobre la mesa.

—¿Ya? —preguntó Karl, al verme la expresión.

—Sí. Está todo.

Se hizo un silencio largo.

—¿Y qué vas a hacer primero? —preguntó.

—Llamarlo —dije—. Voy a darle la oportunidad de confesar. De decir la verdad. No porque se lo merezca, sino porque ella la merece. Y si no lo hace, lo haré yo. Con pruebas.

Karl no dijo nada. Solo levantó la vista hacia mí y me sostuvo la mirada.

—Entonces, tienes que prepararte —dijo—. Porque cuando empieces… ya no habrá marcha atrás.

Lo sabía. Y estaba listo. O, al menos, eso quería creer.

Me quedé en el salón después de que Karl saliera a dar una vuelta. Necesitaba estar solo. Necesitaba silencio. Abrí el portátil, me serví otro café, más fuerte esta vez, y conecté con la carpeta cifrada que Ben me había compartido.

No tardé mucho en perder la noción del tiempo.

Repasé los documentos uno a uno; algunos ya los conocía, otros eran nuevos. No hacía falta ser abogado para entender que con eso el italiano lo tenía difícil. Muy difícil. En caso de llegar a juicio, las posibilidades de llegar a un acuerdo serían mínimas… al menos si jugábamos bien nuestras cartas.

Lo que sí necesitábamos eran testigos. Gente de dentro. Alguien cuya palabra valiera más que los discursos ensayados que solía soltar Luca frente a los jueces, periodistas o psicólogos contratados.

Pasé varias hojas con declaraciones frías, correos, informes financieros… hasta que una foto me obligó a detenerme.

Lola aparecía en ella, sentada junto a una mujer rubia de cabello recogido, en un jardín infantil. Ambas miraban a los niños, sonriendo. La imagen no era reciente, pero había algo en la expresión de Lola, una mezcla de ternura y orgullo, que me pellizcó el pecho.

Leí el pie de foto. La mujer se llamaba Gina Matteo. Según el informe, había trabajado como asistente personal del hogar durante tres años en la casa de Luca, y había sido despedida hacía poco más de tres meses, tras la entrada de la nueva pareja de él.

Busqué su número en la hoja de contactos y marqué sin pensarlo demasiado. Necesitaba oír una voz honesta en medio de toda esa maquinaria calculada de apariencias.

Capítulo 40



Brant

Un tono. Dos. Tres, y seguía esperando, pensando que no iba a poder hablar con esa mujer, hasta que entonces…

—¿Sí? —respondió una voz femenina, suave pero alerta.

—¿Señorita Matteo? Buenas tardes. Mi nombre es Brant. Soy abogado y estoy trabajando con la Lola… bueno, con la madre de los mellizos de Luca. ¿Tiene unos minutos?

Hubo una pausa, no tensa, sino expectante.

—Sí, claro —dijo al fin, y noté una calidez repentina en su tono—. ¿Cómo está ella?

—Mejorando. Ha pasado por mucho, como sabrá. Y precisamente por eso la estoy llamando. Me gustaría hacerle algunas preguntas, si no le molesta, sobre su experiencia trabajando con la familia.

—¿Sobre Lola? —preguntó, y casi pude ver su sonrisa— Era una madre maravillosa. Amaba a esos niños como nunca he visto. Siempre estaba pendiente de ellos, de cada pequeño detalle. Los cuidaba, los escuchaba… los anteponía a todo. Jamás se separó de

ellos. Y créame… nunca lo habría hecho de la forma en la que ocurrió.

Apoyé los codos sobre el escritorio y me froté el entrecejo.

—¿Y la situación ahora? —pregunté con cautela— ¿Podría contarme cómo era todo en los últimos meses antes de que usted se fuera?

—Claro. Mire, le diré algo que quizás ya se imagina. La nueva pareja de Luca… solo actúa como madre cariñosa cuando hay cámaras o visitas. Para las fotos, para las redes sociales, ya sabe. En casa, son las niñeras, dos, que yo misma entrevisté antes de irme, quienes hacen todo. Les dan de comer, los bañan, los llevan a la guardería… todo.

Tragué saliva.

—¿Y Luca?

—Está fuera casi siempre —dijo sin rodeos—. Y cuando está, los ve unos minutos. A veces ni eso. A veces solo para las fotos, o cuando los llevan a fiestas donde hay prensa o gente de su entorno. Es todo una imagen. Una fachada.

Dejé que el silencio hablara unos segundos.

—¿Estaría usted dispuesta a testificar eso ante un juez si fuera necesario? —pregunté con firmeza— Y, además, ¿a ratificarlo por escrito? Estamos preparando una contrademanda, y su testimonio sería muy valioso para demostrar lo que realmente ocurre en ese entorno.

La mujer no dudó.

—Lo haría encantada. Aprecio mucho a Lola, y si le soy sincera: mi exjefe no es la clase de padre que esos niños necesitan. No sé cómo ha conseguido dar la imagen de que sí… pero es solo eso. Imagen.

Respiré hondo, sintiendo una mezcla de alivio y rabia.

—Le agradezco mucho que haya hablado conmigo. Le enviaré un correo con los detalles y formatos. ¿Podría, por favor, escribir su testimonio y enviármelo cuanto antes?

—Por supuesto, mándeme su dirección de correo y me encargo hoy mismo.

Le di mi correo, confirmamos el contacto y nos despedimos. Su voz aún sonaba cálida al otro lado del teléfono cuando colgué.

Me quedé unos segundos con los ojos cerrados, la cabeza apoyada contra el respaldo de la silla, dejando que el silencio del salón me envolviera. No necesitaba ver más fotos, ni repasar más documentos por ese momento.

Paso a paso, sí. Paso a paso, lo iba a conseguir.

La mañana había sido larga, densa de pensamientos y llamadas. Así que cuando recibí el mensaje de Lola proponiéndome vernos esa tarde, no lo dudé. Nos citamos en un pequeño parque arbolado, uno de esos rincones escondidos que la ciudad guardaba para quienes sabían buscar. Un banco de madera, algo apartado del sendero principal, nos esperaba bajo la sombra generosa de un roble centenario.

Ella ya estaba allí cuando llegué. Sentada con los brazos cruzados sobre las piernas, la mirada perdida en el vaivén de unos niños que

jugaban a lo lejos. Al oír mis pasos, giró la cabeza y sonrió. Una sonrisa tenue, pero real.

—Hola —dijo, levantándose.

—Hola, preciosa.

Nos abrazamos. Un gesto simple, breve, pero cargado de algo más profundo. Ella olía a lavanda, a hogar. A pesar del dolor que sabía que aún arrastraba, la sentí más entera. Más… presente.

Nos sentamos sin decir mucho al principio. El silencio, entre nosotros, nunca había sido incómodo. Era como si supiéramos cuándo hablar y cuándo solo escuchar el ruido del mundo alrededor.

—No dejo de pensar en ellos —murmuró de pronto—. En cómo estarán. Si ya se han acostumbrado otra vez. Si me echan de menos… o si prefieren no hacerlo, para que no les duela tanto.

Me cogió por sorpresa la honestidad cruda de sus palabras. Pero no la interrumpí. No quería cubrir su dolor con frases bonitas. No necesitaba eso. Necesitaba ser escuchada.

—Sé que van a estar bien —añadió, apretando las manos sobre su regazo—. Pero hay momentos… momentos en que me siento una cobarde. Como si les hubiera fallado por no luchar más. Por haberme rendido.

—No te has rendido, Lola —dije con calma—. Te arrinconaron. Y, aun así, estás buscando la manera de volver a ellos. Eso no es rendirse. Es resistir.

Ella bajó la mirada, visiblemente emocionada.

—¿Y si cuando vuelvan ya no soy suficiente? ¿Y si me han reemplazado… si la otra…?

—No hables así —la interrumpí suavemente—. No hay reemplazo para ti. Ninguno. Ellos lo saben. Puede que ahora no lo entiendan del todo, pero lo sienten. En el fondo, lo sienten.

Lola asintió sin decir nada y se limpió una lágrima que no llegó a caer.

Quise decirle todo lo que estaba haciendo. Lo cerca que estábamos de empezar una acción legal contundente, de desmontar la fachada que Luca había construido. Pero no era el momento. No, aún. Su corazón necesitaba espacio para sanar, no más batallas ahora. Ya vendrían. Y estaría a su lado cuando llegaran.

—No tienes idea de cuánto bien me hiciste esos días —dijo de pronto, mirándome a los ojos—. Fuiste como un salvavidas en medio del naufragio.

—No hiciste más que respirar por ti misma —respondí—. Yo solo estuve ahí, por si necesitabas que alguien te recordara cómo.

Ella sonrió, más genuina ahora. Sus ojos todavía estaban cansados, pero había una luz ahí. Una que no vi cuando la recogí para aquella escapada.

—¿Nos vemos pronto otra vez? —preguntó con una tímida esperanza.

—Cuando tú quieras —respondí sin dudar y me incliné para besarla.

Nos quedamos un rato más en silencio. Vi cómo sus hombros, poco a poco, dejaban de estar tensos. Cómo el aire que respiraba parecía no pesarle tanto.

Ella no lo sabía, pero la guerra ya había empezado. Y si todo salía bien, no volvería a sentirse sola frente a un juez, ni frente al mundo, ni frente a Luca.

La acompañaría paso a paso, hasta que el miedo no tuviera más sitio entre ellos.

Regresé al apartamento al anochecer, con el corazón más tranquilo que por la mañana. La charla con Lola me había dejado algo que no esperaba: esperanza. No solo por lo que compartimos, sino por cómo la vi. Aunque fuera por momentos, parecía reconectarse con una versión más fuerte de sí misma. Y eso me dio fuerzas a mí.

Nada más entrar, sentí olor a pan tostado y escuché música suave de fondo. Karl estaba en la cocina, una vez más, preparando algo que probablemente solo él podría convertir en cena con lo poco que había en la despensa. Me miró desde detrás del mostrador, cuchillo en mano y ceja levantada.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —dije mientras me sentaba—. Mejor de lo que esperaba.

Karl sirvió dos platos improvisados y se sentó conmigo en la mesa. Me lanzó una mirada cargada de intención antes de hablar.

—¿Le has contado algo?

—No. Aún no.

Asintió. No había reproche en su gesto, solo comprensión. Saqué el móvil del bolsillo y vi que tenía un nuevo correo de Ben que abrí de inmediato.

«Brant, te adjunto el primer borrador de la demanda. Incluye las pruebas documentales, el análisis financiero y las declaraciones recabadas. La de Gina está en proceso, pero el testimonio verbal ya ha sido grabado para uso interno. Avisa si quieres añadir algo antes de enviar oficialmente».

Abrí el archivo. No necesité leerlo entero para sentir la seriedad de lo que estábamos a punto de iniciar. Era contundente. Medido. Imposible de ignorar. Con eso encima de la mesa, Luca tendría que rendir cuentas. De una forma u otra.

Respiré hondo y dejé el móvil sobre la mesa.

—Ben lo tiene todo. Me ha enviado el borrador —le dije a Karl, que me observaba con atención—. Lo revisaremos mañana y, si está todo bien, se presenta esta semana.

—¿Y la testigo?

—Gina. La exempleada de Luca. Estuvo genial. Dijo que testificaría sin problema. Que lo hará por Lola… y por los niños.

Karl sonrió, orgulloso.

—Buena jugada, hermano.

—No es una jugada —corregí en voz baja—. Es defensa. Protección. Ella no tiene idea de lo que puede venirle encima si Luca se entera. Sabes cómo es. El tipo no va a quedarse quieto.

Karl bajó la mirada y asintió. Luego levantó la vista con ese gesto que siempre precedía a una frase que venía del corazón.

—Entonces tenemos que protegerla. Más allá de lo legal. Que no la vuelvan a romper. Ni él, ni nadie. No después de lo que ha pasado.

Me quedé en silencio unos segundos. Las palabras me calaron más de lo que admití.

—Lo haremos —le aseguré—. Vamos a rodearla bien. Ben se encargará del blindaje legal. Yo me ocuparé del resto. Si Luca intenta algún movimiento, lo frenaremos antes de que llegue a ella. Esta vez, no estará sola.

Karl levantó su copa de vino y me miró.

—Por eso estamos aquí —dijo, con una media sonrisa—. Por ella… y por lo que merece.

Levanté mi vaso, más lleno de convicción que de líquido.

—Por Lola —dije—. Y por Annika. Por cada ilusión que les han robado.

Chocamos los vasos suavemente. Luego, me incliné hacia atrás en la silla y cerré los ojos por un momento. La ciudad respiraba allá afuera. El ruido, el tráfico, las vidas ajenas que seguían como si nada.

Pero en este pequeño rincón del mundo, un plan avanzaba. Y yo estaba decidido a no parar hasta que todo terminara.

Paso a paso. Sin atajos. Sin piedad.

Capítulo 41



Lola

Habían pasado cuatro días desde la última vez que lo vi.

Cuatro días sin una llamada. Sin un mensaje. Sin una sola palabra.

Al principio quise pensar que estaba ocupado. Seguro que Brant era un hombre con una vida ajetreada. Quizá había surgido algo en su trabajo, una urgencia de esas que no te dejaban ni respirar. Tal vez simplemente estaba dándose su espacio.

Pero el segundo día… el segundo día empecé a imaginar cosas. Escenarios horribles. Un accidente. Una caída. Algo grave. Tanto, que llegué a recorrer clínicas y hospitales por la zona y los alrededores, preguntando si había ingresado algún paciente alemán, con su nombre.

Pero nada. Nadie con su descripción. Nadie llamado Brant.

Y entonces llegó el tercer día. Y ya no busqué más excusas.

Supe, con una certeza que me dolió hasta los huesos, que se había marchado. Sin despedirse. Sin una nota. Sin una razón. Como un fantasma de verano.

Estaba tumbada en el sofá, hecha un ovillo, abrazando los peluches de mis hijos como si pudieran sostenerme entera. Lloraba en silencio. De ese llanto que no necesitaba sonido para desgarrarte el alma. Los ojos me ardían, la garganta me pesaba y el corazón… bueno, ese ya no estaba. O al menos no lo sentía.

Me dolía. Me dolía todo. No solo su ausencia, sino lo que representaba. La confirmación de mi peor miedo: que ya no solo me habían arrebatado a mis hijos, sino que el hombre del que me había enamorado, sin querer y sin buscarlo, también se había ido. Sin mirar atrás.

El timbre sonó de pronto. Luego, sin esperar respuesta, la puerta se abrió como si la vida misma irrumpiera en mi naufragio personal.

—¿Pero tú estás loca o qué? —gritó Cari, entrando como un torbellino— ¿Por qué no respondes mis llamadas? ¡Ni los mensajes! ¿Y tus padres? ¡Están preocupadísimos, Lola!

No me moví. No podía. Solo giré un poco la cara, lo justo para que me viera hecha un desastre entre cojines y peluches, con el alma rota colgando de los párpados.

Cari se quedó congelada en mitad del salón.

—Madre mía… —susurró— Estás hecha un asco. Tienes ojeras, estás más delgada… ¿Otra vez con el luto? ¿Otra vez por los niños?

Negué con la cabeza, tragando saliva con dificultad.

—Brant… —susurré, con apenas un hilo de voz— Se ha ido.

Ella frunció el ceño y se acercó, sentándose en la mesita de centro para quedar frente a mí.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Qué ha pasado?

—No lo he vuelto a ver desde hace cuatro días. No responde los mensajes, ni las llamadas. Salta el buzón de voz. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

Cari apretó los labios, sin decir nada. Yo seguí.

—El primer día creí que estaba ocupado. En el segundo, me asusté tanto que fui a buscarlo a hospitales. El tercero… —Cogí aire, intentando no derrumbarme—. El tercero entendí que simplemente se fue. Sin más. Sin decir nada. Como si yo no importara. Como si… como si todo lo que hubo entre nosotros no hubiese significado nada.

Las lágrimas volvieron a brotar, rebeldes.

—Me dijiste que sentía algo por mí. Que se había encariñado con los mellizos. ¡Me lo dijiste tú! —le reproché con la voz rota— Pero te equivocaste. Me equivoqué yo. Solo quería acostarse conmigo. Y lo consiguió. Fui… fui otra aventura de verano. Una más. Como una tonta. Como una idiota.

Cari me miró con una mezcla de rabia y tristeza. Se sentó a mi lado en el sofá y me abrazó con fuerza.

—No llores más, por favor —susurró—. No te hace bien. No así. Vas a acabar cayendo enferma.

—No puedo más —murmuré contra su hombro—. Echo tanto de menos a los niños… y odio a Luca. Lo odio con todo lo que tengo por

dentro. Me ha roto. Me ha quitado todo. Incluso la capacidad de confiar. Y ahora, Brant… él también me ha roto. Me ha dejado igual que el otro. Vacía. Como si amar fuera un pecado. Como si no mereciera nada más que ser usada y dejada.

Cari me apartó un poco, mirándome a los ojos.

—Para. Deja de decir esas tonterías. Puede que Brant tuviera una urgencia en Alemania. ¡Puede que haya tenido que irse de repente!

—No —negué con amargura—. Si hubiera sido eso, me lo habría dicho. Habría llamado. Me habría dejado un mensaje, algo. Aunque fuera una nota en la puerta. Pero no lo hizo. Solo… desapareció.

Me levanté despacio, limpiándome el rostro con las manos temblorosas.

—Si eso es lo que quiere… pues bien. Se acabó. Me divertí durante unas semanas. Me sentí viva otra vez, mujer otra vez. Pero se terminó. No quiero volver a verlo. No después de esto.

Cogí el móvil, temblando, y bloqueé su número. Al hacerlo, sentí una punzada tan fuerte en el pecho que casi me faltó el aire.

—Si no lo veo… no tendré la tentación de escribirle. O llamarle. —Me giré hacia Cari—. Vete. Por favor. Quiero estar sola.

—No me voy —dijo con firmeza.

—Por favor… —susurré— Este luto, como tú lo llamas… tengo que pasarlo sola. Ya te llamaré cuando pueda hablar. Pero ahora… solo quiero estar sola.

Cari se quedó en silencio unos segundos. Luego se levantó despacio, con los ojos brillantes.

—Solo prométeme que comerás algo. Que no vas a abandonarte como hiciste la última vez. Cuídate por ellos, Lola. Porque pronto volverás a verlos.

Asentí, pero sin convicción.

—Es precisamente porque los tengo, aunque solo los vea dos veces al año, que no he hecho ninguna locura todavía.

Cari me abrazó una vez más, con ternura.

—Te quiero. No tardes mucho en llamarme, ¿vale?

Asentí, y cuando cerró la puerta, el silencio volvió a apoderarse de la casa.

Volví al sofá, me dejé caer entre los cojines y los peluches, y rompí a llorar otra vez. Abrazada a lo único que me quedaba de mis hijos.

Mis ojos fueron a la foto que Brant me había enviado enmarcada. La miré… y sentí que todo se me deshacía por dentro.

Pensé en cómo me había engañado. Con sus gestos. Con sus palabras. Haciéndome creer que sentía algo. Que podía confiar. Que aún había lugar para un amor bonito.

Qué ingenua fui.

Pero no volvería a pasarme. No volvería a dejarme amar. No más cuentos sin finales felices.

El día siguiente fue igual que los anteriores, pero distinto.

Me levanté tarde, con los ojos hinchados, la garganta seca y el cuerpo tan cansado como el alma. El silencio de la casa se me pegaba a la piel como una tela mojada. Todo estaba igual: los juguetes alineados en la estantería, los zapatos de los mellizos en la entrada como si fueran a llegar de un momento a otro, la foto en la pared… y ese maldito hueco en el pecho.

Lo primero que hice fue mirar el móvil.

Nada. Ni un mensaje nuevo. Ni una llamada perdida.

Por un instante, solo uno, deseé que Cari tuviera razón. Que Brant hubiera tenido que marcharse de forma repentina, que algo lo hubiera sacado del país sin tiempo para explicaciones. Pero ese pensamiento duró lo que tardé en abrir su contacto bloqueado. Apreté el nombre, lo miré… y no lo desbloqueé.

No. No iba a arrastrarme otra vez. No, después de todo.

Me duché, si es que a dejar que el agua me cayera encima durante diez minutos sin moverme, se le podía llamar ducharse, y me puse la ropa más neutra que encontré. Nada bonito. Nada que dijera «esperanza».

En la cocina, abrí la nevera y me encontré con poco más que un yogur caducado y media botella de agua. Recordé las palabras de Cari y, a regañadientes, preparé unas tostadas con queso. Comí despacio, como si me obligara a tragar la vida bocado a bocado.

Mientras masticaba, me pregunté cuándo me había roto exactamente. Si fue cuando Luca me quitó a los niños. O si fue antes, mucho antes… cuando me acostumbré a vivir apagada,

sobreviviendo cada día como si fuera el último en el que tendría fuerzas.

O tal vez fue cuando Brant desapareció. Cuando lo sentí irse, no solo físicamente, sino también de todos los espacios donde se había instalado: mi mente, mi cuerpo, mis ganas de soñar.

Pero algo, algo molesto, como una piedrecita en el zapato, empezó a instalarse en mí ese día. No era esperanza, no. No me atrevía a llamarlo así. Era una especie de desconcierto. Un paréntesis mental.

¿Y si no era como creía? ¿Y si, en realidad, sí le había ocurrido algo?

Me odié por pensarlo. Por cuestionar mi propia rabia. Por buscar razones que solo prolongaban el dolor.

Pero esa voz seguía ahí.

¿Y si sí?

Traté de distraerme limpiando. Ordenando. Tirando cosas. Cada objeto me devolvía un recuerdo. Cada rincón tenía algo de los niños, de Brant, de mí misma, en una versión que ahora ya no sabía si volvería a reconocer.

Al final, me senté otra vez frente al móvil. Lo desbloqueé y abrí su perfil.

Última conexión: hacía seis días. Seis, no cinco.

Fruncí el ceño. Si no se había conectado desde entonces… ¿Qué significaba?

¿Podía alguien desaparecer así de repente, incluso de su propio teléfono? ¿O lo había apagado él, voluntariamente, para no tener que dar explicaciones?

Volví a sentir esa náusea amarga en el estómago. Ese nudo viejo de sentirme pequeña, poco importante, usada. No iba a buscarlo. No iba a llamarlo. No iba a escribirle desde otro número.

Pero tampoco podía negar que una parte de mí, la más idiota y la más herida, seguía esperando algo. Lo que fuese. Un mensaje. Una excusa. Un adiós que, al menos, tuviera la decencia de sonar sincero.

Me levanté, abrí la ventana y dejé que entrara el aire. Era tibio, con olor a verano. Me quedé mirando el cielo, con los ojos húmedos y los labios partidos.

Y en voz muy baja, casi sin darme cuenta, dije:

—¿Por qué te fuiste sin decir nada…?

La brisa no respondió. Y yo no tenía fuerzas para buscar más preguntas.

La mañana siguiente decidí moverme.

No porque me sintiera mejor, ni porque la tristeza me hubiera dado tregua, sino porque entendí que, si seguía parada, me iba a convertir en un mueble más de la casa. Una sombra con nombre. Y si algo me enseñaron mis hijos, incluso desde la distancia, es que una madre no se entierra en vida. No puede permitírselo. Aunque el corazón le supure.

Empecé por lo mínimo. Lavé la ropa acumulada en la cesta, cambié las sábanas, ordené los juguetes que ya nadie usaba. Me obligué a comer algo decente. Una ensalada, una crema caliente. Nada con sabor a alegría, pero suficiente para mantenerme en pie.

A media tarde, escuché el timbre de nuevo. Esta vez no fue un huracán el que entró, sino algo mucho más tierno: mis padres.

—Cari nos contó todo —dijo mi madre en cuanto entró, sin rodeos.

—¿Todo? —pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Brant —añadió mi padre desde el umbral, con su voz grave y pausada—. Que ha desaparecido. Que no has sabido nada de él.

Me limité a asentir. Mi madre se acercó y me acarició el rostro, como si aún tuviera diez años y acabara de caerme de la bicicleta.

—Brant era un buen hombre, Lola. Te trataba bien. Quería a los niños como si fueran suyos. No puede haberse ido así sin más… Algo le habrá pasado. Alguna urgencia. Tendrá una explicación.

Sentí cómo se me tensaban los hombros. Cerré los ojos un segundo, y al abrirlos, solté con un suspiro que ya no me cabía en el pecho.

—Por favor… no lo defendáis.

Mi madre me miró, desconcertada. Mi padre frunció ligeramente el ceño.

—Eso ya lo hice yo el segundo día. Me pasé horas buscándolo, llamando hospitales, inventando excusas por él. Y no. No apareció en ningún lado. Y no dio señales de vida. Porque se fue. Porque lo nuestro fue solo una aventura de verano, y yo… yo tengo que vivir con eso.

Se hizo un silencio incómodo, el tipo de silencio que solo los padres sabían cargar con dignidad. Mi madre se sentó en el borde del sofá, y con voz más suave me dijo:

—Pero, hija… lo viste con los niños. Lo que tú sentías no fue solo tuyo. ¿Y si de verdad ha pasado algo?

Negué con fuerza.

—No. Me habría llamado. Me habría escrito. Algo. Pero no. Eligió el silencio. Eligió irse. Así que, por favor, no me pidáis que crea otra cosa.

Mi padre me observó con esa mirada de hombre que había visto muchas cosas en la vida y que sabía cuándo insistir y cuándo dar un paso atrás. Se levantó con un suspiro, cogió la mano de mi madre y dijo:

—Está bien. No vamos a insistir. Solo queríamos asegurarnos de que estabas bien.

—Estoy sobreviviendo. Es lo mejor que puedo ofreceros ahora mismo.

Mi madre me abrazó antes de irse. Un gesto cálido, maternal, que me apretó justo en la herida.

Cuando cerraron la puerta, me derrumbé. Otra vez.

Me dejé caer en el sofá. Como una costumbre que ya había perdido sentido. Abrazada a los peluches, a los cojines, a los restos de una ilusión que se me escapó de las manos como arena.

Y pensé en Brant.

En cómo se inclinaba para abrochar los zapatos de Martín, en cómo le enseñaba a atarse los cordones sin impaciencia. En cómo ayudaba a Valeria a hacer torres con los cubos y la dejaba ganar siempre, porque decía que la sonrisa de una niña feliz valía más que cualquier récord de equilibrio.

Pensé en cómo los miraba. Como si fueran suyos.

Y fue entonces cuando me rompí de verdad.

Porque si ellos le recordaban… si cuando los viera de nuevo me preguntaban por él… si su carita se iluminaba con la esperanza de volver a jugar con Brant, de que él les leyera un cuento o los lanzara al aire con esa risa profunda que los hacía reír a carcajadas… ¿Qué iba a decirles?

¿Cómo les explicaba que ese hombre no iba a volver? ¿Cómo se le explica a un niño que alguien que parece quererte, desaparece sin motivo?

Me tapé la boca con las manos para ahogar el llanto, pero salió igual. Como un torrente de pena, rabia y amor traicionado.

Pensé en ellos. En mis mellizos. En sus voces. En sus risas. Y también en él. En Brant. Y me prometí, entre lágrimas, que no volvería a dejar que nadie me hiciera esto. Nadie.

Ni siquiera él.

Capítulo 42



Brant

Había llegado el momento.

Livorno me recibió con ese cielo mediterráneo azul que casi hacía olvidar lo que estaba a punto de suceder. Pero no a mí. No había espacio para distracciones ni paisajes bonitos. Esta vez no.

Conduje por la colina privada que llevaba a la mansión de Luca con la calma de alguien que había ensayado esta escena una y otra vez en su cabeza. La entrada principal, custodiada por dos hombres vestidos de negro, discretos, pero claramente armados, se abrió sin una palabra. Ya sabían que venía. Probablemente, Luca pensaba que tenía algo que negociar conmigo. Probablemente, creía que aún podía comprarme como al resto del mundo que lo rodeaba.

Qué mal le iba a saber descubrir la verdad.

Me detuve frente a la gran entrada de piedra, bajé del coche y eché una última mirada al maletín que llevaba en la mano. Dentro, todos los documentos que sellarían su caída. Cada prueba, cada testimonio, cada dato registrado con precisión. Le iba a enseñar su imperio desmoronándose hoja por hoja.

Uno de los empleados de la mansión me abrió la puerta. La entrada olía a mármol caro, a dinero sucio disfrazado de lujo. No saludé. No hacía falta.

Me condujeron a un salón amplio, de techos altos y cortinas pesadas, donde Luca me esperaba. Estaba de pie, junto a una copa de brandy. Tenía esa sonrisa soberbia que lo caracterizaba, la de alguien acostumbrado a ganar sin mancharse las manos.

—Brant Weber —dijo con tono teatral—. El famoso abogado alemán. Qué gusto conocerte por fin.

—No será un gusto cuando terminemos esta conversación —le contesté, sin molestarme en estrechar su mano.

Él rio, con esa carcajada forzada que usaban los hombres peligrosos para medir al rival. Pero yo ya lo tenía medido. Y ahora iba a hundirlo.

Caminé hasta la mesa de centro, dejé el maletín sobre ella y lo abrí.

—Vamos a ir directos al grano, Luca. No he venido a negociar. He venido a darte una oportunidad. La última que vas a tener.

Se cruzó de brazos, todavía con esa mueca de superioridad. Saqué los documentos y los extendí uno a uno frente a él.

—Aquí están las pruebas de tus transferencias a paraísos fiscales. Blanqueo de capitales. Transacciones encubiertas con empresas fantasma en Suiza y en otras muchas.

Pasó la vista por los papeles con rapidez, pero sin hablar.

—Aquí —continué— están los movimientos bancarios relacionados con la droga. Mulas, transporte marítimo, pagos a intermediarios. Nombres, fechas, rutas. Todo. Y esto —levanté un informe más grueso— es lo que hiciste en Alemania.

»Pagaste a médicos y enfermeros de un hospital de renombre para conseguir un corazón para tu actual pareja. Un corazón que iba destinado a una niña de quince años. Una niña que murió porque tú decidiste que la vida de tu mujer valía más.

Por primera vez, lo vi tragar saliva. Pero aún no había terminado.

—Y aquí —deslicé el último informe frente a él— está cómo le arrebataste ilegalmente a Lola la custodia de sus hijos. No hubo juicio, como aseguras. Hubo un soborno. Al juez, al fiscal, al funcionario del tribunal de menores. Todo está aquí, con nombres y cantidades.

—Eso es mentira —masculló, con los dientes apretados.

—No lo es. Todos han firmado declaraciones juradas. Todos se han desligado de ti. Años protegidos por tu dinero y ahora, todos, sin excepción, han decidido dejarte caer. Porque saben que esto se acabó, Luca. Tu red de contactos, tus influencias, tu fachada… todo se viene abajo.

Se incorporó, furioso, pero aún sin perder del todo el control.

—¡No sabes con quién estás hablando! Tengo contactos donde tú ni imaginas. Gente que puede destruirte en cuestión de horas. Hay lugares donde mi nombre aún vale más que el de cualquier político o juez —dijo, y sonreí.

—Claro que sé quiénes son tus contactos. Y también sé que tu socio en Colombia descubrió que le estabas robando dinero del que

le ayudas a blanquear. ¿Crees que va a mover un dedo por ayudarte?

La sorpresa en su rostro fue casi poética. Una mezcla perfecta de miedo y rabia.

—Esa era la cara que sabía que pondrías —dije con tranquilidad.

Saqué entonces los documentos que realmente importaban: la renuncia voluntaria a la custodia de Martín y Valeria, y un compromiso legal de alejamiento perpetuo hacia Lola y los niños.

—Vas a firmar esto. Aquí dice que renuncias a la custodia de Martín y Valeria. Que su madre tiene la custodia total. Que no te vas a acercar a ellos jamás. Y que ningún miembro de tu entorno se pondrá en contacto con ellos, ni intentará verlos o llevárselos.

»Porque si lo haces, tu estancia en la cárcel será un infierno. Y no lo digo como amenaza. Lo digo como advertencia. Sabes en qué cárcel están algunos hombres de tu socio colombiano. Y sabes que no se andan con tonterías.

—Es un farol. No tienes autoridad en Italia. Ni la policía ni tú podéis…

—Tengo la autoridad del mejor bufete internacional de Alemania. Y la policía está en camino. Llevan años detrás de ti, y nunca habían tenido pruebas. Hasta ahora.

Luca bajó la vista. Vi cómo tensaba la mandíbula. El sonido de su respiración se volvió áspero. Luego, apretó los puños, respiró hondo y volvió a hablar con rabia.

—Muy bien te habrá tenido que follar, Lola, para que hagas todo esto por ella. Porque no tiene dinero para pagarse a buenos

abogados. Solo se le da bien abrirse de piernas.

La ira me subió por la espalda como una ola helada. Pero no perdí el control. Le miré con la calma de un hombre que ya había ganado.

—No lo hago solo por Lola —le dije con voz baja pero firme—. Lo hago por la mujer que donó el corazón que tú desviaste. Por la niña que murió. Por los médicos que usaste. Por los niños que separaste de su madre. Y porque, como abogado, mi trabajo es impartir justicia. Hoy, tú eres al que se juzga.

Y firmó; muy a su pesar, firmó cada una de las hojas que tenía delante.

En ese momento, escuchamos pasos acercándose. La policía entró en la sala. Uniformados. Serios. Con una orden de arresto en la mano.

Detrás de ellos, apareció Gina, la mujer que había testificado. Sostenía la mano de Valeria, y a su lado venía Martín, algo desorientado. Cuando me vieron, sus rostros se iluminaron.

—¡Brant! —gritaron los dos al unísono.

Corrieron hacia mí, me arrodillé y los abracé con fuerza, besándolos en la sien. Sentí su pequeño corazón latiendo contra mi pecho.

—¿Queréis ver a vuestra *mamma*? —les susurré, con una sonrisa.

Los dos asintieron, con los ojos brillantes. No mentían. Amaban a su madre. Y ahora, iban a volver con ella.

Gina nos condujo fuera, dejándolo todo atrás. En el coche, camino al hotel, los niños no dejaban de hablar. Yo los miraba por el retrovisor y no podía evitar sonreír.

Cuando llegamos a la *suite*, se sentaron en el sofá a ver dibujos animados. Cogí el móvil y llamé a Karl.

—Todo ha salido bien. Ya estoy con los mellizos.

—Perfecto. Me pongo con el siguiente paso. Para cuando volváis, estará todo listo.

Colgué y me volví hacia ellos.

—Brant —dijo Valeria, extendiendo los brazos hacia mí. Martín hizo lo mismo.

Me senté en el sofá y los cogí a los dos, uno en cada pierna. Se acurrucaron contra mí, apoyando la cabeza en mi pecho, y los besé suavemente.

Y cerré los ojos, sintiendo una paz que no recordaba desde hacía años. Aquello era real. Ellos eran reales. Y el amor que sentía por su madre… también lo era.

El tren partió de Livorno al amanecer. Había preferido no coger un vuelo, no solo por la logística, sino por lo simbólico: necesitábamos un trayecto lento, sin prisas, en el que los niños pudieran transitar entre el miedo y la calma. Un avión era demasiado inmediato. Un tren te daba tiempo para comprender que las cosas habían cambiado.

Martín y Valeria dormían al principio, uno con la cabeza en mi muslo, la otra abrazada a mi brazo como si pudiera escaparme. No

dije nada. No me moví. Ni siquiera intenté revisar documentos ni mensajes. Dejé que el silencio de la cabina hiciera su trabajo. A veces, lo único que necesitaba un niño para sanar era no tener que hablar durante un rato.

Cuando despertaron, les ofrecí algo de comer. Gina, siempre previsora, nos había dejado una mochila con frutas, zumos, galletas y una manta suave que aún olía a casa.

—*¿Mamma?* —me preguntó Valeria, con voz de duda y esperanza a partes iguales.

—Sí —le respondí—. Vamos a casa. Con ella.

No dijeron nada más. Como si esa sola certeza bastara para derrumbar todos los muros que Luca había construido entre ellos y su madre. Comenzaron a hablar, a reírse entre ellos, a enseñarme dibujos que hacían en sus libretas con ceras de colores. Me pidieron que les contara un cuento, y me inventé una historia sobre mi hermano Karl y yo construyendo una cabaña que se cayó en menos de cinco minutos. No era del todo mentira.

Hicimos transbordo en Florencia. Allí les compré un helado y fuimos a sentarnos en la escalinata de la estación, como si fuéramos turistas que no tenían prisa. Me observaban todo el tiempo.

Cuando subimos al segundo tren, llamé a Karl.

—¿Está todo listo?

—Todo. Lola no sabe nada aún.

—¿Y está bien?

—Está… triste, pero cuando los vea, se le pasará, seguro.

—Gracias, Karl. Te debo más de una.

—Me conformo con que me invites a cenar cuando esto acabe.

Colgué y miré a los mellizos. Dormitaban, exhaustos, ya de tanto viaje, con las mejillas sonrojadas por el calor del tren y la emoción del día. Me sentí extraño. No como un héroe. Más bien como alguien que simplemente había hecho lo que debía. Y, sin embargo, dentro de mí, algo se movía, como un engranaje antiguo que volvía a encajar: la idea de familia.

Llegamos al hotel a media tarde. Era un lugar discreto, de esos con fachada *beige* y cortinas pesadas que parecían pertenecer a otra época. Cari nos recibió en la entrada con una sonrisa apenas contenida.

—¿Todo bien? —me preguntó en voz baja y asentí.

—Perfecto. ¿Está preparada?

—Está arriba. Le dije que bajara en media hora al restaurante. Cree que es para comer conmigo y casi me mata por obligarla. —Volteó los ojos.

—Perfecto —respondí, mientras cogía a los niños de la mano.

Subimos al ascensor. Martín me miraba fijamente, como si tratara de leer mis pensamientos. Cuando las puertas se abrieron, Valeria corrió pasillo adelante como si supiera a dónde ir. Se detuvo frente a la habitación que Karl había reservado para Lola.

—*¿Mamma?* —preguntó, con un hilo de voz.

—Sí, vuestra *mamma* está ahí —le respondí—. Pero no vamos a entrar. Vamos a esperar a que ella baje. Os va a ver desde abajo, en el restaurante. Será una sorpresa.

Los dos se miraron. Valeria se mordió el labio. Martín frunció el ceño, indeciso. No hablaban ni entendían mucho del mundo aún, pero era como si en sus cabecitas pensaran que algo podría salir mal. Me agaché frente a él y le puse las manos en los hombros.

—Os ha echado mucho de menos, y está deseando veros, os lo aseguro.

Valeria me abrazó de repente y sentí su cuerpecito temblar.

—Vamos, hora de esperar a *mamma* —dije, y los dos sonrieron cogiéndome de nuevo la mano.

Capítulo 43



Brant

El restaurante estaba casi vacío, como habíamos planeado. Karl se había encargado de reservar la mitad del comedor para evitar miradas incómodas. Los niños se escondieron detrás de un biombo de mimbre, apenas conteniendo la emoción.

Yo me senté solo en una mesa junto a la ventana, fingiendo mirar el móvil. Entonces vi entrar a Lola.

Llevaba un vestido sencillo, oscuro, y el pelo recogido en un moño bajo que no le quitaba ni un ápice de su belleza cansada. Se notaba en sus ojos que no había dormido bien. Buscaba con la mirada a Cari, pero me encontró a mí. Caminó hacia mí, lenta, como si temiera que una palabra pudiera romper la tensión.

—Brant —dijo, apenas un susurro—. ¿Qué haces aquí?

—Lamento cómo me fui, pero tenía que hacerlo.

—No necesito explicaciones, de verdad que no. Y voy a matar a Cari por esto.

Se quedó en silencio, cerrando los ojos por un instante.

—Alguien quiere verte —dije, y ella frunció el ceño.

Hice una seña hacia el biombo. Un segundo de silencio. Y luego, dos pares de zapatillas corriendo por el suelo pulido.

—¡Mamma!

Martín y Valeria gritaron con una alegría que hizo girar a todo el restaurante.

Lola se levantó de golpe. Dio un paso, y luego otro, como si no creyera lo que estaba viendo. Se agachó en cuanto los tuvo cerca. Ellos se lanzaron a sus brazos, llorando, riendo, gritando ese «*mamma*» una y otra vez como si fuera la única palabra que supieran pronunciar.

—¡Mamma, mamma, mamma!

—Mis bebés… mis amores… —repetía ella, abrazándolos tan fuerte que parecía querer fundirse con sus cuerpos.

Yo no me moví. No podía. La escena me dejó clavado al suelo, viendo cómo la vida se restauraba en el cuerpo de una madre que había sido mutilada de sus propios hijos. Cómo el amor encontraba el camino incluso después de haber sido enterrado bajo tanto dolor.

Lola me miró por encima de sus hombros, aún con los ojos mojados.

—Gracias —me dijo.

Yo negué con la cabeza.

—No tienes que agradecerme nada. Solo vivir con ellos. Eso es todo lo que importa.

Se sentaron juntos en la mesa; los niños hablaban sin parar, contándole todo lo que habían hecho en el viaje, lo que comieron, lo que soñaron. Ella los escuchaba como si cada palabra fuera un regalo.

Yo me alejé un poco, dejándoles ese espacio. Me apoyé en la barra del restaurante, observando. Karl llegó a mi lado con una copa de vino blanco en la mano.

—Creo que no he visto algo así en mi vida —dijo.

—Yo tampoco.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora… empieza de verdad la historia.

Ella seguía abrazada a los mellizos cuando me acerqué. Aún temblaba. No dejaba de besarlos, de peinarles el pelo con los dedos, de repetir sus nombres entre lágrimas y risas que se solapaban sin orden.

No me atrevía a interrumpirla. Ese era su momento.

Pero entonces, sus ojos se cruzaron con los míos. Y lo vi. Detrás de la gratitud, detrás de la incredulidad, detrás de todo… estaba el dolor. No el del pasado. Sino el reciente. El que yo había provocado.

Lentamente, se incorporó. Dejó que Cari llevara a los niños a la zona del jardín, y caminó hacia mí. Tenía la piel pálida, los labios partidos, la mirada herida.

—¿Por qué? —susurró, con la voz quebrada— ¿Por qué desapareciste?

Me quedé callado un segundo. No porque no supiera qué decir, sino porque sabía que cualquier palabra que no fuera la verdad le haría más daño.

—Tenía que irme —le dije por fin—. No podía decirte nada. No sin poner en peligro todo lo que estaba por hacer.

Ella dio un paso más cerca. No había rabia en sus ojos, pero sí una tristeza tan profunda que me dolía en los huesos.

—Creí que te habías ido sin más. Como una aventura de verano que se acaba. Ni una llamada. Ni un mensaje. Te llamé y solo sonaba el buzón. Pensé que… —Se le quebró la voz—. Pensé que lo único que querías era acostarte conmigo. Que ya habías tenido lo que buscabas.

—Lola, no… —Traté de acercarme, pero ella levantó una mano. No para apartarme, sino para que hablara.

—Dímelo. Todo. Lo que ha pasado.

Tragué saliva y asentí. Lo merecía. Lo necesitaba.

—Vine a España porque había algo que necesitaba confirmar. El corazón que recibió la pareja de Luca… fue comprado. Ilegalmente. Descubrimos que el receptor final no era el original, no era la niña de quince años que estaba en lista de espera, e iba a recibir ese corazón. Alguien con mucho dinero… intervino. Y pagó para que el trasplante fuera para otra persona.

Ella me miraba sin pestañear, confundida.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Ese corazón… —respiré hondo— Era el de mi mujer.

Sus labios se entreabrieron. El silencio se volvió denso, inmóvil.

—¿Tu mujer?

—Sí. Firmó como donante antes de morir. Como te dije, mi hermano es médico, sabía quién iba a recibir su corazón, pero al final lo hizo. Hasta que descubrimos que el culpable de eso fue Luca. Él lo compró. Pensé que lo había hecho por ti. Que eras tú quien lo había recibido.

Ella negó lentamente con el gesto descompuesto; estaba ahora incluso más pálida que antes.

—Yo nunca… yo nunca estuve enferma del corazón.

—Lo sé. La primera noche, cuando te vi desnuda, busqué esa cicatriz. No la encontré. Y cuando me contaste tu historia… lo entendí. No era para ti. Era para su nueva pareja.

La rabia y el aso le cruzaron el rostro.

—¿Él… le quitó el corazón a una niña? ¿Por… por ella?

—Sí. Y eso solo fue el comienzo. Empezamos a investigar todo lo que rodeaba a Luca. Descubrimos los pagos ilegales, las conexiones con el cartel, el blanqueo de dinero, las rutas de tráfico. Todo.

—Siempre supe que tenía poder, Brant. Pero no que pudiera llegar tan lejos.

—Lo hizo. Pagó al juez, a los abogados, a los fiscales. Nunca hubo un juicio de verdad por la custodia de los mellizos, Lola. Solo dinero. Y miedo. Te quitó a tus hijos porque pudo comprar cada pieza del sistema.

Ella se llevó una mano a la boca y las lágrimas volvían a subirle por los ojos. Pero esta vez no eran solo de dolor. Había incredulidad. Rabia contenida.

—¿Y qué ha pasado? —susurró— ¿Qué has hecho tú?

—Le he hecho firmar su renuncia voluntaria a los mellizos para siempre —contesté mirándola fijamente a los ojos—. También firmó que no volverá a ponerse en contacto contigo ni con ellos. Y nadie de su entorno podrá acercarse. Si lo hacen, ya saben lo que les espera.

—¿Qué va a pasar con él?

—Está en la cárcel. Por todo. El tráfico, el blanqueo, el caso del corazón… No saldrá jamás. También me encargué de que el juez y todos los implicados en tu caso de divorcio hayan sido retirados de sus cargos. No podrán ejercer nunca más. En ningún país.

Ella dio un paso hacia atrás, y se tambaleó. La sujeté antes de que cayera y me miró como si no supiera si podía creerme.

—¿De verdad… los niños van a quedarse conmigo?

Sonreí y le acaricié el rostro, despacio.

—Sí, Lola. Son tuyos. Nadie podrá quitártelos nunca más.

Sus labios temblaron y se echó a llorar sin contención. Me abrazó con fuerza y en ese abrazo me hundí yo también. Había sido más difícil de lo que imaginé, pero ahora todo tenía sentido.

—Siento haberte hecho pensar que me fui —le susurré—. Pero quería estar centrado en lo que debía hacer. Quería devolverte tu sonrisa. Tu vida.

Ella me besó. Fue un beso tembloroso, roto por las lágrimas, pero tan verdadero que me hizo cerrar los ojos.

Cuando se separó, me miró fijamente. Yo le cogí las manos con cuidado.

—Lola, quiero vivir esta historia contigo. De verdad. Entre Alemania y España, si es necesario. Tengo trabajo allí, lo sabes. Pero vendré siempre que pueda. Si tú me aceptas. Si me dejas ser parte de tu vida. De la vida de ellos.

Estaba a punto de responder cuando las voces de los mellizos rompieron el momento.

—¡Brant! —gritaron al unísono— ¡Hambre!

Corrieron hacia nosotros. Martín se aferró a mi pierna, Valeria me rodeó la cintura y apoyó la cabeza en mi costado.

Lola los miró y sonrió entre lágrimas. Yo también sonreí.

—Parece que ya te han aceptado por mí —dijo ella con una risa suave—. Incluso antes de que tú lo propusieras.

Los abracé a todos, a los tres, y los besé. Primero, a los niños en la cabeza. Luego a ella. Un beso sereno, profundo, lleno de promesas.

Nos fuimos a comer juntos, los cuatro. Y mientras compartíamos la mesa, con los mellizos riendo, y Lola mirándome con esa mezcla de asombro y amor, yo solo pensaba una cosa:

Ese era solo el primer paso hacia la felicidad que tanto merecíamos.

Capítulo 44



Brant

Habían pasado ya varios meses desde que volví a abrazar a Lola y a los mellizos por primera vez, después de aquella tormenta que casi se lo lleva todo. Y aunque el calendario avanzara como si nada, para mí cada día desde entonces había sido un regalo.

Volaba a España tanto como podía. Y cuando no podía, trabajaba el doble para que pronto pudiera hacerlo. No solo era por Lola. Era por los tres. Por Martín y Valeria, que me recibían con los brazos abiertos y la mejor de sus sonrisas en cada visita. Por ella, que me esperaba con la mirada llena de luz y esa calma que solo encontraba quien había sobrevivido a la guerra.

Aprendí los horarios de la guardería, las canciones que les gustaban y hasta a entender sus primeras frases en español, que mezclaban con las palabras alemanas que yo les enseñaba sin querer, entre juegos y cuentos antes de dormir.

«Guten Nacht, Brant» decía Valeria cada noche, con su vocecita suave y dulce, justo antes de estamparme un beso en la mejilla. Martín, más travieso, prefería decir *«buenas nacht»*, como una mezcla de ambos mundos. Y yo, cada vez que los escuchaba, sentía

que ya no importaba dónde había nacido. Mi hogar ahora tenía su idioma.

Los padres de Lola me aceptaron con una gratitud que me desarmó desde el principio. No hubo interrogatorios ni distancias. Solo una mirada directa del padre, un apretón de manos largo y esas palabras sencillas que aún hoy recordaba con claridad.

—*Gracias por traer de vuelta a mi hija.*

Sabían lo que había hecho. Cari se lo había contado todo, con detalles. Esa mujer había sido clave para la sorpresa que le di a Lola; nunca estaría lo suficientemente agradecido con ella.

Y aunque sus padres jamás me lo dijeron, su abrazo silencioso en la primera cena que compartimos en su casa me hizo entender que aquello que había hecho por Lola, por los niños… también los había salvado a ellos.
Habían vuelto a ver a su hija sonreír. Y eso bastaba.

Ahora, estábamos en plena Navidad. Y qué Navidad.

Habíamos celebrado la Nochebuena y la Navidad con los padres de Lola, en su casa. Había luces por todas partes, árboles decorados hasta el último rincón, villancicos en español sonando sin descanso y el aroma a canela, chocolate caliente y leña en el aire.

Los niños no podían estar más felices. Había regalos, sí, pero sobre todo amor. Risas. Juegos. Fotografías eternas de pequeños momentos. Martín con la nariz manchada de turrón y Valeria cantando *Campana sobre campana* con un gorrito de duende mal puesto.

Y Lola. Siempre, Lola. Con un vestido verde oscuro que le resaltaba los ojos y esa forma de moverse por la casa como si cada rincón le perteneciera. Como si fuera la dueña de todas las cosas buenas que estaban pasando. Porque lo era.

Faltaban solo dos días para Año Nuevo y lo tenía todo listo. Llevaba un mes planeándolo. Cada palabra. Cada gesto. El lugar. La cena. La música.

Esta noche, iba a pedirle que se casara conmigo.

Había elegido un pequeño restaurante apartado, escondido entre las rocas de una cala tranquila, justo a las afueras. Solo se podía acceder por un sendero que bordeaba la costa, iluminado con faroles tenues y el sonido del mar acompañando cada paso.

El lugar tenía algo especial. No era solo romántico, era como si la naturaleza misma conspirara para hacerlo perfecto. Las mesas estaban sobre una plataforma de madera, extendida sobre la arena, a solo unos metros de las olas. Esa noche, solo había una mesa preparada.
La nuestra.

Rodeada de farolillos de cristal colgando de una pérgola de madera decorada con ramas de pino, pequeñas flores blancas y cintas color marfil. Velas altas parpadeaban suavemente junto a una cubertería de plata antigua y copas de cristal tallado. Música romántica sonaba a un volumen casi susurrado. Una mezcla de baladas en inglés, canciones de amor clásicas y alguna melodía instrumental que había elegido especialmente.

Lola se quedó sin palabras cuando llegamos. La vi detenerse justo antes de alcanzar la mesa, con una sonrisa que intentaba disimular el asombro.

—Brant… —dijo bajito— ¿Has hecho esto tú?

—Con ayuda, claro —sonreí, ofreciéndole la silla—. Pero la idea fue mía. Solo quería que esta noche fuera… nuestra.

Se sentó despacio, todavía mirando a su alrededor, como si intentara memorizar cada detalle.

—¿Y los niños?

—Dormidos en casa de tus padres. Cari se ha quedado a dormir con ellos. Nos hemos ganado esta noche a solas, ¿no crees?

Sonrió con ternura. No hizo falta que dijera nada más.

El menú era sencillo, pero pensado al detalle. Un primer plato de *risotto* de setas con aceite de trufa blanca. El segundo, solomillo de ternera con reducción de vino tinto y crujiente de parmesano, acompañado por verduras asadas al romero.

—Brant, esto está… —Cerró los ojos al probar el *risotto*—. Increíble. ¿Dónde has encontrado este sitio?

—Lo vi hace meses. Pensé que sería perfecto para una noche así. Y bueno… quería darte algo más que buena comida —dije, y se rio bajito.

—Me estás malacostumbrando.

—Ese es el plan —respondí, levantando mi copa—. Por muchas noches así. Y por ti.

Chocamos las copas y bebimos. Había paz en sus ojos. Una felicidad serena, sin sobresaltos. La misma que yo sentía.

Hablamos de los niños. De cómo Martín intentaba ahora inventarse palabras en alemán. De cómo Valeria ya imitaba a su madre con gestos cuando le corregía. Reímos. Bromeamos. Y durante un instante, solo fuimos dos personas enamoradas compartiendo una noche perfecta frente al mar.

Después del postre —una tarta de queso con frutos rojos que la hizo cerrar los ojos de puro placer—, me pise en pie y le tendí la mano.

—¿Me concede un paseo, señora?

—Aún no soy señora de nadie —dijo divertida, aceptando mi mano.

—Ya veremos.

Y caminamos por la orilla, descalzos, sintiendo la arena húmeda bajo los pies, y el rumor del mar cubriéndonos de fondo. La luna llena lo bañaba todo con su luz plateada, reflejándose en las olas que rompían suaves a pocos metros de nosotros.

Su mano en la mía. El olor del salitre. El viento jugando con su pelo. Era el momento.

Caminamos en silencio durante un rato, dejando que fueran las olas quienes hablaran por nosotros. Lola apretaba mi mano con suavidad, como si no quisiera romper la magia de ese momento. El vestido largo que llevaba rozaba la arena húmeda y el viento le acariciaba el cabello con ternura.

Me detuve cuando encontramos una zona donde la playa se abría un poco más, formando un pequeño arco entre dos peñascos. Allí, la

luna parecía más cerca.

—¿Sabes qué estaba haciendo exactamente hace un año? —le pregunté, y Lola me miró de perfil, curiosa.

—No… ¿Qué?

—Luchando por mantenerme a flote. Vivía por inercia, con una casa llena de recuerdos y demasiadas habitaciones vacías. No tenía propósito. Me despertaba y dormía con el mismo vacío. Hasta que la búsqueda de la verdad me trajo a este país. Y luego, te conocí.

Ella bajó la mirada. No dijo nada. Su silencio me dio el valor que necesitaba.

—Lo que sentí por ti fue inmediato, pero no supe cómo nombrarlo hasta que vi cómo cuidabas a tus hijos… incluso rota por dentro. Cómo les dabas todo tu amor, sin reservas, sin condiciones. Cómo sobrevivías cada día con ese dolor. Y, aun así, sonreías.

—Brant… —susurró.

—Vi en ti la fuerza más hermosa que he conocido. Y sin darme cuenta, tú y esos niños… me enseñasteis a vivir de nuevo. Me hicisteis parte de algo que ni sabía que necesitaba. Me hicisteis familia.

Me puse de rodillas, sacando la pequeña caja de terciopelo del bolsillo interior de mi chaqueta. Ella se llevó las manos a la boca.

—Lola… te amo con cada rincón de mi alma. Y sé que nunca podré agradecerte suficiente por dejarme formar parte de tu mundo, por dejarme amar a esos niños como si fueran míos, por darme un hogar lejos del mío. Pero puedo prometerte algo esta noche: que

cada día de mi vida voy a levantarme con una sola intención: hacerte feliz. A ti, y a ellos.

Abrí la caja y dentro, revelé un anillo sencillo, de oro blanco, con un pequeño zafiro azul rodeado de diamantes. Elegante. Fiel a ella.

—¿Quieres casarte conmigo, Lola? ¿Quieres ser mi esposa hasta el último de mis días?

Ella rompió a llorar al instante. No esas lágrimas silenciosas, sino ese llanto entrecortado que solo nacía cuando el alma se desbordaba. Asintió con fuerza, temblando.

—Sí… sí, Brant… —balbuceó entre lágrimas— Claro que sí.

Me lancé a abrazarla mientras ella caía de rodillas conmigo en la arena, y nos besamos como si todo el mar girara a nuestro alrededor. Como si el mundo entero se hubiera detenido en ese instante exacto.

Sentí su corazón latir acelerado junto al mío. Sentí la sal en su mejilla. El calor de su cuerpo en mis brazos.

Y mientras la luna brillaba sobre nosotros y las olas seguían rompiendo suavemente a pocos metros, pensé que aquel viaje a España había cambiado mi vida para siempre. Que descubrir la verdad, luchar por ella y volver a traer a Lola y a los mellizos a donde pertenecían… había sido el mayor acto de amor que jamás había realizado.

Y que, a partir de ahora, no haría otra cosa que seguir amándolos. A los tres. Cada día. Cada año. Hasta el último de mis días.

Capítulo 45



Lola

Justo un año había pasado desde que mis ángeles y mi héroe estaban en mi vida, gracias a Brant que transformó mi mundo por completo.

¿Qué decir cuando es imposible describir con palabras todo lo que estás viviendo y sintiendo? Pues que sobraba todo aquello que no eran hechos, esos que hablaban por sí solos, esos mismos que me habían hecho volver a creer en el amor de una forma que ni yo misma pude llegar a imaginar antes.

Era sorprendente poder echar la vista atrás y entender que, cuando sales de una relación tóxica y tan tormentosa como me pasó a mí con Luca, piensas que la vida se acaba y que nada volverá a ser tan bonito como creías estar viviendo. Menos aún, cuando llegas a tener claro que no volverás a recuperar a tus hijos por culpa del demonio del que te enamoraste un día.

Nada que ver con la realidad, porque cuando menos lo esperas, cuando tu corazón parece que está blindado, pasa algo que da un giro radical a tu vida y te sorprende de tal manera que te enseña que aquello que conociste no tenía nada que ver con el amor.

Con mi alemán favorito entendí que el amor viene cuando hay respeto mutuo, apoyo y unión entre dos personas que emanan la misma aura de felicidad. Ese era nuestro caso, éramos dos imanes que se atraían con fuerza para volverse uno y mirar en la misma dirección.

Terminé de vestirme para la celebración de mi boda, bajo las atentas y emocionadas miradas de mi madre y de Cari. Era un instante que nunca imaginé repetir, y, sin embargo, ahí estaba: ilusionada, segura, confiada y feliz. ¿Quién me lo habría dicho tras tanta incertidumbre, miedo y dolor?

—Mamá, Martín me ha dicho fea —se quejó Valeria.

Entró corriendo en la habitación y vino directa hacia mí.

—Cariño, hoy no me la montéis. —Me reí cogiéndola en brazos.

Le di un abrazo fuerte y un beso sonoro en la mejilla, haciéndola reír.

—¡Pareces una princesa! —dijo emocionada y le sonreí con todo el amor que sentía por ella.

—Gracias, mi vida.

—Se me ha escapado —habló de repente mi padre, refiriéndose a la niña.

Apareció sujetando a Martín de la mano. Mi hijo también tenía algo que decir, como no.

—Mamá, Valeria, me ha dicho que soy torpe —se quejó.

No podía ser de otra forma, las quejas y las lamentaciones venían de dos en dos.

—Vale, me los llevo —intervino mi madre riendo.

Le hizo un gesto a mi padre, mientras me quitaba a Valeria de los brazos.

—Portaos bien, por favor. Es mi día y tenéis que apoyar a mamá —les pedí acariciándoles la cara.

—Pues no le voy a hablar.

—Martín, por favor. —Carraspeé.

Mi madre sonrió negando y Cari volteó los ojos, a sabiendas de que dijese lo que dijese, los niños iban a tener sus momentos.

La maquilladora y la peluquera ya habían hecho su trabajo y se habían marchado. Estaba feliz con el resultado que habían conseguido, ya que me veía de lo más natural. Me decanté por un peinado en el que me habían recogido el pelo en una trenza, con la raya en medio. Me favorecía mucho.

Y sí, como había dicho mi hija, parecía una princesa, pero a mi modo y mi estilo. Estaba encantada con el vestido. Era de tirantes finitos, con un escote que se entallaba a mi pecho perfectamente. Entero de hilo, caía hasta el suelo con una ligera cola curvada en la parte de atrás. Nada que ver con las novias tradicionales, ni con el vestido que llevé la vez anterior.

Me entraban picores y escalofríos, de los malos, solo de recordarlo. La sencillez sería la que brillaría en nuestro día porque así lo

deseábamos Brant y yo. Es más, en vez de ropa interior, debajo llevaba un bikini del mismo tejido y color que era una monería.

Me encontraba en la *suite* del pequeño hotel que habíamos cerrado exclusivamente para nuestro evento, para una estancia íntima que alargaríamos durante cuatro días. Ubicado en la playa, en una cala privada, a unos kilómetros de mi ciudad, disponía de piscina infinita y de unos jardines preciosos, pequeños, pero toda una maravilla a pie del mar.

El alojamiento contaba con catorce habitaciones que eran en las que se habían alojado los invitados, incluidos nosotros. Como decía, queríamos algo sencillo e íntimo, no por eso no iba a contar con innumerables detalles que lo harían todo más especial.

En el jardín ya estaban preparadas las mesas redondas adornadas con manteles blancos, y los centros los decoraban farolillos blancos, jarrones rectangulares con margaritas, y caracolas de mar. Desde la habitación se veían preciosas, todo el exterior estaba impecable y preparado para recibirnos. No faltaba la barra de madera y las zonas para acomodarse a charlar cuando llegase el momento de tomarse una copa más tranquilos.

Todos llegamos el día anterior, el jueves, ya que nuestra pretensión era celebrar hoy la boda y disfrutar aquí hasta el domingo, con todos nuestros seres queridos.

La ceremonia oficial la celebramos el día anterior por la mañana, en el juzgado, donde también estuvieron todos presentes, acompañándonos. Fue algo sencillo, yo fui con un vestido blanco por encima de las rodillas y Brant con un conjunto muy ibicenco, como llevaría hoy también.

Una vez casados, fuimos a comer con todos a un restaurante en el que reservamos para deleitarnos con un buen surtido de marisco. Al

terminar, nos vinimos al hotel para al día siguiente, hoy, celebrar el banquete como nosotros realmente queríamos.

Este viernes para mí era muy especial, porque iba a festejar este momento tan bonito que estaba viviendo junto al que ya era mi marido. Sin prisas, sin nervios por el enlace, listos para salir y comernos el día que con tanta ilusión habíamos preparado.

Con mis niños, esos que cada vez estaban más avispados y formando revuelos entre ellos. A pesar de que no podían estar el uno sin el otro, se buscaban continuamente. Me endulzaban la vida gracias a Brant, el hombre, en mayúsculas, que me devolvió a mis grandes amores y las ganas de vivir con plenitud.

Cari abrió una botella de vino y sirvió dos copas. Me ofreció una, para tomárnoslas en la intimidad, antes de salir de la *suite* para encontrarnos con Brant y con el resto de los invitados: mi familia de sangre y de corazón.

—Estás radiante, cariño. —Me acarició la cara mi amiga.

—Me siento así —le confirmé con una gran sonrisa.

—Como debe ser, joder.

Lo dijo con tanto entusiasmo que terminamos riéndonos las dos. Nos abrazamos en silencio, durante unos segundos, diciéndonos sin palabras lo que significábamos para la otra.

—Por una celebración espectacular. —Levantó su copa y yo hice lo mismo.

—Y por unos días inolvidables —añadí.

—Eso, sin duda. —Me hizo un guiño—. Tenemos todo el hotel para nosotros hasta el domingo, hay que darle buen uso a los interiores y exteriores —dijo con picardía.

—Mmm… ¿he notado algo? ¿Hay algún mensaje oculto en tus intenciones?

—Calla que has estado rodeada de Brant y de los niños, y no sabes cómo me puso tu cuñadito ayer. —Bufó.

—¿Karl? ¿Qué te dijo? —Agrandé los ojos, sorprendida.

—Nada. —Soltó una carcajada—. Ese es el problema, que no tuvo que abrir la boca mucho más que para presentarse en condiciones y saludarme. Chica, pero solo con eso me tembló todo. —Volteó los ojos—. Está tremendo y verlo tan guapo ayer vestido para la boda, y sabiendo lo que esconde debajo de tanta tela por el primer día que coincidimos con ellos en la cala… ¡Qué no soy de piedra! Y encima esa sonrisilla que tiene continuamente en los labios… —suspiró.

—¿Te vas a liar con mi cuñado? —Apreté los labios, sin podérmelo creer, pero divertida y emocionada.

—Créeme cuando te digo que ese hombre no se me escapa. —Me hizo un guiño—. Al menos hasta el domingo que nos vayamos de aquí, claro. —Se encogió de hombros.

—Ay, Cari… —Nos reímos.

Empezó a canturrear el nombre de Karl creando una canción improvisada y durante un buen rato, mientras bebíamos, no pudimos dejar de reír.

—Vamos, no quiero retrasarme más —le pedí colocando la copa vacía en una mesa—. ¿Llevas debajo el bikini?

—Pues claro —dijo animada—, de tanga, por si quieres más detalles. La ocasión lo merece.

Soltó una carcajada cuando la miré con picardía. Estaba imparable, iba con todo por delante para conseguir que mi cuñado se fijara en ella, o quién sabe, quizá ya lo había hecho y solo le faltaba que diera el último paso.

Necesitaba comprobarlo con mis propios ojos porque durante el día de ayer solo pude estar centrada en mi reciente marido, mis hijos, y en nuestros familiares, para que todo estuviera bien y se sintieran a gusto.

Me pasé las manos por la falda del vestido, nerviosa, como si fuese a casarme de nuevo. Encontrarme con Brant me ponía así y me encantaba el revoltillo que sentía en el estómago ante la anticipación.

Salimos de la *suite* con los brazos entrelazados, mirándonos con una sonrisa cómplice. Nos montamos en el ascensor y cuando las puertas se abrieron en la planta baja, mi emoción aumentó al ver a unos metros de distancia a Brant, junto a su hermano Karl, sus padres, Wanda y Vinzenz, mis padres, Elena y Pablo, y un primo de Brant, Roland. El resto debían estar ya en el exterior, seguramente más de uno corriendo detrás de mis hijos.

Todos se giraron hacia nosotras y si no fuese porque iba agarrada de Cari, las piernas me habrían fallado al ver cómo me miró mi marido.

—Joder, nena, esta noche promete para ti, o quizá mucho antes. —Rio mi amiga, dándose cuenta también.

—Todas las que he pasado con Brant han sido así.

—¡Qué rabia te tengo! —Jadeó y esta vez fui yo la que rio con ganas.

Cuando llegamos junto al grupo los saludamos con abrazos y besos.

—Hola, señora Weber —me susurró al oído Brant.

—Hola, señor Weber. ¿Me has echado de menos?

—Como siempre, demasiado. —Me hizo un guiño—. Estás preciosa, cariño.

—Tú también —le acaricié la camisa a la altura del pecho.

Nos besamos sin dejar de mirarnos, y los silbidos no tardaron en llegar. Vinieron de Cari, Karl y Roland, mientras nuestros padres nos miraban felices.

Cogidos de las manos salimos al jardín, encontrándonos con los demás. Los camareros, con un gesto de Brant, empezaron a moverse y a salir con bandejas. De pie, sobre el césped, con todos los asistentes descalzos, disfrutamos de tentempiés con cócteles, vino o champán, al gusto de cada uno.

Mis hijos, Valeria y Martín, iban de un lado al otro, sin poder estarse quietos. Corrieron, se sentaron sobre el césped algunos minutos, jugaron, se pelearon, se abrazaron y se dijeron cosas con complicidad, hablándose bajito. Se me caía la baba con ellos.

Llegó el momento de ocupar las mesas, donde nos sentamos ocupando cada uno su silla. El convite empezó con la entrada de los primeros platos con la música de fondo, acompañando los pasos de todos los camareros. Brant no dejó de susurrarme al oído palabras que me enternecían, como también me incendiaban.

Con las manos unidas encima de la mesa, nuestras miradas se encontraban continuamente. Los ojos se me iban hacia él porque notaba su atención puesta en mí. No dejaba de sonreírle, emocionada e inmensamente feliz, gesto que él me devolvía como un reflejo de nuestras emociones.

La felicidad se notaba en el ambiente, inundaba cada rincón, los comentarios divertidos hacia nosotros no faltaron en ningún momento. Las risas nos rodeaban, la de Brant y la mía se unían a las del resto, disfrutando de una celebración muy especial. Aunque hubiese soñado con este momento, no habría imaginado uno igual de idílico.

Valeria y Martín se sentaron entre los padres de Brant y los míos, querían hacerse cargo de los pequeños para dejarnos disfrutar con más libertad de nuestro día. Mi marido y yo nos reíamos mucho cada vez de que veíamos cómo los niños llevaban a los abuelos por donde querían. Normalmente, enamoraban y era difícil resistirse a ellos.

Con el segundo plato, todos los invitados fueron levantándose de sus sillas para decirnos unas palabras. Como si lo hubiesen acordado, se sincronizaron a la perfección. Nos conmovieron mucho por todas las palabras de cariño que nos dedicaron, así como cuando nos deseaban que continuáramos siendo tan felices como este día, que nos merecíamos lo mejor.

Fue muy emotivo, a mí se escapó alguna lagrimilla y Brant hizo un gran esfuerzo de contención.

Capítulo 46



Lola

Durante todo el tiempo que duró el convite, no pude dejar de observar con diversión a Cari. Estaba sentada en la misma mesa que Karl, frente a él. No había sido algo calculado, a propósito, dado que hasta hacía poco no había podido tener un rato de intimidad con mi amiga. Pero el resultado no podía haber sido mejor. Simplemente, decidimos que nuestros hermanos, como yo sentía a Cari, debían estar en la misma mesa.

Con el pie, le di un golpecito al de Brant y señalé hacia ellos, disimuladamente, con un gesto de la cabeza.

—¿Tu hermano te ha dicho algo? —le pregunté con diversión, hablando bajito.

En ese momento, Cari y Karl estaban hablando entre ellos, y las sonrisas y los gestos de ambos nos daban muchos datos.

—No —respondió con humor, pero también sorprendido.

Nos miramos y nos reímos, después de ver un juego de sus pies por debajo de la mesa.

Llegó el turno de los postres y justo cuando mi marido y yo nos los terminamos, él se levantó despacio, haciéndome un guiño.

—Estamos muy felices por compartir este día y hasta el domingo con vosotros. —Alzó la voz Brant, captando la atención de los invitados. Se oyeron silbidos y aplausos—. Todos habéis hablado con mucho cariño y amor hacia nosotros, nos habéis emocionado. Y como no voy a quedarme atrás…

Retiró la silla a su espalda con la pierna y se giró hacia mí. Me ofreció las manos y coloqué las mías temblorosas sobre las suyas, para quedarme de pie frente a él.

—Eres la mujer de mi vida, Lola, el motor que la impulsa. Contigo he tenido el mejor regalo que jamás podría haber imaginado. Eres preciosa, cariñosa, divertida, sentimental, una madre increíble, una esposa y compañera excepcional. Nos complementamos a la perfección y me vuelves loco en todos los sentidos, porque contigo me siento más fuerte y valiente.

»Tú eres mi fuerza y mi camino en la vida, el mejor y el único. Nunca podría haber soñado con una felicidad como la que me diste en cuanto nos conocimos en persona. Eres y serás siempre el centro de mi existencia. Quiero que sepas, desde lo más profundo de mi corazón, que una y mil veces te volvería a elegir. Solo a ti.

Me temblaba todo el cuerpo y las lágrimas caían con libertad por mis mejillas. Brant me acercó a él y me rodeó con los brazos, mientras escuchábamos las ovaciones, los gritos y los aplausos efusivos de nuestros familiares, incluidos los de nuestros hijos, que se unieron al ver a todo el mundo de la misma forma.

Sí, nuestros hijos, porque Brant los sentía de esa forma y los pequeños lo adoraban y querían como una figura paterna.

—Te amo —susurré sobre sus labios, acariciándole la nuca.

—Te amo, Lola.

Nos besamos con todo el amor que sentíamos el uno por el otro, nos dejamos llevar porque no fue un beso calmado y rápido. No, nuestros labios y lenguas se encontraron con fuerza y deseo, con pasión y devoción. Todos a nuestro alrededor se pusieron de pie, siendo nosotros el centro de atención.

Nos separamos cuando escuchamos de nuevo la música. Varios camareros sacaron una impresionante tarta nupcial, tirando de una mesa que dejaron en el centro de los invitados.

Agarré a Brant de la mano y tiré de él. Sus ojos y su sonrisa me decían lo que le apetecía en este momento, lo mismo que yo necesitaba, pero debíamos esperar.

Nos colocamos frente a la tarta y entre los dos, con Brant a mi espalda y susurrándome palabras íntimas, cortamos el primer trozo juntos. Volvimos a besarnos antes de separarnos de la mesa para que los camareros continuaran, para repartirla en los platos.

—¿A quién le apetece comerse la tarta, frescos, después de un baño en el mar? —gritó Brant, sobresaltándome.

—¿Ahora? ¿Ya? —le pregunté.

—Ahora. —Me hizo un guiño, mientras me bajaba la cremallera del vestido.

Me mordí el labio, dejando que me desvistiera. Lo hizo de una manera tan sensual que me ruboricé, a pesar de que llevaba el bikini. Brant también se quedó rápido en bañador.

Los demás, sin excepción, entre risas, siguieron nuestro camino desprendiéndose de las ropas. Valeria y Martín emocionados y felices, tirando de las manos de sus abuelos.

—Señora Weber —dijo Brant.

Me cogió en brazos. Se inclinó para pasar un brazo por detrás de mis rodillas y el otro por mi espalda, hasta que me tuvo como quería: bien agarrada y pegada a su cuerpo.

—Empieza la verdadera diversión —añadió con una sonrisa ladeada y me agarré con fuerza de su cuello.

—Lo estoy deseando —le susurré al oído.

Eso fue todo lo que necesitó para salir corriendo hacia la playa, dejando a los camareros trabajar con la tarta. Cuando regresáramos la tendríamos en la mesa.

Riendo, llegamos hasta la orilla.

—No fue en este lugar donde nos conocimos en persona, pero todo coincide: el mar, la arena, el sol, el olor a sal… tú y yo. Teníamos que sellar nuestro amor aquí.

—Sí —dije emocionada, antes de darle un beso rápido en los labios.

Primero se adentró despacio en el agua, después se movió más rápido, hasta que nos lanzó de golpe.

El mar fue testigo de nuevo de nuestro amor y nuestra unión, en el que disfrutamos junto a todas las personas que queríamos y eran importantes en nuestras vidas.

Como sucedería en los siguientes días. Teníamos por delante tantos momentos para compartir…

No nos demoramos mucho en regresar a las mesas, con un vestuario totalmente diferente con el que iniciamos la celebración. Comimos la tarta, los brindis se sucedieron continuamente, y cuando llegó el momento del baile que cerraba una parte de la fiesta, me emocioné por la canción que se escuchó por los altavoces.

Cada palabra que oía se correspondía con lo que yo sentía por Brant, era como si mis sentimientos y emociones quedaran reflejados durante todos los minutos que bailamos abrazados, sintiendo nuestras pieles en contacto. La frescura del baño me duró muy poco, un calor cálido la sustituyó.

Antes de que la canción terminara, Brant y yo nos miramos. Supe lo que me pedían sus ojos, y los míos le devolvieron lo mismo. Al separarnos, agradecimos la interrupción de un camarero que nos pidió que habláramos un momento con él.

Fue la excusa perfecta, la que no nos delataría para desaparecer sin llamar la atención. Tampoco es que nos importara, pero nos vino bien para pasar desapercibidos.

Seguimos al camarero y le pedimos entrar al hotel. En el interior, nos comentó algo sobre las bebidas y la música, sinceramente, no le presté atención. Todo mi cuerpo necesitaba que terminara, me daban igual los detalles a estas alturas.

Brant respondió a todas sus preguntas y cuando nos dejó solos, me llevó hasta el ascensor. Montados en él, sin nadie alrededor, me acorraló contra una de las paredes y me besó. Me derretí por su fuerza y necesidad, me las transmitió y terminamos jadeando en el pequeño espacio del ascensor.

Al salir en la planta en la que estaba nuestra *suite*, él no podía ocultar su erección, ni yo el temblor que sentía por todo el cuerpo.

En cuanto la puerta se cerró de golpe, se acercó a mí despacio, mirándome con una intensidad que me estremeció.

—¿Me necesitas? —preguntó con picardía, aun sabiendo la respuesta.

—¿Tú qué crees? —Me mordí el labio, colocando la mano sobre su miembro—. No soy la única.

Gruñó excitado y me agarró de la nuca, para volver a unir nuestros labios. Fue un beso demoledor, de labios y lenguas que no tenían bastante, por mucho que se tocaran y acariciaran. Sin dejar de besarnos, desabrochó hábilmente el cierre del sujetador del bikini, liberando mis pechos. Gemí cuando se agachó para succionarme un pezón. Lo agarré con fuerza del pelo, desesperada por el cúmulo de sensaciones que se concentraron entre mis piernas.

De uno pasó al otro, con un ligero ronroneo, retirando la sal y las gotas de agua que quedaban en mi piel. Continuó bajando, hasta que se quedó de rodillas frente a mí. Me besó la barriga y descendió acariciándome con los labios, al mismo tiempo que me bajaba la braga del bikini.

Liberada de ella, me abrió las piernas con las manos y me agarré con fuerza a sus hombros. Jadeé y grité cuando me lamió entre los labios inferiores, llegando al clítoris y a todos los rincones sensibles de mi sexo. Durante un buen rato estuvo torturándome, hasta que di un paso atrás y perdimos el contacto.

—Te necesito —dije con la respiración entrecortada—. Te quiero dentro de mí, llenándome.

Mi petición, mi súplica, o mi exigencia provocaron que soltara un pequeño gruñido mientras se incorporaba. Apoyé las manos en su pecho, acariciándoselo. Caminé hacia delante, él hacia atrás, hasta que nos quedamos al borde de la cama.

Lo empujé y se sentó, sin apartar la mirada de la mía. Me lamí los labios al ver su miembro erecto, húmedo y brillante en la punta.

—Después, es mío —le prometí, dejándole clara mi intención.

—Todo tuyo, para el resto de nuestras vidas. —Jadeó agarrándome de las caderas—. Como esto es para mí —gemí cuando sus dedos se deslizaron por mi humedad.

Me subí encima de él. Pasé las piernas a los lados de su cuerpo y me quedé a horcajadas sobre su erección. Volvimos a besarnos con pasión. Balanceé la cadera, dándonos placer a los dos por el contacto de nuestros sexos.

Nuestra necesidad aumentó y no retrasé más el momento. Mirándolo a los ojos, a centímetros de ellos, Brant se agarró el miembro y yo hice el resto. Me dejé caer lentamente sobre él, introduciéndolo poco a poco. Los dos nos estremecimos y terminé de golpe, apropiándome de todo lo que me daba. Gemimos, encajados, con él en mi interior, hasta el fondo.

Me moví inquieta, intensificando la sensación, con una necesidad aplastante.

Era todo lo que necesitaba, todo lo que quería, y se lo hice saber, una vez más, de la forma más placentera, excitante e íntima en la que nuestros cuerpos podían hablar. La habitación se llenó de los sonidos más maravillosos entre una pareja que se amaba y se adoraba, que también se excitaban y se llevaban al límite.

Mi placer explotó con las embestidas fuertes de Brant, mientras me clavaba los dedos en la cintura, guiándome con más intensidad y profundidad. Ambos gritamos el nombre del otro y gemimos. Mi marido me siguió a los pocos segundos, de tan excitados que estábamos.

Saciados, satisfechos como solo nosotros podíamos dejarnos, nos quedamos abrazados sin perder el contacto íntimo.

—Señor Weber, estoy deseando que se recupere para volver a escaparnos —le susurré al oído. Nunca tenía suficiente de él.

—No me digas eso porque soy capaz de retenerte en la habitación y no reunirnos con los demás hasta mañana. —Su voz sonó ronca y profunda.

Me reí feliz y le di un beso rápido en los labios. Cuando conseguimos separarnos, lo que los dos lamentamos, entramos un momento al baño y después nos pusimos el bikini y el bañador, para bajar al jardín como si no hubiera pasado nada, como si nuestros cuerpos no hubiesen ardido y explotado unidos.

Más relajados, pero con la tensión flotando entre ambos, nos reunimos con los demás. Nuestros hijos vinieron corriendo hasta nosotros. Brant cogió en brazos a Valeria, yo a Martín. Y así, con nuestra pequeña familia de cuatro unida, nos mezclamos para empezar a beber los cócteles que varios camareros preparaban.

En un momento dado, al poco de aparecer, Brant y yo nos miramos y soltamos una carcajada, después de ver a Cari subida sobre la espalda de Karl. Se alejaban hacia la playa y estaba muy segura de lo que sucedería en ella.

La fiesta continuaba, no había fin, ni lo habría, a pesar de que ese día y los siguientes se terminarían. Teníamos toda la vida para compartir momentos especiales.

Epílogo



Catorce años después…

Lola

Disfrutaba de la copa de vino que sostenía en la mano, sentada en un balancín junto a Cari. Llevábamos un rato riéndonos de nuestras cosas, algunas sin sentido, otras con mucho. Al menos para nosotras.

Era un día especial, estábamos celebrando el dieciocho cumpleaños de los mellizos, de Valeria y Martín. Nuestros hijos entraban hoy en la edad adulta, pero continuaban siendo dos jovencitos que se adoraban y se picaban, a partes iguales, como dos niños. Eso no había variado con el tiempo, simplemente con el transcurso de los años fueron cambiando los objetivos con los que meterse con el otro.

Digo nuestros hijos porque lo eran. Con la renuncia judicial del innombrable, Brant les dio sus apellidos y el juez confirmó la adopción ante mi consentimiento. También influyó el deseo de los niños, el que el juez tuvo en cuenta. Por aquel entonces, Martín y Valeria tenían doce años y tenían muy claro lo que querían, porque el amor que recibieron desde el inicio de Brant, es algo que les caló y les llegó a lo más hondo del alma y de los corazones. No podía ser

de otra forma, yo no estuve preocupada en ningún momento porque conocía a mis hijos perfectamente, y teniendo en cuenta que, desde antes de nuestra boda, ya lo llamaban papá.

Y del otro, del ser más despreciable que tuve la desgracia de encontrar en mi camino, jamás supimos nada. Con la renuncia a mis hijos, Luca cumplió su parte, nunca los contactó ni a mí tampoco, y aún a día de hoy cumplía su palabra, así como la condena impuesta por cada uno de los delitos por los que se le juzgó años atrás.

Sí, desde hacía quince años estaba privado de esa libertad que siempre tuvo, de disfrutar de las fiestas y el dinero que le daba aquel negocio sucio del que yo jamás supe nada hasta que Brant me lo contó. Y para mí aquello era justicia, porque quien es capaz de pagar por comprar un corazón y robarle la vida a una niña de quince años, y arrancarle a una madre a sus hijos… No merecía vivir en libertad.

Vivíamos en Alemania la mayor parte del año, alternándonos con las estancias en España: para las vacaciones de Navidad y las de verano, que eran más largas. Siempre que podíamos, entremedio, hacíamos alguna escapada a España, porque para Brant y para mí era como volver a nuestros inicios, a cuando nos conocimos y empezó nuestra historia. Valeria y Martín cursaban sus estudios en Alemania, Brant tenía su trabajo allí, y yo no tenía problemas en trabajar desde el lugar que fuera, ya que realizaba la profesión que era mi pasión: la arquitectura. Trabajaba de forma *online* en la empresa de mi padre, el que me había advertido en muchas ocasiones que cuando se jubilara la empresa sería mía, lo que no impedía que pudiera dirigirla desde Alemania.

Antes de trasladarme, alquilé mi piso, del que, hoy día, todavía sacaba beneficios. Brant y yo tuvimos claro los pasos a seguir, por ese motivo optamos por el alquiler, porque para mí el piso que me regalaron mis padres tenía un valor sentimental incalculable. Al cabo

de poco tiempo invertimos para comprar una casa en una zona apartada y tranquila, a unos kilómetros del piso. Queríamos tener una vivienda a la que volver cada vez que nos apeteciera, pero teniendo en mente algo más amplio. Era justo donde nos encontrábamos ahora, en el jardín de nuestra casa de España.

La mirada se me fue hacia mi marido. Estaba con su hermano Karl, hablando mientras se encargaban de la barbacoa. A sus cuarenta y ocho años, cinco más que yo, Brant continuaba siendo un bombón andante. Bendito su ADN, porque en vez de afectarle sumar años, para él era una bendición.

—Se te sigue cayendo la baba —me dijo Cari, con la risilla suelta y achispada por el vino.

—Lo mismo que a ti con Karl. —Volteé los ojos riendo.

—A mí se me caen muchas otras cosas aparte de la baba. —Soltó una carcajada y me contagió las risas.

Y es que, tras mi boda y lo que iniciaron en ella, la historia de ambos tomó un rumbo inesperado. Lo que comenzó aquel día como un coqueteo en el que dieron rienda suelta al deseo y a la pasión, lo que alargaron durante los tres días que estuvieron juntos, se convirtió en poco tiempo en algo más profundo, a lo que ninguno de los dos se negó. Tres años después de se dieron el «sí, quiero» en una boda íntima y preciosa.

Mi cuñado continuaba ejerciendo su profesión, era un médico muy reconocido y admirado en su país, involucrado con su pasión profesional. Cari seguía manteniendo su empresa de asesoría *online* de gestión laboral. El negocio de mi amiga había crecido, lo que le daba la oportunidad de tomárselo con más calma porque tenía a su cargo a personas que le quitaban mucha carga laboral. Ambos triunfaban en sus oficios.

Al igual que Brant y yo, siempre que podían viajaban a España. Los veranos eran especiales para todos porque Karl siempre se cogía dos meses de vacaciones para pasarlos con nosotros en España. Al poco tiempo de que se casaran Cari y Karl, nació Hanna, una niña muy dulce que ahora tenía diez años. La queríamos con locura, lo que era recíproco por parte de la pequeña. Desde que empezó a hablar, se refirió a mí como tita. Y sí, claro que lo era de título, porque mi amiga y yo éramos cuñadas, al estar casadas con los hermanos, pero Cari desde bebé le remarcó a Hanna que yo era su tía por la unión que teníamos nosotras dos, no por el parentesco. Lo mismo sucedía con Valeria y Martín, los mellizos trataban de la misma forma a Cari, más allá de estar casada con Karl.

Nosotros en cambio, Brant y yo, no tuvimos más hijos. No nos hubiera importado, pero conforme pasaron los años, no me quedaba embarazada y no hicimos nada para ponerle remedio. Descartamos ir a una clínica, Brant me dejó claro que él era feliz con la familia que teníamos. Para mi marido, Valeria y Martín eran como sus propios hijos. Eran su vida y a Brant nunca le hizo falta nada más que tenerlos, disfrutar de ellos, y verlos crecer bien y felices. Exactamente, lo que un buen padre quiere y necesita para sus hijos, acompañándolos en el camino, guiándolos y apoyándolos en los momentos necesarios. Padre no es el concibe, es el que demuestra con sus actos, su amor y cariño, durante la crianza, lo que le importan las personas a las que cuida y protege.

Elena y Pablo, mis padres, continuaban igual de bien, tanto a nivel profesional con sus negocios, como en lo personal. Se desvivían por sus nietos y por los adultos, dando amor a raudales.

Los padres de Brant y de Karl, Wanda y Vinzenz, siempre se mantenían próximos a su familia. En Alemania los teníamos cerca, y al igual que Cari y Karl, cuando viajábamos a España, sobre todo en los veranos en los que estábamos varios meses, no dudaban en

seguirnos. A pesar de ello siempre nos daban nuestro espacio, eran muy respetuosos. Con mis padres y con los de Cari hicieron muy buenas migas, por lo que cada vez que se veían, aprovechaban para sumar momentos juntos, haciendo de canguros, o disfrutando de salidas.

—Míralos —me pidió Cari, sacándome de mis pensamientos—. Si es que son tal para cual —suspiró.

Sonreí observando cómo Brant y Karl caminaban hacia nosotras. Mi marido, en cuanto llegó a mi lado, me quitó la copa de la mano y le dio un buen sorbo al vino, mientras me guiñaba un ojo.

Karl no pudo hacer lo mismo con la de su mujer, menuda era mi amiga para esas cosas. Rodeó su copa como si fuese un tesoro, ofreciéndole a cambio otra cosa muy tentadora. Nos reímos los cuatro.

La felicidad sana, las risas alegran el alma. Se dice que hay que reír hasta en los peores momentos porque es reparador, aunque no seamos conscientes de ello, y no encontremos motivos ni sentido para hacerlo. Yo no fui capaz de hacerlo en los peores y más desgarradores meses de mi vida, pero gracias a las personas que nunca me soltaron de la mano, que jamás se dieron por vencidas, aprendí que la vida hay que enfrentarla con coraje y decisión. Aunque cueste, aunque creas que tu mundo se termina.

Vengan como vengan las cosas, salgan como salgan, como me dijo una vez Brant —y me pidió que lo recordara siempre—: la vida, tarde o temprano, pone todo en su lugar; y el final, la rendición, no llegan hasta que dejamos de respirar.

—¿Qué te parece si nos escondemos en nuestra habitación y dejamos a la parejita lidiar con su tensión? —me susurró mi marido al oído.

—Como si solo estuvieran ellos. —Me reí, pero alterada, porque Brant siempre conseguía su propósito.

—Todos los que están en esta casa son adultos, nuestros hijos desde hoy, así que…

Lo miré con diversión, con adoración y amor. Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la frente.

—Te amo, sigo eligiéndote a ti —susurró sin apartar los labios y me estremecí, cerrando los ojos.

—Hasta el último aliento —murmuré.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu